

TESTIMONIO DEL CHOFER Y ESCOLTA DE FIDEL



Leoncito
José Alberto León Lima



Casa
Editorial
Verde
Olivo

Cuidado de la edición: *Tte. Cor. Ana Dayamín Montero Díaz*
Edición: *Norma Castillo Falcato*
Asesora de conformación: *Sarai Rodríguez Liranza*
Diseño de cubierta: *Jessica Pilar García*
Diseño interior: *Abel León Ramírez*
Revisión técnica: *Aida Julia de Toro Gómez*
Correctora: *Raisa Ravelo Marrero*
Fotos: *Archivo del autor*

© José Alberto León Lima, 2020
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2020
Primera edición
Editora Historia, 2016

ISBN 978-959-224-475-7

El contenido de la presente obra fue valorado por la Oficina del Historiador de las FAR

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción, total o parcial, de esta obra sin la autorización de la Casa Editorial Verde Olivo.

Casa Editorial Verde Olivo.
Redacción y administración.
Avenida de Independencia y San Pedro.
Apartado 6916, La Habana. Código Postal 10600.
Correo electrónico: volivo@unicom.co.cu
Internet: www.verdeolivo.cu

*Al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz,
a su lado pude vivir una experiencia única y compartir
los acontecimientos más sobresalientes ocurridos en los
dos primeros años de la Revolución. Sus enseñanzas me
permitieron tener más conciencia de por qué habíamos
luchado, y formarme como comunista.*

*A mis padres,
que desde la niñez me inculcaron los principios que
después me llevarían a abrazar la lucha revolucionaria.*

*A mi esposa e hijos,
de los que me siento inmensamente orgulloso.
Ellos han soportado estoicamente todo tipo de
privaciones, la ausencia a veces por años, sin desviarse
de los principios revolucionarios.*

*A mis compañeros de la escolta,
juntos pudimos, con entrega, abnegación y sacrificio,
cumplir la misión que nos encomendó
el comandante Raúl Castro Ruz.*

Al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz,
quien con su inesperada y oportuna orientación,
me estimuló a terminar este libro.

A Abel León Ramírez, porque gracias a su ayuda
y paciencia sin límites llegué a dominar los medios
técnicos y juntos, en maratónicas jornadas, pudimos
concluir estas páginas.

A Elsa Montero, mi dulce amiga, quien me aconsejó
y ayudó en todo lo que estuvo a su alcance.

A José Antonio García Martínez; él me estimuló y
aportó los medios técnicos sin los cuales no hubiera
podido escribir.

A Elvin J. Fontaine Ortiz. Las valiosas informaciones
que puso en mis manos y su apoyo facilitaron que el
libro llegara a feliz término.

A Tomás Gutiérrez, quien se solidarizó y me ayudó
incansablemente en la búsqueda de documentos que
confirman los sucesos sobre los que aquí escribo.

A Yaimí García Catá. Gracias a sus indicaciones
y su tiempo he podido organizar exitosamente
estas memorias.

A René González Barrios, por sus orientaciones
y ayuda para precisar la estructura del libro
y su interés en publicarlo.

A las compañeras del Museo Numismático
de La Habana.

A José Luis López.

A los que, de forma desinteresada, me han ayudado
aportándome datos e informaciones que me aclararon
muchas dudas. A todos les estoy eternamente agradecido.

Índice

Prólogo.....	9
Introducción.....	13
CAPÍTULO 1	
Breve reseña de mi vida (1936-1957).....	17
CAPÍTULO 2	
Decisión de irme a la Sierra.....	37
CAPÍTULO 3	
De nuevo en camino a la Sierra.....	54
CAPÍTULO 4	
Victorioso Enero de 1959.....	111
Capítulo 5	
Entrada del Comandante en Jefe a La Habana.....	120
CAPÍTULO 6	
La responsabilidad más memorable que he asumido en mi vida.....	146
CAPÍTULO 7	
Viaje de Fidel a Estados Unidos, Canadá y América del Sur.....	157

CAPÍTULO 8	
Por exceso de velocidad.....	173
CAPÍTULO 9	
Se definen los bandos	176
CAPÍTULO 10	
La Revolución se fortalece	186
CAPÍTULO 11	
Visitas discretas.....	188
CAPÍTULO 12	
Los traidores condenados	
al fracaso	192
CAPÍTULO 13	
Conjura para destruir	
la Revolución.....	203
CAPÍTULO 14	
El lugar más olvidado de Cuba	221
CAPÍTULO 15	
No impedirán que nos armemos	237
CAPÍTULO 16	
En silencio ha tenido que ser	250
Capítulo 17	
Los primeros bandidos capturados	
en el Escambray	269
CAPÍTULO 18	
La escolta	288
CAPÍTULO 19	
La Limpia del Escambray.....	318

CAPÍTULO 20	
La primera derrota del imperialismo en América Latina	327
CAPÍTULO 21	
Mi boda.....	341
CAPÍTULO 22	
Mis grandes pilares.....	346
CAPÍTULO 23	
Cómo me hice piloto	355
CAPÍTULO 24	
Trayectoria militar	363
CAPÍTULO 25	
Misión internacionalista en Angola	382
Anexos.....	386
Bibliografía	396

Prólogo

HACE ALGO MÁS de cuatro años, en momentos en que trabajaba como investigador del Centro de Estudios Militares de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, recibí la visita del coronel de la reserva José Alberto León Lima, un héroe cubano con mucho que contar, sobre todo, del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, de quien fue escolta y chofer, en los primeros años de la Revolución.

Excelente comunicador, Leoncito, como todos lo conocen, es sin embargo un hombre más bien tímido, sencillo, y en exceso modesto. Poseedor de una memoria proverbial y amplia capacidad de observación, guarda en su privilegiado cerebro los detalles de muchos acontecimientos que le tocó vivir. Después de varias horas de conversación, me pidió le ayudara a escribir sus memorias. Lo convencí de que solo él podía ser el autor de un testimonio que con toda seguridad, sería cautivador.

En mi humilde experiencia de historiador y escritor, le di consejos y recomendaciones de cómo me gustaría leer sus vivencias. Debía, sobre todas las cosas, escribir pensando en los jóvenes.

Pasó el tiempo y a inicios del presente año, Leoncito me comunicó que tenía el libro concluido. Estaba muy motivado y estimulado por una llamada telefónica recibida del Comandante en Jefe, consultándole datos

sobre determinados hechos compartidos por ambos. Admirado Fidel de la memoria fotográfica de Leoncito, le exigió escribiese sus memorias, tarea para la cual, le brindó todo el apoyo que el autor de esta obra le solicitó.

Para este revolucionario de origen humilde, la recomendación de Fidel se convirtió en la orden más importante de su vida. Debía legar a sus hijos y nietos, y a la posteridad, sus vivencias de héroe de pueblo y sobre todo, el privilegio de haber acompañado y formado parte del selecto grupo de hombres que protegieron, al precio de las suyas, la vida del Comandante en Jefe.

Una niñez de vicisitudes y muchas limitaciones forjó un espíritu rebelde y de trabajo, que dio al joven Leoncito seguridad en sí, tenacidad y resolución. Lo hizo hombre siendo apenas un adolescente. En la mecánica automotriz, como ayudante, aprendió un oficio que sin soñarlo lo llevó con el tiempo a la escolta de Fidel.

Inconforme con la dictadura de Fulgencio Batista, Leoncito combatió en la clandestinidad en La Habana y Santiago, pasando después al Segundo Frente Oriental Frank País, para ingresar en la Columna 17 Abel Santamaría a las órdenes del comandante Antonio Enrique Lussón Batlle. El audaz e impetuoso revolucionario, se convirtió en un disciplinado y versátil combatiente. Su hoja de servicios refleja su participación en múltiples acciones combativas. Al concluir la guerra, es ascendido a primer teniente.

Por sus méritos, fue elegido para formar parte de la Caravana de la Libertad acompañando desde Holguín, junto a un grupo selecto de combatientes de la Columna 17 Abel Santamaría, al inspirador de su vida Revolucionaria, Fidel, en calidad de escolta. En febrero de 1959, doblaría sus funciones como escolta y chofer. Comenzaría una nueva vida, mucho más activa y compleja que la del Segundo Frente Oriental Frank País.



Recuerda Leoncito en su apasionante testimonio, que al entrar la Caravana en La Habana, Fidel se molestó muchísimo al encontrar en una céntrica intersección, un busto suyo obra del escultor Enzo Gallo Chiapardi. Ordenó quitarlo. Era un estadista de nuevo tipo, enemigo de elogios y adulonerías. Fue una enseñanza para los hombres que lo acompañaban, todos de extracción social humilde.

El joven escolta viajó con Fidel a Venezuela, Estados Unidos, Canadá, Uruguay, Brasil, y otros países, en las primeras salidas al exterior del líder de la Revolución. Inseparable fue de él en momentos cruciales de la historia en esta nueva etapa: rechazo de la conjura trujillista; neutralización de la conspiración del traidor Huber Matos; explosión del vapor La Coubre; Lucha Contra Bandidos en el Escambray; batalla de Playa Girón, entre otras.

Esta obra nos concede el privilegio de conocer el tipo de relación que estableció Fidel con los hombres que tenían la altísima responsabilidad de garantizar su seguridad personal, y el porqué de la admiración y respeto que estos sentían por él. Fidel fue un maestro, una escuela, y en el culto al honor, la ética, la sencillez, la humildad, la honradez, la responsabilidad, la entrega sin límites y el optimismo, convirtió a los miembros de su escolta, en un destacamento de vanguardia de la Revolución.

Sabio y visionario, con el tiempo Fidel fue renovando los efectivos de su seguridad personal, pensando siempre en la superación y el futuro profesional de la tropa rebelde que lo había acompañado sin vacilación en todas las tareas y misiones encomendadas. De aquel primer grupo emergieron con el tiempo, generales y coroneles, pero sobre todo, revolucionarios cabales, leales a la Patria.



En 1963 Leoncito fue seleccionado para viajar a la URSS y asimilar la técnica de las Tropas Coheteriles Antiaéreas. La vida lo llevaría a ocupar altas responsabilidades en esta especialidad de las Fuerzas Armadas, en la que alcanzó el grado de coronel. Angola lo vio también, en la Misión Olivo, combatiendo a las bandas mercenarias financiadas por Estados Unidos.

Pero de toda su carrera militar y su vida, nada ha marcado más a este noble cubano que su relación con Fidel.

Leal como es Leoncito, cumplió la palabra empeñada y le obsequia al más grande de los cubanos, su testimonio, tal como le prometió. Hubiera querido entregárselo en vida, pero el destino quiso multiplicar al gigante y ensillar su cabalgadura para marchar nuevamente a desafiar peligros y marcar la ruta de un futuro mejor para Cuba y la humanidad. En la eternidad, contará Fidel con Leoncito, como fiel escudero.

RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS
Presidente Instituto de Historia de Cuba
La Habana, 6 de diciembre de 2016



Introducción

UN DÍA ME puse a pensar si era justo que mis hijos, nietas y nietos ignoraran cómo era la vida de las familias muy pobres antes del triunfo de la Revolución, contada por alguien que lo vivió en carne propia, y decidí escribir para ellos estos recuerdos.

Estuve varios años escribiendo, acompañado de mi memoria, además de documentos, un álbum de fotografías de los periódicos y revistas de la época donde yo aparecía —que con inmenso cariño mi madre recortaba y pegaba—, las notas de un diario que llevaba en esos años y fotos que había tomado cuando estuve en la seguridad personal del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, como su chofer y escolta.

El 27 de enero de 2011 tuve la sorpresa y alegría de hablar largo rato con él por teléfono, y a sus indagaciones sobre la época en que estaba a su lado, le respondí que esos hechos los tenía escritos. Entonces me preguntó si pensaba publicar un libro, y ante mi respuesta negativa, me instó a que plasmara esas experiencias para el gran público y no las reservara solo para mi familia.

La realidad en que vivíamos antes del triunfo de la Revolución

Muchos de los que nacieron después del triunfo revolucionario piensan que los derechos que ellos disfrutaban

siempre han sido así. Me refiero a la educación gratuita desde la primaria hasta la universidad, que solo con el esfuerzo personal se puede llegar a ser científico, médico, arquitecto y muchas otras profesiones, al igual que la salud para todos y otros servicios que están al alcance de cualquier cubano.

La mayoría cree que la atención médica gratuita, que comienza cuando sus padres deciden traerlos al mundo y se extiende hasta la tercera edad, siempre fue gratis, cuando la realidad era que solo había una Casa de Socorro por municipio y pocos hospitales adonde el pueblo podía acudir.

Se imaginan que nunca hubo discriminación por el color de la piel, sexo, defectos físicos, nivel económico y muchos factores más. Creen que el lugar que ocupan hoy en nuestra sociedad los discapacitados existió siempre; ignoran que los ciegos, inválidos, sordos, mudos, no contaban para aquel inhumano sistema capitalista que nos desgobernaba.

Como no ven madres con sus hijos durmiendo en los portales de las tiendas, o con una lata pidiendo casa por casa un poco de comida para poder alimentarlos, ignoran que eso era algo común antes del Primero de Enero de 1959.

Algunos piensan que siempre las playas fueron para todo el pueblo, cuando en realidad eran exclusivas para la burguesía, y los pobres teníamos que conformarnos con ir a los arrecifes.

No han visto que a las familias, por no poder pagar el alquiler, las desalojen con la policía y les arrojen a la calle los pocos muebles que poseen. Y así, ignoran muchísimas cosas del pasado.

Solo me estoy refiriendo al entorno donde nací y crecí en la capital; en las demás provincias pude comprobar después que era peor, y más aun en el campo.



Cuando se pensaba que esta situación podía cambiar por la vía electoral, se produjo el zarpazo del 10 de marzo de 1952, que instauró la dictadura. Luego vino la esperanza con el Moncada, el *Granma*, la Sierra Maestra, los frentes guerrilleros en las provincias, el pueblo y un radiante Primero de Enero de 1959.

¿Por qué Fidel y no Comandante?

Todo el tiempo que estuve al lado de Fidel como su chofer y escolta, al dirigirme a él, por respeto siempre le dije Comandante, pero en este caso, que estoy escribiendo, en muchas ocasiones lo menciono como Fidel y en otras Comandante. Comandantes, en aquella época, había muchos con méritos, pero Fidel es uno solo. No tengo otra forma más elevada para referirme a él.

En Fidel se concentran todos los cargos: Comandante en Jefe, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros y máximo líder de la Revolución Cubana. Y también supremo exponente de las ideas más humanas y revolucionarias. Cuando un cubano decía “Fidel” o “Viva Fidel”, esto lo engrandecía; cuando mil cubanos gritaban “Fidel, Fidel”, lo hacía más grande; cuando un millón de cubanos aclamaban “Fidel, Fidel, Fidel...”, hasta el infinito, ese clamor era tan descomunal que traspasaba las fronteras de nuestra patria. Y esto se repetía en Venezuela, New York, Washington, Uruguay, Argentina y a todo lo largo de su interminable vida política y revolucionaria.

En los países que ha visitado, siempre lo ha acompañado ese clamor ensordecedor de “Fidel, Fidel, Fidel”. Por eso prefiero muchas veces mencionarlo así, Fidel, con todo el cariño y el respeto que siempre le he tenido y le tendré mientras viva.



¿Cómo ha sido Fidel?

Fidel siempre ha defendido a los más humildes. Desde su juventud, ha estado en la primera línea enfrentando el peligro.

Ahí estaba durante el Bogotazo; desafiando a un policía en una manifestación pública; denunciando el golpe de Estado de Batista; organizando y dirigiendo el ataque a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes; enfrentando a la tiranía en el juicio por los sucesos del 26 de Julio; junto a sus compañeros en el desembarco del *Granma* por Las Coloradas; en la Sierra Maestra, dando inicio a los combates con un disparo de su fusil de mira telescópica; arribando a la capital al frente de la Caravana de la Libertad.

Tras el triunfo, ahí estaba Fidel cuando prefirió renunciar al cargo de Primer Ministro; desenmascarando la traición de Huber Matos; en jornadas incansables buscando a Camilo; capturando a los complotados en la casa de 7.^aA y 66A; organizando la defensa en Trinidad, cuando la conspiración trujillista; cenando con los cienagueros el día de nochebuena en 1959; en La Sierrita, capturando a los primeros bandidos en el Escambray; cuando el sabotaje al vapor *La Coubre*; en medio del incendio de los cañaverales del central Australia; durante la Limpia del Escambray; en Playa Girón, con el pueblo, derrotando la invasión mercenaria; brillando durante la Crisis de Octubre; junto a los más desprotegidos, cuando el huracán *Flora* y los sucesivos meteoros que nos han azotado; en la Onu, defendiendo el derecho de todos los pueblos a ser libres e independientes; dirigiendo las misiones internacionalistas.

Ahí siempre estuvo Fidel, a sabiendas de los más de seiscientos intentos de asesinato que le prepararon para eliminarlo, en Cuba y otros países que ha visitado.



CAPÍTULO 1

Breve reseña de mi vida (1936-1957)

ESTA QUE DESCRIBO es la vida de un cubano común, como la mayoría de los que nacieron y crecieron en este país antes del triunfo de la Revolución.

La familia de mi mamá vivía en San Antonio de los Baños. Tenía buena posición económica y aspiraba a que ella se casara con un “buen partido”, como se decía en esa época. Mi abuelo materno, Alberto Lima, era dueño de una farmacia, y mi abuela, Ángela González, ama de casa.

Por su parte, mi papá procedía de una familia humilde. Vivía en Vereda Nueva. Siendo aún niño asesinaron a su padre, Bernardino León, por cuestiones políticas cuando participaba en un mitin del Partido Liberal y, aun cuando era muy joven para mantener a su familia, al quedar huérfano empezó a manejar una guagüita¹ que hacía el recorrido entre Vereda Nueva y San Antonio de los Baños, donde conoció a mi mamá. Se enamoraron y se casaron, y ese fue el motivo por el que la desheredaron. Por eso mi familia se fundó a partir del amor y no de los intereses materiales.

1 Ómnibus pequeño con la carrocería de madera.



De izquierda a derecha, León, la hermana y el hermano. Del archivo del autor.

Mis padres eran muy pobres. Nuestra familia estaba compuesta por mi papá, José León Sánchez, quien era chofer de ómnibus; mi mamá Aida Rosa Lima y González, ama de casa; mi abuela por parte de padre, María Sánchez de la Nuez; mi hermana Josefina, *Fife*, que era la mayor; mi hermano Bernardino, al que le decían *Nino*, y yo, el más pequeño, a quien llamaban *Quico*. A mis abuelos maternos no los conocí, pues habían fallecido antes de yo nacer.

Según la inscripción de nacimiento, nací en San Antonio de los Baños, pero en realidad fue en los altos del paradero de ómnibus de la Víbora, en La Habana. Cuando años después pasaba con mi mamá por la calzada del 10 de Octubre, ella me decía: —¡Ahí naciste tú, el 24 de abril de 1936, a las 5:00 a.m.! Pero me inscribieron en San Antonio por las relaciones que tenía su familia en ese poblado, con el nombre de José Alberto León Lima.

Que yo recuerde, la primera casa donde viví fue en el reparto La Ceiba (Marianao). Era de madera, en la calle San Tadeo esquina a Martí, hoy 53 y 58B. En esa época la calle terminaba como a cincuenta metros de mi casa, donde pasaba la línea del ferrocarril, por una zanja profunda limitada por una cerca de protección. Cuando sentíamos que venía el tren, corríamos para la cerca, pero





La casa en La Ceiba (hoy día, en la calle 53 de Marianao), donde vivió León cuando tenía cuatro años. Foto del archivo del autor

solo se veía el humo de la locomotora y cuando este pasaba, salíamos tiznados. Después de 1959 construyeron un puente que une la calle 53 con el reparto Alturas de Belén.

En la esquina de las calles 53 y 58 estaba el paradero y el taller de reparaciones de la ruta 58, donde trabajaba mi papá como chofer de guagua.² Recuerdo que esos vehículos eran de madera, muy pequeños. Había escasez de petróleo, gomas y piezas; las gomas

las reparaban con tornillos y las rellenaban con hierba para poder salir a trabajar, por eso papá casi nunca trabajaba y la situación económica era muy difícil.

Mi mamá nos llevaba al parque infantil que había en los jardines de la fábrica de cerveza La Polar, en Puentes Grandes. Me contaron que un día pasé frente a los columpios y me dieron una patada en la cabeza, perdí el conocimiento por varias horas, pero no me llevaron al médico; en esa época no había conciencia de las consecuencias que un golpe como ese podía traer, pero por suerte no me afectó.

Después, en 1940, nos mudamos para El Cerro, a una casa en la calle Chaple esquina a Armonía; era de mampostería, pero en mal estado. Al lado había un establecimiento que hacía esquina, donde vendían frituras de maíz, chicharritas de plátano, pescado frito y verduras de todo

² Nombre por el que se conoce popularmente en Cuba a los ómnibus.



tipo; los dueños eran chinos, muy cariñosos con nosotros, y algunas veces nos regalaban frituritas, chicharritas o frutas.

Nuestra casa tenía una escalera que conducía al techo para tender la ropa, y desde ahí veíamos a los chinos, sentados en el piso, fumando unas cachimbas muy largas. Mamá nos regañaba cuando subíamos por lo peligrosa que estaba la escalera.

Recuerdo que empecé en el kindergarten³, que estaba al doblar de mi casa, en la calle Armonía. Fue mi inicio en la vida escolar, por eso estaba muy contento.

A esa edad, mi gran amargura y tristeza era el Día de Reyes, que se celebraba el 6 de enero. No podía comprender por qué Melchor, Gaspar y Baltasar, los Reyes Magos, no nos traían juguetes a nosotros, y a otros niños de la cuadra les traían bicicletas, patines y muchos otros regalos; si nosotros les habíamos hecho las carticas y colocado en los zapatos con un poquito de hierba para los camellos, debajo de nuestra cama, y nos portábamos bien, ¿por qué no nos traían juguetes? Los Reyes de nosotros no venían en trineo.

Mi papá, para aliviar en algo esa amargura, nos hacía unos carritos y carriolas de madera y los pintaba siempre de verde, porque era la única pintura que tenía, y con eso jugábamos; las ruedas se rompían enseguida, porque eran también de madera. Y año tras año los reparaba y los pintaba del mismo color. A pesar de que nos conformábamos, pienso cuánto sufrirían ellos al no poder comprarnos nada.

Cuando teníamos seis o siete años, un día nuestros padres nos sentaron y nos explicaron que los Reyes Magos

³ Primer nivel escolar, que hoy se le llama prescolar.



no existían, y no nos traían juguetes porque ellos no tenían dinero para comprarlos. Sentimos una gran desilusión.

Algunas veces, durante la Segunda Guerra Mundial, pasaban aviones y dirigibles. Para nosotros era tremendo acontecimiento, todos los muchachos corríamos por la calle para verlos y formábamos una enorme algarabía. La gente comentaba que se iba acabar el mundo.

Por donde hoy pasa la Vía Blanca, paralelo a esta, había una línea de ferrocarril, y en el tramo de la Calzada de Palatino a la calle Chaple, estacionaban una cisterna con miel de purga para la fábrica de malta Tívoli, que estaba en la Calzada de Palatino. Mis hermanos y yo, junto a otros muchachos, íbamos para el lugar y cuando el que cuidaba se iba lejos, ellos cogían en una lata un poco de miel, mientras yo me quedaba cerca vigilando. La miel de purga la tomábamos diluida con agua. Para los pobres era un alimento y entretenía el estómago.

Durante una temporada de lluvias se desplomó una parte del techo y cayó cerca de la cuna de hierro donde yo dormía. Cuando llovía, el agua entraba a raudales y el dueño no arreglaba el techo porque papá le debía varios meses de alquiler; siempre temiendo que nos arrojaran a la calle, como le ocurrió a un vecino. Pasó un tiempo, y en el año 1942 nos mudamos otra vez para La Ceiba, esta vez a la calle 56 entre 53 y 55.

Empecé el primer grado en la Escuela Pública que estaba en 51 y 56. Después que terminé el curso, alrededor de 1943, nos mudamos al reparto Curazao, en la calle Matos, hoy 82 entre 51 y 53.

Viviendo allí, me matriculé en la Escuela Pública No. 20. La directora me quería mucho, y como me gustaba estudiar y sacaba buenas notas, llegué a ganarme el Beso de la Patria. En el segundo grado la única asignatura que no me gustaba



era la de música. Un día la maestra fue a comprobar la clase y, al ver que no había hecho el pentagrama, me cogió por los pelos y me pegó con fuerza la cabeza contra el pupitre; en el intento por defenderme, la agarré por las manos, y a los gritos de ella vinieron las otras maestras, pero yo no la soltaba, lo único que yo repetía era “no me vuelvas a coger por los pelos”. Luego llegó la directora y me llevó castigado para la dirección; el correctivo consistió en leer un libro hasta que se fuera la maestra de música. Ese fue mi primer acto de rebeldía. En cambio, me gustaba pintar, por eso mi tía Ofelia, hermana de mi papá, en mis cumpleaños me regalaba una caja de colores; no recuerdo haber recibido ningún otro regalo por ese día tan señalado.

A mi hermano había que operarlo de apendicitis y le mandaron unas inyecciones de vitaminas porque tenía anemia. Cuando lo fueron a inyectar, tres hombres no podían sujetarlo de ninguna forma y decidieron ponérmela a mí, para que no se perdiera. Comprar esas inyecciones fue tremendo sacrificio en mi casa. Yo era muy pequeño aún para comprender la situación económica en que vivíamos.

En la calle 84 y Lindero había una fábrica de refrescos de distintos sabores, Nao Capitana de chocolate, Royal Crown de cola, y Orange Crush de naranja. Un grupo de muchachos íbamos allí, y por la cerca los trabajadores nos daban refrescos.⁴ En la Calzada de Marianao (hoy Ave. 51) había una agencia de autos que se llamaba Vilarchao, como su dueño.

En 1944 nos mudamos al reparto Larrazábal, en la calle Tres Rosas no. 4918, entre Calzada y B (actualmente es la calle 76 entre 49 y 51, en Marianao). La casa estaba al fondo de otra, había que entrar por un pasillo; anteriormente era la caballeriza de la casa de al lado. La calle Tres Rosas

⁴ De las botellas que no se llenaban completamente, que hoy le dicen *pirey*.





Calle Tres Rosas (hoy calle 76, en Marianao). Pasillo de entrada a la casa del fondo, donde vivían León y su familia. Foto del archivo del autor.

no estaba asfaltada y todo el terreno de enfrente, desde la Calzada de Marianao hasta la Ave. 31, colindaba con los muros del Colegio de Belén y del cabaret Tropicana. Solo había cuatro o cinco casas y un rosal, una lechería, el bar Tres Rosas y la fábrica de medias, que está en la esquina de Ave. 41 y calle 76, todo lo demás era bosque. En esa época esta avenida se llamaba calle Línea, porque por ahí pasaba el tranvía que iba desde Marianao hasta el Muelle de Luz.

La familia Gómez Mena vivía a dos casas a continuación de la mía. Años después, en esa residencia se instaló el Convento de las Oblatas, para niñas ricas⁵, y después del triunfo de la Revolución las FAR ubicó en ese lugar el Laboratorio Central de Metrología.

En el año 1944 pasó un ciclón que se hizo famoso porque acabó con La Habana. En 1948 hubo otro ciclón muy fuerte que derribó muchos árboles frente a mi casa, y mi hermano y yo, para ayudar en algo a mis padres, hicimos varios hornos de carbón como de metro y medio de alto.

Lo más difícil era cuidarlos, porque se podían volar⁶; para eso toda la familia hacía guardia, día y noche. Después vendíamos una parte del carbón que producíamos, a cinco

⁵ Las monjas y las alumnas eran de la raza negra.

⁶ Incendiarse el horno cuando se está haciendo carbón.



centavos la lata de cinco galones y a veinte centavos el saco, el resto era para la casa. Nos costaba tremendo trabajo fabricarlo, pues no teníamos experiencia.

Frente a la agencia Vilarchao había un convento para niñas pobres. Mi hermana empezó a asistir, pero hubo que sacarla, porque había un cura que le gustaba acariciar a las niñas.

La situación económica nos seguía golpeando. Durante mucho tiempo estuvimos comiendo harina en el almuerzo y la comida, y por la mañana desayunábamos “lechagua”⁷; los domingos mamá nos hacía dulce agregándole a la harina azúcar y unas pasitas. En ocasiones, con el dolor de tener que separarse de sus hijos, nos distribuían por las casas de nuestros familiares que vivían en San Antonio de los Baños, para que no nos muriéramos de hambre. Había que ver el cariño con que nos trataban, tengo muy buenos recuerdos de mi familia.

Mi abuela María tejía y cosía muy bonito. Hacía unas sobrecamas muy bellas, y mi mamá iba a la ruta de guaguas donde trabajaba mi papá y las rifaba entre los compañeros a veinte centavos el número. En algunas ocasiones, el que se la ganaba, no la aceptaba, para que ella la pudiera volver a rifar.

Mi mamá siempre nos mantenía muy limpios, aunque los pantalones estuvieran con parches; mi abuela para disimularlos, los teñía con unas pastillas de teñir de la marca Dalia, que costaban cinco centavos; algunas veces el parche no agarraba el color, pero mi abuela decía: —¡Remendados, pero limpios!

Mi abuela cuando aparecía un saco de harina, lo blanqueaba y nos hacía pantalones, que también teñía.

⁷ A un litro de leche se le agregaba un poquito de agua para que alcanzara para seis personas.



Era muy ocurrente, y cuando se nos rompían los pantalones por los fondillos, nos decía: —¡Les voy a coser el culito con un alambre finito, no les quedará bonito, pero les quedará seguro!

Mi mamá se buscaba unos pesos lavando y planchando ropa. La clienta que más la explotaba era su propia hermana, que le pagaba cinco pesos al mes por una caja llena de guayaberas semanal, y lo más triste era que la hacía entrar por la puerta de los criados para que sus amistades no la vieran. El marido, que era inspector de Hacienda, era un hombre muy humano, pero no sabía nada de esto.

Cuando tenía nueve o diez años, mi mamá a mi hermano y a mi, nos compró a cada uno, dos cubos, un cucharón, vasos, azúcar, limón y hielo; un cubo era para la limonada y el otro con agua para enjuagar los vasos. Mi hermano y yo salíamos a vender limonada, a tres centavos el vaso, entre los trabajadores de las obras que se estaban construyendo por los alrededores y la cantera del Husillo. Salíamos bajo un sol que rajaba las piedras. Esto lo hacíamos los fines de semana y en las vacaciones, para no faltar a la escuela.

Un día, “a la hora en que el perro no sigue al amo”, en la cantera del Husillo, iba caminando solo con mis dos cubos y no se veía un alma. Al poco rato veo un hombre haciéndome señas y me gritaba que me tirara al suelo; en eso siento una explosión, las piedras caían por todos lados, fue una casualidad que no me matara. Al final, los obreros, después del susto, me compraron toda la limonada. También trabajábamos en una casa donde había una pequeña fábrica de coquitos; allí mi hermano y yo pelábamos cocos con una hachuela, un trabajo bastante peligroso; ayudábamos a cocinar el dulce y a hacer los coquitos, blancos o prietos, según el azúcar que se empleaba. Al



otro día salíamos cada uno con una cesta de madera a venderlos a dos centavos.

Al lado de mi casa vivía el abogado Emilio Rasco; vendía terrenos y yo le hacía los carteles de uno por dos metros; los materiales los costeaba él y me pagaba unos pesos por cada cartel, que para mí era un dineral. También limpiábamos jardines y pintábamos casas. Hubo un tiempo en que salíamos con una maleta de madera, que pesaba mucho, a vender barras de dulce de guayaba de la marca Villa Clara. Mi hermano y yo íbamos casa por casa proponiendo la guayaba, a veinticinco centavos; una parte de la ganancia era para Orlando Rasco, hijo de Emilio Rasco, porque él había puesto el dinero inicial y la gestión con la fábrica.

Cuando asfaltaron la calle Tres Rosas, mi hermano y yo trabajamos picando piedras; las más grandes había que partirlas en pedazos pequeños. Después hicimos una carretilla grande con cajas de bolas y vendíamos agua, que teníamos que buscarla en la línea del tranvía, en 41 y 76.

Un día el dueño de la bodega que estaba en la calle Tres Rosas y 49 nos propuso pagarnos el 10 por ciento de las facturas que consiguiéramos. Eso solo duró un mes, porque los vecinos, para ayudarnos y evitar ir a buscar los víveres a la bodega, nos los encargaban a nosotros, por tanto no incrementaba la venta y para colmo perdía el diez por ciento.

Había un grupo de muchachos que siempre estábamos haciendo maldades. Poníamos en un muro una lata con agua y le amarrábamos un alambre finito, nos escondíamos en los matorrales y cuando pasaba alguien, el agua le caía encima; lo mismo hacíamos con una cartera que dejábamos en el piso, y cuando la iban a coger tirábamos del alambrito. En otras ocasiones amarrábamos el alambrito a la aldaba de las casas y lo halábamos. ¡Cómo



nos divertíamos! Eran maldades sanas, pero molestaban a los vecinos, que le daban las quejas a mi mamá y ella nos castigaba.

A mí me decían que era un gallito de pelea, porque siempre estaba enredado a los piñazos. Recuerdo que el primer ojo que me poncharon fue porque me indignó que se estuvieran burlando de un anciano mendigo al que le decían Cañete. Ese mismo día emparejé la pelea.

A pesar del trabajo que pasaba mi mamá, ella sacaba tiempo para llevarnos a los arrecifes que había en la calle 12, en el Vedado, al lado del balneario infantil Valdés Rodríguez.⁸ En esa época el malecón solo llegaba hasta la calle G. Cogíamos el tranvía en la calle Tres Rosas y Línea. Por cinco centavos, viajábamos en el tranvía mi mamá y nosotros tres; ella se sentaba a mi hermano en una pierna, a mi hermana en la otra y yo iba parado entre los dos, y con un pan con guayaba pasábamos toda la mañana. Mi hermano y yo nos poníamos la trusa delante de los demás, y a mi hermana la cubríamos con una toalla.

En otras ocasiones, íbamos hasta Regla a ver a una tía. Tomábamos el tranvía hasta la lanchita de Regla y pedíamos una transferencia para la guagua, que era gratis; en total, ida y vuelta nos costaba doce centavos los cuatro, porque las guaguas cobraban por la transferencia dos centavos. Nosotros solo íbamos al cine cuando ponían películas mexicanas, porque el hermano de mi abuela (padre de Osvaldo Sánchez, dirigente del Partido Socialista Popular (PSP)) era inspector de las películas mexicanas y controlaba a las personas que entraban; él nos avisaba del cine donde estaría trabajando ese día, y si era en algún punto del

⁸ Donde está hoy el círculo social José Antonio Echeverría.



recorrido de la ruta 58, donde laboraba mi papá, mamá nos llevaba y no nos costaba la entrada ni el pasaje.

Un día, la familia Rasco nos propuso a mi hermano y a mí estudiar en la Escuela Gratuita del Niño de Belén (para niños pobres), que estaba en el Colegio de Belén, en Marianao.⁹ Ellos eran muy religiosos y humanos, verdaderos creyentes. Tenían un hijo cura en El Calvario y una hija monja en un convento en Marianao. Les contestamos que lo íbamos a consultar con mi papá porque él era masón. La opinión que tenía mi papá de los jesuitas era pésima, porque conocía la historia de cómo la religión católica había actuado, sobre todo en los siglos anteriores. Él nos dijo que lo decidiéramos nosotros.

Decidimos aceptar la oferta. La razón principal era que en ninguna escuela pública había profesores con el nivel de preparación que ellos tenían, además de la disciplina. Pero como era un colegio religioso, exigían ir a misa todos los domingos, además de hacer la primera comunión y asistir a otras actividades propias de su orden.

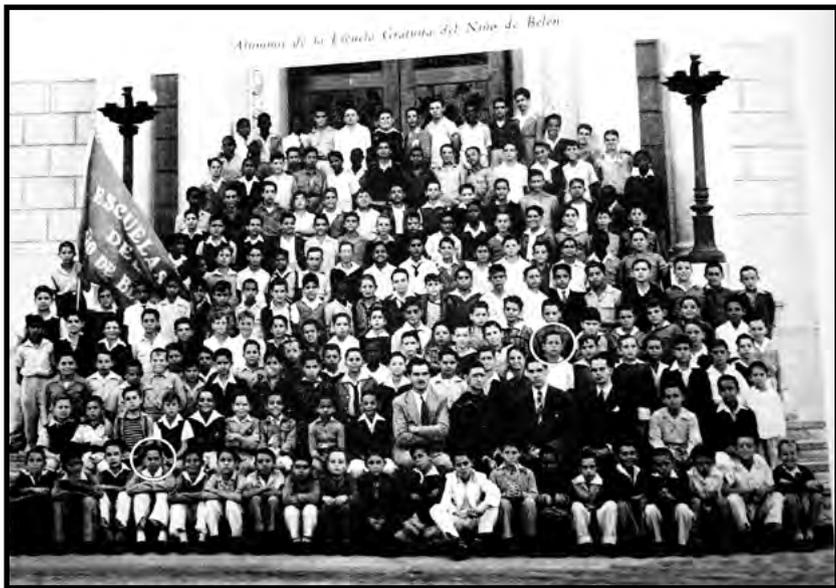
La familia Rasco hizo las gestiones y entramos en el año 1945 a la Escuela Gratuita del Niño de Belén. Los grados que se estudiaban eran tercero, cuarto y quinto. Yo empecé en el tercero y mi hermano en el cuarto.

El hermano Magdaleno era un cura que siempre estaba preocupado por nosotros, los niños pobres. Nos defendía en ocasiones de forma acalorada, cuando los otros curas nos querían sacar del terreno de fútbol para que jugaran los alumnos ricos, a pesar de que nos tocaba a nosotros. Este era el único deporte que practicábamos; yo era malísimo jugando y rompía los zapatos, por eso nos compraron unas botas que le decían “vaquetetumbo”. Para poder ir al cine los domingos por la tarde nos exigían

⁹ Hoy es el Instituto Técnico Militar José Martí (ITM).



haber asistido a la misa por la mañana. El hermano Magdaleno controlaba la puerta lateral¹⁰ por donde entrábamos los pobres.



Profesores y alumnos de la Escuela Gratuita del Niño de Belén. De izquierda a derecha, señalados con un círculo, el hermano del autor y este último. Foto del archivo del autor.

Cuando los sucesos de Orfila, el 15 de septiembre de 1947, en la casa de Antonio Marín Dopico –tristemente recordado durante el gobierno de Ramón Grau San Martín–, ubicada en las calles 33A y 64, donde dos bandas de gángster se masacraron a la vista de todo el mundo sin aparecer las autoridades, mi hermano y yo logramos convencer a Magdaleno para que nos dejara ir para la casa con una señora que vino a buscar a su hijo, y en el camino nos escabullimos y fuimos para la esquina de la hoy Ave. 41 y esquina 64; desde allí vimos gran parte de lo que estaba sucediendo, hasta que llegó una

¹⁰ Frente al puente que da acceso al colegio.



perseguidora y disparó una ráfaga al aire; todos salimos corriendo y no paramos hasta la casa.

En la revista anual de 1945 del colegio de Belén aparecemos en una foto mi hermano y yo. Por coincidencia en la misma publicación hay una reseña muy bonita sobre Fidel Castro Ruz y también – cosas de la vida – ese año entró Raúl Castro Ruz a la escuela.

Mi hermano y yo terminamos el quinto grado juntos. Después matriculé en la Escuela Pública No. 43 donde hice del sexto al octavo grados y la preparatoria para hacer el bachillerato en el Instituto, que estaba próximo a la rotonda de 100 y 31, en dirección al hospital Finlay.

Cuando me presenté y me dieron la lista de todos los libros que tenía que comprar –a pesar de que algunos valían entre 40 centavos y 1,50 pesos, por ser de uso–, además del uniforme, me di cuenta de que con la situación económica de mi familia era imposible matricular, y con mucho pesar, porque a mí me gustaba y quería estudiar, decidí empezar a trabajar y así se lo comuniqué a mis padres, aun cuando solo tenía catorce años.

Siendo un adolescente, empecé a hacerme hombre

Mi papá habló con Amado León Sánchez, dueño de la ruta 58 de ómnibus, que radicaba en La Ceiba, donde él trabajaba, y aunque tenía los mismos apellidos, no éramos familia.

Entré como ayudante para lo que hiciera falta. Me pagaban muy poco porque era menor de edad y por la ley no me estaba permitido trabajar. A los choferes se les ocurrió, para ayudarme, darme una peseta a la semana por medirle el aire a las gomas, echarle agua al radiador, sacarle



el agua a los frenos de aire y limpiar el parabrisas; con eso me buscaba 10 pesos, en la quincena.



En el taller de la ruta 58. De izquierda a derecha, Juanito, un compañero de trabajo, y León. Foto del archivo del autor.

Cuando se enfermaba alguno de los que barrían los ómnibus, yo cubría el turno y me ganaba 4,25 pesos al día. Al principio me daba pena que las muchachitas me vieran y me escondía. En el invierno, si faltaba alguno de los que fregaban las guaguas en el turno de la madrugada, yo lo hacía. En aquella época, los obreros iban a trabajar enfermos y solo faltaban cuando no podían más; esa era mi oportunidad de ganarme unos pesos, así es el capitalismo.

A mi papá le decían *Cheo*, y a mí, por ser su hijo, me llamaban *Cheíto*. Debido a mi edad, era como la

mascota del taller, me cuidaban y querían mucho.

En la ruta 58 aprendí muchos oficios: soldador, electricista, enrollador, mecánico, especialista en afinar motores y chofer. Esto se lo debo al electricista *Chicho*, a un mecánico de apellido Buchillón y a otro al que le decían *El Guajiro*, y al chapista Ángel León Acosta. Este último estudiaba en San Alejandro y se hizo escultor con fama; después del triunfo de la Revolución, cuando regresaba de una exposición en París, falleció en un accidente de aviación.

Matriculé mediante la correspondencia, en la National Schools en un curso de mecánica, ya que mi aspiración era



ser ingeniero mecánico. Siempre estaba atrasado en los pagos a la escuela. También me inscribí por la noche en el curso de inglés, en la Escuela Pública, y llegué hasta el cuarto año, pero

Febrero 4 de 1955.

Mr. L. J. Rosenkrantz.
(Presidente).
"NATIONAL SCHOOLS."

Estimado señor:

Acojiéndome a la veneratione conque siempre la "NATIONAL SCHOOLS" ha tratado a sus alumnos es que me he tomado la libertad de dirigirme a Ud., personalmente, para ponerlo en conocimiento de mi difícil situación económica actual, motivo por el cual, no estoy al corriente por el pago de mis estudios.

Al faltarme el trabajo me hace unos meses a la fecha me ha sido imposible como le he explicado, seguir abonando mis puntuales pagos a "NATIONAL SCHOOLS" y lógicamente se han suspendido las lecciones.

Como Ud., podrá ver en mis expedientes mis pagos eran puntuales y mis estudios bastante adelantados, pero por el motivo anteriormente expuesto mi estado de cuenta se encuentra muy atrasado; (y he aquí mi problema), yo quiero y necesito estudiar y es por ello que acudo a Ud., en espera de que si es posible, me siga mandando las lecciones, o por lo menos que no me den de baja de sus filas, hasta que en breve plazo de tiempo yo pueda seguir costando mis estudios y así balancear mi estado de cuenta sin dificultades.

Queda atenta y respetuosamente en espera de ser complacido.

Su alumno,

Alberto León Lima.

faltándome seis meses para graduarme, lo dejé porque me mudé con mis padres, para la playa de Jaimanitas.

Cuando tenía 16 años ya sabía manejar. Un día salí con Buchillón para arreglar dos ómnibus que estaban rotos, uno en la calle Reina y el otro en San Lázaro; él me dejó en Reina, para que lo esperara, y siguió para San Lázaro.

Documento original de National Schools. Del archivo del autor.

Cuando lo revisé, solo tenía un pequeño

desperfecto, lo arreglé y salí hacia donde él estaba. El público que estaba en las aceras armó tremenda algarabía pues pensaban que la guagua iba sola. Cuando llegué donde él se encontraba, me echó tremendo responso; en eso llegó una perseguidora¹¹, pero él les dijo a los policías que era él quien iba manejando.

En otra ocasión, meses después del golpe de Estado de Batista, el 10 de marzo de 1952, venía entrando con un ómnibus para el taller y el jefe de una patrulla me detuvo, llamó al jefe del taller, de apellido Caballero, y le dijo que yo no podía manejar porque era menor de edad.

11 Equivalente en la actualidad, a los autos de patrulla de la policía en Cuba.



Los policías me habían visto muchas veces, pero no decían nada. Cuando se iban, oí al jefe de la perseguidora decirle al chofer que iban a aprovechar para que le arreglaran el carro; esto se lo comuniqué a Caballero, y como a los treinta minutos apareció la patrulla y se confirmó lo que había oído. Yo estaba indignado y no me acercaba al lugar donde ellos estaban, pero el policía me vio y empezó a llamarme; yo me hacía el que no lo oía, hasta que el mecánico me llamó. Cuando fui, le repetí lo que había escuchado y le dije que fue por eso que me había cogido preso; el esbirro se enfureció, me dio un trompón y me tiró para el asiento de atrás de la perseguidora, y le decía al mecánico: —¡Termina, que este va a saber lo que es bueno! La gente, al ver aquello, le atravesaron un carro detrás y los policías no se podían mover. Estando en el piso vi una ametralladora y me entraron deseos de cogerla, pero un amigo de mi papá se dio cuenta y me hizo señas, por suerte no lo hice. Mis compañeros les hablaron intercediendo por mí, entonces me sacaron de la perseguidora y me escondieron. Después de eso no pude manejar más.

Pasado cierto tiempo, yo consideraba que ya sabía algo de mecánica. En una ocasión estábamos reparando el motor de un ómnibus y el mecánico, al que le decían El Guajiro, se enfermó y yo seguí reparando el motor. Me esmeré hasta la exquisitez. Cuando terminé de arreglarlo y le hice todas las pruebas, se lo entregué al jefe del taller y salimos a probarlo como siempre se hacía, y lo sacó a trabajar. A la semana llegó *El Guajiro* y me preguntó quién había terminado el carro. Le respondí: —¡Yo! Se dirigió al jefe del taller y le preguntó, a lo que este contestó: —¿No fuiste tú? Entonces salió como una fiera para agredirme; pero cuando agarré una hoja de muelle se detuvo, me miró y me dijo: —¡*Cheíto*, vamos a tomarnos unas cervezas, que ya te



graduaste de mecánico! En aquella época, los maestros de estos oficios no enseñaban todo lo que sabían a los aprendices, porque les podía costar su empleo, pero tuve la suerte de que mi papá –yo no sé por qué sabía tanto de mecánica– me enseñó mucho, incluso los mecánicos del taller consultaban con él. Al poco tiempo me fui, en vista de que no podía seguir de ayudante.

Cuando mi padre se jubiló por problemas de salud, yo asumí los gastos de la casa, porque hasta ese momento solo lo ayudaba.

En 1955 estuve trabajando con Orlando Barrios, en el Colegio Médico, ubicado en la calle San Lázaro. Él iba a ser el jefe del taller de la Compañía de Auxilio Público Automovilístico (Capa), sita en la Ave. 26 y Zapata, que en ese momento estaba en construcción.



En el taller la Capa, un día de trabajo. De izquierda a derecha, León y Ridio Barrios. Foto del archivo del autor.

Cuando se inauguró, trabajé como mecánico y gruero, pero me pagaban un solo salario. Así era como te explotaban en esa época.

Pasados varios meses de estar trabajando en la Capa, en abril de 1956, la mayoría de los trabajadores se afilió al sindicato, perteneciente a la rama de garajes. Cuando el dueño de la Compañía, Federico Piñero –un artista cómico de un programa de televisión y radial; dueño del cine Metropolitan– se enteró, nos expulsaron a todos.

El sindicato nos defendió y, después de más de un año, le ganamos el pleito, pero tuvimos que admitir como pago una miseria





Documento oficial que atestigua el pago de la cuota sindical en el garaje la Capa. Del archivo del autor.

del dinero que nos correspondía recibir. Lo aceptamos porque todos ya estábamos trabajando en mejores lugares, menos Nidio Barrios, un trabajador que era casado y tenía una niña recién nacida, al que repusieron en su puesto. Durante el tiempo que estuvo sin trabajo, todos los meses los compañeros lo ayudábamos con algún dinero.

De la Capa pasé a trabajar en el Hormigón Cubano, que radicaba en el kilómetro 5 de la Avenida de Rancho Boyeros.

En ese tiempo estaba en construcción la Vía Blanca. Unos días antes de cumplir los seis meses de estar trabajando, nos reunieron a todos los mecánicos para informarnos de que tenían que cerrar, y que cuando arrancaran de nuevo nos llamarían. Esa era la forma elegante con que los capitalistas te dejaban cesante.

También trabajé en la agencia de autos Nash y Rambler, que estaba en la esquina de Infanta y Zanja. Permanecí trabajando allí hasta que me fracturé una mano. Al mes, cuando me quitaron el yeso y fui a cobrar mi salario, como estaba establecido, el contador me dijo que yo no aparecía en los libros y no me podía pagar. Hablé con Rasco, el abogado que vivía al lado de mi casa, y me dijo que ellos llevaban dos libros, uno para los inspectores y otro donde les hacían los descuentos a los trabajadores.

Fui con mi hermano y hablé con el dueño, pero me contestó que él no podía hacer nada. Fue tanta la rabia y la impotencia, que le di un piñazo que lo hizo rodar por el suelo. En ese momento no pensé en la mano fracturada.



Rasco, que se había brindado para llevarnos, se había quedado afuera, esperándonos en el auto. Lo primero que me había aconsejado era que no lo agrediera, porque me podía acusar, y fue lo primero que hice. Por suerte no me demandó.

Finalmente, trabajé en El Relámpago, que era la agencia de ventas y reparación de autos Ford, situada en la intersección de las calles Concha y Pedro Pernas, en Luyanó. En esa época yo vivía en la playa de Jaimanitas.

Durante los últimos años, los fines de semana trabajaba hasta tarde en mi casa, ya que siempre tenía clientes y todo lo que podía ahorrar, lo empleaba en comprar herramientas y equipos, porque pensaba montar un pequeño taller para, cuando progresara, ampliarlo y poner a trabajar a más mecánicos. De esa forma empezaba la explotación del hombre por el hombre.

Yo no sabía nada de las leyes del capitalismo, pero ya pensaba como un capitalista, aunque, de hecho, lo era, ya que mis ayudantes eran mi cuñado y mi hermana, y lo que les pagaba al día eran cinco pesos a cada uno. Para ellos eso era un dineral, porque mi cuñado estaba sin trabajo. En todos estos lugares siempre me desempeñé como mecánico electricista.

De esta etapa de mi vida puedo contar muchísimas cosas más, pero creo que con estas los jóvenes pueden tener una idea de cómo vivíamos las familias pobres antes del triunfo de la Revolución.



CAPÍTULO 2

Decisión de irme a la Sierra

DESDE PEQUEÑO FUI rebelde, no soportaba las injusticias. Cuando Batista dio el golpe de Estado, el 10 de marzo de 1952, era un analfabeto en política, pero sabía que algo andaba mal. Ideológicamente, puedo decir que no tenía ninguna definición; lo que oía de Marx, Lenin y el comunismo no era nada bueno.

Tiempo después del ataque a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el 26 de julio de 1953, pude leer *La Historia me absolverá*¹²; fue entonces cuando empecé a tomar conciencia de lo que estaba ocurriendo en el país.

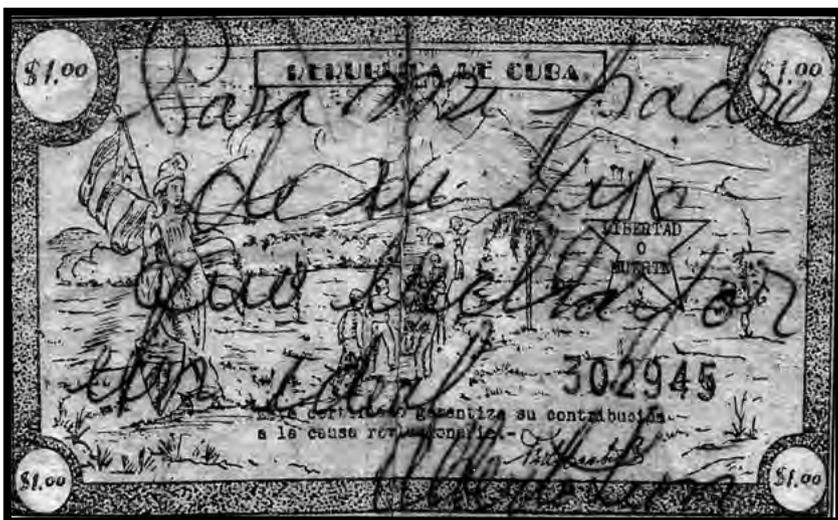
Para juzgar a los participantes de este hecho heroico, la dictadura montó una farsa. Durante el juicio, Fidel, por ser abogado ejerció su propia defensa, y de acusado pasó a ser el acusador. En una parte de su alegato, expuso de forma bien clara la situación existente en el país en los órdenes político, social y económico, y señaló los puntos cruciales que una revolución verdadera tenía que resolver: el problema de la tierra, la industrialización, la vivienda, la educación y la salud del pueblo. En su proyecto planteó la necesidad de acabar

¹² En este documento Fidel define por qué se llevaron a cabo las acciones del 26 de Julio.

con los latifundios y confiscar todos los bienes malversados por el gobierno y sus colaboradores.

Después del desembarco del *Granma* y la confirmación de que Fidel estaba vivo, se recrudeció la represión de la tiranía y, en proporción, se incrementó la respuesta de los revolucionarios y la simpatía del pueblo por estos, lo cual hizo que se fueran sumando cada vez más los que estaban dispuestos a combatir a la dictadura.

Desde entonces tuve una ideología, la fidelista, y así se lo hice saber a mi padre, tiempo después antes de partir para la sierra en enero de 1958 en un bono del 26 de Julio el cual dedique y firme.



Reverso del bono del 26 de Julio que le dejé a mi padre. Del archivo del autor.

No había forma de contactar con el Movimiento 26 de Julio (M-26 de Julio), y varios jóvenes que vivíamos en la playa de Jaimanitas decidimos, por nuestra cuenta, pintar letreros, poner unas banderas del 26



de Julio, participar en las protestas estudiantiles y vender bonos, que nos los conseguía el hijo del dueño del bodegón que estaba en la esquina de la calle 242 con la que iba para el puesto de la Marina de Guerra.

Para ir entrenándome, cuando iba y venía del trabajo caminaba desde Jaimanitas hasta la playa de Marianao. Allí había una caseta de tiro al blanco calibre 22, donde practicaba cuando regresaba del trabajo; cada bala costaba diez centavos. Pero las caminatas y el tiro al blanco me sirvieron de muy poco, no es lo mismo caminar en el llano que subir y bajar lomas, ni tirarle al blanco y que este no te tire.

El 13 de marzo de 1957 yo trabajaba como mecánico electricista en la agencia El Relámpago, de la Ford. Al enterarnos por las noticias que estaban atacando el Palacio Presidencial, madriguera del tirano, y que lo habían ajusticiado, salí para allá con otro mecánico al que le decían *El Indio*. Llegamos hasta unas cuadras del lugar, pero por suerte ya no se podía pasar, todo estaba rodeado por el ejército y la policía. Después nos enteramos de lo que había ocurrido.

Un compañero del grupo de Jaimanitas, que se llamaba Ályiun Cuéllar, *Yito*¹³, tenía una tía en Santiago de Cuba. A principios del mes de enero de 1958 decidimos arriesgarnos e irnos a la Sierra. La idea era, por mediación de la tía, llamada Adolfina Cuéllar, a la que le decíamos Tía Fina —quien tenía un hermano nombrado Gerardo Cuéllar, que estuvo preso con Fidel en la cárcel de Isla de Pinos—, hacer contacto con el Movimiento y subir hasta las montañas. ¡Qué ingenuos éramos, pensábamos que era así de sencillo!

Como pretexto, le dije a mis padres que iba para Santiago de Cuba, a llevar un auto nuevo del taller donde yo laboraba, y si encontraba trabajo, allá me quedaba. El único que

13 Traicionó después del triunfo.



conocía la verdad era un tío que se llamaba José Antonio Montes, al que le dejé el mencionado bono del 26 de Julio para mi padre, con la dedicatoria, y otro para él.

Sacamos pasajes y nos fuimos para allá. En el camino no tuvimos problemas. La tía vivía en Sao del Indio¹⁴ no. 455 con su esposo, Salvador Hernández, y su hija Isabel, *Chavela*, de 15 años. Cuando le planteamos nuestro objetivo se sorprendió, pero dijo que iba a tratar de ayudarnos.



Sao del Indio no. 455, Santiago de Cuba. De izquierda a derecha, Ályun Cuéllar, Adolfina Cuéllar y León. Foto del archivo del autor.

En una ocasión ella me dijo que la acompañara hasta la calle Enramada y entramos a una tienda, donde habló con

¹⁴ Actualmente calle San Mateo.

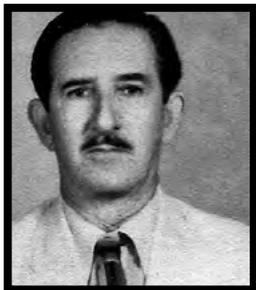


un hombre que trabajaba allí. Él a cada rato me miraba con disimulo, nunca le pregunté sobre eso.

Después de pasar un tiempo, hizo contacto con el Movimiento en Santiago; vino una pareja y habló con nosotros, y se llevaron los datos que les interesaban. Pasó el tiempo y un día nos informaron que en ese momento solo mandaban para la Sierra a quienes estaban “quemados” en la ciudad. El movimiento nos informó de la preparación de una huelga en todo el país y que estuviéramos preparados, pues nosotros pertenecíamos a una célula de acción y sabotaje.

Hay que destacar que sin la ayuda de Tía *Fina* nosotros no hubiéramos podido hacer contacto con el Movimiento. Nunca he olvidado el tiempo que permanecí allí, fueron tantas las atenciones y los cuidados, que me sentía parte de la familia.

¡Cuánto se arriesgó la Tía, exponiendo la vida de su esposo y su hija al ayudarnos y mantenernos escondidos en su casa! Esta es una familia que colaboró en todo lo que pudo con la Revolución, consiguiendo medicinas, ropa, etcétera, y nunca pidieron nada. Sencillamente, eran como la inmensa mayoría del pueblo santiaguero.



Después me mandaron para la casa de Pablo Antonio Rodríguez Trueba y su esposa Matilde Rosales, en el reparto Sueño, calle J

Pablo A. Rodríguez. Matilde Rosales. no. 260 entre 5.^a y 6.^a, haciéndome pasar por un sobrino de él. Tenían un hijo llamado Noel. Yito se quedó en casa de Tía Fina. De los Rosales solo puedo decir: —¡Qué familia



tan revolucionaria! La hermana de Matilde llevaba, ocultos en la saya, balas, cartuchos de dinamita y medicinas para los rebeldes. Cuidaban heridos y escondían jóvenes en su casa. Todo eso lo viví, nadie me lo contó.

La Huelga del 9 de Abril

Dos días antes de la Huelga de Abril nos acuartelaron en la farmacia Las Cruces, que estaba en la Avenida de Mármol esquina a Jesús Menéndez. Al lado vivían dos ancianas muy valientes de apellido Soprano; allí aprendimos el manejo de las armas. Cuando nos estaban entrenando en la manipulación de las pistolas, llegó una de las ancianas y, sin inmutarse, las arrimó a un lado de la mesa y nos sirvió algo para comer. Nos comunicábamos con la farmacia por el patio de la casa.

Al fin, el día 9 de abril, a las 11:00 a.m., comenzó la huelga. El grupo estaba formado por cuatro compañeros. Se nos asignó la misión de darle candela al garaje de Burgos, pero el que iba de guía se confundió y fuimos al Servicentro Sinclair, que estaba en la carretera del Morro esquina a calle A, en Vista Hermosa, cuyo dueño se llamaba Germán Rodríguez Arias. Cuando llegamos encañonamos a los trabajadores, pero en ese momento apareció un camión lleno de soldados y se detuvo enfrente; se bajaron varios de ellos para comprar cocos y, rápidamente, metimos a los trabajadores en el baño para que los guardias no se dieran cuenta. En eso sentimos un tiroteo lejos de allí, hacia el centro de la ciudad, y los soldados se subieron al camión y salieron a toda velocidad.

Con un alambre amarramos el gatillo de la pistola de echar gasolina, echamos a andar la bomba y rociamos toda la pista. Cuando nos retirábamos le dimos candela, y la explosión y



el calor me hicieron sentir como si estuviera encendido.¹⁵ Corrimos y doblamos a la izquierda, por la calle 1ª, al final de la cual vimos, en la azotea de un edificio, a varios hombres armados mirando hacia el fuego, y por eso no nos vieron. Encontramos una puerta de una casa abierta, entramos y la cerramos; luego metimos a todos los que estaban en su interior en un cuarto; y nos enteramos por los inquilinos que el edificio donde vimos a los hombres armados era la escuela Primera Alemán, que estaba ocupada por los “masferreristas”.¹⁶

En la casa donde entramos vivía un santero. Tocaron a la puerta varias personas, y las dejábamos entrar, pero no les permitíamos salir por seguridad, y a todos los ubicábamos en el cuarto. Según nos comentaron, esas personas habían ido a consultarle al santero los problemas que tenían.

Al hablar con el dueño de la casa, nos dimos cuenta de que era revolucionario. Después de varias horas y pareciéndonos que todo estaba en calma, decidimos marcharnos. Antes nos cambiaron las camisas y, acompañados por su hija, que se brindó, fuimos uno a uno hasta cerca del lugar donde estábamos acuartelados, adonde llegamos como a las 5:00 p.m. Se decía que la huelga había fracasado, pero Elías Hernández, era el jefe de la célula, dijo que había recibido la orden de salir a tirotear por la ciudad. Fuimos para un parqueo de autos y cogí un Studebaker, que tenía las llaves puestas, y salimos hasta la calle Enramada, por donde bajamos disparando desde ambos lados del auto. En eso vi venir una perseguidora, pero dobló una cuadra antes. Yo intuí

15 Nos informó Elvis Rodríguez Céspedes la hija del dueño, el 15 de octubre del 2015, que el servicentro no se quemó completo porque los empleados quitaron la corriente y la bomba detuvo el derrame de combustible.nbbbnb

16 Este era un cuerpo represivo que cometía los crímenes más atroces con los revolucionarios; era como los escuadrones de la muerte de hoy día.



que nos iba a esperar para dispararnos cuando pasáramos, entonces frené y di marcha atrás a toda velocidad, doblé en la primera esquina y salimos a un lugar que se llamaba El Mexiquito, pero no pudimos seguir porque una zanja por donde corrían las aguas albañales nos impedía el paso. Nos bajamos y nos parapetamos en el patio de una casa. En ese momento a Yito le da un ataque de nervios porque la pistola se le había encasquillado; le di la mía, la de él lo que tenía era que se había quedado sin balas en el depósito. La corredera de la pistola se quedó atrás y nosotros no teníamos experiencia con las armas. Después de descansar y todo estaba tranquilo, regresamos a donde estaba Elías Hernández. No se veía un alma en las calles.

Esa noche nos quedamos Yito y yo no muy lejos de la farmacia, en la casa de una familia de apellido Gata. Al otro día me llevaron a un taller de prótesis dental, propiedad del doctor Mineto Suárez. Todos allí eran revolucionarios. En ese taller se fundían unas monedas de oro del 26 de Julio con el fin de venderlas y coleccionar fondos para el Movimiento; a mí me ponían a pulirlas para que creyeran que trabajaba ahí. Por el día me hacían pasar como empleado del taller, y en la noche me quedaba solo, con las luces apagadas, y me traían la comida; unas veces la traía Chavela, la hija de Tía Fina, y otras, la doctora Cuca Álvarez, una compañera del Movimiento. Aquel lugar era una ratonera, no tenía por donde escapar.

Una noche me llamó por teléfono la doctora Álvarez y me dijo que los esbirros estaban cerca de allí registrando todas las casas, que me preparara para salir y ellos harían algo para facilitar mi salida; pero al poco rato me llamaron para decirme que el problema era en la embajada de Haití, que



estaba rodeada porque se había metido un compañero, y que ya no me moviera.

En otra ocasión, como a las 11:00 p.m., llegó Mineto con una mujer, me mandó a salir y me dijo que esperara afuera. La razón era que le iban hacer un “despojo” al taller; estuve más de una hora escondiéndome detrás de un poste cada vez que veía las luces de los autos, pensando que era una perseguidora.¹⁷ Cuando la doctora Álvarez vino a verme al otro día, le conté lo que me había sucedido, razón por la que se me trasladó al reparto Santa Bárbara y me ubicaron en la casa de una compañera a la que le decían *Chilín*. Después llegó Yito, y al otro día nos avisaron que nos preparáramos porque vendrían a buscarnos para llevarnos a la Sierra. Es digno de destacar que esta familia, en la que había varios niños pequeños, se arriesgara a esconder a dos jóvenes que, por su color, era evidente que no podían ser sus parientes.

Al fin nos vamos para la Sierra

Pasados unos días, temprano en la mañana, nos recogieron y nos dijeron que íbamos para la Sierra. Salimos pwingor la carretera que va rumbo a la Gran Piedra; en el camino paramos, caminamos un rato y llegamos a un lugar donde estaban esperándonos con unos mulos. Nos montamos y empezamos a subir las lomas; sin otra experiencia que la de los caballitos en el parque de diversiones cuando niño. Aquellos caminos pasaban por unos farallones que inspiraban miedo. Después de varias horas llegamos a un caserío llamado Limoncito; allí nos dejaron en una casa para que esperáramos al jefe de

¹⁷ Auto de la policía que le decían “los pegaditos”; la tripulación constaba de un soldado, un marinero y un policía.



los rebeldes de aquella zona. Ya podíamos considerarnos alzados. Luego llegaron unos rebeldes y hablamos con ellos; nos dijeron que teníamos que esperar al que vendría a recogernos. Permanecimos en ese lugar como una semana. Allí pasé el día de mi cumpleaños, el 24 de abril; la familia que vivía en esa casa lo celebró modestamente.

El mismo compañero el cual nos había llevado, vino de Santiago e informó que se nos ordenaba ir para La Habana, donde el movimiento se había desorganizado al fracasar la huelga, debido a la detención de muchos compañeros. Después nos enteramos de que Faustino Pérez, quien era el jefe del Movimiento 26 de Julio en el llano, estaba en la Sierra y por eso se vieron obligados a enviar otro compañero para La Habana, y pensaron que nosotros, por ser de allá, podíamos ayudar a los santiagueros que iban para la capital y de paso reforzaríamos el Movimiento. Al principio la idea no me gustó, pensé en lo peligrosa que podía resultar la misión, pero cuando razoné que podía ver de nuevo a mi familia, me alegré.

Regresamos hasta la carretera y nos escondimos bajo unos arbustos de guao¹⁸, al lado de un río. Esperamos a que llegara un auto que, al pasar, tocó el claxon y cuando regresó, paró y nos subimos a él. De ahí nos llevaron para la Escuela Nueva¹⁹, en la calle K esquina a 6.^a, en el reparto Sueño. Por la noche me vio un médico porque tenía la cara como un monstruo, pues yo no sabía que los arbustos eran de guao; me inyectó y dijo que había sido debido a que tuve contacto con esa planta. Por la madrugada nos sacaron de allí, porque al amanecer, antes de comenzar las clases, iban a poner una bomba en la puerta para impedir el inicio de estas, que estaban suspendidas desde la huelga. A mí me llevaron

18 Arbusto que, al contacto de la piel con sus hojas, la sombra y la savia que desprende, puede producir picazón, hinchazón y fiebre.

19 Actualmente es la secundaria básica Omar Girón.



a dos cuadras de allí, para la casa de Matilde Rosales de nuevo; esa familia, como la vez anterior, me acogió con mucho cariño.

El temor mío de ir para la La Habana era que, por ser la capital del país, se concentraba todo el poder político, administrativo y represivo de la dictadura. Su territorio era varias veces más grande que Santiago y la población mucho mayor.

La censura no posibilitaba conocer lo que ocurría a diario, y nos enterábamos de los sucesos tiempo después, por rumores.

Los combatientes localizados por los esbirros, debido a la delación de los “chivatos”²⁰, eran detenidos y, cuando no soportaban las salvajes torturas a que eran sometidos, a veces daban información valiosa a sus captores, que le permitían acorrallar a los revolucionarios y casi nunca salían con vida.

Los chivatos simulaban trabajar como vendedores de billetes de lotería, barrenderos, carretilleros y en otros oficios que les permitía dispersarse por todos los rincones de la ciudad; como eran ambulantes, nadie los conocía.

Distinto era en Santiago de Cuba, una ciudad no muy grande y se concentraba alrededor de la bahía, situada cerca de donde se desarrollaban las acciones guerrilleras en la Sierra Maestra. Por eso, a su población le llegaba la información rápidamente, estaba más sensibilizada y cooperaba con todo tipo de ayuda a los revolucionarios. Cualquier cosa que ocurriera en la ciudad —el asesinato de un combatiente, un sabotaje, la voladura de un transformador, el ajusticiamiento de un esbirro— se conocía de inmediato. Si existía el temor de que pudieran apresar a alguien, lo trasladaban a través de los patios a un lugar más seguro hasta que pasara el peligro. Como todos los vecinos se

20 Gente sin escrúpulos, capaces de delatar a los revolucionarios por un salario de \$33,33 pesos.



conocían, los chivatos ambulantes no podían operar. Ese es un pueblo excepcional.

De regreso a La Habana

Antes de salir hacia La Habana, en los altos del hospedaje La Violeta, me presentaron al compañero Orestes del Río Herrera, quien me dio el nombre de su mamá, Isabel Herrera, y la dirección de su casa en el Vedado, en la calle I no. 507, 2.º piso, entre 23 y 25, por si me hacía falta alguna ayuda.

Partí para la capital a principios de mayo en un ómnibus de la empresa Santiago-Habana, con el chofer Francisco Portuondo, quien pertenecía al Movimiento 26 de Julio; el viaje transcurrió sin dificultad. Cuando llegué fui a donde vivía mi hermana, en el reparto Buenavista – calle 70 entre 29A y 29B –, en un apartamento situado al fondo del edificio. Ese era el lugar acordado para reunirnos.

A los pocos días llegó Yito, después Elías; el último que se incorporó fue un compañero al que le decían *Bolón*. Todos nos quedamos en la casa, durmiendo en el suelo, porque el Movimiento no tenía donde escondernos. Pasaron los días y el teniente Roberto Martín Pérez Rodríguez, hijo del coronel Lutgardo Martín Pérez Molina, uno de los militares más sanguinarios de la dictadura, que vivía a la entrada del edificio, le dijo a mi hermana, en forma irónica, que él sabía en qué andábamos; era lógico que sospechara, ya que ella vivía allí con su esposo y un hijo pequeño, y de pronto aparecen cuatro jóvenes, uno de ellos mestizo. Ese mismo día nos fuimos para un hospedaje que estaba en la calle Belascoaín, donde nos hacíamos pasar por estudiantes. Almorzábamos en una fonda de chinos cerca de allí, una



“completa”²¹ que costaba veinte centavos; aun a ese bajo precio, solo podíamos hacer una comida al día, para ahorrar.

Antes de que se nos acabara el dinero, vendí un equipo de soldadura y otras herramientas nuevas que tenía; esto mejoró la situación por un tiempo. Al final nos fuimos del hospedaje. Un día dormimos en el parque Maceo y otro en el cine Manzanares, donde por diez centavos se podía estar toda la noche; las películas que exhibían eran pornográficas, por esa razón allí se reunía lo más bajo de la población y la policía por temor no frecuentaba esos lugares.

Elías resolvió un poco de dinero con el Movimiento y decidimos quedarnos *Yito* y yo en Jaimanitas, donde vivían nuestros padres, y ellos dos en el hospedaje. Cuando llegué, me encontré con que mi hermana se había mudado al lado de mi casa, porque le dio miedo el esbirro vecino de Buenavista.

Posteriormente, en el mes de junio, nos asignaron un apartamento que estaba en un pasillo al fondo de un gabinete dental, en la calle Santa Marta, barrio La Victoria, que tenía muy mala fama porque había muchos prostíbulos; también nos entregaron las armas.

El jefe del Movimiento en La Habana, al que estábamos subordinados, según Elías, era conocido por el seudónimo de *Marcos*²², y el único que lo conocía era él.

Al poco tiempo nos orientaron cumplir una misión cerca del cine Mónaco. Nos turnábamos para chequear al “objetivo”²³; así estuvimos una semana. El día antes de cumplir nuestro cometido, el auto que venía todos los días a buscar al mencionado objetivo se apareció con dos civiles

21 En un plato hondo servían toda la comida.

22 Después del triunfo nos enteramos de que se trataba del comandante Delio Gómez Ochoa.

23 Colaborador de los asesinos de la dictadura.



portando ametralladoras. Esta misión fue cancelada, al parecer sospecharon algo.

A principios de julio nos ordenaron realizar otra misión igual que la anterior en el reparto La Sierra, para la cual necesitábamos un auto de alquiler y poder retirarnos rápidamente del lugar. El trabajo fue cumplido y después nos dispersamos; yo fui para Jaimanitas.

Un día, cuando estábamos en el apartamento, se recibió una llamada y nos ordenaron que saliéramos del lugar con urgencia; se decía que habían detenido a Marcos. Salimos rápido, cruzamos la calle y nos metimos en una casa; cuando llegaron los esbirros, entraron en el apartamento, pero solo encontraron dos granadas, algunas balas y la ropa de Elías y Bolón, que eran los que realmente vivían allí. Después salimos uno a uno, tomando precauciones por si nos seguían; nos subíamos a una guagua y cuando doblaba nos tirábamos. Yo fui para Jaimanitas en espera de que me llamaran. Como era lógico, todos estaban desaparecidos. Recientemente me aclaró el comandante Delio Gómez Ochoa, alias *Marcos*, quien era el jefe nacional de Acción del Movimiento 26 de Julio, que la confusión se originó porque habían apresado a Marcos Bravo, uno de los jefes de milicia en La Habana.

Varios días después nos reunimos en el parque Maceo y nos comunicaron que la orden era regresar a Santiago para subir a la Sierra. Yo planteé mi deseo de quedarme en La Habana trabajando con el Movimiento y lo aceptaron. También nos orientaron que debíamos recoger las armas; le propusieron a Yito esconderlas en su casa, pero alegó varios pretextos, y acepté llevarlas para la mía. Después se ocultaron en la casa de mi hermana, que vivía al lado.



Al cabo de una semana, más o menos, todos se fueron uno a uno por la misma vía en que habíamos venido.

A los pocos días me citó un compañero y me planteó que tenía que entregar las armas; acordamos encontrarnos al día siguiente en el Paseo del Prado. Fui con mi hermana; llevábamos las armas en una jaba. Yo no quería quedarme desarmado, pero este compañero dijo que la orden era recogerlas todas. Eso nunca lo entendí.

A finales de julio, una compañera que venía de Santiago, al parecer para dejar aclarada mi situación, me llamó por teléfono y me citó para la calle Subirana no. 583, en el reparto La Victoria. Cuando toqué y abrieron la puerta, me dieron una trompada que me lanzó al piso. Había tres esbirros vestidos de civil, uno de ellos apuntándome con la pistola. Cuando me levantaron, uno de ellos me dijo en forma afirmativa: —¡Tú eres Cheíto! Entonces él les aseguró a los otros que yo era buena gente y que no me metía en nada. Este policía era el que repartía las citaciones en La Ceiba, se llamaba Juanito y era amigo de mi padre. Ellos me preguntaron qué hacía allí, y les contesté que la noche anterior había estado tomando con una mujer en el bar La Victoria y me había citado para ese lugar. Luego me enseñaron dos fotos y me preguntaron si las conocía, les señalé una y les dije: “esta”. Yo no las había visto nunca. Uno de ellos dijo: —¡No te decía que estas eran unas putas! Eso me libró de una buena. Al poco rato me dijeron que me podía ir. Salí rápidamente, tomando todas las precauciones, por si me seguían. Llegué a mi casa y cuando les hice el cuento a mis padres, casi se mueren del susto.

Después me enteré que la compañera que me citó, cuando se disponía a tocar a la puerta donde nos íbamos a reunir, una vecina le avisó y ella se fue rápidamente. Fue



tan grande el susto que se llevó, que regresó a Santiago sin avisarme. Creo que eso fue desleal de su parte.

Una noche sentimos la sirena de una perseguidora que venía en dirección a donde yo vivía en la playa de Jaimanitas. Salí por detrás, hacia el mar, y me escondí detrás de una chalupa que yo tenía. Las olas, cuando la marea estaba alta, chocaban contra el fondo de la casa. Allí permanecí en el agua varias horas, hasta que mi padre me hizo señas y pude regresar a la casa.

Por esos días me había hecho una fotografía con mis padres en un bar que estaba al lado de mi casa. El fotógrafo nos dijo que un vecino que simpatizaba con la dictadura le había pedido una copia. Mi padre habló con el vecino y le advirtió que si me pasaba algo lo iba a matar. El hombre se acobardó y no pasó nada, pero con esos antecedentes tuve que perderme de la casa.

Me fui a donde vivía la hermana de mi mamá, en Ayestarán. El esposo había sido diplomático o cónsul en Ecuador, y se ofrecieron a hacer las gestiones para que me asilara en una embajada.

El mismo día en que llegué a esa casa comenzaron a desfilar amistades de ellos, invitados para que me conocieran, y mi tía les decía en lo que yo estaba. Me sentía como un bicho raro. Cuando comprendí el peligro que corría, no esperé un minuto más y me fui de regreso a donde vivían mis padres.

Hice contacto con la madre de Orestes del Río y me propuso que fuera para el Escambray con los compañeros del Directorio Revolucionario, que estaban alzados en esa zona, pero no acepté, porque yo quería combatir junto a Fidel en la Sierra. A del Río lo vi después en el Segundo Frente, era el jefe de la Fuerza Aérea Rebelde. Entonces me pregunté: ¿me meto en una embajada, con



el riesgo de que suceda lo mismo que en la de Haití, que fue asaltada por los esbirros y asesinaron a todos los revolucionarios que estaban asilados? Allí ajusticiaron al sanguinario coronel Rafael Salas Cañizares, jefe de la Policía. ¿O llego al Ecuador y hago las gestiones para venir en una expedición, con los peligros que eso implica...?. Como nadie del Movimiento 26 de Julio en La Habana había contactado conmigo y mi jefe se había ido para Santiago de Cuba, decidí irme a la Sierra de nuevo.



CAPÍTULO 3

De nuevo en camino a la Sierra

FRANCISCO PORTUONDO, del M-26-de julio, santiaguero, era chofer de la empresa de ómnibus Santiago-Habana. A él y a su compañero, cuyo nombre nunca supe, los conocí en el viaje de Santiago de Cuba a La Habana cuando nos trajo, uno a uno, a los que pertenecíamos a una célula de acción y sabotaje del Movimiento 26 de Julio en la capital oriental.

Como ya había tomado la decisión de regresar a la Sierra, hablé con mi hermano en los primeros días de agosto para que contactara con el chofer Portuondo en la terminal de ómnibus de La Habana con el fin de que me llevara hasta Santiago. El día previsto lo esperé por la madrugada en Concha y Luyanó, donde vivía mi hermano. Cuando venía el ómnibus, hizo señas con las luces, como se había acordado, paró y me subí.

El viaje transcurrió sin contratiempos. Al llegar a Bayamo, Portuondo me dijo que no me bajara del ómnibus. Los guardias hicieron bajar a todos los pasajeros y subieron dos de ellos para registrar el ómnibus, y le preguntaron por mí; él les respondió que yo era su sobrino, y como él llevaba cartas y paquetes a los soldados, ellos creían que era batistiano. Seguimos sin problemas, pero al entrar a Santiago, me dijo que no podía llegar hasta la Plaza de Marte, que era donde

el ómnibus terminaba el recorrido, porque era peligroso, pues allí identificaban a todos los pasajeros, por lo que me dejó en la avenida Céspedes, cerca del cuartel Moncada, que era el lugar más cercano al reparto Sueño, donde yo había estado escondido. A esa hora ya estaba vigente el toque de queda. Esa fue la última vez que lo vi.

Después del triunfo de la Revolución me enteré de lo que le había sucedido a Portuondo. Les voy a contar los hechos.

En los últimos meses de 1958, el alto mando dio la orden al Ejército Rebelde de no permitir el tránsito por la Carretera Central. Un día, Portuondo, por estar tan “identificado” con los soldados de Batista en los distintos puntos de control, para que no sospecharan decidió salir para La Habana a pesar del riesgo que implicaba para su vida. Una patrulla rebelde le impidió el paso, desafortunado encuentro en el que resultó gravemente herido, lo que le ocasionó quedarse inválido. ¿A cuánto ascendería la cifra de revolucionarios, armas y paquetes que estos dos heroicos combatientes clandestinos trasladaron, arriesgando sus vidas, valiéndose de su trabajo como choferes?

Ya en Santiago, me dirigí rápidamente a la casa de Matilde Rosales. Cuando me vieron llegar se sorprendieron; me dijeron que los otros compañeros ya estaban en la Sierra. Más tarde llegó una compañera y me advirtió que estuviera preparado. Al amanecer se apareció con un yipi cargado de mujeres y niños, y nos subimos. Salimos esquivando las postas de los guardias y, cerca de Dos Caminos, entramos por una guardarraya hasta La Caridad en el territorio libre del Segundo Frente Oriental Frank País, donde topamos con una posta de los rebeldes. Allí radicaba la jefatura de la compañía A, al frente de la cual estaba el capitán Raúl Menéndez Tomassevich. Él no se encontraba, pero la compañera les explicó que yo iba para la Comandancia de Lussón; les pidió



que me llevaran a la casa de Justina Castillo hasta que él pasara y me recogiera. Me quedé allí y al otro día Lussón pasó y me recogió.

El Arpón

Llegamos a El Arpón, donde ocupaba la Comandancia de la Columna 17 Abel Santamaría, del Segundo Frente Oriental Frank País, a la cual me incorporé en la primera quincena de agosto de 1958. El jefe era el comandante



Antonio Enrique Lussón Batlle.²⁴ Permanecí allí hasta el 3 de enero de 1959, cuando fui designado para integrar la escolta del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

La Comandancia ocupaba un chalet de madera situado en una elevación del terreno, donde vivían los jefes y las mujeres; el resto de los combatientes vivíamos al frente, en la cubierta de un secadero de café, porque esa era una zona cafetalera. Cerca del chalet y el secadero pasaba un camino, a unos cuatrocientos metros. Muy próximo corre el río Jarahueca, y paralelo a este pasa el camino que va de La Prueba a Mayarí Arriba. Al lado del río está Loma Blanca, a la derecha del secadero; más abajo hay varias casas muy humildes, donde vive la población

Comandante Antonio Enrique Lussón Batlle. Foto de archivo del autor.

²⁴ Actualmente es general de división de la reserva y Héroe de la República de Cuba.



del lugar, y a un lado del río hay un terreno llano que se acondicionó para una pista.²⁵



El Arpón. Comandancia de la Columna 17 Abel Santamaría. Foto archivo del autor.

Cuando llegué, después de saludar a los compañeros, me mandaron a que viera a Raúl Gobeá, quien era el intendente; este me entregó un par de botas, un saco y dos pedazos de sogá para hacer una hamaca, cosa que en mi vida yo había visto; gracias a Humberto Carsí, que me la hizo, pude acostarme esa noche, pero no pude dormir porque me mareé. Además, el frío era insoportable y yo no tenía con qué taparme; la neblina lo cubría todo hasta que salía el sol. Después me dieron una enguatada.

²⁵ Donde tiempo después aterrizó el *King Fisher*, un avión perteneciente a la Marina, que sufrió una avería.



A los pocos días, el jefe de la oficina de la Comandancia, el teniente López Quero, me llenó una tarjeta con todos mis datos. Al poco tiempo organizaron el hospitalito en un área boscosa cerca de la Comandancia, en La Guinea; el jefe era el doctor Creach, quien contaba con la ayuda de varias compañeras.

También teníamos una planta de radio que se identificaba con el indicativo “Ocho Leones Feroces”. Entre los compañeros que trabajaban con la planta estaba Emilio Navarro²⁶, por eso le decían *León Feroz*. En esa época realizábamos pocas actividades; algunas veces nos enseñaban a marchar; armar, desarmar y limpiar las armas, y también hacíamos guardia. En ocasiones, cuando había sol, nos íbamos para el río a bañarnos, solo así podíamos hacerlo porque el agua era muy fría; también íbamos a lavar la ropa cuando conseguíamos jabón.

Los compañeros me decían *El Habanero*, por mi procedencia; había otro habanero al que le decían *Habana*—su nombre era Eduardo García González—, que sobresalía por su modestia, compañerismo y preparación política; estuvo preso y fue torturado en el Castillo del Príncipe, y murió heroicamente en el combate de Sagua de Tánamo.

La Móvil

En la Comandancia se creó la Móvil, que era la fuerza de choque de la Columna 17, a la cual yo pertenecía. En ese momento, estaba compuesta por cuarenta y tantos combatientes, y contaba con buenas armas. Yo aún estaba desarmado, y en la primera acción en que participé fui

26 Se convirtió en traidor en los primeros años de la Revolución.



con un arma prestada pero después se me entregó un Springfield.

El primer jefe de la Móvil fue Vicente Ricalo Palais, que fue sustituido por Rigoberto Sancho (*Santa Clara*); lo relevó René González Silverio²⁷, quien estuvo en ese cargo hasta el triunfo de la Revolución. Posteriormente, con el éxito obtenido en los combates, en los que se capturó gran cantidad de armas, se crearon otras fuerzas como esta.

Entre los combatientes había músicos, poetas y locos; lo mismo componían una canción, un poema, hacían chistes y otras locuras.

Una madrugada se oyó un disparo; nos tiramos de las hamacas y tomamos posición. En la posta estaba Anubis Corría, quien dijo que había visto un bulto y le dio el alto. Esa noche nadie durmió, no se veía ni a dos pasos de distancia por la neblina. Después Corría nos contó que fue él quien, por broma, disparó porque estaba de posta como castigo; este compañero era muy simpático y alegre.

Un día me llegó una carta de Yito, que estaba con René de los Santos, donde me comunicaba que mi papá estaba grave y que deseaba saber de mí. Le enseñé la carta a Lussón y me dijo que en esos días iba a salir un yipi para La Prueba y podía llegarme hasta San Benito para llamar por teléfono desde el correo. En el trayecto tuvimos que pasar varias veces el río. Cuando llegábamos a la orilla le quitábamos la correa del ventilador para que el agua no salpicara el motor; también le poníamos un guante de látex al distribuidor para que no se mojaran los platinos. Al llegar a San Benito se tomaron las precauciones, por si los guardias venían de Alto Songo. Llamé a mi casa y me dijeron que todos estaban bien, que no sabían de dónde él había sacado esa noticia.

27 También resultó traidor al inicio de la Revolución.



La comida estaba muy escasa, todos los días comíamos plátano fongo²⁸ y malanga, y muy pocas veces carne. Un día nos enteramos de que venía un arria de mulos con provisiones; se oían los cencerros a varios kilómetros de distancia y nosotros, ansiosos, esperando. Cuando llegó, lo que traía era plátano y malanga. La situación cambió tras comenzar las acciones combativas en los pueblos y se pudieron obtener más fácilmente los abastecimientos; además, la población nos brindaba comida cuando las circunstancias lo permitían.

Del otro lado del río, colindante al camino, había una casa de madera abandonada, donde se instaló la cárcel de tránsito para los chivatos y esbirros que teníamos presos, y de allí se mandaban para la Cueva de Verdejo.²⁹ También radicaban ahí los compañeros que no tenían armas. Un día Rafael Gobeá, hermano de Raúl Gobeá, *Gobeíta*, estaba limpiando el fusil y se le trabó una bala; lo apoyó en la pared para buscar una baqueta y sacarla, pero el fusil resbaló y se disparó. El proyectil atravesó tres paredes y mató a un esbirro de apellido Barceló, que estaba durmiendo en el suelo. Por esa razón, Gobeá estuvo detenido hasta que se comprobó que fue casual.

La Armería

En una visita que hizo a la Comandancia el capitán Manuel Piñeiro, *Barba Roja*, lo acompañaban los compañeros Dominique Mikaelí, *Tanqueta*, y Sóstenes Montero, *Brazo Fuerte*. Nos formaron para comunicarnos que venían a impartirnos unas clases prácticas en el terreno sobre las distintas técnicas que había para tomar una posición. Estas

28 Plátano burro verde hervido.

29 Cárcel donde se enviaba a los delincuentes, esbirros y chivatos.



se realizaron en el área que está entre la Comandancia y el río, en la que aprendimos cosas que solo había visto en películas.

Después Piñeiro habló con nosotros sobre varios temas; nos preguntó si alguien de nosotros tenía alguna idea para fabricar algo que ayudara a combatir al Ejército, lo planteara. Le comenté que tenía pensado cómo hacer un lanzallamas con un extintor; le gustó la idea y me llevaron para Soledad de Mayarí, donde radicaba la armería del Segundo Frente. El jefe era el comandante Manuel Fajardo, con él estaban Carlos Preval y otros compañeros. Le explicaron la idea que yo tenía y le gustó. Allí se fabricaban minas, bombas, granadas, los M-26³⁰, morteros, cañones; también se reparaban armas. Se estaba desarrollando un fusil automático, parecido al San Cristóbal fabricado en Santo Domingo, que lo estaba procesando Preval, por eso lo bautizaron con el nombre de San Preval.

Cuando estábamos en las gestiones para conseguir el extintor, llegó Orestes del Río, que en ese momento era el jefe de la Fuerza Aérea Rebelde, y nos advirtió que para eso hacía falta un compresor especial que lo cargara; nos convenció y hasta ahí llegó la idea del lanzallamas. En el primer yipi que pasó regresé a El Arpón.

Cuando creí que me había quedado inválido

El 10 de septiembre salimos desde El Arpón en varios vehículos con destino desconocido; esta era la primera acción combativa donde iba a participar. Me habían prestado un fusil de un compañero de apellido Atón, quien no podía caminar por tener ampollas en los pies. La mayoría de los combatientes íbamos en un camión, y por el camino cantábamos el himno del 26 de Julio³¹ y otras canciones que

30 Granada con una mecha, que se lanzaba con un fusil.

31 La letra del himno 26 de Julio, aparece al final del capítulo.



habían compuesto los combatientes a partir de las tonadas de moda en aquel entonces, como *La Móvil de Lussón*, *Carsi huevú*, rancheras y otras. Cuando llegamos, resultó que era un lugar cerca de San Benito, por donde pasa la línea que va de este poblado a Jotinicú. La misión consistía, de conjunto con los integrantes de la compañía A, en descarrilar el tren para capturar las armas de los guardias que venían custodiándolo.

El jefe de la Móvil en ese momento era Rigoberto Sancho, quien en una curva de la línea organizó la emboscada; esta consistía en sacar varios de los clavos que sujetan los raíles para que el tren se descarrilara y situar a los asaltantes a la derecha del tren, lo que permitiría dominar las puertas y no dejar que los guardias se escaparan. Cuando estaban sacando los clavos, vieron la chispa³², que venía delante del tren revisando la línea, y hubo que retirarse del lugar. Al poco rato pasó el tren y le disparamos unos tiros. Me quedé con las ganas de combatir. Con esto terminó la misión.

Cuando regresábamos al campamento, se nos rompió el camión y tuvimos que continuar a pie bajo tremendo aguacero, lo que dificultó caminar por tanto fango. Llegamos de noche a El Arpón y, después de limpiar las armas, me tiré en la hamaca destruido; era la primera caminata que realizaba desde que llegué a la Sierra. Cuando me despertaron para comer y traté de levantarme, no podía dar un paso; me asusté, porque pensé que había contraído la poliomielitis. Carsí, que estaba a mi lado, me dio ánimo. En su mochila tenía de todo; cogió cebo de carnero y, en un reverbero, lo calentó. Comenzó a darme masajes en las piernas y me ayudó a dar unos pasos hasta que, poco a poco, pude caminar. Después fuimos a comer, habían matado una res y no se podía desaprovechar.

³² Pequeño vehículo de motor que utilizan en el ferrocarril para trabajar en la línea.



Sabanilla

El comandante Lussón me mandó a buscar a la jefatura y me preguntó si yo era mecánico. Al responderle que sí, me dijo que se estaba organizando un taller en Sabanilla para reparar los carros, y hacía falta que fuera para allá. El teniente Quero iba en dirección a la Comandancia del Segundo Frente, en Mayarí Arriba, y me dejaría en Sabanilla.

Cuando llegamos, Quero me presentó al jefe del taller, un sargento de apellido Maceo; le dijo que yo era mecánico y que me subordinaría a él. Maceo me mostró el lugar; era una casa vieja de madera, al lado izquierdo del camino, y a su derecha pasaba el río.

En un fogón improvisado con dos piedras había una lata; yo pensé que estaban haciendo café. Me brindaron algo en una lata de leche condensada y cuando lo probé, aquello sabía a rayos; inquirí qué era y me respondieron que se trataba de un cocimiento de no sé qué planta. Les pregunté si no tenían café y me contestaron que a ellos no les daban café, a pesar de que esa era una zona cafetalera.

En el supuesto taller no había ningún tipo de herramientas, como llaves, güinche, tornillo de banco, gatos, en fin, nada con qué trabajar. Cuando me doy cuenta de dónde había caído, pensé que si me había arriesgado en la clandestinidad combatiendo, en Santiago de Cuba y en La Habana, ¿cómo me iba a quedar allí? Yo me había alzado para combatir, para asilarme me hubiera quedado en La Habana. Pero es verdad que no solo luchando con las armas se derrotaba a la dictadura. También eran imprescindibles los cocineros, médicos, mecánicos, arrieros, choferes, mensajeros, linieros y muchos más, que harían la lista interminable; sin estos abnegados compañeros la victoria no hubiera sido



posible. Ellos tienen tantos méritos como el mejor de los combatientes.

Hablando con Maceo, le comenté que yo era mecánico de cajas automáticas, que se reparaban con herramientas especiales, usaba overol blanco y le dejé caer que me bañaba con agua caliente y tomaba agua de botellón. Por la forma en que se lo dije, no le gustó, puso mala cara y me miraba de forma desconfiada. Seguro que pensó: —¡Este habanero es un bitongo!³³

El sargento Maceo me dijo que cuando regresara Quero hablaría con él para que no me quedara en el taller. Los yipis no tenían silenciador porque se les caía por los caminos, que eran prácticamente intransitables, y no había con qué soldarlos, por eso se escuchaban desde varios kilómetros de distancia. Cuando Quero llegó, Maceo habló con él; entonces me llamó y me dijo que recogiera mis cosas, que regresaría a El Arpón, lo que hice de inmediato. Había logrado lo que quería, regresar a la Comandancia para continuar como combatiente.

Tiempo después, me puse a pensar cómo cambia la vida de una persona en dependencia de la decisión que se tome en un momento determinado. Ese día, sin saberlo, decidí mi futuro. De haberme quedado en Sabanilla, no hubiera participado en las acciones que realizó la Móvil hasta el 1.º de enero de 1959. Hoy me pregunto: ¿cuál hubiera sido mi destino, sería el mismo que tuve a partir del 3 de enero de 1959?

Misión en Mayarí

El 2 de octubre, por la mañana, el comandante Lussón nos mandó presentarnos a Luis Hierrezuelo y a mí a la jefatura; con él estaba Wicho Mastrapa. Nos ordenó ir

33 Así le decían a los niños acomodados y consentidos por sus familias.



a la zona de Mayarí Abajo a buscar un yipi, un camión, las herramientas y los equipos de un taller, y otras cosas. A la misión se incorporó Edermo Castillo.³⁴

Recientemente me comentó Edermo que entonces tuvo la impresión de que, además de lo mencionado, también teníamos la misión de intentar apoderarnos de un avión en Preston, pero que no lo podía afirmar. Como no se llegó a realizar, y tampoco yo lo recuerdo, de ser como él dice, esa sería la misión principal y las que se cumplieron fueron las secundarias.

Nos prestaron tres pistolas y un revólver; las armas cortas eran muy escasas. Wicho era el jefe del grupo; como él era de Mayarí, conocía toda la zona, los campamentos de los rebeldes, los jefes de estos y tenía mucha experiencia manejando por las lomas.

Pasamos por Mayarí Arriba, la Sierra de Nipe y, antes de dirigirnos a Mayarí Abajo, paramos en el campamento rebelde El Colorado, que pertenecía a la tenencia de Rolando Matos.

Bajamos a Mayarí, por el camino, hicimos escala en la casa de los Quinta; nos atendieron muy bien. Seguimos y pasamos por un lugar que le dicen Los Planos Inclinados, por donde bajan y suben los vagones con material para la Nicaro. Paramos en una casa en las afueras de la ciudad, en Seboruco, a dos cuadras de El Cocal y no lejos del cuartel. El Cocal unas veces lo tenían bajo su poder los rebeldes y otras los guardias. En un alarde de valentía, donde no sé qué queríamos demostrar, Edermo y yo nos fuimos caminando hasta El Cocal, con los brazaletes

34 Actualmente es coronel de la reserva del Minint.



del 26 de Julio puestos y la misma ropa con que nos habíamos alzado.

Al otro día salimos para Felton en una chispa. Cuando llegamos, Wicho se reunió con un compañero del Movimiento; después nos pelamos y afeitamos, y fuimos a probar las armas al parque. El revólver de Edermo no disparaba, allí lo arreglaron y regresamos a Mayarí.

Unos días antes de llegar nosotros, unos compañeros del Movimiento habían parado un tren con varias cisternas de combustible, pero solo le abrieron las llaves y lo dejaron seguir para Preston. Con la escasez de combustible que teníamos en todo el territorio rebelde, no se les ocurrió llenar algunos bidones.

Después salimos para Guaro, que era el lugar donde se recogerían el camión, las herramientas y los equipos de un taller, unos tanques de aceite y otras cosas, pero el camión no estaba y se acordó que al otro día iríamos a buscarlo. Regresamos y después nos fuimos a Cueto, escondidos en una furgoneta de un amigo de Wicho, que utilizaban para distribuir cigarros de la marca Regalías el Cuño por los establecimientos de la zona. Hubo un momento de extrema tensión al pasar por el cuartel del ejército en Guaro; la posta nos paró para realizar el control de rigor, pero la sangre fría del chofer evitó que registraran el vehículo, pues como el guardia lo conocía, lo saludó y seguimos para el lugar donde recogeríamos el yipi. Llegamos cerca de la casa al atardecer. Wicho decidió que nos quedáramos escondidos en un cañaveral y nos dijo que lo esperaríamos; allí pasamos la noche, con un frío tremendo y una cantidad de mosquitos que no nos dejó dormir. Yo prendí un tabaco



para espantarlos con el humo y cogí tremenda borrachera, porque nunca antes había fumado.

Por la mañana temprano, cuando llegó Wicho, fuimos a ver al dueño del yipi. Él habló con el hombre y le explicó la necesidad que tenía la Revolución de que nos entregara el vehículo, y nos respondió que hacía rato estaba esperando a que lo fueran a buscar; ya le había dado mantenimiento y tenía el tanque lleno. Se notaba que simpatizaba con nuestra causa. La esposa, muy amable, nos brindó café, que buena falta nos hacía.

Tomamos el camino y antes de llegar a la carretera de Mayarí, Wicho le preguntó a un campesino si había visto el camión que recogía a los guardias que ubicaban en los caseríos situados al lado de la carretera; el campesino respondió que habían acabado de pasar. Cuando miramos bien, el camión se veía a lo lejos, pero Wicho decidió temerariamente seguir por la carretera, para ahorrar camino. Aunque íbamos lejos, los guardias se dieron cuenta de que veníamos siguiéndolos y empezaron a dispararnos. Wicho, rápidamente, hace un giro en U, pero a Hierrezuelo se le cae el cargador de la pistola y tuvimos que parar para recogerlo, después dobló por la primera guardarraya que encontró en un cañaveral y nos alejamos del lugar. Fuimos para Guaro a recoger el camión. Cuando llegamos estaba allí, ayudamos a cargarlo y salimos.

Recuerdo que llegamos a un pueblito que se llama Marcané; se levantó una polvareda de tierra colorada que no dejaba ver nada. Llegamos a la casa donde vivía Lina, la madre de Fidel y Raúl Castro, y nos brindaron unas galletas grandes con dulce de guayaba –hacía dos días que no comíamos nada–; allí aprovechamos para arreglar el camión, que estaba roto. Continuamos viaje por un camino de montaña en desuso, empedrado y en muy malas condiciones, que conduce a la Sierra de Nipe. La cama del camión se trabó entre un árbol y



el farallón; pero por suerte era un camión Ford cañero al que se le puede quitar la cama y hubo que dejarla ahí. Seguimos adelante y pasó un avión que no nos vio; después, cuando estábamos lejos, oímos que, al parecer, estaba disparándole a la cama del camión. Más adelante tuvimos que dejar el vehículo porque se rompió de nuevo.

Cuando llegamos a Mayarí, el 16 de octubre, vimos al capitán Abelardo Colomé Ibarra, *Furry*, jefe de la compañía C, a Rolando Matos, *Matador*, y a otros compañeros que habían abordado un tren cargado de mercancías y combustible; lo tenían detenido en el ramal que sube hacia las minas. Las cisternas de combustible las subieron con el güinche de los Planos Inclinados y las camuflaron; los otros vagones traían cemento, cajas de salchichas marca La Catedral y otros productos. Nosotros nos incorporamos a la operación hasta que se terminó de descargar toda la mercancía. Después regresamos a El Arpón.

Mi primer combate en las Minas de Ocujal

La Móvil de la Comandancia salió rumbo a Nicaro. Después de recorrer un largo camino para llegar hasta allá, bajamos por la Loma de la Bandera y pasamos por el aserrío. Cuando llegamos a Nicaro, nos encontramos que esta localidad había sido tomada por los combatientes de la Columna 19 que operaban en esa zona del Segundo Frente; recuerdo a Ricardo Cisnero Díaz, Jotor, Melquíades, Cardero y otros. Estando nosotros allí, llegó el jefe del Segundo Frente, el comandante Raúl Castro Ruz.

El 23 de octubre Lussón recibió la orden de seguir hacia las Minas de Ocujal, donde estaban atrincherados los guardias contra los que se había combatido en dos ocasiones, y que fue tomada la primera vez el 29 de mayo de 1958



por combatientes al mando del capitán Antonio Enrique Lussón; posteriormente, el 30 de julio se volvía a tomar.³⁵

Los rebeldes que habían tomado Nicaro se vieron obligados a retirarse, porque llegó la fragata *Antonio Maceo* y comenzó a disparar contra el poblado, y existía el peligro de que acertara a dar en los tanques de amoníaco y ocurriera una catástrofe. Antes de retirarse, el teniente Luis Artemio Carbó le disparó a la fragata con el cañón Hotkins antitanque de 20 mm y ocasionó varias bajas entre los marineros. Después del triunfo de la Revolución, en una travesía que hizo el Comandante en Jefe en esa fragata, nos enteramos de que habían sido seis las bajas y nos enseñaron los impactos. Esta fue la primera ocasión en que tuve la posibilidad de combatir.

En la entrada que lleva a las Minas de Ocujal nos bajamos de los carros y seguimos a pie. Lussón decidió cortarles la comunicación a los guardias, y me brindé para subir al poste y cortar los cables; cuando estaba arriba, por desconocimiento, los corté del lado contrario y el poste comenzó a caer; esto me obligó a deslizarme rápidamente, lo que me ocasionó la pérdida de toda la piel de las canillas hasta el hueso. Me brotaba mucha sangre. Allí me curaron y me vendaron las dos piernas, pero podía caminar.

Cuando se hizo de noche, seguimos caminando bajo un torrencial aguacero hasta las Minas de Ocujal. Esperamos a que oscureciera para acercarnos y tomar posiciones, lo que nos costó mucho trabajo porque desconocíamos dónde estaba atrincherado el enemigo. Nos ubicaron en el tramo que va desde el taller hasta los vagones de ferrocarril. La escuadra a la que pertenecíamos la situaron en la parte del taller desde donde se divisaba la entrada del lugar en el que estaban atrincherados los guardias; a pesar de esto, la

35 En esta ocasión, cayó valerosamente Emilio Bárcenas Pier.



ubicación no era la mejor, porque desde allí solo podía disparar un compañero sin exponerse.

Los soldados se habían fortificado muy bien en una elevación cerca del tanque del agua, a unos ciento cincuenta metros del taller; allí construyeron un parapeto de tierra y lo reforzaron con algunas cuchillas de buldócer a la entrada.

Frente al taller pasaba el camino que conducía al lugar donde se encontraban los guardias. Había un parqueo techado, donde estaban los carros contra incendios y otros vehículos; este se hallaba a tiro directo de los guardias.

Nosotros ayudamos a sacar una camioneta del lugar, apoyados por el fuego nutrido del resto de los combatientes.

Por la mañana, desde el oeste, llegó la aviación y comenzó a ametrallar nuestras posiciones; nos protegimos en el hueco de la planta de engrase, donde había dos buldóceres. Cuando los aviones pasaban, algún compañero salía y le disparaba a los guardias; eso parece que los enfurecía, porque los aviones seguían ametrallando sin parar. Al otro día, uno de los buldóceres se incendió por los disparos de los aviones; salí y vi el asiento ardiendo, lo apagué, con una cántara de leche que nos habían traído momentos antes para desayunar. Cuando se fueron los aviones, salimos y los demás preguntaron por la leche, a lo que respondí que ese era el único líquido que había a mano en ese momento para apagar el fuego, y se disgustaron mucho; después recolectamos varios extintores y los pusimos en el hueco.

El techo estaba tan acribillado que se podía ver el cielo. Al día siguiente, cuando volvieron los aviones, lanzaron una bomba de napalm que por suerte cayó en el parqueo situado frente a nosotros, al otro lado del camino, y todos los carros se quemaron. El calor era insoportable, tuvimos que abandonar el taller y meternos debajo de los vagones, que estaban llenos de mineral, y son más fuertes



para resistir los bombardeos y el ametrallamiento. A pesar de eso, cuando pasaban los aviones desde el oeste, que era donde estaban los guardias, salíamos y les disparábamos, y cuando giraban, venían rasante desde el este y los proyectiles impactaban contra los costados de los vagones. Para protegerme, me había enroscado en el eje pegado a la rueda. Una avioneta, a la que le decíamos “*la chismosa*”, volaba sobre nosotros disparando con una ametralladora calibre 30,06 con trazadoras³⁶; esta era la que señalaba los objetivos a los aviones. De pronto siento un estruendo en la escalerilla del vagón, y un golpe en el brazo y un muslo; entonces me di cuenta que estaba sangrando, y le digo al que estaba a mi lado que me habían “*tocado*”³⁷; no me podía mover del lugar, aquello era un infierno. Me viré hacia donde estaba Lussón, a unos metros detrás de nosotros, y le grité que me habían herido; me contestó que no me moviera. Allí también hirieron en un muslo a Manolito Céspedes cuando se retiraba.

Alguien dijo que habían dado la señal de retirada (la señal era Jacinto), pero nosotros no la oímos y nos negamos a retirarnos; al poco rato sentimos que los tiros de los guardias se oían más cerca, por el noroeste. Cuando nos asomamos, los guardias habían salido de sus posiciones y trataban de rodearnos; entonces decidimos retirarnos bajo el ametrallamiento de los aviones. Hubo momentos en que volaban sobre nosotros varios al mismo tiempo; cuando empujamos para retirarnos sucedió que no podía caminar porque tenía lo que llaman una seca³⁸ a causa de las heridas en las

36 Tipo de bala que, al ser disparada, la munición se enciende y hace visible el proyectil, lo que permite al tirador seguir la trayectoria de la bala para corregir su puntería. También posibilita al jefe de un grupo armado designar los objetivos a sus subordinados.

37 Herido.

38 Así se le dice a la inflamación de uno de los ganglios en la ingle.



piernas que se habían infectado, y tenía fiebre; la herida del brazo no me dolía. Entonces Evelio Lalondriz³⁹ me ayudó a salir de allí con gran dificultad. Varios compañeros nos retiramos a saltos, esquivando el ametrallamiento de la aviación; así pudimos llegar hasta una cañada profunda, pero me caí; no me maté porque la cantimplora se trabó con una rama. Seguimos por la cañada y llegamos al entronque de la carretera con Mayarí, que era el lugar señalado. Allí estaban otros compañeros, entre ellos Letucé, quien tenía emplazada la ametralladora 30 en el portal de la bodega, por si venían los guardias desde Mayarí, y muy cerca unos combatientes habían situado una emboscada en Guerrita.

Cuando dieron la orden de retirarnos, me subieron a un yipi porque no podía caminar, además del tiro en el brazo; después me pasaron a una chispa y seguimos hasta cerca de Mayarí. De allí regresamos en yipi a El Arpón, donde el doctor Creach trató de extraerme el proyectil, pero no pudo. Con posterioridad al triunfo de la Revolución, en 1961, lograron sacarlo en el hospital de Cienfuegos.

Primer combate de Alto Songo

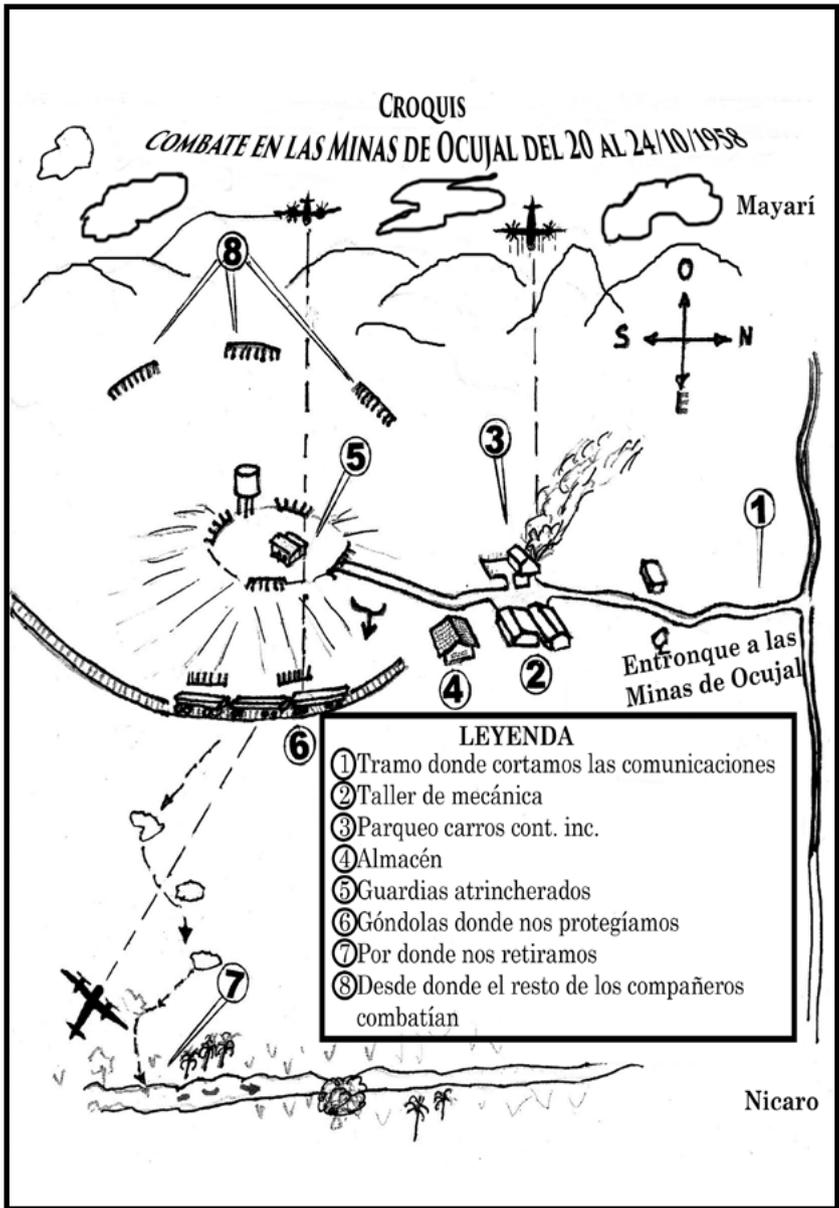
Alto Songo fue el objetivo principal de la operación *Gancho*, que contemplaba otras acciones militares en el Segundo Frente Oriental.

Fue planificada por el comandante Raúl Castro Ruz cumpliendo órdenes de la Comandancia General con vista a entorpecer, e incluso impedir, en territorio rebelde la farsa electoral nacional que pretendía realizar el régimen con fecha 3 de noviembre.

Después de varios días recuperándome en el hospitalito, noté un ajetreo entre las enfermeras, recogiendo los

39 Perteneciente al pelotón del primer teniente Roberto Letucé, de la Columna 19.





Tercer combate en las Minas de Ocuajal. Del archivo del autor.



medicamentos y metiéndolos en mochilas; era lo que se hacía cuando se iba a un combate. Hablé con el doctor Creach y lo convencí de que me autorizara a ir, pero me dijo que me había reportado como baja, y que a quien yo tenía que convencer era a Lussón. Me vestí y fui para la Comandancia a hablar con Lussón. Me costó trabajo persuadirlo; me daba golpes en el brazo, el dolor era fuerte, pero aguanté; entonces me respondió que mi fusil se lo habían dado a otro compañero. Mi salvación fue su ayudante, el teniente Quero, quien al ver el esfuerzo que yo hacía, le informó que ahí estaba el fusil de Atón, que no había regresado del permiso. Así fue como pude participar en el primer combate de Alto Songo. Antes yo había utilizado ese fusil, cuando ese combatiente estuvo con ampollas en los pies. Antes de salir, en el hospitalito me dieron una bolsa con alcohol, mentol, sulfa y vendas para curarme. Después, cuando tenía tiempo, yo mismo me curaba con un lápiz; lo introducía despacio en la herida para que no me doliera.

El día 1.º de noviembre, temprano en la mañana, el comandante Lussón nos organizó por escuadras; se distribuyeron las municiones equitativamente y yo fui designado a la escuadra de Julio Hernández.⁴⁰ Estos preparativos indicaban que pronto tendríamos “fiesta”, como decíamos cuando se aproximaba alguna acción contra la dictadura; en este caso, era el ataque al poblado de Alto Songo, para evitar que se realizara la farsa electoral que estaba prevista para el 3 de noviembre.

Días antes se había conseguido tela verde olivo y un sastre para hacer los uniformes. Las mujeres que vivían por los alrededores ayudaron a coserlos y bordar los brazaletes; al parecer, el hilo estaba podrido, porque

40 Traicionó años después del triunfo de la Revolución.



la mayoría se descosió cuando hacíamos algún esfuerzo, sobre todo los pantalones. El último uniforme que se confeccionó fue el mío.

Por la tarde salimos en los yipis y paramos en la casa de los padres de Lussón. Cuando cayó la noche, se nos encomendó la misión y emprendimos la marcha a pie hasta las afueras del poblado. Había un silencio como los que preceden a un suceso importante.

Cuando empezamos a avanzar no se veía ni un alma, únicamente se escuchaban los ladridos de los perros que delataban nuestra presencia, por eso los llamábamos “los chivatos”. Entramos al pueblo por el camino de San Benito; al frente, por la derecha, íbamos el comandante Lussón y René González. Caminamos a ambos lados de la vía que conduce a un garaje situado en la calle principal, frente a un club llamado La Terraza, que está en la parte alta de un edificio. El capitán Abelardo Colomé, tenía la misión de sitiar y rendir el cuartel del ejército; el capitán Raúl Menéndez Tomassevich debía vencer las fuerzas que estaban en la estación de policía, y la Móvil de la Comandancia tomaría el Ayuntamiento, donde se habían atrincherado los soldados.

Lussón nos mandó a subir al club, donde no había nadie, pero desde ahí se veía el Ayuntamiento. Cuando nos asomamos, nos dispararon y rompieron el tubo de luz fría, que estaba encendido; no vimos de dónde provenían los tiros y empezamos el ataque, a pesar de que desde ese lugar la visibilidad era muy mala.

Acto seguido, nos mandaron para el ala derecha del Ayuntamiento, por donde estaba Valle Lazo, pero no se veía nada; entonces fuimos hacia la parte de atrás y continuamos atacando hasta que amaneció, cuando se logró desalojar a los guardias que estaban en la parte posterior del edificio,



que tenía por ese lado tres pisos, y se le dio candela a todos los documentos. Entre las cosas que se tiraron al fuego estaban las cédulas de votación, entregadas por los ciudadanos a los sargentos políticos de la dictadura para garantizar el voto para los batistianos. Esto de quemar las cédulas lo hicieron por desconocimiento, ya que por ellas se podía saber quiénes apoyaban al gobierno, aunque algunos lo hacían para que les resolvieran una cama en el hospital, una beca o por dinero.

Logramos llegar al portal, pero los guardias se habían atrincherado dentro, frente a la puerta principal, en la parte de la escalera, e impedían que penetráramos. Primero logramos abrir la puerta y, cada vez que nos asomábamos, nos daban un cierre a tiros. Gracias a una Thompson 45, que nos prestó un compañero que no pertenecía a la Móvil, más los cócteles molotov, pudimos desalojar a los guardias, que subieron al piso superior. Ya en la planta baja, se le ocurrió a uno de los nuestros arrimar a la escalera los buroses, archivos, papeles y demás cosas que pudieran ser inflamables y se les prendió candela. En ese momento nadie sabía que había mujeres y niños junto a los guardias.

El fuego era tan intenso que tuvimos que salir de allí por el calor y el humo, y nos situamos a un lado del edificio. A los soldados no les quedó más remedio que rendirse, pero no podían bajar por la escalera pues las llamas continuaban. Se asomó un guardia por la última ventana con un pañuelo en señal de rendición y, al ver que no le disparábamos, salió por la ventana hacia el alero, sin el arma, y lo conminamos a que entrara y nos tirara los fusiles. Como titubeaba, le disparamos un tiro al lado; entonces entró y empezó a lanzar los fusiles. Al primero que cayó se le rompió la culata contra el piso, los otros los cogimos en el aire y se los dábamos a los compañeros que estaban desarmados; después los guardias empezaron a



salir por la ventana, pero desarmados, y se les lanzó una soga para que bajaran por el frente del edificio. Mientras esto ocurría, desde la estación de policía les disparaban, pero se logró evacuar el edificio. El piso se calentó tanto por el fuego que algunos soldados estaban con ampollas en los pies.

Igualmente, se continuó combatiendo contra el cuartel y la estación de policía hasta que se rindieron. Pero esta parte de la historia le corresponde escribirla a los que lucharon en esos frentes.

Después de que se rindieron los guardias del Ayuntamiento, a nuestra escuadra se le encomendó la misión de reforzar al capitán Filiberto Olivera, jefe de la Compañía B, que había situado una emboscada en la entrada de La Maya para impedir que el ejército enviara refuerzos a Alto Songo. Cuando llegamos a La Maya, nos subordinamos a él, que estaba en el Servicentro de Mariano Vicente, a la entrada del pueblo. Al parecer, el capitán Filiberto esperaba más compañeros, porque exclamó: —¿Nada más vinieron ustedes? Éramos siete combatientes, con Julio Hernández como jefe de la escuadra.

En el lugar habían situado una hilera de sacos de arena de un lado a otro de la carretera, a modo de barricada, para combatir. Posteriormente, cuando se rindió la estación de policía en Alto Songo, llegó Tomassevich.

Por la madrugada, el capitán Filiberto, al parecer para probarnos, nos invitó a que lo acompañáramos dos o tres compañeros para tirotear a los guardias que estaban en los altos de un club. Después que los cuqueamos, nos retiramos hacia el Servicentro.

El día 3, por la mañana, fui para Alto Songo a curarme la herida en el brazo, porque la tenía infectada. Estaban curándome cuando llegó la noticia de que los guardias



habían salido de La Maya; nos dirigimos hacia allá, pero cuando llegamos ya se estaban retirando. Más tarde volvimos a ocupar el Servicentro.

Desde horas muy tempranas del día 5 se oía que había movimientos en el cuartel. Nosotros no sabíamos que les había llegado otro refuerzo desde Guantánamo, la emboscada que estaba situada en esa dirección no los pudo detener.

Por la mañana me llegué al taller que está a continuación del Servicentro, donde había un yipi nuevo al que le habían quitado el timón. Como yo era mecánico, se lo puse. Ya estaba terminando cuando pasó una avioneta, y al regreso sentí una explosión en el techo del taller; vi que había un hueco, y me di cuenta de que desde la avioneta estaban tirando granadas. Rápidamente, un compañero que me estaba ayudando y yo nos metimos debajo de un tractor de estera que había allí. En eso oímos un tiroteo muy fuerte y salimos para ver qué pasaba; al asomarnos escuchamos una explosión y se llenó todo de polvo. Una tanqueta había disparado hacia el taller; el cañonazo impactó en la pared, como a tres metros encima de nosotros. Corrí hacia donde estaba Julio Hernández, al otro lado de la carretera, y me ordenó que le avisara al capitán Filiberto, que estaba en una casa frente al cementerio, y al comandante Lussón, en Alto Songo.

Salí como pude, corriendo por la cuneta, que en ese lugar es bastante alta. Llegué y le avisé al capitán Filiberto que los guardias venían avanzando por la carretera y desplegados por el cañaveral. Los combatientes se atrincheraron en el cementerio y emplazaron una ametralladora 30. Seguí corriendo por la carretera hacia Songo, pero los guardias nos veían; por eso, junto con otro compañero que se había incorporado, decidí dejar la carretera y seguir a través



de los patios de las casas. Esto tenía el inconveniente de que nos obligaba a ir saltando las cercas y los guardias se escuchaban cada vez más próximos. Debido a lo agotado que estaba y por el susto que había pasado en el taller, y aún tenía, sediento tomé agua en una casa y me dio un dolor de estómago que no me permitía dar un paso. Entonces decidimos dirigirnos a San Benito, que era el lugar de reunión acordado en caso de tener que retirarnos.

En el camino llegamos a la casa de un campesino, quien al ver que yo no podía caminar, nos prestó un mulo, en el que me montaron, y conmigo se subieron tres compañeros que se habían incorporado en la retirada. Aquel pobre animal no resistió y se desplomó. El dueño del mulo se disgustó con razón, y tuvimos que seguir a pie hasta llegar a la línea del ferrocarril de San Benito a Guantánamo. Continuamos por la línea y cuando estábamos llegando a San Benito, vimos a un grupo, pero no sabíamos si eran guardias o rebeldes; cuando logramos identificarnos nos encontramos con el capitán Luis Carbó, que se había retirado de Alto Songo después de combatir con el refuerzo, donde le destruyó una tanqueta a los guardias con su cañón antitanque calibre 20 mm. Carbó era un refuerzo que mandó el comandante Efigenio Ameijeiras, jefe de la Columna 6 Juan Manuel Ameijeiras. El resto de los rebeldes que se encontraban en Alto Songo se tuvo que retirar precipitadamente. El refuerzo de la tiranía llegó y ocupó de nuevo el cuartel.

Después que nos reagrupamos en San Benito, decidieron evacuar a la población para La Prueba, pues era probable que el ejército atacara y bombardeara el pueblo. Daba pena y dolor ver la evacuación de aquella gente con sus hijos, animales y con lo que podían llevarse en carretones, a caballo, a pie, era una fila interminable que se perdía por el camino hacia arriba. Es importante reconocer



que la población en todo momento nos ayudó, dándonos comida, café; era tanto lo que comíamos que nos hacía daño, pues el organismo no estaba adaptado a asimilar tanto alimento.

A un grupo nos mandaron para el camino, a las afueras del pueblo, por donde podían venir los guardias; allí se organizó la defensa. Cuando terminó la evacuación, ordenaron retirarnos; después establecimos la defensa detrás del pueblo, en la loma; hicimos trincheras en la falda de esta y la camuflamos, pues se esperaba que por la mañana la aviación bombardeara el poblado.

Al otro día, muy temprano, llegaron los aviones y comenzó el bombardeo; desde nuestras trincheras veíamos cómo lanzaban las bombas y las casas volaban en pedazos. Cuando se retiraron los aviones, bajamos para ver los daños, era criminal lo que habían hecho. Después nos dieron la orden de retirarnos a La Prueba, y de allí fuimos para El Arpón.

Por esos días aterrizó, en una franja de terreno al lado del río, como a ochocientos metros de la Comandancia, un avión de la Marina de Guerra de la dictadura⁴¹ que había tenido un desperfecto. El piloto fue apresado por los combatientes y los vecinos cuando trataba de huir. El avión se situó debajo de un árbol y lo taparon con gajos para que la aviación no lo localizara. A nosotros no nos dejaron ir a verlo.

Mi segundo combate en las Minas de Ocujal

El 9 de noviembre se nos propuso una nueva misión. Un pelotón al mando del primer teniente Manolito Céspedes, del que yo formaba parte, salió hacia las Minas de Ocujal

⁴¹ El *King Fischer*, que está actualmente en el Museo de la Revolución, al lado del yate *Granma*.



para reforzar la Columna 19 José Tey con vistas a un nuevo ataque. Este era el cuarto combate en las Minas de Ocujal.

Pasamos por los Pinares de Mayarí y llegamos a Los Mulos; allí estaba el comandante Belarmino Castilla, *Aníbal*, jefe de la Columna 19, y llegamos hasta la planta de mantenimiento, donde se nos explicaron las misiones.

Esperamos a que oscureciera y que un compañero del 26, que trabajaba en la mina, situara un tren con unos vagones llenos de mineral cerca de donde estaban los guardias, a unos ciento cincuenta metros, en el mismo lugar del ataque anterior. La mina era defendida por la compañía 76, al mando del capitán Rollo, y su posición estaba más fortificada que la primera vez, lo que nos impedía avanzar por cualquiera de los frentes, además de que el terreno estaba cubierto por mineral rojo sin ninguna vegetación que nos protegiera. Cuando oscureció totalmente, avanzamos y tomamos las posiciones que nos habían asignado; me tocó en la parte del taller que ya conocía del anterior combate. Pronto se generalizó el tiroteo y nosotros nos teníamos que limitar a disparar solo para el lugar de donde provenían los disparos de los guardias, pues no se veía nada.

Por la madrugada llegaron dos aviones B-26 y ametrallaron nuestras posiciones con trazadoras; era la primera vez que lo hacían de noche. Todo el terreno se iluminaba, lo que nos causó gran impresión, pero pronto nos acostumbramos; además, habíamos aprendido a protegernos. Lo más peligroso era que, al pasar, los aviones disparaban con la ametralladora trasera. De más está decir que le tenía terror a la aviación, porque en el combate anterior, en ese mismo lugar, me hirió una avioneta.

La tierra y el polvo se impregnaban en la piel de tal forma que parecíamos indios pieles rojas, no se caía por



mucho que uno se bañara y lavara la ropa. En eso nos avisaron que en el almacén había unos cien sacos de explosivos y teníamos que sacarlos antes de que los aviones regresaran.

Teobaldo Castillo y Arlix Estruch estaban disparando con la ametralladora 30, cuando se aflojó el trípode y se cayó, impactando los disparos contra el raíl; como consecuencia, Teobaldo resultó herido en la cara, pero fue leve; también Estruch sufrió lesiones, pero después que los curaron siguieron combatiendo.

Tuvimos la baja de Joel Silva, que estaba sentado detrás de un muro mientras los guardias disparaban y los proyectiles explotaban arriba, pero una pequeña esquirla le entró por el oído y lo mató.

Varios días estuvimos combatiendo bajo los ataques de la aviación, hasta que se decidió nuestra retirada, en vista de que no podíamos rendir a los guardias, que una vez más se salieron con la suya, y regresamos a El Arpón.

Segundo combate de Alto Songo

Salimos de El Arpón y paramos en la casa de los padres de Lussón, donde mataron una res; comimos mucho y esa noche nadie pudo dormir por la indigestión. Esta era la segunda vez que iba a participar en un combate en Alto Songo. Después que oscureció, salimos para el poblado; cuando llegamos, el 23 de noviembre, solo había guardias en el cuartel que estaba a la entrada, algo distante. Se distribuyeron los combatientes por las distintas direcciones. Al pelotón del primer teniente Andrés Chongo, al que yo pertenecía en ese momento, lo situaron frente al cuartel, a unos ciento cincuenta metros, en una pequeña elevación al oeste del edificio. Por la izquierda le pasaba la línea



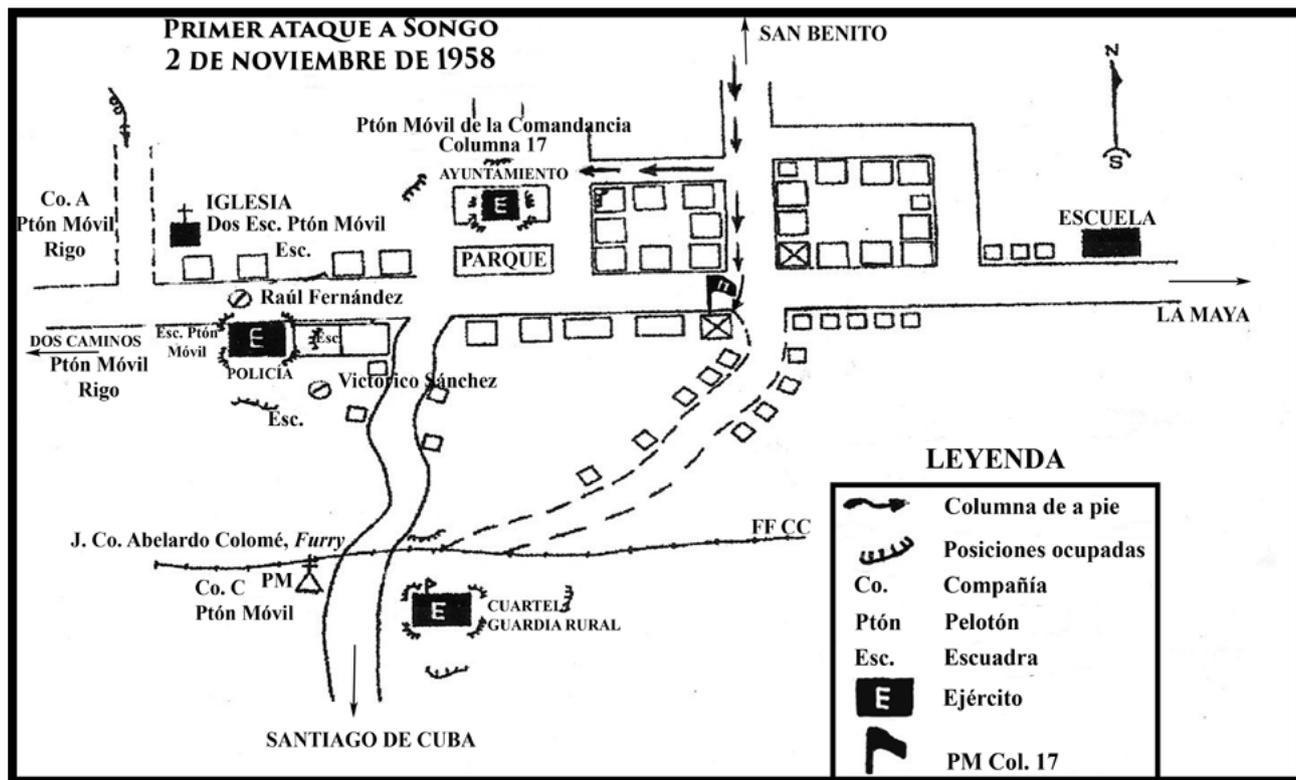


Diagrama del primer combate en Alto Songo. Del archivo del autor.



del ferrocarril hacia La Maya y las minas de Ponupo. Tomamos posiciones lo mejor que pudimos, ya que había anochecido, y nos pasamos toda la noche disparándoles esporádicamente a los guardias con los fusiles y granadas M-26, gritándoles para que no pudieran dormir. Nosotros nos turnábamos para explicarles por qué ellos luchaban y por qué lo hacíamos nosotros.

Al otro día, con mejor conocimiento del terreno, comenzamos a hacer trincheras; ya las cavábamos más profundas porque estábamos seguros de que la aviación nos atacaría.

En el firme de la elevación se construyó una trinchera al pie de un árbol que estaba en el borde que daba a la línea; la tierra se lanzó hacia abajo para que los guardias no se dieran cuenta. Esta trinchera no se veía desde el cuartel, pero nosotros no los veíamos tampoco a ellos. Las otras se hicieron escalonadas, al lado de la línea. Desde la trinchera de la loma nunca se les disparó a los guardias, por eso seguramente pensaron que no había nadie en esa dirección.

El día 25 pasó un avión y les lanzó un paracaídas a los soldados, pero este cayó al oeste del cuartel, cerca de nosotros. Cuando venía cayendo corrí hacia el lugar donde debía caer, pero los guardias me vieron y empezaron a dispararme. Los compañeros me gritaban que me tirara al suelo; me tiré y me arrastré hasta el paracaídas, que traía una caja con municiones 30,06 que tanta falta nos hacía. Después, con la ayuda de otros compañeros, arrastramos la caja y se la entregamos a Lussón. A la sogá que tenía el paracaídas le hicimos unos nudos y la amarramos al árbol por si hacía falta bajar por ahí.

Los guardias se habían quedado sin agua, comida y electricidad, y esperaban que les llegara refuerzo de La Maya,



pero la compañía B del capitán Filiberto los tenía rodeados y combatía contra ellos.

Nos llegó la noticia de que Edermo Castillo Ruiz estaba malherido, porque al tratar de sacar una granada del tubo de un mortero criollo para impedir que se dañara el arma, esta explotó.



Alto Songo. De izquierda a derecha, agachados, René González y Ramón Valle. De pie, Manolo González, Jorge Fonseca y León. Foto archivo del autor.

El 27 de noviembre estaban de guardia, en la trinchera de la elevación, Valle Lazo con una ametralladora Browning's, René González con un Garand y Rafael Fonseca con un Springfield; el resto de los combatientes estábamos en la línea y los alrededores, comiendo naranjas. En ese instante llegó un B-26 y empezó a ametrallar nuestras posiciones, y de inmediato comenzó un fuerte tiroteo desde el cuartel; todos corrimos hacia las trincheras, para protegernos del avión.

Los guardias, al unísono con el ametrallamiento desde el avión, habían salido del cuartel y sorprendieron a los compañeros que estaban arriba, a los cuales les dispararon a boca de jarro. Momentos antes había salido un refuerzo del ejército desde La Maya, de lo cual nosotros no teníamos ningún conocimiento, al parecer para distraer fuerzas en esa dirección.

Vimos a Rafael Fonseca que bajaba corriendo y, al pasar por nuestro lado, nos dijo que los guardias habían salido del cuartel por el lugar donde ellos estaban, que



él iba a buscar refuerzos. Detrás venía René González, también corriendo, y siguió, cuando algunos de los que estábamos abajo, ante la confusión, se estaban retirando. En eso apareció Andrés Chongo Contreras, con su coraje característico, y nos conminó a que lo siguiéramos hacia una elevación que había delante de los guardias. Corrimos bajo el ametrallamiento del B-26, nos tiramos en el suelo y empezamos a disparar para el lugar de donde venían los guardias. En ese momento éramos seis compañeros frente a los guardias: Andrés Chongo, Jesús Carmenate, Félix Chiang, el chino Albear, otro compañero de cuyo nombre, después de más de cincuenta años, ninguno nos acordamos, y el autor.

Los soldados estaban tan cerca y amontonados, que no hacía falta coger puntería.

Pronto comenzaron a agotársenos las municiones, a mí me quedaban dos balas y cuando le pedí a Chongo, él tampoco tenía. El lugar por donde podíamos retirarnos, sin ninguna vegetación, estaba como a trescientos metros; en ese instante los guardias comenzaron a sacar pañuelos, que nos parecía eran señales al B-26. En ese momento Carmenate, que estaba con nosotros, se levantó y corrió para donde estaban los soldados y gritaba: “los guardias se están rindiendo”, y nosotros lo seguimos.

Chongo gritaba dando órdenes a supuestos compañeros para que tomaran posiciones, con el fin de engañar al enemigo. Cuando ya estábamos junto a los soldados, por miedo a que el B-26 nos ametrallara, nos quitaron los brazaletes y las boinas, y nos pusieron cascos; eso confundió a los combatientes que disparaban desde el pueblo; les hicimos señas, pero como teníamos los cascos, seguían tirando; cuando nos dimos cuenta, nos quitamos los cascos, solo entonces dejaron de atacarnos. Un guardia quería entregarme una Browning's, pero como pesaba mucho,



cambié el Springfield por el M-1 del teniente jefe del cuartel, que estaba muerto. Después tomé una bolsa sanitaria y la llené de balas, además de varias granadas. Más nunca me quedé sin municiones.

Llegó el teniente Quero y nos comunicó que el refuerzo que venía a rescatar a la guarnición de Alto Songo estaba como a un kilómetro, y había que desarmar a los guardias y alejarlos de donde estaban las armas. Después que cumplimos la orden, nos dirigimos rápidamente al lugar por donde venían los soldados para emboscarlos, pero cuando llegamos ya se habían retirado hacia La Maya, y hacia allá seguimos camino.

Más tarde *Mongo Valle* nos contó que los guardias estaban tan cerca, que decidió bajar por la soga, y cuando iba bajando, resbaló y al caer se dio un golpe en dos costillas, además de averiársele la Browning's.

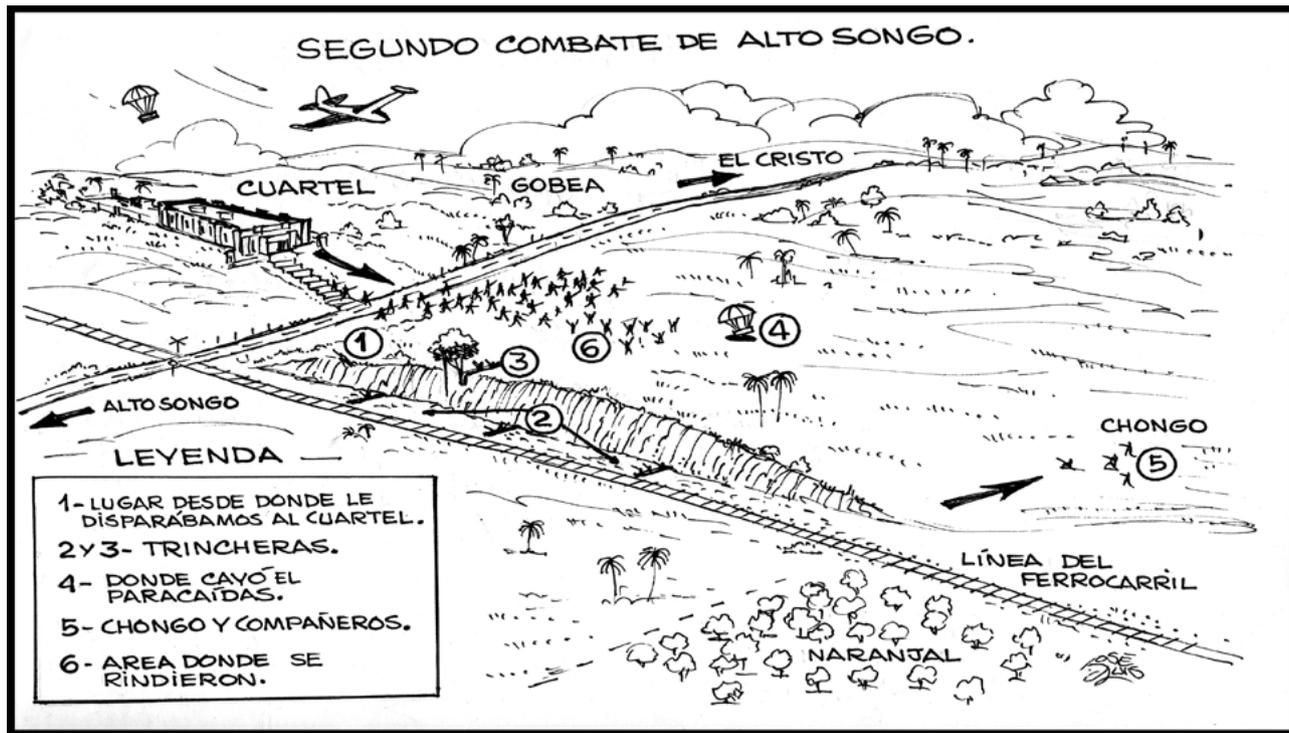
En este combate se apresaron más de cien soldados y oficiales con todo su armamento. Entre las bajas que le hicimos a los guardias, había cinco muertos y 16 heridos.

El héroe indiscutible de esta acción fue Andrés Chongo. Su coraje impidió que los guardias huyeran. Qué lejos estábamos de saber que esta sería la penúltima acción heroica del primer teniente Andrés Chongo Contreras, de Mataguá, Las Villas, como él les gritaba a los guardias durante los combates.

Combate de La Maya

Cuando ese mismo día, 27 de noviembre, fuimos para La Maya tras los guardias, estuvimos combatiendo hasta tomar todas las posiciones donde se habían atrincherado. Después, para completar el cerco al cuartel, nos ubicaron al noroeste, por detrás del escuadrón, a unos ciento cincuenta metros. La posición no reunía las mejores condiciones para el combate, ya que no teníamos buena visibilidad ni protección; además,





Croquis del lugar donde se desarrollaron los hechos de Alto Songo, el 27 de noviembre de 1957. Del archivo del autor.



estaba a un nivel más bajo y algo lejos del cuartel, pero era el único lugar desde donde podíamos disparar.

El día 30 por la mañana estábamos combatiendo, cuando



Primer teniente Andrés Chongo Contreras, combatiente valeroso, sencillo e intrépido. Foto del archivo del autor.

oímos que gritan: “Mataron a Chongo”. Estábamos cerca y corrimos para allá. Lo llevaban cargado para sacarlo de allí, con cuatro tiros a la altura de los hombros. Murió al instante.

Chongo, desde donde estaba, no veía bien el cuartel. Nos contaron que, intrépido como siempre, se paró, dio unos pasos hacia delante y empezó a disparar; es en ese momento cuando le tiran y lo matan.

El primer teniente Andrés Chongo había venido con Raúl Castro desde la Sierra Maestra. Su muerte fue una de las pérdidas más costosas que sufrió la Móvil. Era un gran compañero, valiente, sencillo, humano e intrépido, siempre estaba risueño, se llevaba bien con todos los compañeros y era buen jefe.

Al mediodía estábamos Eclio Lobaina, Gerardo Pozo Velgues, el *Indio Cayama*, y Leonardo Isalgué en la arboleda, a la derecha de la posición, comiendo unas sardinas como almuerzo y el Indio Cayama se estaba tomando el aceite que quedó en la lata. En ese momento disparan desde el cuartel y lo hieren en los dos brazos;



el Indio gritaba del dolor y nosotros le decíamos que no gritara, porque los guardias nos iban a descubrir. Lo sacamos del lugar hasta la carretera, lo subimos a un yipi y Lobaina lo llevó hasta Alto Songo, al puesto médico, donde lo atendieron. Después, cuando vino Lussón y se le explicó lo que había sucedido, nos ordenó hacer trincheras.

Por la tarde fuimos al velorio de Chongo, en Alto Songo. Cuando regresamos nos enviaron a la calle que conduce a la entrada del cuartel. Se apareció Emilio Navarro con una bazuca, y nos encargaron protegerlo con el fuego de nuestros fusiles para que pudiera disparar hacia el cuartel, pero la bazuca no funcionó en ese momento; posteriormente, al parecer, la arreglaron y se repitió el tiro, pero yo ya no estaba allí.

Por la noche del día 6 nos avisaron para que estuviéramos preparados, porque al amanecer un avión de la Fuerza Aérea Rebelde iba a bombardear el cuartel. Se dispusieron unas latas con petróleo y trapos para prenderlas y señalar el lugar donde estaba el reducto. Cuando al amanecer del día 7 llegó el avión⁴², pilotado por Luis Alfonso Silva Tablada, la expectativa era enorme, ya que era la primera vez que se iba a emplear nuestra aviación. El avión lanzó las bombas, que cayeron en el patio del cuartel, pero no explotaron como se esperaba, solo provocaron una llamarada, aunque sí causó pánico entre los guardias; ellos creyeron que era un avión de ellos que les traía el salario y cartas. Esto ayudó a que los soldados se rindieran más pronto.

El cuartel de La Maya se rindió el 7 de diciembre y se le ocasionaron 37 bajas, de ellas seis muertos, 31 heridos, más doscientos dieciséis prisioneros. El día 8 el jefe del Segundo Frente, comandante Raúl Castro, les habló a los prisioneros

⁴² Este avión era el *King Fischer* de la Marina que tiempo atrás había hecho un aterrizaje forzoso en El Arpón, al que le habían cambiado el motor.



y más tarde fueron entregados a la Cruz Roja Internacional. Después que se recogieron las armas, se quedó una escuadra cuidando el cuartel y a unos civiles presos, además del policía Guillermo Cobas, un esbirro apodado *El Tigre*.

En el cuartel no pudimos dormir esa noche, el olor era insoportable, ya que los guardias, por estar cercados, hacían sus necesidades ahí mismo, tiraban los desperdicios de la comida dentro, esto unido al olor a sangre y que habían enterrado a un soldado dentro del cuartel.

Por la mañana le celebraron el juicio al esbirro y lo condenaron a muerte por fusilamiento, lo que se realizó inmediatamente. Al resto de los civiles se les soltó al comprobarse que eran inocentes, entre ellos el hijo de El Tigre.

Camino a Sagua de Tánamo

Después que cumplimos la misión encomendada por Lussón en el cuartel de La Maya, el día 8 regresamos a Alto Songo, lugar donde estaba concentrada la Móvil. Nos instalamos en una vaquería del hijo del alcalde, en las afueras del pueblo, para descansar unos días y esperar nuevas órdenes.

La Móvil contaba con vehículos para su traslado rápido hacia cualquier lugar; de la mayoría de estos carros nos habíamos apropiado durante las acciones y otros fueron entregados voluntariamente por sus dueños. También poseía buenas armas automáticas, lo que le permitía, conjuntamente con otras fuerzas de la Columna 17, decidir los combates.

El día 9 de noviembre se inició la Operación Sagua-Cayo Mambí con el ataque por cuarta vez al cuartel de las Minas de Ocuajal y el cerco a Sagua de Tánamo.

El día 13 de diciembre de 1958 se dio la orden de recoger las mochilas y montar en los vehículos, y partimos desde Alto Songo para El Arpón. Al mismo tiempo, al norte de la provincia



oriental, la Columna 19, al mando del comandante Belarmino Castilla, fuerzas de la misma tenía rodeada la ciudad de Sagua de Tánamo, donde combatían desde hacía más de un mes, el capitán Pepito Cusa y sus aguerridos compañeros lo que permitió a las fuerzas de la dictadura atrincherarse en las posiciones más ventajosas para su defensa dentro y en las afueras del poblado, además de recibir refuerzos de comida y municiones.

Por tal motivo, el mando del Segundo Frente decidió que una parte de la Móvil de la Columna 17 saliera para Sagua de Tánamo con la misión de reforzar la Columna 19. Esta no era la primera vez que peleábamos junto a los aguerridos combatientes de esa columna, ya lo habíamos hecho en las Minas de Ocujal, en la Nicaro y otros lugares.

El día 14, era todavía de noche cuando salimos de El Arpón, bajo un aguacero, con rumbo a Sagua de Tánamo. Desde que partimos se mantuvo el máximo de velocidad con que era posible transitar por aquellos caminos, que estaban infernales, a pesar de que en algunos tramos los compañeros de Obras Públicas Rebeldes, comandadas por el capitán Oriente Fernández Barrios, los habían mejorado, con el auxilio de los equipos incautados en los distintos combates, sobre todo en la Nicaro, Ocujal y otras acciones.

La orden dada era no detenerse. Se daba el caso de que para poder pasar por lugares donde había mucho fango, se les ponía un juego de cadenas a las ruedas para que no patinaran, se aceleraba y si se caía algún compañero, o se bajaba para ayudar a empujar el yipi que estaba atascado, este seguía camino y el vehículo que venía detrás era el que lo recogía, o si no la sapa.⁴³ Ningún yipi tenía silenciador, igual sucedía con los frenos; había que ver con qué maestría manejaban los compañeros por aquellos

⁴³ Vehículo de la Segunda Guerra Mundial, que poseía tracción en todas las ruedas y un güinche.



caminos y precipicios, máxime si se tiene en cuenta que casi todo el trayecto se hizo bajo unos torrenciales aguaceros.

Pasamos por Mayarí Arriba, Calabaza, Naranjo Agrio, San Andrés, hasta llegar al campamento de La Granja. Su jefe era el sargento Santiago Prego Ortiz.

Combate de Sagua de Tánamo

El 14 de diciembre de 1958, poco antes del anochecer, llegamos como a un kilómetro de la ciudad de Sagua de Tánamo. En esos momentos traían el cuerpo de Nicolás Ricardo Mena, *Papi*, quien poco antes había muerto de un tiro en la cabeza, cuando estaba en una trinchera, cerca del pueblo. Se había confiado mucho debido al tiempo que llevaban en el cerco y, en ocasiones, hasta conversaba con los soldados de la tiranía.

Ya de noche, el 16 de diciembre, los comandantes Aníbal y Lussón precisaron a los jefes las misiones concebidas para atacar y tomar la ciudad de Sagua de Tánamo. En la distribución de las fuerzas, la escuadra a la que yo pertenecía la subordinaron al grupo que encabezaba el comandante Belarmino Castilla.

Desde muy temprano en la noche se oía desde lejos que en el pueblo estaban celebrando la víspera de San Lázaro, a pesar de ser una ciudad cercada por los rebeldes y donde esporádicamente se escuchaban algunos disparos. A la hora acordada, nos dividimos para ir acercándonos a los distintos frentes por donde atacaríamos las posiciones de los casquitos.⁴⁴

La misión que nos propuso Aníbal, en cooperación con otros compañeros, quienes entrarían por el lado contrario, era tomar la iglesia y tocar la campana; se suponía que allí

⁴⁴ Así se les llamaba a los soldados del ejército batistiano.



estaban refugiados los guardias. Este lugar era el escogido para ubicar el puesto de mando desde donde Aníbal y Lussón iban a dirigir las acciones para tomar la ciudad.

Aproximadamente a las 23 horas del 16 de diciembre se inició el avance. La escuadra nuestra iba delante; bajamos hasta llegar a la parte norte del río, por donde cruzaríamos. Todo parece indicar que el práctico se perdió, ya que debíamos cruzar por el vado del Paso de La Margarita y entramos por otro lugar donde, a unos metros de la orilla, el agua nos daba por encima de la cintura, lo que nos obligó a quitarnos las cananas y levantar las armas para que no se mojaran. Así y todo, algunos resbalaron y se les empaparon las armas. Cuando estábamos más o menos en la mitad del río, los guardias comenzaron a disparar hacia la parte alta del lugar por donde habíamos bajado, al parecer desde el Ayuntamiento; después se generalizó el tiroteo. Tuvimos la suerte de que no nos descubrieran cruzando el río, o quizás se hayan acobardado y por eso no nos dispararon. Después que salimos, avanzamos en dirección a la iglesia y, cuando estábamos cerca, detrás de nosotros vimos pasar, corriendo por la misma calle por donde entramos, un grupo de hombres; no había dudas, seguros si eran varios soldados o compañeros nuestros en dirección al Ayuntamiento.

Seguimos avanzando y nos situamos en los portales frente a la iglesia. Otros integrantes de la Columna 17, del pelotón de Lobaina, que habían entrado por el lado contrario al nuestro, se confundieron pensando que éramos guardias y nos dispararon, pero por suerte no pasó del susto. La iglesia estaba cerrada; aunque algunos decían que había guardias dentro, yo no los vi. Entramos por la parte de atrás.

El objetivo principal que se nos había encomendado, que era tomar la iglesia y tocar la campana, fue cumplido sin



sufrir ninguna baja. Quedó ubicado el puesto de mando e instalados en este los comandantes Aníbal y Lussón, por lo que se pudo comenzar a dirigir las acciones y a recopilar informaciones sobre los distintos puntos donde se combatía, que por cierto no eran nada buenas debido a las bajas que ya teníamos.

Para que se tenga una idea de lo encarnizado de los combates en los primeros momentos, la mayoría se desarrollaban a muy poca distancia unos de otros. Que yo conozca, en ninguna acción llevada a cabo durante toda la lucha guerrillera, ya fuera en la toma de un cuartel, pueblo o ciudad, el Ejército Rebelde tuvo tantas bajas, entre muertos y heridos, como en la toma de Sagua de Tánamo; estas ascendieron a 21 muertos y 45 heridos, para un total de 66 bajas.⁴⁵

El hospital de campaña se instaló en el edificio que ocupaba la ONDI.⁴⁶ Cada vez que teníamos oportunidad, nos llegábamos hasta allí para ver a los compañeros heridos y darles ánimo. Era doloroso pensar en los que habían caído. Hay que destacar el esfuerzo que hacían nuestros médicos por salvar a los heridos, a pesar de los escasos recursos a su disposición.

Nueva misión

Inmediatamente nos mandaron a reforzar a los combatientes que tenían la misión de tomar la planta eléctrica; ahí nos incorporamos al grupo de Lobaina, que había entrado con el capitán José Luis Cuza Téllez Girón, Pepito Cuza. La posición que ocupábamos no era la más ventajosa, pues los guardias estaban bien atrincherados y

⁴⁵ La lista de las bajas mortales se muestra en el anexo no. 1.

⁴⁶ Organización Nacional de Dispensarios Infantiles.



no podíamos ni asomarnos a la esquina. Cuando ya estaba amaneciendo, se produjo una calma, solo se escuchaban disparos en dirección al Ayuntamiento, donde los soldados estaban atrincherados e incluso habían levantado una garita que sobresalía por encima de las casas de los alrededores; allí habían emplazado una ametralladora calibre 50 que dominaba todos los accesos a la ciudad.

Al amanecer del día 17, como no oíamos disparos provenientes de la planta eléctrica, Pepito Cuza y yo nos acercamos a la esquina, y nos parapetamos en una lomita de gravilla que había al final de la calle. Frente a nosotros, en un balcón, se asomó un hombre que, por la posición en que se encontraba, veía perfectamente la planta eléctrica; entonces Pepito Cuza le preguntó si él veía a los guardias, y respondió que se habían ido rumbo a las lomas, donde estaban combatiendo otros soldados del ejército. Al oír esto, nos levantamos confiados, pero en cuanto nos asomamos, nos dieron “un cierre” a tiros que escapamos ilesos de milagro. Por allí no se podía avanzar. En ese mismo lugar, durante el primer intento de llegar a la planta, había caído herido mortalmente un compañero nuestro.

El hombre al que Cuza le preguntó por los casquitos, después apareció muerto. Parece que los guardias, al ver que él nos señaló el lugar hacia donde ellos se dirigieron, lo mataron.

Entonces se nos ocurrió acercarnos rompiendo las paredes de madera de las casas. Cuando calculamos que estábamos cerca, entreabrimos una puerta y nos llevamos tremendo susto, apenas a unos diez metros había un soldado observando desde una de las espilleras; dejamos la puerta entornada y nos retiramos sin hacer ruido. Después decidimos llenar dos sacos con gravilla, que era lo único que teníamos a mano, y sin hacer ruido los colocamos detrás



de la puerta. Al poco rato se asomó un guardia, al parecer extrañado por la calma que reinaba en los alrededores de la planta eléctrica; fue lo último que hizo: un disparo de Cuza lo fulminó. Más tarde los guardias, al darse cuenta de que estaban en una ratonera, se retiraron junto con otros que se encontraban en el cementerio, cerca del lugar, y después se unieron a los que ocupaban las elevaciones que dominaban parte de la ciudad. Cuando nos percatamos de la retirada de los soldados, entramos. Con eso cumplimos una misión más de las programadas. Esta acción nos costó la muerte del compañero Mario Pupo, perteneciente a la Columna 19, y varios heridos.

Incendio devastador

Derivado de las acciones, en horas de la noche se originó un incendio que se propagó rápidamente hasta abarcar una manzana completa. Nunca había visto algo tan devastador, aquello era un infierno. Las planchas de zinc de los techos volaban al rojo vivo debido al remolino de viento que producían las llamas; el calor era tan intenso que las paredes de las casas de madera, que constituían la mayoría de las viviendas, se incendiaban. La población, conjuntamente con los rebeldes, formaron una cadena hasta el río para cargar agua con cuanto recipiente encontraban a mano para echársela al fuego, mientras otros ayudaban a sacar las cosas para que no se quemaran. Simultáneamente, había que seguir combatiendo contra los soldados de la tiranía, para que no avanzaran. Por la mañana el cuadro que vimos nos indignó, al ver cuánta destrucción estaba costando derrotar a la dictadura.

La crueldad de los esbirros era tal que, al otro día, cuando algunos de los que vivían en las casas quemadas



regresaban al lugar intentando recuperar algo de entre las cenizas, los guardias les disparaban desde el Ayuntamiento.

Valiosas pérdidas

Posteriormente, ese mismo día 17, nos mandaron a las proximidades del mirador del Ayuntamiento, donde se combatía con los guardias que estaban atrincherados en la Zona Fiscal y en las casas cercanas al edificio. Desde la parte de atrás del mirador se intentaba desalojar a los soldados allí agazapados.



Ernesto Cosme Riverí, de la Columna 17. Foto del archivo del autor.

En uno de estos combates, que se llevaron a cabo casa por casa para expulsar a los casquitos, perdió la vida el combatiente rebelde Ernesto Cosme Riverí, el cual sostenía un duelo a tiros con un guardia, a pesar de que varios compañeros le insistían para que no continuara. Esta fue la primera baja mortal que tuvo nuestra columna en Sagua; él era muy querido en nuestra Móvil.

El 20 de diciembre, al tratar de lanzarles una granada a los guardias que estaban atrincherados, le dieron un tiro en la frente a Eduardo García González, *Habana*, quien cayó sentado al borde de un portillo; sus compañeros trataron de recuperar el cuerpo, pero los soldados, con sus disparos, lo impidieron. Durante el combate, la casa donde él había caído se incendió, y al quemarse esta y otras que estaban cerca, quedó al descubierto el tramo que había entre el Ayuntamiento y el lugar donde nosotros





Eduardo García González,
Habana, de la Columna 17.
Foto del archivo del autor..

estábamos, lo que hizo imposible rescatar el cadáver. Ante el ímpetu del ataque de los nuestros por la muerte de Habana, los soldados se retiraron al Ayuntamiento.

Todo el tiempo que duraron las acciones estuvimos sometidos a bombardeos y ametrallamientos de la aviación batistiana. Los daños causados a la ciudad fueron cuantiosos; solo hay que ver algunas de las fotos que se tomaron después de la capitulación⁴⁷ y compararlas con las de las ciudades arrasadas durante la Segunda Guerra Mundial, para comprobar que no había diferencias.

La aviación enemiga nos aprovisiona

Los aviones no solo tiraban bombas y ametrallaban, también les lanzaban paracaídas a los soldados sitiados en el Ayuntamiento, que por suerte caían en nuestro territorio y la mayoría contenían municiones del calibre 30,06, muy necesarias a nuestras fuerzas.

En una ocasión un paracaídas cayó en un lugar cubierto por el fuego de los fusiles proveniente del Ayuntamiento, y el comandante Lussón pidió dos voluntarios para tratar de recogerlo. Lobaina y yo nos brindamos. Para cubrirnos, se concentró el fuego de las mejores armas contra el sector del Ayuntamiento que no nos dejaba acercarnos; aprovechamos

⁴⁷ Foto al final del capítulo.



el momento oportuno y llegamos arrastrándonos, cogimos la soga y sacamos la caja de municiones.

El combate seguía desarrollándose a favor nuestro; se combatía casa por casa, cuadra a cuadra, hasta arrinconar a los soldados en el Ayuntamiento y en dos firmes, uno a la entrada de la ciudad y otro más al sur; ellos estaban bien atrincherados y armados, pues disponían de ametralladoras con trípode calibre 30,06, Garands y otras armas de gran potencia.

Mientras nosotros combatíamos dentro de la ciudad, el resto de los compañeros lo hacía contra las fuerzas atrincheradas en los puntos de resistencia de los firmes.

Carro blindado

No podemos olvidar que cerca de Sagua se preparó un carro blindado a partir de un camión que se forró con planchas de acero y se le hicieron aspilleras por los costados, con una torreta que portaba una ametralladora; creo que este fue el primer carro blindado hecho por el Ejército Rebelde.

La llegada del “Bochú” o “Caballo de Troya”, como lo bautizaron –porque a este se entraba por debajo–, creó tremenda expectativa, comparable con aquella ocasión en que esperábamos el *King Fisher* piloteado por Silva Tablada, en La Maya, para bombardear el cuartel. El carro blindado combatió a la entrada de la ciudad, pero fue inutilizado por una granada que le explotó debajo del diferencial, según nos contó Alfonso Carmenate, quien venía en él.

Otro momento que no puedo olvidar fue cuando estando con René González en el campanario de la iglesia, con su ametralladora Browning’s, sostenía un duelo con el casquito que operaba la ametralladora calibre 50, situado en la garita del Ayuntamiento, y una ráfaga de esta hirió a René. Perdió uno



de los dedos de la mano derecha, además de partírla la culata en dos. Con mucho trabajo lo ayudé a bajar por la escalera; después de que lo curaron, cogió el M-1 que yo tenía, por ser este más liviano, y siguió combatiendo. Manolo González tomó la Browning's de él y yo cogí el Garand de Manolo. Después que René regresó de una emboscada, recuperé el M-1.

Más tarde nos trasladamos a una posición más favorable. Nos situamos en el primer piso de una casa desde donde se veía la garita, y empezamos a dispararle desde el portal. Cuando el casquito nos localizó, nos puso un carnaval de tiros y tuvimos que entrar; el hombre tenía muy buena puntería, ya lo había demostrado cuando hirió a René en la torre de la iglesia. En la sala agrandamos, utilizando un clavo de línea, un hueco hecho en la pared por los disparos de la 50 y desde allí la neutralizamos, ya que el tirador no veía desde dónde le disparaban.



Desde los altos de este edificio, a través de un hueco en la pared, se neutralizó la ametralladora calibre 50 situada en el Ayuntamiento. Foto del archivo del autor.



No se me olvida que, en el fragor del combate, Letucé y Teobaldo Castillo, *Venao*, hacían cantar las ametralladoras calibre 30,06 con una cadencia en sus ráfagas que era inconfundible.

Yo estaba en una esquina, a poca distancia, disparando hacia el Ayuntamiento, pero cada vez que me asomaba me tiraban. Llegó Lussón y me dijo que me quitara de allí, por el peligro, pero él se puso en mi lugar.

La Aviación Rebelde actúa de nuevo

Otro de los momentos de expectación fue cuando se nos comunicó que al amanecer, nuestra aviación iba a bombardear el Ayuntamiento. Nos llevamos tremenda sorpresa cuando vimos que el avión lanzó la bomba contra la iglesia; por suerte no dio en el blanco, además, la explosión no resultó lo que se esperaba, y solo partió un banco del parque. Pienso que la confusión del piloto se debió a que los dos edificios estaban pintados de blanco y tenían una torre, la iglesia la de la campana, y el Ayuntamiento la de la garita, con más de cuatro metros de altura sobre el techo del edificio, donde estaba ubicada la ametralladora calibre 50, y con la neblina del amanecer se podían confundir. Esta fue la segunda vez que Luis Alfonso Silva Tablada⁴⁸, piloteando el *King Fischer*, cumplía una misión de combate. La alegría era tremenda, porque hasta ese momento los únicos aviones que volaban eran los de la dictadura.

48 Este compañero murió heroicamente piloteando un B-26 en Playa Girón el 17 de abril de 1961; junto con él cayeron el navegante Alfredo de Jesús Noa Díaz, el técnico de vuelo Reinaldo F. González Galainena, y el artillero de cola Martín Torres Ruiz.



Desembarco por Cayo Mambí

Por su parte, en Cayo Mambí los compañeros de la Columna 19 también estaban combatiendo contra los soldados de la dictadura.

Cuando estábamos enfrascados en los combates, llegó la noticia de que a Cayo Mambí había arribado una fragata con soldados para reforzar al ejército, y tratar de rescatar a los que estaban sitiados en Sagua de Tánamo; supimos, además, de que nuestros compañeros ya estaban combatiendo contra las tropas. Por esa razón, se reunió a la mayor cantidad de combatientes para enviarlos como refuerzos, con el fin de detener a los recién desembarcados y tratar de aniquilarlos antes de que llegaran a Sagua.

En Sagua de Tánamo, cerca de cuarenta compañeros nos quedamos con la misión de seguir hostigando al enemigo para que no se percatara de que el grueso de los rebeldes se dirigía a la emboscada; en realidad. En ese momento los rodeados éramos nosotros; los guardias de haberlo sabido, la hubiéramos pasado muy mal, ya que todas las alturas las tenían dominadas y, en caso de tener que retirarnos, debíamos hacerlo al descubierto. En vista de la situación, nos organizamos en turnos para, de vez en cuando, hacerles algunos disparos. Conmigo quedó otro compañero. En eso nos llegó la noticia de que no se había podido frenar el refuerzo y que Pepito Cuza estaba herido. Después nos enteramos de que los rebeldes se habían retirado para ocupar mejores posiciones y que las lesiones de Cuza fueron leves.

Mientras tanto, nuestra preocupación era, en caso de tener que retirarnos, no dejar atrás el cadáver de Eduardo García González, por lo que Lobaina y yo decidimos intentar rescatarlo. Para eso nos apoyamos en el fuego de otros combatientes y nos arrastramos hasta



donde pudimos; lo único que nos protegía de los disparos provenientes del Ayuntamiento era el contén, y el tiroteo nos impedía llegar hasta él. No obstante, logramos tocarle una pierna, pero no pudimos sacarlo de ahí, porque nos ordenaron que no nos siguiéramos exponiendo al fuego de los guardias. Posteriormente, durante una tregua, el día 24, lo rescatamos antes de que los guardias se rindieran y pudimos darle sepultura. Cerca del lugar donde cayó Eduardo García González, Gobeia escribió: “Habana murió en Sagua de la Columna 17”.

Después de duros combates contra la columna de la dictadura y la aviación que la apoyaba –a las que les causamos muchas bajas–, se retiraron hacia Cayo Mambí y nuestras fuerzas los siguieron fustigando.

Cuando nuestros compañeros regresaron, sentimos un gran alivio y descansamos un poco, porque hasta ese momento no nos habíamos podido descuidar ni un minuto.

Los guardias huyen

Ante la derrota del refuerzo que les enviaban de Cayo Mambí, los casquitos, que estaban ubicados en uno de los puntos de resistencia en los cerros de las afueras de la ciudad, se dieron a la fuga en desbandada, dejando atrás la ametralladora 30,06, pero antes le quitaron una pieza para que no la pudiéramos utilizar. La mayoría de ellos fueron capturados poco después, pero algunos pudieron escapar hacia Cayo Mambí.

Los guardias solo conservaban en su poder el edificio del Ayuntamiento, donde se habían atrincherado fuertemente, pero como estaban rodeados no podían moverse; solo nos quedaba seguir hostigándolos hasta que se rindieran, ya sin esperanzas de que les mandaran el refuerzo. Además, les cortamos el agua y la electricidad, y no les quedaba



comida ni medicinas. En estas circunstancias, se acordó una tregua para convencerlos de la inutilidad de seguir derramando sangre de ambas partes, pero esta no fue aceptada de inmediato.

Mientras tanto, nosotros, como era 24 de diciembre, día de Nochebuena, estábamos asando unos puercos no muy lejos de donde se combatía. Pero en horas de la mañana apareció un B-26, que ametralló nuestra posición, y resultó muerto el compañero Pedro Columbié por una bala calibre 50, que atravesó la pared y le dio en el pecho. Esta fue la última baja que sufrimos en la ciudad de Sagua de Tánamo.

Después de nueve días de intensos combates, el 24 de diciembre los soldados de la tiranía se rendían ante el Ejército Rebelde. De inmediato se les brindó toda la ayuda que necesitaban en medicamentos y comida, y hasta los puercos que estábamos asando se los ofrecimos, al ver el mal estado en que se encontraban, pues llevaban varios días sin comer.

Algo digno de destacar fue la cooperación del pueblo en todo momento, desde que comenzaron las acciones, principalmente en la atención a los heridos, en la elaboración de la comida y desempeñándose como mensajeros. De inmediato se recogieron todas las armas y se organizó la salida hacia el próximo combate.

Emboscada en Rejondones de Báguanos

Después de tomar Sagua de Tánamo, regresamos a El Arpón y recibimos la orden de trasladarnos rápidamente a Cueto. Antes de llegar, las fuerzas de la tiranía, al frente de las cuales estaba el sanguinario Sosa Blanco, eran atacadas por la compañía C, al mando del capitán Colomé Ibarra, y la Columna 16 Enrique Hart, dirigida



por el comandante Carlos Iglesia Fonseca, *Nicaragua*; pero ayudados por el refuerzo que les llegó, los guardias lograron romper el cerco y huyeron hacia San Germán. A unos kilómetros del entronque con la carretera que va para Holguín, en Los Palacios, las fuerzas de las columnas 16 y 17 emboscaron y cercaron a las tropas de la dictadura; por lo que el día 28 se le ordenó al primer teniente Manolito Céspedes que con una parte de la Móvil preparara, en la carretera de Cueto a Holguín, una fuerte emboscada en Rejondones de Báguanos, a poca distancia del entronque con Banes. Este lugar se escogió por sus características; allí, en la Guerra del 95, los mambises derrotaron a una columna española con muy pocos hombres. Se esperaba que de Holguín viniera un refuerzo para auxiliar a los soldados, que estaban rodeados unos kilómetros atrás.

Sosa Blanco pudo romper el cerco en una tanqueta y huyó hacia San Germán. Finalmente, los guardias, después de sufrir grandes bajas, se rindieron. La emboscada se reforzó aún más después de la capitulación.

Cuando al amanecer del día 1.º de enero oímos disparos y vimos salir de entre la niebla a un hombre a caballo, pensamos que venían los guardias; pero el hombre nos informó que el dictador Fulgencio Batista había huido. Al principio no lo creíamos, pero al confirmarse la noticia, la alegría fue indescriptible; aunque eso no significaba que la lucha había terminado. Tendríamos que seguir combatiendo hasta derrotar al ejército de la tiranía e implantar el poder revolucionario.

Mientras esperábamos instrucciones de nuestro jefe, sin abandonar nuestras posiciones, nos pusimos a soñar con lo que haríamos cuando terminara la guerra. A mi lado estaba Humberto Carsí, y de pronto apareció un B-26 que picó sobre



nuestras posiciones y pasó ametrallando, obligándonos a protegernos en las trincheras, que las hacíamos bastante profundas. El avión realizó un giro en dirección norte y vimos que también ametralló por la zona de Banes. Se trataba de un aparato yanqui de la Segunda Guerra Mundial que le entregó el gobierno de Estados Unidos a la dictadura, el cual hizo mucho daño, sobre todo entre los campesinos y la población civil.

Recibimos la orden de ir hasta San Germán y de allí avanzamos hacia la ciudad de Holguín para reforzar el cerco al regimiento Calixto García y obligarlos a rendirse, pero cuando llegamos ya habían capitulado, lo que ahorró la pérdida de innumerables vidas. Después se rindieron los regimientos de Santiago de Cuba, Santa Clara, La Cabaña, Columbia y el resto del ejército.

Mi padre era de los que opinaban que se podía hacer revolución con el ejército, sin el ejército, pero no contra el ejército. Pero él estaba equivocado. Sí se podía hacer una revolución combatiendo contra el ejército cuando hay un líder y un pueblo que lo apoya.



Letra del Himno del 26 de Julio

*Marchando vamos hacia un ideal
sabiendo que hemos de triunfar.
En aras de paz y prosperidad
lucharemos todos por la libertad.
Adelante, cubanos,
que Cuba premiará nuestro heroísmo,
pues somos soldados que vamos a la
Patria liberar
limpiando con fuego que arrase con
esta plaga infernal
de gobernantes indeseables y de
tiranos insaciables
que a Cuba han hundido en el mal.
La sangre que en Cuba se derramó
nosotros no debemos olvidar
por eso unidos debemos estar
recordando aquellos que muertos están.
El pueblo de Cuba....
sumido en su dolor se siente herido
y se ha decidido a hallar sin tregua
una solución
que sirva de ejemplo a esos que no
tienen compasión
y arriesgaremos decididos por esta
causa hasta la vida.
¡que viva la Revolución!*





Sagua de Tánamo, después de la capitulación. Comparada con las imágenes de las ciudades europeas arrasadas durante la Segunda Guerra Mundial, no hay diferencia. Foto del archivo del autor.



Estado en que quedó Sagua después de los bombardeos. Foto del archivo del autor.

CAPÍTULO 4

Victorioso Enero de 1959

EN LA CIUDAD de Holguín el entusiasmo era tremendo; no existen palabras para describir el recibimiento del pueblo a los rebeldes.

En la ciudad se producían tiroteos esporádicos cuando intentaban capturar a los chivatos, esbirros y masferreristas que trataban de escapar de la justicia revolucionaria.

En Holguín el comandante Antonio Enrique Lussón, jefe de la Columna 17 Abel Santamaría, nos comunicó que se había dispuesto, por orden del comandante Raúl Castro, que un grupo de la Móvil de la Comandancia, al frente del cual estaba el capitán Ramón Valle Lazo, formaría parte de la seguridad del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, y que debíamos esperarlo en el club de oficiales para incorporarnos a la Caravana de la Libertad que seguiría rumbo a La Habana.⁴⁹ La noticia me sorprendió, porque al fin iba a conocer en persona a Fidel; esa había sido mi gran ilusión.

En esos momentos Fidel se encontraba en la ciudad heroica de Santiago de Cuba, y se disponía a salir rumbo a Bayamo, para después continuar con la Caravana, a la cual se le iban incorporando el grueso de la artillería y los

49 La lista de los compañeros designados se muestra en el anexo no. 2.

tanques del ejército de la dictadura que se habían rendido a las fuerzas revolucionarias el Primero de Enero.

Entrada del Comandante en Jefe a Holguín

El 3 de enero, cuando Fidel llegó a Holguín, nuestro grupo estaba esperándolo en el regimiento de esa ciudad, en el lugar indicado por el comandante Lussón, y no presenciábamos el recibimiento que le hizo el pueblo a su llegada, pero nos contaron que fue desbordante. Allí sostuvo una extensa entrevista de prensa en el Instituto Politécnico. Momentos antes, se había reunido con los oficiales del Ejército Rebelde y les dio instrucciones.

El encuentro con Fidel, aunque fue breve, para mí resultó inolvidable. Yo era un combatiente más y solo lo conocía por las fotos que se publicaban en los periódicos y revistas, cuando el ataque al cuartel Moncada, la salida de la prisión de Isla de Pinos y el desembarco del *Granma*.

Cuando me incorporé al Movimiento, siempre soñaba con ir para la Sierra Maestra y combatir junto a él, pero el destino dispuso que me enviaran al Segundo Frente Oriental; en definitiva, al enemigo se combatía en cualquier frente. Tanto en la ciudad como en las montañas, lo principal era estar convencido de contra quién y por qué se luchaba.

Al llegar al club de oficiales, a Fidel lo acompañaban otros jefes del Ejército Rebelde a los que yo no conocía. Cuando pasó a mi lado y lo vi por primera vez, no podía creerlo, me causó una gran impresión.

Al frente de la escolta venía el comandante Francisco Cabrera, *Paco*, al cual nos presentamos para incorporarnos. Junto con él venía Celia Sánchez y un numeroso grupo de combatientes de la Columna 1. Después Fidel estuvo



conversando con los oficiales del ejército de la dictadura que se habían reunido allí para esperarlo.

Nosotros estábamos preocupados, ya que los oficiales conservaban sus armas cortas, y algunos no tenían buena cara y se veían nerviosos. Sin embargo, cuando Fidel se retiraba, después de hablar con ellos, la mayoría de los allí reunidos lo aplaudieron y le dieron vivas. Cuando salió, el jefe de la escolta nos presentó al Comandante, con esto se cumplía el anhelo de conocerlo.

Continúa la Caravana de la Libertad hacia La Habana

El pueblo, al saber que Fidel estaba allí, lo esperó a la salida y nos costó trabajo poder abrírnos paso; este era el prelude de lo que nos esperaba durante todo el recorrido. Cuando logramos subir a los vehículos, tomamos la Carretera Central, que pasa por el frente al Regimiento; hicimos algunas paradas en ciudades como Tunas, Guáimaro y otros pueblos más pequeños. La marcha era muy lenta, ya que la velocidad había que ajustarla a los tanques, que se habían incorporado en Bayamo.

Delante de la Caravana iba el comandante Filiberto Olivera garantizando el buen estado de los puentes y reparando los vados en los ríos, donde los puentes estaban destruidos, además de velar por la seguridad en todo el trayecto hasta La Habana, ya que se producían enfrentamientos esporádicos con los masferreristas, que trataban de escapar.

Llegada a Camagüey

El día 4, antes del mediodía, cuando estábamos llegando a la ciudad de Camagüey, se produjo un tiroteo en un edificio, donde decían que estaban escondidos unos



masferreristas y esbirros de la tiranía. Posteriormente nos informaron que allí no había nadie.

El pueblo agramontino se había concentrado a ambos lados de la Carretera Central, demostrando su alegría, lanzando flores y dándole vivas a Fidel y a los combatientes que lo acompañaban en la Caravana. En el Casino Campes- tre habían preparado un inmenso banquete bajo los árboles; la columna se detuvo en ese tramo de la carretera y Fidel, con un grupo, siguió rumbo al Regimiento Ignacio Agramonte, a reunirse con las autoridades de la provincia, encuentro que se prolongó varias horas. Por la noche Fidel, ante una multitud concentrada en la Plaza de la Caridad, le habló a los camagüeyanos. Entre las cosas que el Comandante les adelantó fue que iba a iniciarse una ofensiva contra la corrupción, la explotación, el abuso y las injusticias, porque ahora teníamos un ejército más poderoso: el pueblo.

Al otro día se dirigió al aeropuerto Ignacio Agramonte, donde recibió a periodistas cubanos y corresponsales extranjeros con los que conversó largo rato. También se reunió con Manuel Urrutia, quien hacía escala en su tránsito hacia La Habana, porque el Palacio Presidencial había sido ocupado por combatientes del Directorio Revolucionario y se negaban a abandonarlo. El Che llegó de la capital para informarle a Fidel sobre esta situación y recibir instrucciones. El malentendido se resolvió cuando el comandante Camilo Cienfuegos habló con los compañeros del Directorio.

Mientras la Caravana permanecía detenida en Camagüey, los rebeldes se dispersaron por los alrededores, invitados por los pobladores. Se corrió el rumor de que estaban siendo apuñalados por los masferreristas, quienes estaban vestidos con pantalón de mecánico⁵⁰ y pullover blanco. Al poco rato, detuvieron a un hombre vestido de

50 Pantalón de mezclilla, de preferencia azul, al que hoy se le llama pitusa.



esa manera armado con un cuchillo, y lo acompañaba un rebelde; este ciudadano quedó bajo custodia.

Parada en Ciego de Ávila

La Caravana continuó su camino. Hicimos una parada breve en Ciego de Ávila, donde el recibimiento popular, al igual que en Florida, no nos dejaba avanzar. En el pueblo había tanta alegría, que las personas se interponían delante de los autos para saludar y abrazar a los combatientes. En Ciego, Fidel se reunió en el hotel Santiago Habana con los revolucionarios de la zona.

El comandante Lussón me mandó a buscar y, para mi sorpresa, allí estaba José Ignacio Rasco Bermúdez⁵¹, realizando labores de reportero para un periódico o una revista. Como él fue vecino mío en Marianao, quería saludarme. Había estudiado con Fidel en el Colegio de Belén y, al parecer, se llegó hasta allí para hablar con él. Imagino que la conversación no le fue muy grata, porque desde los primeros meses tras el triunfo, comenzó a conspirar y a tratar de enfrentar a los católicos contra la Revolución.

Escala en Sancti Spíritus

El día 5 por la noche llegamos a Sancti Spíritus y en la sociedad El Progreso, frente al parque Serafín Sánchez, Fidel le habló al pueblo que colmaba todos los alrededores de aquel lugar.

51 A finales de 1959 se fue del país y actualmente es uno de los contrarrevolucionarios más connotados de entre los radicados en Miami.



Arribo a Santa Clara

Seguimos hacia Santa Clara. La marcha era muy lenta porque teníamos que desviarnos por los vados, debido a que algunos puentes habían sido volados durante la guerra. Pasamos por Guayos, Cabaiguán, Placetas, Falcón y llegamos a Santa Clara al amanecer del día 6. Fidel se quedó a descansar en una casa a la entrada de la ciudad⁵². Ya el pueblo estaba en las calles, esperando su llegada y la de los combatientes del victorioso Ejército Rebelde.

En Santa Clara apreciamos los estragos que ocasionó la aviación de la dictadura durante los combates, dirigidos por el Che, durante la toma de la ciudad.

Mientras Fidel se reunía con los combatientes de Santa Clara, y dejaba constituido el gobierno provisional, Lussón nos autorizó a que algunos integrantes de la Columna 17 fuéramos a Mataguá, lugar donde residía Andrés Chongo, quien había caído combatiendo valientemente en el combate de La Maya. El momento fue muy doloroso, ya que la familia desconocía su heroica muerte.

Fidel, desde uno de los balcones del Gobierno Provincial, frente al parque Leoncio Vidal, se dirigió al pueblo santacolareño que, concentrado masivamente en el lugar, le daba un caluroso aplauso y le expresaba su alegría dando vivas al líder y a la Revolución. Cuando él terminó de hablar, lo estaban esperando para almorzar, pero él decidió seguir camino a Cienfuegos.

⁵² La casa de Guillermo Rodríguez y su esposa Silvia del Pozo, suegros de Enrique Oltuzki, dirigente del Movimiento 26 de Julio en Las Villas.



Fidel visita Cienfuegos

La Caravana se quedó en Santa Clara y Fidel, a pedido de una comisión que vino de la Perla del Sur, se dirigió con un pequeño grupo a Cienfuegos, en reconocimiento a esa heroica ciudad por las acciones del 5 de Septiembre. El pueblo ya lo esperaba para darle la bienvenida. Aunque los combatientes del Movimiento del 26 de Julio le pidieron que no fuera a la base naval de Cayo Loco⁵³, Fidel insistió en ir. Al frente de la base estaba William Morgan, que pertenecía al Segundo Frente Nacional del Escambray, de muy mala reputación.⁵⁴ Fidel estuvo largo rato conversando con los marineros y oficiales. Posteriormente, almorzó en el restaurante La Covadonga, en Punta Gorda. Por la noche se dirigió al parque José Martí, y desde una tribuna improvisada sobre una plancha de una rastra, situada frente al Ayuntamiento, Fidel les habló a los cienfuegueros.⁵⁵ Después regresamos a Santa Clara y todos continuamos rumbo a Matanzas.

Paso por Matanzas

El día 7 llegamos a Matanzas. La Caravana se detuvo frente al Regimiento Plácido, donde Fidel estuvo largo rato reunido con los revolucionarios de Matanzas y, ya por la noche, habló en el Parque Libertad. En la madrugada del día 8, la Caravana se quedó en esa ciudad mientras Fidel, con un pequeño grupo, se dirigió a Varadero y entró al Hotel Internacional, donde comimos en la cocina y después subimos a las habitaciones

53 Foto al final del capítulo

54 Este impostor estuvo conspirando contra la Revolución y después se comprobó que era un agente de la CIA, por cuya causa fue fusilado.

55 Foto al final del capítulo.



y nos bañamos. Cuando pensábamos que íbamos a dormir, Celia nos dijo que debíamos seguir para Cárdenas.

Cárdenas

Temprano en la mañana llegamos a Cárdenas, donde Fidel visitó la casa de los padres de José Antonio Echeverría en compañía del capitán Juan Nuiry.⁵⁶ El pueblo, al saber que el líder estaba en Cárdenas, salió para las calles; no se podía caminar, la alegría era tremenda. Después fue al cementerio a visitar la tumba de José Antonio para depositar una corona, donde rindió tributo a los caídos durante los sucesos del 13 de marzo de 1957. De ahí seguimos hasta Coliseo, regresamos a Matanzas y nos incorporamos a la caravana, para continuar rumbo a la capital.



El líder de la Revolución rinde emocionado tributo a José Antonio Echeverría, ante la tumba que guarda sus restos en la necrópolis cardenense. Foto del archivo del autor

⁵⁶ Dirigente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), se incorporó a la Sierra Maestra a las órdenes del Comandante en Jefe, el 13 de agosto de 1958.





En Cayo Loco, Fidel estuvo largo rato conversando con los oficiales y marineros. De izquierda a derecha, entre otros, Carlos Aldana, Fidel Castro, Augusto Martínez y, señalado en un círculo, León. Foto del archivo del autor.



En Cienfuegos, el 6 de enero de 1959, Fidel Castro estuvo durante la noche y madrugada del día 7 hablándole al heroico pueblo concentrado en el parque José Martí. De derecha a izquierda, Augusto Martínez, Osvaldo Dorticós, Fidel Castro, Jorge Castro y León. Foto del archivo del autor.

Capítulo 5

Entrada del Comandante en Jefe a La Habana

EL 8 DE ENERO, aproximadamente a las 2:30 de la tarde, la Caravana entró a La Habana por el este del Cotorro. Fidel iba en un tanque, y junto a él estaban Celia, los comandantes Almeida, Calixto García, Francisco Cabrera y otros combatientes.

Ya en ese momento, la multitud que esperaba el paso de la Caravana y del máximo líder era de tal magnitud, que se hacía casi imposible avanzar. Más adelante llegó el comandante Pedro Miret y se subió al tanque. Después de esa breve parada seguimos, pero la marcha era cada vez más lenta, hasta que se produjo un embotellamiento que no nos permitía avanzar. Estando en esa espera, un helicóptero pasó a baja altura, por encima del tanque, y se dirigió a unas cuadras a la derecha de la carretera.

Le propusieron a Fidel adelantarse en el helicóptero, que lo llevaría hasta el campamento de Columbia, lugar al que se había convocado al pueblo y desde donde el Comandante les hablaría.

Fidel, Almeida, Calixto García, Celia Sánchez y otros combatientes se bajaron del tanque y se montaron en el

yipi que iba delante, perteneciente a la Columna 17, donde yo venía. En el tanque siguió Pedro Miret.

Cuando nos dirigíamos al lugar donde se suponía que estaría el helicóptero que momentos antes había pasado, el Comandante dijo que él no iba a ir en el helicóptero y comentó que no era justo dejar al pueblo, que llevaba muchas horas esperando el paso del ejército victorioso, y le ordenó al chofer que marchara paralelo a la carretera y tratara de adelantarse para incorporarnos de nuevo a la Caravana. Ya en la Carretera Central, pasamos frente a la cervecería Hatuey, donde los trabajadores le pidieron que se bajara y lo invitaron a tomarse una malta bien fría, a lo cual Fidel accedió. Más adelante, el comandante Camilo Cienfuegos llegó a saludar a Fidel y, después de un fuerte abrazo e intercambiar algunas impresiones, continuó junto a él.

Posteriormente se incorporó Fidelito, el hijo de Fidel.



La Caravana de la Libertad a su paso por el Cotorro. De izquierda a derecha Juan Almeida, Camilo Cienfuegos, Fidel Castro con su hijo Fidelito, Huber Matos (traidor) y sentado al frente León. Foto del archivo del autor.

Fue un encuentro muy emocionante cuando se abrazaron, después de más de dos años y medio sin verse.

El pueblo, en una masa compacta, desbordaba ambos lados de las aceras, agitando banderitas cubanas y del 26 de Julio, portando carteles de todos los tamaños, y saludando y dando vivas a Fidel y a los



rebeldes. Muchas casas estaban engalanadas con banderas, algunos se arriesgaban y se subían a los postes para no perderse ningún detalle, y se veían niños en los hombros de sus padres. A lo largo de todo el recorrido había orquestas y bandas de música tocando la Marcha del 26 de Julio. Los autos, trenes y fábricas hacían sonar los silbatos y sirenas, y las campanas de las iglesias repicaban.

La alegría que manifestaba el pueblo era indescriptible, sobre todo al ver que se acercaba el yipi y lograban identificar a Fidel. Era como una explosión que iba en aumento, le lanzaban flores, se encimaban al vehículo para darle la mano, trataban de subir al capó, otros le preguntaban por Raúl. Casi no se podía avanzar y nos costaba mucho trabajo apartar a la gente para poder seguir y llegar a tiempo a Columbia, que era donde estaba previsto que Fidel le hablaría al pueblo habanero.

Al principio yo iba caminando al lado del yipi. Cuando no pude más, me monté en el guardafangos y seguimos por la Central hasta la Virgen del Camino, de ahí seguimos y doblamos por Concha y Luyanó⁵⁷, pasamos por el Castillo de Atarés, Tallapiedra, Avenida del Puerto hasta llegar frente al Estado Mayor de la Marina de Guerra, donde lo recibió el comandante Juan M. Castiñeira. Allí le tenían preparada una sorpresa al Comandante: ¡el yate *Granma* estaba atracado en el muelle!

Las fragatas *Máximo Gómez* y *Antonio Maceo* lo saludaron con diecinueve cañonazos. Fidel se bajó del yipi y fue hasta el *Granma*, donde estuvo un rato conversando con el combatiente Norberto Collado, quien condujo el

57 Foto de Camilo A su paso por Luyanó, en la intersección de las calles Concha y Municipio. Al final del capítulo,



yate desde México; allí se retrató junto a varios oficiales de la Marina.



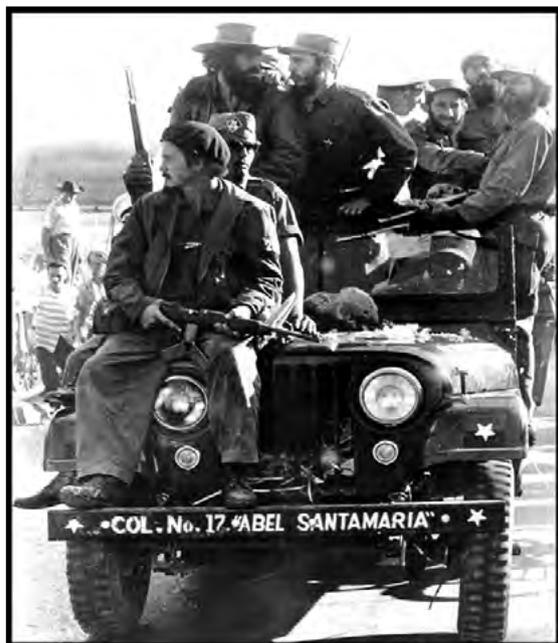
El Comandante Fidel Castro, José M. Castiñeira (a la izquierda) y Celia Sánchez, rodeados de oficiales de la Marina de Guerra, en el yate *Granma*. Foto del archivo del autor.

Después seguimos hasta llegar frente a la estatua de Máximo Gómez, en la Avenida del Puerto, donde Fidel se bajó para ir a saludar, por cortesía, al presidente provisional Manuel Urrutia.

Cuando el Comandante se bajó del yipi y salió caminando, el pueblo lo identificó y se formó una masa compacta que nos llevaba sin poder evitarlo. Ya cerca de la entrada del túnel, nos dimos cuenta de que íbamos a salir por la parte más alta de este, y tuvimos que hacer un gran esfuerzo para



desviarnos hacia la más baja y poder pasar al otro lado sin sufrir un accidente, como les ocurrió a varias personas.



De pie, en el centro, Camilo Cienfuegos, Fidel Castro, Huber Matos (traidor) en la derecha. Detrás, Alberto Trujillo, Dermidio Escalona y Francisco Cabrera. Delante, León y Félix Lugones, *Pilón*. Foto del Archivo del autor.

Cuando al fin pudimos llegar al Palacio Presidencial, entramos por la puerta principal. Fidel saludó a Urrutia y a los que se encontraban con él, y allí se detuvo a conversar y descansar un rato.⁵⁸

El pueblo, al enterarse de que él estaba dentro, se concentró ante el edificio y le pedía que hablara. Entonces Fidel salió a la terraza norte, y cuando lo vieron, el clamor era

⁵⁸ La foto de Palacio esta al final del capítulo.



ensordecedor, aquello era un mar de pueblo que colmaba todos los alrededores del Palacio. Ante la insistencia de la gente, el presidente Urrutia presentó a Fidel y este se dirigió al pueblo en un breve discurso. Les explicó que tenía que continuar para Columbia, lugar donde se había acordado que sería la concentración, allí él hablaría más extensamente. En eso alguien comentó que para salir de Palacio harían falta mil soldados, a lo que él respondió que no era necesario, el pueblo era el que lo iba a custodiar, y les pidió abrir una brecha para llegar hasta los autos que estaban detenidos en la Avenida de las Misiones, a un lado de la entrada del túnel. Entonces ocurrió, como todos querían que Fidel pasara junto a donde ellos estaban, se abrieron varias sendas a la vez.

Salieron Fidel y Urrutia solos, él nos pidió que no los acompañáramos. Nosotros los seguimos de cerca hasta que llegamos a los autos de la presidencia. Para sorpresa nuestra, eran los mismos tres autos que usaba el dictador; en el primero se subieron Urrutia y otras figuras del gobierno, en el segundo iban Fidel, Celia, Almeida, Calixto y otros combatientes, y los que cupimos nos subimos al tercer auto. Echaron a andar y cuando llegamos a Prado y Malecón, vemos que Fidel se baja y plantea que él no quería ir en ese auto cerrado y con cristales oscuros, pues le parecía que iba preso. Los del auto donde iba Urrutia ni se enteraron. Entonces decidió ir en un yipi del ejército que traía un obús cañón a remolque, el cual desenganchamos y lo arrimamos al contén. Fidel y los demás combatientes se subieron al yipi y seguimos por la Avenida del Malecón.

Camilo se había adelantado, para garantizar el recibimiento en Columbia, por eso es que no siguió en el yipi.

Momentos antes, mientras Fidel estaba en la terraza norte del Palacio, habíamos visto pasar los tanques de la Caravana por la Avenida del Puerto; en uno de ellos iban



Pedro Miret y Fidelito, que se había subido antes de llegar a la Virgen del Camino en el tanque donde venía Fidel hasta el Cotorro y el pueblo creyó que su padre venía en él, ya que las emisoras de radio, que estaban en cadena, habían narrado el momento del encuentro de ambos, por ese motivo las películas tomadas captan a Pedro Miret y no al Comandante, quien venía en el yipi.



Avenida del Malecón. Pedro Miret, Fidelito y otros combatientes en el tanque. Foto del archivo del autor.

El malecón estaba abarrotado a ambos lados, dándole vivas a Fidel. En el parque Maceo casi no se podía avanzar, el júbilo era indescriptible. Ya en la calle 23 subimos por la



Rampa y, al pasar por la CMQ, Fidel se detuvo a saludar a los periodistas; luego continuamos por 23, seguimos por 41 hasta entroncar con la avenida 31 (llamada entonces Avenida Gral. Fulgencio Batista, en honor al dictador).



La Rampa. Calle 23 y O. De pie Juan Almeida, Fidel Castro, Dermidio Escalona, Hubert Matos (traidor) y Heriberto González, al frente Jorge Fonseca, Aníbal Hidalgo y León. Foto del archivo del autor.

En esa esquina, conocida como Las Cuatro Curvas, había, a la derecha, un busto de Fidel, y cuando se lo enseñaron se indignó y mandó a retirarlo; en broma dijo: “¡Ni se parece a mí!”. Después supimos que ese busto lo había hecho el escultor Enzo Gallo Chiapardi con otros colaboradores en menos de 24 horas.

Seguimos hasta llegar frente al Obelisco de Marianao, en la intersección de las calles 31 y 100, donde estaba la entrada a Columbia. Debido a que la multitud era muy compacta, nosotros le hacíamos señas al chofer para que



doblara, y un poco más adelante entramos por un portón del edificio Flor Martiana. Cerramos el portón y fuimos para la cocina, donde Fidel conversó con los trabajadores, que lo invitaron a comer; allí comimos sentados en los sacos del almacén y descansamos un rato.



Portón del edificio Flor Martiana (actual Escuela de Artes Plásticas San Alejandro), por donde entró Fidel Castro a Columbia, en 31 y 100. Al fondo se observa el árbol que nos ayudó a cruzar para llegar al polígono. Foto del archivo del autor.

Alguien propuso entrar a Columbia saltando la cerca, y eso hicimos, ya que si salíamos por donde habíamos entrado, nos retrasaríamos en llegar al polígono por la cantidad de personas que había afuera y ya había caído la noche.

Los hombres no tuvimos dificultad para pasar, apoyados en una rama de un árbol que estaba al lado de la cerca,



pero nos costó trabajo ayudar a Celia a pasar al otro lado; después bordeamos la piscina del club de oficiales y salimos a la calle principal, y de ahí hasta la tribuna. En ese instante me encontré por casualidad con mis padres, hermanos y familiares, que ya sabían que yo venía con el Comandante. Fue un momento muy emocionante, con lágrimas de alegría, abrazos, besos, en fin, algo normal después de tanto tiempo sin saber si regresaría vivo y la sorpresa de verme acompañando al más querido de nuestros combatientes, el Comandante Fidel Castro Ruz.

Fidel junto a otros oficiales siguieron para el polígono de Columbia y desde la tribuna hablaron, el capitán Juan Nuiry, Luis Orlando Rodríguez y, a continuación, cuando anunciaron a Fidel, el pueblo comenzó a aplaudir, no había cómo detenerlo. Cuando se calmaron los aplausos, se dirigió al pueblo allí congregado. A su lado estaba Camilo, y en una pausa de su discurso, Fidel le pregunta a Camilo: “¿Voy bien, Camilo?”, frase que quedó para la historia y que refleja la confianza que el Comandante tenía en el Héroe de Yaguajay.

Otro hecho que se comentó mucho fue el de la paloma blanca que se posó en el hombro de Fidel y no se iba, aun cuando él se movía; era como un símbolo de la paz que tanta falta nos hacía.

En sus palabras hizo un profundo análisis para alertar al pueblo sobre los acontecimientos que se estaban desarrollando en la capital, donde algunos miembros de una organización revolucionaria⁵⁹ que había combatido contra la dictadura estaban, al parecer, muy molestos porque no los habían tenido en cuenta para ningún cargo de ministro, y se apoderaron de una considerable cantidad de armas, en respuesta a lo cual Fidel le preguntó al pueblo: “¿Armas para qué? ¡Esta

59 El Directorio Revolucionario.



Revolución la ganó el pueblo, sin el pueblo no se hubiera ganado! Todo va ser más difícil de ahora en adelante”.



Fidel Castro y Camilo Cienfuegos en Columbia, el 8 de enero de 1959. Foto del archivo del autor.

Cuando terminó de hablar, tarde en la noche, y subimos a los autos, alguien le propuso a Fidel quedarse a descansar en la casa militar del presidente Batista en Columbia, a lo que él respondió, algo molesto, que cómo le proponían tal cosa cuando todavía las sábanas estaban calientes, él nunca aceptaría vivir allí. Salimos de Columbia y nos dirigimos a La Habana Vieja, pero Fidel se nos perdió. Después nos enteramos de que había ido al Castillo de Farnés, donde comió, y después subió al hotel Montserrat; allí estuvo poco tiempo, y después fue para el hotel Havana Hilton.

El hotel parecía un hervidero de combatientes de todos los frentes que habían luchado contra la dictadura, quienes se habían



hospedado allí, y otros que en los últimos días de diciembre se decidieron a combatir también. El lobby del hotel me recordaba la época de las películas que había visto sobre la revolución mexicana.

El Estado Mayor de la Revolución

En el hotel Havana Hilton – ya era el día 9 – ocupamos todo el piso 23, a continuación de la habitación de Celia Sánchez, que estaba contigua a la suite del Comandante Fidel Castro, la 2324, al final del pasillo. Esta era muy modesta, consistía en una habitación con su baño y una sala grande que se podía dividir con una pared corrediza.

Hacia mucho tiempo que no dormíamos en una cama con colchón. Ya nos habíamos bañado con agua caliente en el hotel Internacional de Varadero, pero no pudimos dormir porque seguimos para Cárdenas. Hubo combatientes que durmieron esa noche en la alfombra porque tenían miedo de caerse de la cama. Otros se bañaron con agua fría porque no sabían regular el agua caliente.



Fidel Castro y el capitán Felipe Guerra Matos, *Guerrita*, junto al teniente Chinaea, en el hospital. Foto del archivo del autor.

El día 9, por la mañana, Fidel fue al hospital a ver al teniente Chinaea, el oficial responsable de que los miembros del Directorio Revolucionario se llevaran las armas en San Antonio de los Baños, y cuando Fidel habló sobre esto en Columbia, avergonzado al saber que lo habían engañado, el oficial se dio un tiro.

Por la noche Fidel habló en el programa Ante la Prensa,



en el canal 6 de la televisión, sobre lo que estaba sucediendo; era la primera vez que se dirigía al pueblo desde un estudio televisivo. En su intervención le puso nombres y apellidos a los que, con su actitud, arriesgaban la consolidación del triunfo de todo el pueblo al derrocar la tiranía. Durante su alocución, llegó Camilo y le comunicó que las armas ya las habían devuelto. Con eso se evitó que se empañara tan hermoso capítulo de nuestra historia.

A una pregunta de un periodista, Fidel dejó bien claro que no necesitábamos a los asesores militares norteamericanos, ya que ellos habían organizado, armado y entrenado al ejército de Batista, y nosotros lo habíamos derrotado; que lo mejor era que se marcharan.

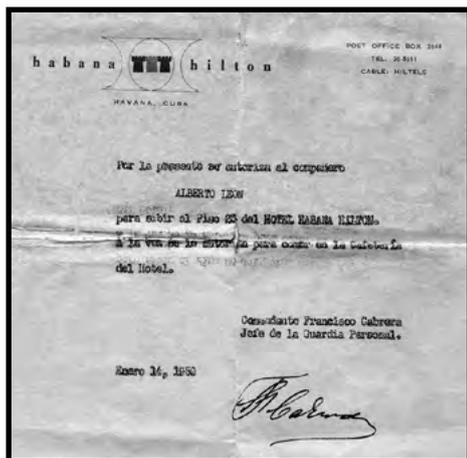
Creíamos que solo acompañaríamos a Fidel hasta La Habana

A los dos días de llegar a La Habana, el capitán Valle y varios compañeros de la Columna 17 salimos para Managua, donde radicaba el resto de los combatientes de nuestra columna. Cuando llegamos nos presentamos ante el comandante Lussón, nos saludamos y él preguntó dónde estaba Fidel; le contestamos que en el Hilton, y le explicamos que veníamos a incorporarnos a la columna. Indagó sobre quién nos había mandado, a lo que respondimos que nadie. Nos dijo que estábamos locos, que nosotros éramos de la escolta del Comandante, y que nos fuéramos para allá de inmediato. Nosotros creíamos que nuestra misión consistía solo en acompañarlo hasta La Habana. Regresamos rápidamente al hotel y nadie se dio cuenta de nuestra ausencia. Eso sucedió porque muchos venían en la escolta con el comandante Francisco Cabrera, desde la



Sierra, y Fidel no salió del hotel en ningún momento por estar atendiendo a los que querían hablar con él.

Por esa fecha, cuando Fidel estaba en La Habana, radicaba en el hotel Havana Hilton; allí acudía la mayoría de los jefes y dirigentes de todo el país a recibir orientaciones, y también extranjeros que pedían entrevistarse con él.



Documento firmado por Francisco Cabrera, jefe de la escolta. Del archivo del autor.

Fue preciso establecer un documento a modo de pase para los compañeros que estaban autorizados a subir al piso 23, que era donde estábamos alojados. Se puede afirmar que allí, en la habitación no. 2324, radicaba el Estado Mayor de la Revolución.

Insubordinación en Managua

A los pocos días de llegar a La Habana, el 14 de enero, le dicen a Fidel que los rebeldes emplazados en el campamento de Managua se habían sublevado. Él salió enseguida para allá. Al frente del reducto estaban los comandantes Juan Almeida y Antonio Enrique Lussón. Cuando llegamos, Almeida le explicó a Fidel que una parte de los rebeldes de la Columna 1 que debían salir de pase, al comunicárseles que antes de irse tenían que entregar las armas, se insubordinaron y tomaron el campamento. Los compañeros, que hacía mucho tiempo no veían a sus familiares y amigos, querían ir a visitarlos portando las armas con las que habían combatido.



Lo primero que Fidel hizo fue mandar a formar a todos los rebeldes y, acompañado por los comandantes Juan Almedia, Antonio Enrique Lussón y la escolta, les habló fuertemente y les explicó las razones de esa decisión. De inmediato les ordenó poner las armas en el suelo y con voz de mando firme, los conminó a abandonar el lugar.

Una parte de los combatientes de la Columna 17, que habían cumplido la orden disciplinadamente, salieron de pase, los otros quedaron al frente del campamento. Días después, los que habían provocado ese desagradable incidente salieron de pase sin las armas.

El 16 Fidel no pasó por alto la muerte de Eduardo Chibás y, ante su tumba en el cementerio de Colón, les habló a los que habían acudido a rendirle tributo.

Continúa la Caravana de la Libertad hacia Pinar del Río

El 17 de enero, con una pequeña comitiva distribuida en varios autos, salimos rumbo a Pinar del Río para concluir el recorrido de la Caravana de la Libertad.



Fidel le habló al pueblo de Guanajay. De izquierda a derecha, Antonio Ferrán, Pedro García, Fidel Castro, un compañero, el autor y Marcelo Verdecia. Foto: Murgado.

Hicimos escala en Guanajay, donde Fidel habló desde el Centro Progresista del poblado. Como en las ocasiones anteriores, la gente desbordaba las calles.

Cuando terminó su alocución, continuamos y nos detuvimos en Artemisa, en el parque Libertad, donde se habían



concentrado todos los habitantes de la ciudad y las zonas aledañas. Esta es una ciudad donde no podía dejar de hablar.⁶⁰ Fidel le dio las gracias en nombre del Ejército Rebelde al pueblo de Artemisa, y les expresó: “A juzgar por los hombres que ha dado a la causa de la libertad, a juzgar por el entusiasmo de todos los vecinos de este lugar, a juzgar por el espíritu patriótico que aquí vibra en todos los corazones, bien merece llamarse Artemisa el pueblo más revolucionario de Cuba. ¡Pueblo como este son los que han hecho posible el triunfo de Cuba!”. Allí ascendió al grado de comandante del Ejército Rebelde al capitán René Collazo, que había perdido sus dos piernas y un brazo en una acción de la lucha clandestina.

Cuando llegamos a Pinar del Río, entramos al Regimiento y Fidel se reunió con el comandante Dermidio Escalona.



El 17 de enero de 1959, Fidel Castro le habló al pueblo pinareño, en las calles Martí y Rafael Ferro. De izquierda a derecha, León, Antonio Ferrán, Lalo Sardiñas, Fidel Castro y otros compañeros. Del archivo del autor.

Por la noche seguimos para la ciudad, donde habían organizado una concentración que, como las anteriores, inundaba todos los alrededores de la calle Martí, se improvisó una tribuna sobre una rastra, en la intersección de esta vía con Rafael Ferro, Fidel le habló al pueblo pinareño. Tarde en la noche, regresamos al Havana Hilton. Con esto terminó su recorrido

la Caravana de la Libertad.

⁶⁰ Foto al final del capítulo.



Operación Verdad

El 21 de enero se realizó una masiva concentración frente al Palacio Presidencial para denunciar la campaña tan difamatoria desatada por el gobierno norteamericano, como represalia a la justicia revolucionaria aplicada a los asesinos que tanta sangre le ocasionaron a nuestro pueblo.

Con una gran concentración de más de un millón de cubanos, que vinieron a la capital desde las provincias de Pinar del Río, Matanzas y La Habana, y en presencia del cuerpo diplomático y más de treciento ochenta periodistas del continente, comenzó la *Operación Verdad*. Allí el pueblo votó por la justicia que se estaba aplicando a los criminales, que tantas vidas segaron al pueblo cubano.



Acto en palacio en enero de 1959 (*Operación Verdad*). Foto de archivo del autor.



Salida hacia Venezuela

El 23 de enero de 1959, temprano en la mañana, salimos desde el aeródromo del campamento de Columbia con destino a Venezuela, que conmemoraba el primer aniversario de la toma del poder por el pueblo, liderado por Fabricio Ojeda y el contralmirante Larrazábal, tras derrotar la tiranía de Pérez Jiménez, acto al que habían invitado a Fidel. La comitiva, encabezada por el Comandante en Jefe, incluía a Celia Sánchez, Conchita Fernández, los comandantes Pedro Miret, Orlando Puerta, Paco Cabrera y Luis Orlando Rodríguez, el capitán Jorge Enrique Mendoza y otros. Era tan numerosa que hubo que utilizar tres aviones. Una parte de la escolta fuimos en el avión con Fidel, un *Superconstellation* de una aerolínea venezolana, el resto en las otras dos aeronaves.

Esta era la primera vez que iba a subirme a un avión y estaba muy emocionado. Cuando el aparato llegó a Venezuela, dio unas vueltas sobre Caracas; la ciudad se veía majestuosa entre las lomas que la rodean, y después se dirigió hacia el aeropuerto de Maiquetía.

Cuando nos acercábamos para aterrizar, podíamos ver una multitud con banderas y carteles. El avión no pudo parar en el lugar indicado para estacionarse, porque el pueblo rompió el cordón de seguridad y corrió hacia la pista. El piloto tuvo que detener los motores para evitar una catástrofe. La multitud rodeó el avión, y cuando el Comandante se asomó a la puerta y saludó al pueblo, este le contestó con gritos de “Viva Fidel, Viva Cuba, Viva Venezuela”. Allí estaba Fabricio Ojeda y Wolfgang Larrazábal para darle la bienvenida. Cuando bajamos no se podía dar un paso; a algunos de la escolta nos cargaron en peso, y nos dijeron que debíamos quitarnos las pistolas porque, según ellos, los delincuentes se las habían robado a otros combatientes que



habían llegado antes, que no eran de la escolta. Después nos enteramos de que incluso le habían sustraído la pistola a Fidel, al parecer como un recuerdo.



Lobaina y León, a la llegada a Maiquetía. Foto del archivo del autor.

Pudimos salir por un lado de la terminal y nos subimos a una camioneta; después, en los autos y con mucho trabajo, salimos en la caravana rumbo a Caracas. A lo largo de todo el camino estaba el pueblo saludando y dándole vivas a Fidel. Los otros aviones ya habían aterrizado y los compañeros habían pasado por la terminal aérea. Como está establecido al entrar al país, allí les recogieron las armas a

los barbudos, que llevaban armas largas, las mismas con las que habían combatido en la Sierra; la escolta llevaba armas cortas.

En el trayecto nos detuvimos en el restaurante El Pinar y almorzamos. Allí, venezolanos y cubanos pronunciaron breves palabras; luego continuamos la marcha, que se hacía muy lenta porque el pueblo se lanzaba a la autopista. Al fin logramos llegar a la Plaza del Silencio, donde había una multitud que se perdía a lo lejos; el entusiasmo era el mismo que en Maiquetía. Después que hablaron varios dirigentes venezolanos y cubanos, anunciaron que Fidel iba a hablar, y el aplauso era interminable. Su discurso duró



como dos horas, y cuando mencionó a Rómulo Betancourt, el pueblo comenzó a chiflar y a manifestarse mal de este.

Después nos fuimos para la residencia del embajador Francisco Pividal; otros compañeros se alojaron en una unidad militar y en la Embajada de Cuba.

Los combatientes de la escolta se turnaban para cuidar a Fidel. Está de más decir que en Caracas estaba muy bien cuidado por el pueblo y las autoridades del país, y nosotros aprovechábamos, cuando no estábamos con él, para conocer la ciudad y compartir con los lugareños, que nos expresaban su cariño de mil formas.

El día 24, después de varias actividades, Fidel les habló a los estudiantes en la Ciudad Universitaria, que estaba abarrotada. Cada vez que él expresaba una idea, los aplausos eran atronadores. Una estudiante llegó a donde él estaba y le regaló una boina y se la puso. Además de Larrazábal, estaba presente el poeta Pablo Neruda, quien leyó su poema *Un canto a Bolívar*. Cuando terminó el acto en la universidad, por la noche, el embajador cubano ofreció una recepción en su honor.

El día 25 salimos hacia el hotel Humboldt, que está en las montañas, en la cima del cerro El Ávila, al cual se sube a través de un teleférico. Allí Fidel se reunió con Wolfgang Larrazábal; después almorzamos y dimos un recorrido por el lugar. Fidel le señaló a Larrazábal que con aquella topografía era fácil combatir. Bajamos por un trillo y, desde un árbol que se había caído y bloqueaba el camino, les mostró cómo un hombre con un fusil podía parar una compañía. Junto al Comandante, bajamos Crespo, varios periodistas, fotógrafos, y yo.⁶¹

De los miembros de la escolta, recuerdo que al hotel Humboldt lo acompañamos Ramón Valle, Jorge Castro, Eclio Lobaina y el autor.

61 Foto de la visita de Fidel Castro al hotel Humboldt, al final del capítulo.



Al fin, el día 25 por la noche, en el Palacio de Miraflores, Fidel se reunió con Rómulo Betancourt, quien había estado rehusando encontrarse con él.

El día 27, por la madrugada, estábamos en el avión *Brittannia*, que se encontraba listo para partir. Fidel y Celia ya estaban sentados en sus asientos, y detrás Emilio Navarro y yo. El jefe de la escolta, Paco Cabrera, no llegaba. Al ver que se demoraba, Fidel orientó que saliera primero otro de los aviones. Al poco rato llegó un combatiente llorando con la noticia de que el avión había matado a Paco. Aquello conmocionó a todos los que estábamos en el avión, que se levantaron de sus asientos con la intención de salir, pero Fidel, de forma enérgica, dijo que no bajara nadie y salió para el lugar del accidente. Cuando regresó, explicó que Paco llegó hasta el otro avión, que estaba detenido, y preguntó por las armas que se nos habían recogido al llegar a Venezuela; le dijeron que iban en otro avión, que ya se dirigía a la pista; entonces se bajó y fue hacia la nave, momento en que ocurrió el fatal accidente. Perdimos a un valioso combatiente. Paco respondió al instinto inculcado por Fidel en relación con la responsabilidad por las armas; esa fue la verdadera causa de lo ocurrido.

En Caracas se quedó un grupo de combatientes de Puerto Padre hasta que se cumplieran los trámites legales para regresar a Cuba. Entre ellos estaban Pedro García Peláez, Diego González Pérez y otros. Mientras permanecieron en Caracas, velaron a Paco en una funeraria, donde el pueblo manifestó su dolor.

Nuevo jefe de la escolta

Cuando regresamos de Venezuela fuimos para el hotel Havana Hilton. Los primeros días estuvieron al frente de la escolta, aunque no oficialmente y por poco tiempo, los



comandantes Orlando Rodríguez Puerta y Calixto García. Después fue designado el capitán Pedro García Peláez como jefe de la escolta, y los capitanes Ramón Valle Lazo y Orlando Pupo como jefes de grupo.

Según lo establecido en aquella época por la estructura del Ejército, al Comandante en Jefe le asignaron un ayudante⁶² por cada arma. Fidel nombró al capitán Jesús Yanes Pelletier.⁶³

Yanes dominaba varios idiomas, y era el encargado de coordinar todas las entrevistas y visitas de las personalidades que solicitaban reunirse con Fidel. Él vivía en el Havana Hilton, pero salió muy pocas veces con nosotros en los autos. A pesar de la confianza depositada en él, este individuo fue tan ingrato que, posteriormente, traicionó a la Revolución y a Fidel, por lo que fue juzgado y sancionado a veinte años de prisión. Cumplió su sanción y murió el 18 de septiembre de 2000.

Por la Marina de Guerra nombraron de ayudante al primer teniente Alberto Trujillo; este permaneció allí poco tiempo y después fue para el Palacio. A Fidel no le gustaban esos cargos protocolares que se estilaban en los gobiernos anteriores, pero al principio se los impusieron.

En los primeros tiempos la escolta, cuando llegaba al hotel, tenía resueltas todas sus necesidades, como descanso, baño, alimentación, etcétera . Cuando íbamos

62 Era una especie de edecán en representación de cada arma, pero que no cumplía ninguna función.

63 Perteneciendo al ejército de Batista, se negó a envenenar a Fidel cuando este estaba en la cárcel de Boniato, después del asalto al Moncada, y le avisó a los compañeros que iban a visitarlo sobre lo que tramaban contra su vida. A partir de ese momento, estos le llevaban la comida todos los días. A Pelletier lo detuvieron, después que lo soltaron se fue para Estados Unidos y regresó en los primeros días de enero. Fidel, en agradecimiento por la valentía demostrada en aquella ocasión, lo nombró su ayudante.



a almorzar o comer, lo hacíamos en grupo para orientar a los combatientes que no tenían hábitos correctos, ya que muchos nunca habían estado en un restaurante, y no sabían cómo pedir lo que deseaban comer; pero con el tiempo aprendieron. Yo tampoco había estado antes en un establecimiento de lujo; a veces no conocía los nombres de los platos que aparecían en el menú y me asesoraba con los propios capitanes del restaurante. En una ocasión, un combatiente se fue solo a comer y pidió tantos platos, que casi no cabían en la mesa.

Cuando Fidel salía del hotel, normalmente bajaba por el elevador de carga, situado al final del pasillo que conducía al parqueo, que estaba en el sótano, e igualmente lo hacíamos cuando regresábamos. En muy pocas ocasiones salió por la puerta principal del hotel, ya que el *lobby* siempre estaba lleno de gente y cuando lo veían lo abordaban en masa, dificultándole el paso.



A su paso por Luyanó, en la intersección de las calles Concha y Municipio.

De izquierda a derecha, Augusto Martínez Sánchez, Juan Almeida, Fidel Castro, Huber Matos, (traidor), Camilo Cienfuegos (de pie) León. Foto del archivo del autor.





El Comandante Fidel Castro, en Palacio, saluda al presidente Manuel Urrutia. Sentados, de izquierda a derecha, Celia Sánchez, Manuel Urrutia, Fidel Castro. Detrás, al centro, Calixto García y otros, y señalado con un círculo, León. Foto del archivo del autor.





En Pinar del Río, Fidel hojea la revista Sol. A su lado, el periodista Mario Kuchilán y, detrás, León . Foto del archivo del autor.



Hotel Humboldt, en Venezuela. De izquierda a derecha, Crespo, Larrazábal, Fidel Castro, Celia Sánchez, otro compañero, León y un soldado venezolano. Foto del archivo del autor.



Visita de Fidel Castro al hotel Humboldt, en el cerro El Ávila. De izquierda a derecha, en primer plano, Fidel Castro, Luis Crespo, Wolfgang Larrazábal, Eduardo Hernández, *Guayo* y León. Foto del archivo del autor.



CAPÍTULO 6

La responsabilidad más memorable que he asumido en mi vida

UNOS DÍAS DESPUÉS de llegar de Venezuela, el capitán Alberto Vázquez, *Vazquecito*, que era el chofer de Fidel desde su salida de Santiago, me confesó que él pensaba irse de jefe de una estación de policía. Como yo era de La Habana, y él sabía que era chofer y mecánico, iba a recomendarme para que le manejara a Fidel. Le respondí que estaba de acuerdo, que para mí sería un honor manejarle a nuestro máximo líder. Aunque, realmente, no le creí. Pensé, ¿cómo me iban a dar esa responsabilidad cuando había tantos compañeros con suficientes méritos para ello?

A los pocos días el jefe de la escolta me lo propuso y empecé a manejarle. En ese momento el auto era el Chevrolet 1957 en el que vino desde Oriente. Después me enteré, por el comandante Lussón, que desde el momento en que nos escogieron para la escolta, Vazquecito y yo habíamos sido designados para manejarle el auto al Comandante, cosa que no sabía, porque él no me lo había dicho. Como miembro

de la escolta, esta era la tarea de más responsabilidad que había desempeñado hasta ese momento.

Posteriormente, Celia Sánchez le planteó al comandante Abelardo Colomé Ibarra, que hacía falta un auto para Fidel. Días después me enviaron al G-2⁶⁴ a recoger un Oldsmobile negro del año 1958, que posteriormente mandé a pintar de azul claro. El Chevrolet 1957 pasó a la escolta, y luego se lo dieron a Pupo.

A pesar de ser el chofer de Fidel, el jefe de la escolta, capitán Pedro García, estableció que también debía acompañar al Comandante como escolta cuando se bajara del auto. No me separaba nunca de su lado; el auto quedaba al cuidado de los otros combatientes y de los choferes de los demás autos. Esa doble misión la desempeñé todo el tiempo que permanecí en la escolta. Es por eso que aparezco cerca de Fidel en muchas fotos tomadas en la mayoría de los actos y acontecimientos ocurridos en esa época.

El apartamento de Celia Sánchez en la calle 11, en el Vedado

A mediados de febrero, Celia pidió la cuenta del hotel. Cuando vio el monto de lo que se estaba gastando, que era bastante elevado, se lo comunicó a Fidel y él decidió que hasta ese día estaríamos ahí. Expresó que todos los rebeldes que estaban hospedados en el hotel debían buscar otro lugar donde alojarse, porque el Havana Hilton era muy caro. La cuenta sumaba varias decenas de miles de pesos ese mes.

Celia convenció a Fidel de mudarse a un edificio en la calle 11 no. 1007, entre 10 y 12, en el Vedado, donde ella tenía un apartamento, hasta que se consiguiera una casa para él. Ese

64 Lugar donde hoy radica el policlínico del hospital Finlay.



apartamento estaba en el primer piso a la derecha; al lado vivía Griselda, la hermana de Celia. Para los bajos se mudó, al poco tiempo, el comandante José Argibay, *Pepito*, con su familia, y al lado, la madre de Miriam, la esposa de Argibay.



El apartamento de Celia Sánchez, en la calle 11 del Vedado, y el auto Oldsmobile utilizado por Fidel. Foto del archivo del autor

La casa de Cojímar

Se encontraba en la sierra de Cojímar, específicamente en la calle 32 y Final, y tenía por nombre Rancho Alto. El dueño del inmueble, Agustín Cruz Fernández, había fallecido en un accidente automovilístico en Salamanca, España, y la casa estaba deshabitada. Su hermano, que había pertenecido al partido Ortodoxo⁶⁵, al enterarse de que Celia estaba buscando una casa para Fidel, en una visita

65 Información ofrecida por Esperanza Cenique Torres. La compañera cuidó la casa antes del triunfo de la Revolución y durante muchos años después.



que le hiciera en su apartamento de la calle 11, acompañado de su esposa, le propuso regalársela, pero Fidel no aceptó el obsequio, le respondió que, en todo caso, tenía que ser alquilada, pero ellos se negaron. Entonces llegaron al acuerdo de que el precio lo pondrían ellos y Fidel estuvo de acuerdo.



Moneda de plata de un peso, utilizada en aquella época. Foto del autor.

El valor que asignaron al alquiler fue de un peso de plata⁶⁶ al año, y ante tanta insistencia, a Fidel no le quedó más remedio que aceptar.

La residencia se encontraba ubicada en la sierra de Cojímar. Contaba con todas las comodidades; era un lugar tranquilo, fresco, rodeado de árboles y al fondo tenía una piscina en construcción. Pero el lugar tenía el inconveniente de que era una ratonera. En esa época, el poblado de Cojímar tenía una sola entrada por la avenida Monumental.

Para llegar hasta la casa había que pasar por una carretera muy estrecha que tenía por la izquierda un farallón y por la derecha un precipicio que bajaba hasta el río. Oficialmente, ese era su lugar de residencia, pero en la casa de Celia estaban todos los archivos y documentos más importantes que ella había guardado con mucho celo desde la Sierra, y que después han servido para esclarecer incontables hechos de la historia.

Al poco tiempo, Fidel y Celia decidieron traer a Cojímar a unos diez o doce niños desde la Sierra. El responsable del grupo era Francisco Ross, *Paquito*. Entre ellos había uno,

⁶⁶ Moneda de plata por valor de un peso que circulaba en aquella época, a la cual le llamaban "peso macho".



muy simpático, al que le decían “el comandante Almeida”, y otro muy avisado llamado Eusiquio. Pasado un tiempo, se creó una granja para ellos en el triángulo que está entre la Monumental, la Vía Blanca y la carretera de Guanabacoa, a la entrada de Cojímar.



En Cojímar, Fidel y Raúl Castro, Evelio Saborí (de espalda) y otros compañeros, con los niños de Celia Sánchez. Foto del autor.

Se entregan legalmente tierras a los campesinos

El 28 de febrero, a solo dos meses del triunfo de la Revolución, Fidel, varios ministros, el capitán de corbeta Juan M. Castiñeira, oficiales de la Marina y la escolta, salimos en horas de la madrugada del Arsenal de Casa Blanca en la fragata *Antonio Maceo*. El objetivo era hacer una travesía, bordeando la costa norte de Pinar del Río, y desembarcar



por el puerto de La Fe, de ahí seguir por tierra hasta Las Martinas y, en un acto público, hacerles entrega de la propiedad de la tierra a los campesinos del lugar.

Cuando estábamos al norte del Mariel, debido a una baja barométrica, se presentó un mal tiempo. A nosotros, que no estábamos acostumbrados, nos parecía que la nave se iba a hundir a pesar de sus dimensiones; esa era la primera vez que viajaba en un barco. Para atenuar la embestida de las grandes olas, tomamos rumbo al noroeste y navegamos varias horas hasta que disminuyó el fuerte oleaje. Casi todos nos mareamos, hacíamos la posta sentados en el piso, frente al camarote donde estaba Fidel, para no caernos. En el comedor no quedó ninguna vasija ni plato sano, las sillas rodaban por el piso de un lado para otro, las mesas, por estar ancladas, solo daban bandazos.

Después que amainó el oleaje, la fragata retomó el rumbo que traíamos. Cuando ya íbamos más allá de Bahía Honda, Fidel habló con Juan M. Castiñeira para ver si podían, desde algún puesto cercano de la Marina, venir a recogerme para que regresara a Casa Blanca a buscar los autos; vino una lancha, me recogió y seguí por carretera hasta La Habana. Tomé el auto y, junto a los otros compañeros de la escolta, salimos para La Fe, donde Fidel me había dicho que lo esperara; pero llegado allí, me dijeron que debía seguir para Arroyos de Mantua, lugar en el que finalmente desembarcó, y seguimos por carretera, pasando por Guane, hasta llegar a Las Martinas.

En este lugar se les hizo entrega de la propiedad⁶⁷ de 760 caballerías de las mejores tierras para el cultivo del tabaco negro y rubio a 340 vegeros.

67 Solo después de la firma de la Primera Ley de Reforma Agraria fue que se entregaron los títulos de propiedad de la tierra.



Tiempo después volvimos a salir en la misma fragata, también en dirección a las costas de Pinar del Río. Durante la travesía, Fidel estuvo practicando con el FAL, disparando contra objetos que flotaban en el mar. Después continuó tirando con el cañón de la fragata. Los marineros nos mostraron los impactos que provocó Luis Carbó con el cañón de 20 mm cuando se tomó la Nicaro, y nos contaron sobre las bajas que les había ocasionado.



En la fragata Antonio Maceo, Fidel se dispone a disparar con un cañón. Al centro, de derecha a izquierda, Juan M.Castiñeira, Fidel Castro, dos marineros y León. Foto del archivo del autor.

Este fusil era un símbolo

Marcelo Verdecia, desde los tiempos de la Sierra, siempre se ocupó de la mochila y el fusil con mira telescópica de Fidel.

Este fusil era todo un símbolo.⁶⁸ Los combates se iniciaban con un disparo realizado por él con ese fusil.

68 Fusil belga calibre 30,06 con mirilla telescópica.





Fidel con su histórico fusil de mira telescópica. Foto del archivo del autor.

Ya en La Habana, Marcelo siguió de responsable del fusil y nos acompañaba a todos lados a donde iba Fidel. Un día que Marcelo lo había dejado en el auto, en un descuido de los combatientes que se quedaban cuidando los vehículos, alguien se llevó el fusil; cuando Fidel se enteró, le echó tremendo responso. Al perderse el fusil, Fidel empezó a utilizar el FAL que Wolfgang Larrazábal le había mandado desde Venezuela, cuando el Comandante estaba en la Sierra Maestra. Pero a los pocos meses, llegó Efigenio Ameijeiras, jefe de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR), con el fusil y dijo que había aparecido colgado de un clavo en una estación de policía. Para todos significó tremenda alegría, pues sabíamos lo que representaba ese fusil para Fidel. Tiempo después, el arma fue donada al museo del cuartel Moncada.

Fidel asume el cargo de Primer Ministro

En enero de 1959, al constituirse el nuevo Gobierno Revolucionario, ocupó el cargo de Primer Ministro,



con carácter provisional, José Miró Cardona. Al cual renunció, el día 13 de febrero, porque se dio cuenta del cauce que iban tomando los acontecimientos, y él no tenía la talla para desempeñar ese cargo, además de tener ideales anticomunistas. Posteriormente traicionó a la Revolución y se fue para Miami, donde lideró el Consejo Nacional Revolucionario y junto con la CIA organizaron la fracasada invasión por Playa Girón. De haber triunfado, él sería el Presidente Provisional de Cuba. Falleció en 1974 con 71 años. Entonces, como era lógico, lo pusieron a Fidel.

El 16 de febrero de 1959, durante una sesión del Consejo de Ministros, Fidel asumió el cargo de Primer Ministro, pero puso las reglas del juego apoyándose en lo que estaba legislado, cosa que al presidente le molestó y se retiró del lugar en forma poco ética.

Donación de equipos agrícolas

Tan temprano como el mes de febrero, el pueblo se encontraba enfrascado en la campaña para ayudar a la Revolución con la donación de todo tipo de implementos agrícolas, como tractores, arados, molinos de viento, carretas, etcétera, para de esa forma contribuir al desarrollo de la agricultura.

Durante una comparecencia en el programa televisivo “Ante la Prensa”, Fidel propuso crear la Columna Agraria José Martí. En esta patriótica iniciativa podían participar voluntariamente todos los sectores de la población: los trabajadores de una fábrica, los de las tiendas, los de los organismos del Estado, incluso algunos niños de las



escuelas contribuían con los pocos centavos que les daban sus padres para la merienda.

También hacían sus donaciones los empresarios y hasta los burgueses, quienes no pensaban que esto era una revolución en desarrollo; estos últimos, como se demostró posteriormente, cuando comenzaron a aplicarse las leyes que beneficiaban a la mayoría del pueblo, decían que querían Revolución, ¡pero no tanta! Empezaron las definiciones: los que estaban con la Revolución, los que se declararon contra ella y los que esperaban para definirse.



Tractor donado por los trabajadores de la fábrica de cerveza La Tropical. De pie, de derecha a izquierda, Antonio Prida, Francisco Leyva, Mario Gil, Pedro García y León. Foto del archivo del autor.

A finales de febrero, Fidel le encomendó al jefe de la escolta, el capitán Pedro García, que fuera en su representación a recibir un tractor que donaba la fábrica de cerveza La Tropical.

Lo acompañó un pequeño grupo de la escolta, entre los que se encontraban Francisco Leyva, *Paquito*, Antonio Prida, Mario Gil y el autor.

Días después, el 2 de marzo de 1959, Fidel visitó el área del parqueo del Gran Estadio de La Tropical⁶⁹, donde se concentraban todos los equipos donados en la ciudad de La Habana para la Columna Agraria José Martí. Él pudo constatar, en su recorrido por el lugar, la cantidad de equipos donados y compartió con la numerosa población

69 Hoy es el estadio Pedro Marrero.



allí reunida. Posteriormente, visitó el edificio donde radicaba la administración de la fábrica y conversó con los trabajadores, quienes le brindaron una Maltina.



Fidel en la fábrica La Tropical. Después de conversar con los trabajadores, estos le brindaron una Maltina. Foto del archivo del autor.



CAPÍTULO 7

Viaje de Fidel a Estados Unidos, Canadá y América del Sur

AL DESIGNAR A aquellos de la escolta que acompañaríamos a Fidel, como parte de su comitiva, al viaje que realizaría por Estados Unidos, que después se extendió por algunos países sudamericanos, me puse muy contento; ya lo había acompañado en el viaje a Venezuela, en enero de 1959.

Los preparativos se realizaron muy rápido. Primero fuimos a la sastrería Fin de Siglo para que nos confeccionaran los uniformes. Fidel decidió que todos debíamos llevar en la charretera el rombo rojo y negro, y los grados bordados en color dorado. A los que éramos soldados –la mayoría– nos mandaron a poner los grados de primer teniente; al resto, los de capitán. Los sastres le tomaron las medidas a Fidel y se lo entallaron en la casa de Celia. El mío aún lo conservo, como recuerdo.

De la escolta, lo acompañamos los capitanes Pedro García, Orlando Pupo y Ramón Valle, y los primeros tenientes Marcelo Verdecia, Ángel Fonseca, Emilio Navarro, Marino Díaz y yo.

La documentación para poder visitar Estados Unidos y los otros países la procesó la Secretaría de Estado⁷⁰ en

70 Hoy Minrex.

menos de una semana. La invitación para la visita procedía de una entidad privada, la American Society of News Paper Editors.⁷¹

Este viaje era continuación de la Operación Verdad, que se había iniciado en enero de 1959, antes de la salida para Venezuela. El objetivo de esta visita era darle a conocer al mundo la verdad sobre la Revolución Cubana, que estaba siendo sometida a una feroz campaña de desinformación por los medios de prensa, la radio y la televisión de los gobiernos títeres de la OEA⁷² y de Estados Unidos.

La Habana-Washington

Salimos el día 15 de abril, a las 3:00 p.m., en un *Britnnia* de Cubana de Aviación, desde el aeropuerto José Martí hacia Washington, y llegamos a la terminal aérea de aquella ciudad a las 9:00 p.m., aproximadamente. Cientos de cubanos y latinoamericanos que nos estaban esperando, cuando vieron a Fidel, empezaron a darle vivas. Lo recibieron, el embajador cubano Ernesto Dihigo y su esposa.

Al salir nos costó trabajo llegar a los autos, porque todos querían saludarlo; a pesar de las fuerzas de seguridad, que trataban de impedirlo, siempre llegaron muchas personas hasta él. Por poco me quedo en el aeropuerto; Fidel me vió y me dijo: “¡Móntate aquí!” Después nos dirigimos a la embajada, sita en la avenida Potomac-16 NW no. 2630; allí también había una cantidad enorme de cubanos y personas

71 Sociedad Americana de Editores de Periódicos.

72 Organización de Estados Americanos.





En Washington, de derecha a izquierda, la esposa del embajador Dihigo, Fidel Castro y León, cuando nos dirigíamos a la embajada cubana. Foto del archivo del autor.



Llegada a la embajada de Cuba en Washington. Fidel Castro, Regino Boti, Yanes Pelletier, Orlando Pupo, León, Ramón Valle y Emilio Navarro. Foto del archivo del autor.

de otras nacionalidades esperando a Fidel. Antes de entrar, los saludó y conversó con ellos.

Cuando llegamos a Washington, la temperatura era muy baja para nosotros, y Saavedra salió y nos compró a cada uno un abrigo verde olivo y un revólver Colt, calibre 38, de cañón corto y martillo oculto, para poder disparar sin sacarlo. Nos indicaron que las pistolas teníamos que guardarlas en las maletas.

El 16 de abril Fidel atendió los asuntos protocolares y almorzó con el subsecretario Provisional de Estado, Mr. Christian Herter. Ese día salimos acompañados por un funcionario de la embajada cubana a conocer la ciudad.



Fidel le rinde tributo a Lincoln en Washington. Foto del archivo del autor.

El día 18, por la mañana, una pequeña comitiva, integrada por Celia Sánchez, Yanes, otro compañero de la escolta y yo, acompañamos a Fidel a los monumentos de Lincoln y Jefferson, y a la tumba del soldado desconocido, donde el Comandante depositó ofrendas florales; el resto nos quedamos detrás, algo apartados de él, como establece el protocolo. Todos los lugares que visitamos son de gran significación histórica para Estados Unidos.

Por la noche, Fidel recibió a los diplomáticos en la embajada. Costó trabajo convencerlo de ponerse el traje de gala, que le



quedaba muy elegante, pero él se sentía incómodo sin su uniforme de campaña.



En el Cementerio Nacional de Arlington, Fidel Castro coloca una ofrenda floral ante la tumba del Soldado Desconocido. Foto del archivo del autor.

Washington-Nueva York

Partimos hacia Nueva York en tren el 21 de abril, a las 9:00 a.m. En el trayecto, Fidel hizo escala en Princeton, invitado por la Universidad. En la Ciudad Universitaria, el Comandante se reunió con los alumnos y después habló en el estadio, donde había más de diez mil personas.

Con anterioridad, había salido el jefe de la escolta, el capitán Pedro García, hacia Nueva York para coordinar el trabajo con las autoridades antes de nuestra llegada. Pero sucedió que antes de llegar Fidel a la terminal, detectan a un individuo barbudo vestido de uniforme verde olivo, que estaba armado, y lo tomaron preso. Era Pedro. Se formó tremendo revuelo, y la prensa se dio gusto publicando lo ocurrido. Cuando todo



se aclaró, querían desarmar a Pedro, pero él no lo permitió. Después lo dejaron en libertad.

Lo más relevante para nosotros durante el trayecto fue cuando, momentos antes de llegar a Nueva York, al no estar presente el jefe de la escolta, Celia nos reunió y nos advirtió que el periodista Conte Agüero, un politiquero y farsante, y se autotitulaba “La voz más alta de Oriente”, no podía acercarse más a Fidel, bajo ningún concepto, porque estaba propagando que era él quien ayudaba a preparar sus discursos.

En la mañana del día 21 llegamos a la estación en Pennsylvania, Nueva York. Para salir a la calle, donde estaban los autos, había que subir por un pasillo. Cuando íbamos caminando, nos percatamos de que Conte Agüero venía atropellando a la gente con la intención de pegarse a Fidel para salir en las fotos; lo fuimos cerrando y separando, y cuando empezó a protestar y a querer colarse, le dimos un empujón que, sin querer, lo hizo rodar por la escalera, y nos gritó: “¡Le voy a dar las quejas a Fidel!” Después le contamos a Celia lo que había sucedido.

Cuando llegamos a la calle, aquello era un mar de gente dándole vivas a Fidel y a la Revolución. Banderas cubanas y del 26 de Julio se veían por todas partes, y los allí presentes, espontáneamente, comenzaron a cantar el Himno Nacional. El cordón de seguridad, los agentes del FBI y los policías montados a caballo no pudieron evitar que Fidel se acercara a ellos; tuvieron que ganarse con mucho trabajo el sueldo para poder llevarlo a los autos y partir hacia el hotel Statler Hilton, en el que nos hospedaríamos.

En el pasillo del piso donde nos alojamos habían colocado un dispositivo para detectar metales. Como nosotros



llevábamos revólveres, tenían que pasarnos por una habitación que se comunicaba con el otro lado del pasillo.

Desde que llegamos, la agenda de trabajo de Fidel estuvo muy apretada. Mientras la escolta no tenía que acompañarlo, salíamos a conocer la ciudad; así pude visitar, la Estatua de la Libertad y el edificio más alto del mundo en ese momento, el Empire State.

El 24 de abril, cuando Celia se enteró de que era el día de mi cumpleaños, como siempre, atenta al más mínimo detalle, me llevó hasta donde estaba Fidel y se lo contó. Él me felicitó y dijo: —¡Vamos a brindar por tu cumpleaños y por el día de mi santo, porque hoy es San Fidel!, y me llamo Fidel Alejandro.

Para ese día por la noche se había programado un mitin. Los organizadores de la actividad querían que fuera en el estadio Polo Grounds, un local cerrado, alegando que era por la seguridad de Fidel, a lo que se opuso.



Después de muchos contratiempos, decidieron, realizarlo en el Parque Central, en el mismo centro de Manhattan.

Esa noche Fidel habló ante una multitud que desbordaba todos los alrededores; se veían banderas y letreros por todos lados. Había cubanos, puertorriqueños, dominicanos,

En el Parque Central de Nueva York, Fidel Castro, León (detrás, a la derecha) y otros. Foto del archivo del autor.



mexicanos, centroamericanos y otros latinoamericanos, que vivían allí, y estadounidenses que simpatizaban con la Revolución. El entusiasmo solo se podía comparar con los actos que se realizaban en Cuba.

En su discurso aclaró el objetivo de su viaje a Estados Unidos, cuando dijo: “[...] No vine aquí a mentir, no vine aquí a ocultar nada, porque nuestra Revolución no tiene nada que ocultar. No vine aquí a pedir nada, porque nuestra Revolución no tiene nada que pedir, como no sea amistad y comprensión. [...]”.⁷³

Recordó, muy emocionado, cuando años antes estuvo allí con Juan Manuel Márquez, recaudando fondos para llevar a cabo los planes revolucionarios.

Según se dijo, en Nueva York, que era la ciudad más grande del mundo, nunca se había efectuado un acto de esa magnitud.

El día 25 viajamos en tren hasta Boston, donde Fidel se reunió con los estudiantes de la Universidad de Harvard y por la noche les habló en el estadio universitario.



En Montreal. De pie, Marino, Valle y León. Agachados, Emilio y Guayo. Foto archivo del autor.

Nueva York-Montreal

El día 26 salimos en el *Britannia* de Cubana de Aviación con destino a Canadá. Tuvimos que hacer una escala técnica en Montreal; allí nos alojamos en el Queen Elizabeth Hotel, y a Fidel lo alojaron en la *suite* de la Reina.

73 Luis Báez: *Fidel por el mundo*, pp. 40.



Montreal-Houston

Al día siguiente continuamos viaje y llegamos a Houston, Texas, donde Fidel sostuvo una reunión con el comandante Raúl Castro, que estaba allí esperándolo para saludarlo, informarle sobre la situación del país y recibir orientaciones.

Entre las actividades llevadas a cabo por Fidel en Texas, estuvo la invitación a una granja de cría de caballos, donde le regalaron uno de pura raza, llamado Dagame hijo de King Champ, y unas cajas de vasos con la foto del caballo impresa en oro.



Fidel observa el caballo de pura sangre King Champ.
Foto del Archivo del autor.

Houston-Puerto España

Después que Fidel cumplió con su apretada agenda, continuamos viaje con destino a Sudamérica. En el



aeropuerto de Houston, el comandante Raúl Castro despidió a su hermano. Al sobrevolar el territorio de Cuba, Fidel le envió un saludo a su pueblo.

El 29 de abril hicimos una escala en Puerto España, Trinidad y Tobago, donde nos quedamos a dormir.



En Houston, Texas, el comandante Raúl Castro despide a Fidel en el aeropuerto. Con este último están, Pedro García, Saavedra, Manuel Fernández Falcón, Vilma Espín, León, entre otros. Foto del archivo del autor.

Puerto España-Brasil

Continuamos viaje el día 30 de abril hacia Sao Paulo, Brasil. La ciudad me pareció fabulosa por sus dimensiones, avenidas y edificios que, a pesar de no ser tan altos como en Estados Unidos, eran compactos y se extendían a todo lo largo del recorrido que seguimos hasta llegar al lugar donde nos alojaríamos, en el hotel Excelsior. La estancia



allí fue de pocas horas, pues continuamos hacia la zona donde se estaba construyendo la ciudad de Brasilia, que sería la nueva capital del país. Del aeropuerto salimos en autos; en el trayecto, a ambos lados de la carretera, solo se veían áreas boscosas. Cuando llegamos a nuestro destino, había muy pocos edificios en construcción; en el recorrido nos señalaron un letrero en el lugar donde se construiría la embajada de Cuba, así como de otras sedes diplomáticas.



En Brasilia, Fidel Castro y Juscelino Kubitschek, cuando salían de conversar en el Palacio de la Alborada. Foto del autor.

Cuando llegamos al Palacio de la Alborada, una construcción muy hermosa por su arquitectura, diseñada por el famoso arquitecto brasileño Oscar Niemeyer, el presidente de Brasil, Juscelino de Olivera Kubitschek, estaba esperando a Fidel. Kubitschek le dio una calurosa bienvenida, después de lo cual salieron hacia un salón, donde se reunieron por largo rato.

Mientras tanto, los que no participamos en la reunión, estuvimos recorriendo aquella instalación, deslumbrante para nosotros; nunca habíamos visto nada igual. Me asombró ver una pared de unos ocho metros de largo—que separaba el lugar donde estábamos de otro local—, la cual nos dijeron que estaba hecha con ladrillos de oro macizo.

Cuando terminaron las conversaciones, nos invitaron a almorzar. Por el alto nivel de los asistentes y el protocolo,



sucedió algo inusual, entonces, después de hacer uso de la palabra el presidente Kubitschek, Fidel se refirió al incidente. Les cuento lo que sucedió:

Resulta que de la escolta, ninguno había estado en un lugar como ese, con tantas personalidades y el rigor protocolar requerido. Por nuestra procedencia obrera, campesina y con bajo nivel escolar, no sabíamos cómo comportarnos. Algunos de nosotros, más despiertos, nos fijábamos en cómo lo hacían Fidel y Kubitschek, que se encontraban como a cinco metros de distancia, y a ellos les servían primero. Sucedió que un compañero procedente de sierra adentro, cada vez que pasaba el camarero por su lado con los distintos platos del menú, se servía de forma exagerada, y cuando volvía a pasar, echaba más encima de lo anterior; aquello formaba una montaña de comida, y cuando estábamos terminando, se tomó toda el agua del pozuelo destinado a lavarse las puntas de los dedos. Hay quien cuenta que hasta se le cayó un pedazo de pollo y lo recogió, pero eso no lo vi, a pesar de que yo estaba sentado frente a él. Los brasileños miraban sorprendidos. Fidel se percató de lo ocurrido y durante su intervención hizo mención de la composición social de los que habían luchado para obtener el triunfo revolucionario. Con eso quedó aclarado por qué algunos compañeros se comportaban así y desapareció la pena que sentíamos.

Cuando terminó el almuerzo, Kubitschek invitó a Fidel a dar una vuelta en helicóptero por la zona donde se edificaba Brasilia.





Fidel Castro y Kubitschek salen a dar un recorrido en helicóptero.
Foto del autor.

Brasil-Buenos Aires

El día 1.º de mayo, aproximadamente a la 1:30 a.m., llegamos al aeródromo Ezeiza de Argentina, con la temperatura muy baja, en contraste con la calurosa acogida. Ya estábamos acostumbrados a ver cómo recibían a Fidel dondequiera que llegaba.

Nos hospedamos en el hotel Alvear Palace. Ese día Fidel no salió, pues estaba preparándose para asistir a la Conferencia de los 21, a celebrarse en el edificio de la Secretaría de Comercio.

Algunos miembros de la escolta salimos, acompañados de estudiantes argentinos, para conocer lugares históricos de la ciudad, a pesar del frío.

El 2 de mayo solo se hablaba de la presencia de Fidel en Buenos Aires. Con algunos de la comitiva, el Comandante visitó a los padres del Che y a otros de sus



familiares. Después se reunió con el presidente Arturo Frondizi en la residencia presidencial de Los Olivos.

Buenos Aires-Uruguay

Partimos de Buenos Aires con destino a Uruguay. Llegamos al aeropuerto Carrasco, en Montevideo, igualmente bajo una temperatura muy fría, pero el calor del pueblo que nos recibió lo compensó con creces. Había un enorme letrero que decía: “¡Fidel es nuestro!”. Nos alojamos en el hotel Victoria Plaza, el cual se mantenía rodeado por el pueblo, que quería saludar a Fidel.

Uruguay se encontraba en estado de emergencia por la ocurrencia de grandes inundaciones que originaron enorme cantidad de víctimas y pérdidas materiales. Fidel se trasladó hacia las zonas de desastre, donde se mezcló con el pueblo y compartió su dolor. Por la noche, ante una inmensa concentración en la explanada municipal, se dirigió a la multitud expresándose de esta forma: “[...] hemos vivido al margen de lo que fueron los sueños de nuestros libertadores, a los cuales hemos levantado estatuas, a los cuales hemos dedicado millones de ramos de flores, millones tal vez de discursos, pero a los cuales no hemos seguido en la esencia más pura de su pensamiento. [...]”.⁷⁴

Después concretó: “[...] Parécenos que si se presentaran hoy ante nosotros, desde Bolívar hasta Martí, desde San Martín hasta Artigas, y con ellos todos los próceres de las libertades de América Latina, nos reprocharían al ver cómo nos encontramos todavía y se preguntarían si esta es la

74 Luis Báez: *Fidel por el mundo*, pp. 54.



América que ellos soñaron, grande y unida, y no el racimo de pueblos divididos y débiles que somos hoy [...]”.⁷⁵

Casi al final de su discurso, planteó: “Si la Revolución Cubana, por errores de los cubanos, por la traición de sus líderes, por falta de sentido de responsabilidad, lejos de conducirla al triunfo la llevan al fracaso, seremos responsables ante los ojos de América de haber dado muerte a una de sus más hermosas esperanzas”.⁷⁶

Uruguay-Río de Janeiro

El 5 de mayo continuamos viaje hacia Río de Janeiro. Cuando sobrevolábamos la ciudad, abajo se veía su hermosa bahía en forma de herradura, el Pan de Azúcar y el Cristo del Corcovado. Aterrizamos en el aeropuerto de Galeao; allí Fidel se entrevistó nuevamente con el presidente Juscelino Kubitschek y con el vicepresidente Joao Goulart. Mientras esto ocurría, algunos salimos a conocer la urbe, invitados por integrantes de la comitiva; yo salí con Concepción Fernández, *Conchita* y otros compañeros.

Por la noche, Fidel habló ante una concentración organizada por la Unión Nacional de Estudiantes. Posteriormente, unos brasileños amigos de Cuba nos invitaron a Pedro García, Raúl Guerra Bermejo, *Maro* y otros a visitar el cerro del Corcovado, una montaña que domina la bahía de Río de Janeiro y en su cima se eleva la tan conocida y emblemática estatua del Cristo Redentor.

⁷⁵ Ídem.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 55.



Río de Janeiro-Trinidad y Tobago-La Habana

El 7 de mayo partimos de regreso a Cuba, pero en el trayecto hicimos una escala técnica en Trinidad y Tobago.

Llegamos al aeropuerto José Martí al día siguiente, el 8 de mayo, a las 3:30 p.m. El recibimiento fue masivo; el pueblo, situado a ambos lados de la Avenida de Rancho Boyeros, le daba la bienvenida a Fidel y a sus acompañantes a lo largo de todo el recorrido hasta la Plaza Cívica.⁷⁷

En la Plaza y las calles aledañas no cabía una persona más. A las 7:40 p.m., Fidel le habló al pueblo, ocasión en que hizo un recuento de todo el viaje. Comenzó diciendo: “Salimos de la patria, no a limitar nuestra Revolución, salimos de la patria no ha negar nuestra Revolución, sino a reafirmarla. A decir a los pueblos del continente las causas que tuvimos para hacerla y las razones que tenemos para llevarla adelante. Hemos respondido a las preguntas de cientos de periodistas, hemos hablado aproximadamente a cien millones de personas. Tuvimos que hablar en un idioma que no era el nuestro y nos entendieron”.⁷⁸ El discurso duró cuatro horas.

Todo el recorrido por los diferentes países que visitó duró 23 días. En ningún momento le faltó a Fidel la protección, él tuvo el cuerpo de seguridad personal más completo del mundo: los pueblos de los países visitados y las autoridades de esas naciones, que no querían que le sucediera nada.

⁷⁷ Actualmente lleva el nombre de Plaza de la Revolución.

⁷⁸ Luis Báez: Ob. cit., pp. 57.



CAPÍTULO 8

Por exceso de velocidad

EL 2 DE JUNIO de 1959, por la noche, salimos de la casa de Celia para La Cabaña, a la casa de Alberto Castellanos, quien era el chofer del Che, donde se iba realizar la boda del comandante Ernesto Che Guevara.

El Che quería que fuera lo más modesta posible, y con pocas personas presentes, pero para su sorpresa, alguien se enteró y organizó una fiestecita con algunos invitados más.

En esa fecha, el Che vivía en Santiago de las Vegas, en el reparto Los Cocos; para más detalles, en la calle Rafael Cortés no. 45119 entre Naón y Avenida de Los Cocos.⁷⁹

Transitábamos por el túnel de la bahía, cuando nos pasó un auto a exceso de velocidad, en el que iban dos rebeldes, uno bien barbudo. Nos sorprendió, porque el auto de la escolta, que debía ir cerrando el paso por la derecha, no lo hizo. Fidel trató de desenfundar su pistola, pero no pudo, porque estaba sentado al lado de la puerta, y me dijo: “¡Alcánzalo!”, y le caí detrás, con tan buena suerte que el vehículo paró a la entrada de La Cabaña. Al parecer, iban para la boda. Fidel se bajó, les echó tremendo responso y los mandó detenidos,

⁷⁹ Foto aparece al final del capítulo.

acompañados por un auto de la escolta, para la Jefatura de la Policía, ya que eran oficiales de este cuerpo.

Cuando Fidel se subió nuevamente al auto, Marcelo, riéndose, le preguntó: “¿Comandante, usted sabe a quién mandó retenido?”. Fidel miró a Marcelo e inquirió: “¿A quién?”, y él le respondió: “A Samuel Rodiles, segundo jefe de la PNR”. Fidel se echó a reír y dijo que no lo había reconocido con esa barba, pues no lo había vuelto a ver. El otro oficial, era Miguel Guitart, *Miguelito*. Al llegar a la casa, lo primero que hizo Fidel fue ir hasta donde estaba Efigenio y, riéndose, le hizo el cuento.



Casa donde vivió el Che en Los Cocos, Santiago de las Vegas. En el portal, Elvin Fontaine y Aleida March. (Foto de Pablo Caballero.)

Después que participamos en la boda, salimos con Efigenio para la Jefatura de la PNR, que estaba en las calles Chacón y San Ignacio, La Habana Vieja. Allí Fidel estuvo largo rato hablando con Samuel, Efigenio y otros combatientes. La cantidad de compañeros que habían



fallecido en accidentes del tránsito fue la razón por la que Fidel se molestó tanto al verlos pasar a esa velocidad.

Después de este incidente en el túnel, compré una repisa pequeña, que se fijaba con dos ventosas a la pizarra del auto para colocar los cigarros y ahí le pusimos una pistola P-38 de ráfaga al alcance de su mano.



CAPÍTULO 9

Se definen los bandos

Fidel renuncia al cargo de Primer Ministro

FIDEL SE HABÍA percatado de que todas las medidas y leyes que se proponían para ir corrigiendo las injusticias que aún subsistían de los gobiernos anteriores eran obstaculizadas en su aplicación por algunos ministros y por el propio Presidente, quienes respondían a sus orígenes y veían amenazadas sus aspiraciones de continuar sirviéndole a los intereses de la alta burguesía y de la embajada norteamericana.

El 15 de junio de 1959 Fidel se había trasladado a una de las casas de la Seguridad en Miramar, sita en la calle primera entre 10 y 12, muy cerca de la costa, a un costado del teatro Blanquita.⁸⁰ Ese lugar lo conocían muy pocos compañeros y, por su ubicación, era difícil de detectar.

Cuando el 16 de junio, en el periódico *Revolución*, salió la noticia “¡FIDEL RENUNCIÓ!”, el pueblo se lanzó a las calles preguntando cuál era el motivo, qué estaba pasando. Él había renunciado a su cargo de Primer Ministro del Gobierno, pero no al de Comandante en Jefe, ni al de presidente

⁸⁰ A este teatro después se le cambió el nombre por Chaplin y, posteriormente, se le nombró Karl Marx a partir de diciembre de 1975, fecha en que se inicia el histórico Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba.

del Instituto Nacional de Reforma Agraria (Inra)⁸¹, ni al de máximo líder de la Revolución Cubana, porque esos cargos no se los dio ningún gobierno comprometido con los burgueses, esos se los ganó con su ejemplo, valentía, prestigio, y fueron ratificados por nuestro pueblo.

Se le orientó a Pedro García, jefe de la escolta, que hiciéramos un recorrido por La Habana y nos llegáramos al Palacio Presidencial, a ver cómo estaba el ambiente. En cuanto entramos, todos se nos acercaban preguntando dónde estaba Fidel, qué estaba pasando. Les respondíamos que no sabíamos, pero ellos no nos creían, había un gran desconcierto en todas las personas que allí se encontraban.

El pueblo, cuando veía el auto de Fidel, nos decía: “¡Estamos con Fidel!”. Cuando regresamos le contamos lo que habíamos visto en las calles y dimos nuestra impresión de la incertidumbre reinante en Palacio.

Con la renuncia, Fidel le dio una estocada mortal a los conspiradores. Al otro día se apareció Faustino Pérez en la casa de Miramar y pidió pasar. El que estaba en la posta, un poco alejada de la casa, le dijo que tenía órdenes de que nadie podía acceder al lugar. Entonces Faustino le dijo: “¿Ustedes no me conocen?”, y el escolta le contestó que sí, pero que esa era la orden. Entonces hizo una nota y se la mandó a Celia; al poco rato vino ella y se fueron juntos para la casa.

El 17 de junio, renunció el presidente Manuel Urrutia y, posteriormente, fueron dimitiendo o eran destituidos los demás componentes del gobierno que realmente no estaban con la Revolución. Poco a poco, estos individuos se fueron pasando a la disidencia, esperando la inminente caída del poder del pueblo y de su máximo líder. Urrutia

81 Actualmente donde esta el Minfar (Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias).



fue sustituido, como presidente provisional, por Osvaldo Dorticós Torrado.

Traición de Díaz Lanz

El 29 de junio Díaz Lanz es destituido de la jefatura de la Fuerza Aérea por nepotismo, al otorgarle grados y cargos a sus familiares y amigos, y por conspirar con el presidente Urrutia, Huber Matos y otros en contra de la Revolución. Unos días después designan para ese cargo al comandante Juan Almeida, y con posterioridad, al capitán Diocles Torralba como jefe del Estado Mayor. La jefatura de la Fuerza Aérea se encontraba ubicada en las calles 19 y 84, en el actual municipio Playa.

Días antes, le habían preparado un atentado al Comandante en Jefe en la oficina de Díaz Lanz, donde colocaron una bomba en un cenicero para hacerla explotar cuando Fidel acudiera a una visita que debía hacer a la jefatura de la Fuerza Aérea, pero por razones de trabajo, no pudo asistir. Esto se supo posteriormente.⁸²

A los pocos días, después de hacer una carta injuriosa y malintencionada, Díaz Lanz se fugó en una lancha para Miami, la madriguera de los traidores, desde donde ofreció declaraciones acusando a la Revolución de comunista.

Por ese motivo, Fidel fue a ver a Almeida. Después de estar largo rato hablando con él, salimos, y Almeida nos acompañó. Fidel se veía molesto. Bajamos por la calle 84 y cuando llegamos a Quinta Avenida, le pregunté: “Comandante, ¿para dónde vamos?”, a lo que él me respondió: “Coge por ahí...”⁸³, y me señaló en dirección a la playa de Marianao. Él seguía hablando con Almeida,

82 Ver el libro, de Fabián Escalante: *Acción ejecutiva*.

83 Su frase fue: “coge por ahí p'al carajo”.



que estaba sentado en el asiento trasero, y yo seguí por la carretera; no quería interrumpirlo por lo malhumorado que estaba. Pasamos por Jaimanitas, Santa Fe, playa Baracoa, y cuando estábamos llegando al Mariel, me preguntó: “¿Dónde estamos?”. A lo que le respondí que estábamos llegando al Mariel. Entonces me dijo: “¡Vira, que me están esperando para una reunión en Palacio!”.

La Primera Dama se molestó

Como la mayoría de las veces no sabíamos cuándo Fidel iba a salir, ni el lugar o la hora en que comenzaría una reunión, y mucho menos cuándo terminaría, a la escolta se le dificultaba desayunar, almorzar y comer.

Cuando estábamos en el Palacio Presidencial teníamos todas las condiciones necesarias y estábamos autorizados a comer en el comedor principal.⁸⁴ En una ocasión, algunos compañeros coincidieron cuando estaba almorzando el hijo del Presidente provisional y también llegó la distinguida y primerísima dama provisional de la República, la cual se molestó y le dio la orden al jefe del comedor de no atendernos más allí. Al comunicárselo a Fidel, este planteó que para no crear problemas, buscáramos otro lugar. Empezamos a comer donde lo hacía el resto del personal de Palacio; en definitiva, nosotros solo queríamos alimentarnos, y allí siempre nos atendieron muy bien.

El pueblo: termómetro de Fidel

Era costumbre de Fidel, cuando terminaba de hablar en televisión en sus largas comparecencias para mantener informado al pueblo, hacer un recorrido por distintos lugares de la ciudad. Uno de los que más frecuentaba

84 Foto al final del capítulo.



era la Plaza de Cuatro Caminos.⁸⁵ A él le gustaba mucho la comida china y, mientras conversaba con los trabajadores y las personas de la clase más humilde sobre los temas que había planteado, lo rodeaban los carretilleros con cajas de pescado, sacos de viandas, animales de todas las especies, estibadores... Se podrán imaginar la diversidad de olores, todos lo querían saludar y hacerle preguntas muy sencillas, según su nivel, y Fidel, de forma amena, les iba explicando por qué se tomaban todas esas medidas de las que ellos se veían beneficiados.



Fidel Castro comiendo en el Barrio Chino de La Habana. Foto del archivo del autor.

A menudo también visitábamos la cafetería situada en la esquina de 12 y 23, el mercado de Carlos III, San Lázaro e Infanta –a donde íbamos a tomar ostiones–, el Barrio Chino; así como otros lugares en los que el nivel intelectual de los allí presentes era superior, como los restaurantes, El Carmelo, El Potín, Kasalta, Centro Vasco; en esos lugares las preguntas eran mucho más complejas e inteligentes, porque una gran parte de los concurrentes pertenecían a las clases media y alta, los

cuales, en algunos casos, se veían afectados por las medidas y leyes que se estaban aplicando. Los debates transcurrían sin ofensas; finalmente, al parecer, salían convencidos, o vencidos, al no tener argumentos para rebatir los planteamientos de

⁸⁵ Ubicado en la manzana formada por Monte, Cristina, Avenida Arroyo y Matadero.



Fidel. Era habitual que regresáramos casi al amanecer, y aun así Fidel se veía fresquecito y con deseos de seguir.

Yo pienso que él visitaba todos esos lugares para tomarlos como un termómetro que le daba la medida de cómo el pueblo, de todos los niveles y capas sociales, acogía las medidas y leyes que la Revolución estaba implantando.

Como nosotros también formábamos parte del pueblo y estábamos al tanto de lo que este opinaba, cuando íbamos en el auto, Fidel nos preguntaba constantemente cómo se manifestaba el pueblo frente a las leyes y planteamientos que él hacía en sus intervenciones y discursos. El estar oyéndolo constantemente y conversar con él influyó mucho en nuestra formación y convicciones como revolucionarios.

En muchas ocasiones, cuando Celia le informaba de algún problema que requería precisar algún detalle, Fidel enviaba a un compañero de la escolta a las provincias y este después le informaba. Normalmente escogía a los de mayor edad y experiencia, entre los que recuerdo a Prida y Fenguito.

Playas para el pueblo

Fidel acostumbraba visitar imprevistamente los lugares más disímiles con el fin de apreciar las reacciones del pueblo ante las nuevas medidas. Un día, temprano en la mañana, se dirigió a las playas del oeste de La Habana y, al pasar por el Havana Biltmore Yacht and Country Club⁸⁶, decidió entrar. Este era un lugar exclusivo al que solo tenía acceso la más alta burguesía del país. En cuanto lo vieron llegar, las personas allí presentes lo rodearon y,

⁸⁶ Actual Club Habana.



con mucho respeto, empezaron a hacerle preguntas, a las cuales él les iba dando una respuesta convincente.

Algunos discrepaban, pero al final se quedaban sin argumentos para seguir insistiendo. Cuando se corrió la noticia de que él estaba allí, muchos salían del agua y se sumaban al grupo.

Yo creo que el objetivo inicial de Fidel al llegar ahí era comunicarles la decisión que se había tomado de declarar el derecho de todo el pueblo a disfrutar de todas las playas del país, pues hasta ese momento las mejores solo estaban reservadas a los más ricos, y permanecían cercadas y custodiadas para impedir la entrada a los no autorizados.

¡Había que ver las caras de aquellas personas cuando Fidel les informó lo que se había decidido!, fue como si hubieran recibido un jarro de agua fría. Como se creían superiores, ellos no concebían verse junto a “la chusma”, que era como catalogaban al pueblo trabajador y, mucho menos, con los negros.

En La Habana, el pueblo común tenía acceso a muy pocos lugares para bañarse; los más utilizados eran los arrecifes del litoral, donde se producían constantes accidentes en los que algunos perdían la vida.

Paso a paso, poco a poco, Fidel iba recuperando para el pueblo todo lo que le correspondía, sin distinción de capas sociales ni ningún tipo de discriminación.

Aquellos que pensaron que la Revolución solo se limitaría a un cambio de gobierno, comenzaron a quitar los cartelitos



de las casas y de los autos que decían “Fidel, esta es tu casa” y “Fidel, estamos contigo”.

Depuración de los grados

Al triunfo de la Revolución, la inmensa mayoría de los combatientes del Ejército Rebelde no tenía grados, no se luchaba pensando en obtenerlos. Había jefes de escuadra, de pelotón y otros cargos que eran ocupados por soldados; para llegar a capitán o comandante tenían que poseer cualidades excepcionales, y eso todos lo veíamos como algo natural. Recordemos que el primero que fue ascendido a comandante, después de más de ocho meses del desembarco del *Granma*, fue el Che, el 21 de julio de 1957.

No pasó así con otras fuerzas revolucionarias que habían combatido contra la dictadura. Eso lo observamos al llegar a La Habana, donde había comandantes de una estrella y algunos de tres estrellas; y otros que venían acompañados por una escolta de otros comandantes. Nadie era soldado, todos eran oficiales. Incluso, muchos que no habían participado en la lucha ostentaban grados. Pienso que ese no era el momento para que la dirección de la Revolución se detuviera en analizar eso; lo más importante era consolidar el poder.

Recuerdo el caso de un cura que le había pedido una entrevista a Celia. Llegó a la casa de la calle 11 con sotana blanca y los grados de comandante. Le avisé y ella me dijo que le permitiera subir y lo acompañé. Celia fue hasta la puerta a recibirlo y, cuando lo vio, le preguntó quién le había dado los grados, y sin darle tiempo a responder, continuó diciéndole que solo había un cura comandante: el padre Sardiñas, con sotana verde olivo. Ante tal acogida, el cura salió como si hubiera visto al diablo.

La mayoría de los integrantes de la escolta que acompañó a Fidel a Venezuela eran soldados. Tiempo después, la



dirección de las FAR decidió hacer una depuración de los grados a todos los niveles, y el proceso comenzó por la escolta del Comandante en Jefe.

Un día, temprano en la mañana, el Comandante nos reunió en la sala de la casa de Celia. Él se sentó en uno de los butacones, otros se sentaron en el sofá y el resto estaba de pie. Realmente, lo que hizo fue ratificarles los grados a los que ya los tenían y a los que él mandó que se los pusieran cuando el viaje a Estados Unidos.

El Comandante analizó con los jefes a cada uno de los combatientes que allí se encontraban. A unos les ratificó el grado y a otros los nombró sargentos. Se mantuvieron con el grado que ya ostentaban los capitanes Orlando Pupo Peña y Ramón Valle Lazo; el resto quedó registrado como primer teniente, y el grado de sargento fue otorgado a Enzo del Río Barroso y a otro al que le decían Manzanillo, a los que les ordenó que se presentaran ante el comandante Guillermo García en Managua. Lo curioso es que nadie conocía cuántos niveles de sargentos había, y ellos se autonombaban sargentos de primera.⁸⁷ Estos dos compañeros, por razones que desconozco, no fueron para Managua; el que pertenecía

a la escolta se incorporó al grupo y siguió manejando uno de nuestros autos.

Como no teníamos con qué identificarnos, se nos mandó a hacer un carné para los miembros de la escolta con la firma del Comandante; yo aún conservo el mío. Fidel



Carné que acreditaba ser miembro de la escolta del Comandante en Jefe, perteneciente al autor.

⁸⁷ Los grados tenían una figura parecida a un racimo de plátanos, por eso nunca se los pusieron al uniforme.



me orientó que todos los días le llevara dos o tres para firmarlos.

Sucedió que un combatiente se buscó el carné y le pidió a Celia que se lo hiciera llegar a Fidel para que lo firmara. Pasó el tiempo y un día Fidel va subiendo las escaleras y se cruza con el combatiente, que ostentaba los grados de capitán, y le pregunta: ¿Quién te dio los grados de capitán?. Él le contestó: “Usted, Comandante”, y le enseñó su carné. Fidel fue tan benévolo que le permitió continuar con los grados, pero como casi nunca salió con nosotros, Fidel no lo había visto. Este compañero le había dado a Celia un carné en blanco; donde debía ponerse el grado, él le puso el de capitán, y ella no se fijó y así se lo dio a firmar a Fidel.

Debo aclarar que anteriormente se produjo una depuración espontánea, cuando destituyeron al jefe de la Fuerza Aérea, Díaz Lanz, y los grados aparecían tirados por los rincones del edificio y sus alrededores. Posteriormente, el único autorizado a utilizar la charretera con el rombo y los colores rojo y negro fue el Comandante en Jefe.



CAPÍTULO 10

La Revolución se fortalece

Fidel asume de nuevo el cargo de Primer Ministro

EL PUEBLO SEGUÍA manifestándose a favor del regreso de Fidel al cargo de Primer Ministro. Con motivo de la celebración del 26 de Julio, se había invitado a los campesinos a visitar La Habana con sus sombreros de yarey y sus machetes, los que fueron acogidos por los habaneros en sus casas. La gente se disputaba el alojamiento de un guajiro; la ciudad estaba viviendo un suceso increíble.

El día 25 había hecho su entrada triunfal en la capital el comandante Camilo Cienfuegos al frente de una caballería de más de mil jinetes.

Para conmemorar el sexto aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, ese 26 de julio de 1959 se efectuó un desfile masivo frente al Capitolio. Acompañaba a Fidel el gran amigo de Cuba, Lázaro Cárdenas, expresidente de México. Cuando terminó el desfile, el máximo líder se dirigió al Malecón en un helicóptero, pues en el Parque Maceo se había organizado una demostración de tiro real contra un blanco en el mar,

con la participación de la aviación y los tanques. En esa ocasión Fidel, como siempre, hizo gala de su puntería.

Por la tarde, una multitud de más de un millón de cubanos, que colmaba la Plaza Cívica y sus alrededores, pedía con insistencia a Fidel que regresara al cargo de Primer Ministro, y desde la terraza de la Biblioteca Nacional, después de un largo discurso, Fidel aceptó.



Momento en que la escolta comía en el comedor de Palacio. De izquierda a derecha, Rafael Illas, Mario Gil, León, una periodista norteamericana y otros. Foto del archivo del autor.



CAPÍTULO 11

Visitas discretas

PIENSO QUE EL Comandante realizó algunas visitas a ciertos “personajes” de la época con el objetivo de neutralizarlos para ganar tiempo y poder consolidar el Gobierno Revolucionario. Entre estas recuerdo una noche, cuando visitó al expresidente Carlos Prío Socarrás en su finca La Chata, en Capdevila. Se bajó desarmado, como era su costumbre en estos casos, y caminó solo hasta la residencia, que estaba algo separada de la carretera, lugar donde nos quedamos esperándolo.

También visitó al expresidente Ramón Grau San Martín en su “chocita” de Quinta Avenida y calle 14, Miramar. En esta ocasión, lo acompañó el compañero que había coordinado la entrevista, a quien no recuerdo, pero que no formaba parte de la escolta.

Entre las personas visitadas por Fidel estuvieron el cómico Federico Piñero y García, y posteriormente Garrido. Estos artistas actuaban juntos en un programa de televisión, llamado *Garrido y Piñero*, que por sus chistes ejercían gran influencia en la población. En ambas ocasiones fue acompañado por miembros de la escolta.

Cuando murió la mamá de Piñero, Fidel fue tan amable con este señor, que fue a su velorio y le envió una corona.

Al parecer, esas visitas surtieron efecto, porque ninguno de estos personajes se manifestó públicamente contra la Revolución mientras permanecieron en Cuba.

Fidel conoce a los padres de Camilo, y después a los míos

Unos días antes de la traición de Huber Matos, después que Fidel asistió a un acto, tarde en la noche, él y Camilo fueron a comer al restaurante Kasalta, en Miramar. Cuando salimos, Camilo le dijo a Fidel que sus padres querían conocerlo, a lo que él respondió: “¡Vamos para allá!”. Me dieron la dirección, que era en Jaimanitas, cerca de donde yo vivía con mis padres.



Mis padres en la casa de Jaimanitas, donde estuvo Fidel y Camilo. Foto del archivo del autor.

Cuando llegamos, los padres de Camilo todavía no se habían acostado, estaban en la sala y allí estuvieron largo rato conversando con Fidel.⁸⁸ Cuando salimos y llegamos a Quinta Avenida, le dije a Fidel que mis padres también querían conocerlo.

Me preguntó dónde vivían, y le contesté que a tres cuadras de donde estábamos.

Entonces dijo: “¡Vamos para allá!”. Cuando llegamos, mis padres estaban durmiendo

⁸⁸ Puedo afirmar que la casa donde vivían los padres de Camilo era entonces muy modesta; al parecer, se mudaron después.



y los desperté; tremenda sorpresa se llevaron al ver a Fidel y a Camilo. Enseguida los vecinos, al escuchar la conversación, que fue en el portal, se despertaron y se sumaron al grupo. Todo el tiempo que Fidel permaneció allí, tuvo cargado a mi sobrino Rafaelito, que parecía un sapito abrazado a él. Después, dejamos a Camilo en el Estado Mayor y regresamos a la calle 11, en el Vedado.

Esto nos da una idea de cómo actuaba Fidel, quien ante una impensada ocurrencia mía, no dudó en complacerme, cuando yo era solo un simple chofer y escolta. Si me hubiera dicho que no, seguro que hasta hoy me estaría arrepintiendo de habérselo planteado, ¡pero me dijo que sí!

Paradas imprevistas

Fidel acostumbraba, cuando visitaba las provincias, hacer pequeñas paradas por el camino en los lugares donde se estaban ejecutando planes de la Revolución y conversaba con los trabajadores, campesinos y vecinos; era su mejor forma de tener contacto directo con el pueblo. Pero ocurrieron otras escalas imprevistas, a las que quiero referirme.

En una ocasión, en la provincia de Pinar del Río, íbamos subiendo por la carretera en dirección a Soroa. Eran como las doce del mediodía, y Fidel mandó a parar en una vivienda muy humilde que estaba al lado de la carretera, se bajó y en medio de la sorpresa por su llegada, saludó al matrimonio y al niño que allí vivía. La alegría y emoción que ellos sintieron era indescriptible. Él se interesó por saber qué tenían para el almuerzo; fue hasta el fogón y solo había frijoles negros. Ellos no sabían qué decir o hacer para halagarlo, y a tanta insistencia por su parte, Fidel comió un poco de aquellos frijoles. Él, con paciencia, les explicó que la Revolución estaba trabajando incansablemente



para acabar con tanta miseria e injusticias acumuladas; que en aquella zona ya se estaban ejecutando planes para darles trabajo y viviendas a todos. Cuando él se despidió, el matrimonio evidenciaba en sus rostros la emoción vivida. Ya en el auto, ese fue el tema de conversación.

Tiempo después, cuando nos dirigíamos a Santa Clara, llegando al pueblo de La Esperanza, a la hora en que las tripas empiezan a molestar, Fidel me mandó a que arrimara el auto frente a una casa que estaba algo separada de la carretera. Se bajó y saludó, y empezó a conversar con la numerosa familia que allí vivía, quienes después de la sorpresa por su llegada, nos invitaron a almorzar y él aceptó con gusto. La comida estaba deliciosa. Antes de despedirse, para sorpresa de Fidel, la dueña de la casa le pidió que intercediera por su esposo, que desde hacía poco estaba preso por contrarrevolucionario y ella juraba que era inocente. Fidel le contestó que si él era inocente, podía estar segura de que no tendría problemas con la justicia. Él, después, comentaba en el auto: “Que casualidad ¡Habiendo tantas casas en el camino, venir a parar en esa!”.



CAPÍTULO 12

Los traidores condenados al fracaso

Trujillo se quedó con las ganas

DESDE HACÍA TIEMPO los órganos de la Seguridad del Estado sabían que la CIA había aliado a los comandantes Eloy Gutiérrez Menoyo y William Morgan al dictador de Santo Domingo, general Rafael Leónidas Trujillo, alias *Chapitas* por la cantidad de medallas que acostumbraba ponerse, y a los contrarrevolucionarios que integraban la organización La Rosa Blanca, la cual aglutinaba a batistianos, latifundistas, politiqueros y malversadores contrarios a las leyes y medidas tomadas por la Revolución.

Durante la lucha insurreccional, los comandantes Gutiérrez Menoyo y Morgan estuvieron alzados en el Escambray, como jefe y segundo jefe, respectivamente, del Segundo Frente Nacional del Escambray, grupo al que después llamaron “comevacas”⁸⁹, porque no realizaron acciones relevantes contra la dictadura; incluso, algunos se dedicaron a asesinar y robarles el ganado a los campesinos, llegando incluso a matar a algunos de sus compañeros

89 El Che, en su libro *Pasajes de la Guerra Revolucionaria*, habla de estos personajes.

—como se supo después—, porque se querían pasar al Movimiento 26 de Julio. Aunque es justo reconocer que entre ellos hubo combatientes dignos que se destacaron por su labor en la atención sanitaria a la población de la zona.

El plan de la CIA era que la Legión Extranjera Anticomunista, procedente de Santo Domingo, desembarcara en Isla de Pinos para liberar a los criminales de guerra que se encontraban en la prisión de la Isla; tomar la ciudad de Trinidad y, simultáneamente, apoderarse de La Habana y otras poblaciones del país. Se tenía conocimiento de todos los planes del enemigo, lo que aún no se sabía el día señalado para el ataque.

Menoyo y Morgan se movían constantemente por toda la zona del Escambray y se reunían con gente desafecta a la Revolución. En visitas que, en diversos momentos, realizó Fidel a Cienfuegos y Trinidad, le habían comunicado los movimientos sospechosos de estos dos comandantes por esos lugares.

La escolta tenía órdenes del comandante Raúl Castro de que, cuando alguno de ellos solicitara una entrevista con Fidel, esta debía desarrollarse con la presencia de varios de nosotros. Parece que se percataron de que los habían descubierto y decidieron cooperar. Solo se esperaba conocer la fecha, y esta fue comunicada por Menoyo en una visita que realizó a la casa de Celia, donde se encontraba Fidel en ese momento.

El día señalado, 7 de agosto de 1959, el mando contrarrevolucionario se dio cita en la casa de William Morgan, en la calle 7.^aA y 66, Miramar. Cuando oscureció, Fidel, en compañía de la escolta, se dirigió al lugar. Entramos por Quinta Avenida y 66, nos paramos en la oscuridad, algo alejados de la casa, y nos dirigimos a pie hasta esta. Cuando entramos ya se encontraban allí varios



complotados, detenidos por los compañeros de la Seguridad del Estado. Cada vez que alguien llamaba por teléfono para saber si la reunión se mantenía, le contestaban con la contraseña “la mulatica está aquí”. En algunas ocasiones, Fidel personalmente, con otros compañeros de la escolta, les abría por la puerta del garaje; el susto que se llevaban era tremendo. Dos agentes de la Seguridad, que se encontraban ocultos en el jardín, los introducían rápidamente, por si venían otros detrás. Después que se les identificaba, los sentaban en el suelo, en un lado de la sala.



Casa de William Morgan, en 7.^a A y 66, Miramar, donde se capturaron a los complotados. (Foto del archivo de Bohemia.)

En esa casa de la calle 7.^aA se capturaron a casi todos los integrantes del gobierno contrarrevolucionario; allí estaban los ministros y jefes de las futuras Fuerzas Armadas de los disidentes. Fidel interrogaba a los principales complotados en el



comedor. Cuando me acerqué a los detenidos, vi que entre ellos había uno conocido, que vivía en el reparto Larrazábal, lugar donde yo había residido años atrás, y al que le llamábamos despectivamente “culito”; se había hecho piloto de la tiranía y se vanagloriaba de la cantidad de rebeldes que había matado en la Sierra durante los bombardeos, pero en realidad quienes sufrían eran los indefensos campesinos. Este individuo era el que estaba propuesto para futuro jefe de la Fuerza Aérea.

De allí salimos en la madrugada del día 8 hacia Regla, a los muelles de Aspuru, que era como se conocían. Ahí estaban Ramiro Valdés y William Morgan; este último había llegado en un yate cargado de armas con la intención de entrar por Barlovento, pero tuvo miedo porque había una fragata cerca y decidió arribar por la bahía de La Habana. La tripulación del yate estaba apurada por descargar, porque tenían que regresar a Miami. Junto con las armas traían, dentro de un saco de marinero y empaquetados como ruedas de cigarros, 74 000 dólares, que permanecieron alrededor de una semana en el maletero del auto de Fidel, y que después entregamos al Banco Nacional por indicaciones suyas.

El comandante Filiberto Olivera era el jefe de las Fuerzas Tácticas en Santa Clara. Él conocía todos los planes de Trujillo y mantenía informado a Fidel; solo esperaba confirmar la fecha de la invasión por Trinidad para avisarle. Filiberto había tomado todas las medidas, según los planes previstos.

El 8 de agosto Fidel se trasladó a Isla de Pinos; después llegó Camilo y se realizó un ejercicio con un batallón de infantería, armado con los fusiles FAL, que habían llegado recientemente, apoyado por una escuadrilla de aviones *Sea Fury*, al frente de la cual estaba el capitán Enrique Carreras Rolas, quien se había trasladado días antes, para reforzar la isla pinera, previendo un desembarco



de mercenarios. Este ejercicio se realizó con municiones de combate.



En Isla de Pinos, Fidel, Camilo y León, cuando la conspiración de Trujillo. Foto del archivo del autor.

En cuanto el comandante Filiberto Olivera le avisó a Fidel, el 12 de agosto, salimos para Cienfuegos. Nos acompañaba Almeida, Camilo, Celia, y de los escoltas recuerdo a Marianito, Pupo, Rafael Boza, Fenguito, y Prida; Pedro García se había quedado en Cienfuegos, por orden de Fidel, con una compañía de infantería.

El Comandante se fue para Trinidad en un helicóptero, nosotros lo hicimos por carretera. Cuando él llegó, Filiberto lo puso al tanto de todos los detalles. Fidel organizó la defensa en la ciudad y en los alrededores del aeropuerto; se montó un teatro para hacerle creer al cura Ricardo Velazco Ordóñez, quien había llegado en un avión como representante de Trujillo, que las tropas rebeldes se habían sublevado y tomado la ciudad. En las lomas cercanas se escuchaban tiroteos, como si estuvieran combatiendo contra los que se retiraban. El cura, que estaba borracho, se marchó con esa impresión. Fidel instaló el puesto de mando en el cuartel, al lado del aeropuerto. Mientras tanto, nosotros



nos manteníamos ocultos cerca de los lugares donde se desarrollarían los hechos.



Fidel en la azotea del cuartel de Trinidad, dirigiendo la defensa de la ciudad. Foto del archivo del autor.

El 13 de agosto –cumpleaños de Fidel–, por la noche, aterrizó un avión en el que venían el teniente Roberto Martín Pérez Rodríguez, hijo del criminal Lutgardo Martín Pérez; Antonio Soto, piloto del avión en el que Batista había huido de Cuba; Luis del Pozo y ocho mercenarios más; estos traían gran cantidad de ametralladoras Thompson calibre 45. Otra aeronave, que había venido con el que aterrizó, se quedó dando vueltas. Cuando estaban descargando las armas, uno de los que se encontraba en el avión reconoció a un miembro del Departamento de Investigación del Ejército Rebelde (DIER), y se formó un tiroteo cuando el avión trató de huir. Hubo varios muertos y heridos, que fueron trasladados



al hospital; el resto de los mercenarios que habían venido en el avión fueron arrestados. Mientras tanto, el otro avión seguía sobrevolando la zona hasta que se fue; al parecer, existía alguna contraseña entre ellos. Después fuimos al hospital a visitar los heridos.

Los mercenarios, que estaban listos en Santo Domingo para realizar la invasión, se quedaron con las ganas de venir. Trujillo tenía un bicornio para mandárselo a Menoyo, pero también se quedó sin poder enviárselo. Pototo y Filomeno, dos artistas cómicos de la época, idearon una parodia dedicada a estos acontecimientos que gustó mucho al público. Al otro día, Fidel, en una comparecencia por televisión, dio una explicación de los acontecimientos ocurridos.

Eloy Gutiérrez Menoyo siguió conspirando hasta que se fue del país, y continuó haciendo contrarrevolución desde Estados Unidos. Tiempo después se infiltró por las costas cubanas y fue capturado. En el juicio lo condenaron a veinte años de prisión. Luego de cumplirlos, emigró y creó un partido político en el exilio. Avejentado y enfermo, pidió regresar a Cuba, y la dirección de la Revolución, generosa como siempre, lo autorizó. Falleció en La Habana el 28 de octubre de 2012.

Por su parte, William Morgan organizó bandas contrarrevolucionarias en el Escambray, cumpliendo órdenes de la CIA. Posteriormente, fue detenido y llevado ante los tribunales. En el juicio, celebrado el 10 de marzo de 1961, bajo la causa No. 565/60, resultó condenado a la pena máxima.

Captura de un contrarrevolucionario

El 25 de agosto de 1959, avanzada la madrugada, ya nos estábamos acomodando como podíamos en la sala de la calle 11 cuando un compañero de la escolta, que armó un catre en casa de Griselda, al acostarse, el camastro se cerró y le cogió los



dedos de la mano derecha. Como estaba sangrando mucho, lo llevamos para la Casa de Socorros⁹⁰ que estaba en la calle 8 entre 23 y 25, y cuando estaban terminando de vendarlo, sentimos unos disparos y salimos a ver qué pasaba. En ese instante vimos pasar un auto a toda velocidad por la calle 23 en dirección a Marianao con varios hombres dentro; nos subimos al nuestro y le caímos atrás; a lo largo de todo el trayecto no nos tropezamos con ningún vehículo, solo algunos transeúntes. Cuando estábamos llegando a la intersección con la calle 26 divisamos el auto, que estaba llegando al puente del río Almendares; le dimos alcance, apoyé la Thompson en el espejo retrovisor y le disparé varias ráfagas; los tiros daban por debajo del auto, todas las balas eran trazadoras. A la mitad del puente, el auto se estrelló contra la baranda, y cuando nos bajamos el chofer estaba tirado sobre el timón y no se movía; yo pensé que estaba muerto, pero por suerte no estaba ni herido, solo tenía algunos golpes a causa del choque y estaba borracho, momentos antes los demás pasajeros se habían bajado en la esquina de 23 y 14. En el instante en que me estoy acercando al auto, llegó procedente de Marianao un patrullero de la PNR, del cual se bajó el jefe del pelotón⁹¹; de inmediato se incorporaron varios carros patrulleros, y al registrar al individuo, que se llamaba Armando Barbón González, se le encontró dentro de una libreta pequeña una rosa blanca, con la que se identificaban los miembros de esa organización contrarrevolucionaria. Cuando ya todo estaba controlado, regresamos a calle 11.

Al otro día por la mañana, cuando salimos, Fidel iba leyendo el periódico y me preguntó: “¿Leoncito, dónde tú

90 Así le decían en aquella época al establecimiento donde se prestaban los primeros auxilios, y solo había uno en cada municipio.

91 Suitberto González Baudet, apodado Negro Bueno.



estabas anoche?”. Le respondí que en la casa y me dijo: “Eso no es lo que dice el periódico”. Leyó lo que decía y entonces le conté lo que había sucedido.

Capturado uno de los participantes del atentado al teniente Aulet.

13 batistianos condenados a muerte en Oriente entre ellos el exgobernador W. Pérez Amaguer

Cuando en las horas de la madrugada de antier se dispo-
nia a abandonar el edificio de
la clínica situada en 23 y 2,
en el Vedado, donde había vi-
sitado a un pariente recién ope-
rado fue víctima de un atenta-
do el teniente Aulet por los tri-
pulantes de un carro, Studeba-
ker color crema, chapa 159416.

En rápida reñción el tienente
Aulet se lanza al suelo y
riposta la agresión con la pis-
tola que portaba, cosa que po-
ne nervioso al chofer del auto
agresor que choca con la parte
posterior del carro chapa 159-
416, que estaba estacionado en
la puerta de la clínica.

PERSECUCION Y CAPTURA

Un carro, patrullero de la
Policia Nacional Revolucionaria,
el 125 y un automóvil mane-
jado por el teniente León,
perteneciente a la escolta del
comandante Fidel Castro des-
sembraban en la calle 23, atraí-

(Continúa en la pag. 4, col. 5)

**Declaración
Cubana**

Luego, el día 27, se publicó la noticia, pero esta no reflejaba los hechos como realmente ocurrieron. El periódico que había leído Fidel, este era del 25 de agosto, el mismo día de los sucesos.

De alguna forma estos contrarrevolucionarios le hicieron un atentado al teniente Eduardo Aulet, de la seguridad del Palacio Presidencial, que había ido a visitar a un familiar en una clínica que estaba en 23

Fragmento del escrito que apareció en el periódico Hoy, reportando la captura de un contrarrevolucionario. Foto del archivo del autor.

y 2, pero no lo hirieron, pues pudo repeler la agresión. El auto donde iba el agresor, en la huida, chocó a otro vehículo por detrás, que estaba estacionado ante la clínica.

Un hecho insólito

Cierto día, temprano en la mañana, estábamos en el Inra y salimos en dirección a Rancho Boyeros. Íbamos muy despacio por la avenida y Fidel estaba mirando los edificios y terrenos a su derecha. Al pasar frente al edificio del Ministerio de Transporte, me hizo señas para que fuera más despacio, y cuando estábamos cruzando el semáforo de Boyeros y Tulipán, se puso la luz amarilla,



pero como íbamos a tan poca velocidad, dio tiempo a que se proyectara la luz roja. Ante esto, el policía de tránsito que estaba allí tocó el silbato y me mandó a parar; cuando se acercó y vio a Fidel, me dijo: “¡Continúa!”. Para sorpresa mía, Fidel le dijo: “¡Ponle la multa!”, a lo cual el agente procedió. Pero dio la casualidad que en ese instante pasó una caravana de ómnibus que venía en dirección contraria con una delegación asistente al evento internacional ASTA, y los extranjeros, que reconocieron a Fidel, se asomaron por las ventanillas para presenciar un hecho insólito: al chofer del máximo líder de la Revolución, un policía de tránsito le estaba imponiendo una multa. Yo comprendí al instante por qué Fidel lo hizo. A los autos de la escolta no los multó y, sin embargo, ellos se habían quedado atravesados en la calle. En ese momento, mientras el agente me ponía la multa, el tránsito se paralizó.

En una ocasión en que Fidel estaba en la CMQ hablando para la televisión, dejamos los tres autos parqueados frente a la entrada de la calle M, por seguridad para cuando él saliera como era la costumbre. La calle quedaba cerrada al tránsito de vehículos no solo por los autos de la escolta, sino también por el público que estaba ahí esperando a que Fidel saliera al terminar la comparecencia.

Un policía de tránsito vino y me puso una multa por estar parqueado en un lugar prohibido; en cambio, a los otros choferes de la escolta y a varios dirigentes ahí presentes no los multó. Por extraña “coincidencia”, era el mismo que me había impuesto la multa anterior. Por supuesto, ningún auto se movió del lugar.

Días después, estando Fidel en el Consejo de Ministros, me mandó a casa de Celia a buscar un documento y cuando crucé Prado para tomar Malecón, el mismo policía de tránsito me puso una multa, porque decía que había



pasado con la luz roja. Este agente era de los pocos que quedaron de la policía de Batista, porque no había cometido ningún delito. ¿Se puede pensar que lo hacía solo por cumplir rigurosamente las leyes del tránsito?



CAPÍTULO 13

Conjura para destruir la Revolución

La traición de Huber Matos

EN LA MAÑANA del 19 de octubre de 1959 estaba Fidel reunido con varios compañeros en el Palacio Presidencial. En eso, llega el comandante Félix Duque y nos plantea que necesitaba ver a Fidel urgente para entregarle una carta de Huber Matos. Nosotros estábamos autorizados a entrar al salón de reuniones. El jefe de la escolta y yo le entregamos la carta y cuando la leyó, nos dijo que Duque lo esperara, que no se podía ir sin verlo y nadie podía hablar con él. Fidel se veía preocupado. Cuando terminó la reunión del Consejo de Ministros, se reunió con Duque largo rato. Mientras duró el encuentro, nos mantuvimos cerca algunos compañeros de la escolta.

El comandante Huber Matos estaba al frente de la provincia de Camagüey. Bajo su mando estaban las Fuerzas Tácticas del Ejército Rebelde, con aproximadamente tres mil hombres fuertemente armados.

Ese día, por la tarde, fuimos a la toma de posesión del comandante Raúl Castro Ruz como ministro de las Fuerzas

Armadas Revolucionarias. Estaban representados los tres cuerpos armados y el pleno del Consejo de Ministros.



Toma de posesión del comandante Raúl Castro Ruz como ministro de las FAR. En primer plano, de izquierda a derecha, Camilo Cienfuegos, Fidel Castro, Raúl Castro (de pie) y Augusto Martínez. Detrás, Samuel Rodiles, Efigenio Ameijeiras, José A. Castiñeira, Hilario Peña, León y Oltuzki. Foto del archivo del autor.

El día 20, por la noche, Fidel se reunió en el Estado Mayor con Raúl, Camilo y otros oficiales y le dio instrucciones a Camilo de salir inmediatamente para Camagüey, donde el comandante Huber Matos estaba llevando a cabo una conjura, tratando de confundir y enfrentar a los revolucionarios. Por otra parte, Fidel se había comunicado en varias ocasiones con Jorge Enrique Mendoza para conocer la situación y darle instrucciones.

En las primeras horas del día 21, regresamos a la calle 11. Celia había ido para Manzanillo, pero en la casa se encontraba Acacia, la hermana de Celia. Fidel le pidió varios documentos y entró al cuarto. Más tarde, los compañeros de la escolta me pidieron que le preguntara a Fidel si se podían acostar; toqué en la puerta y me mandó a pasar. Él estaba en pijama acostado bocabajo, leyendo unos documentos. Le hice la pregunta y me respondió que sí.



Cuando les dije a los compañeros que se podían ir a dormir, algunos fueron para la habitación que teníamos en casa de Griselda, al fondo del pasillo; Aníbal Hidalgo y Enzo del Río se acomodaron en la sala en el sofá y un butacón, como era la costumbre, y yo salí a echarle gasolina al auto y luego regresé.

Al poco rato, todavía no me había acostado, cuando sale Fidel del cuarto vestido y me dice que llame al capitán Claudio Rey Moriña, piloto del avión ejecutivo *Sierra Maestra*⁹², y le dijera que preparara el avión para salir. Cuando estoy hablando con él, veo que Fidel está saliendo por la puerta y le digo a Moriña: “¡Oye, ya está bajando!”. Despierto a los que están en la sala y mando a que le avisen a los otros compañeros. Cuando bajo, Fidel estaba al lado del auto y me dice que le abra la puerta; yo me demoraba dando tiempo a que llegaran los que faltaban, pero al ver que no venía el resto de la escolta, le digo al policía que estaba cuidando la puerta de entrada que se montara en el auto. Él no quería abandonar su puesto, porque era la orden que tenía de Efigenio. Finalmente, salimos Fidel, Aníbal Hidalgo, Enzo del Río, el policía y yo. Al resto de la escolta no les dio tiempo a bajar y no sabían para dónde habíamos ido.

Cuando llegamos a Ciudad Libertad, antiguo campamento de Columbia, sito en 19 y 84, ya estaba el piloto Moriña y el técnico José Ferrándiz preparando el avión. En cuanto estuvo listo, despegamos rumbo a Camagüey, como a las 5:00 a.m. Llegamos a esa ciudad al amanecer de ese día 21, alrededor de las 7:30 a.m. Moriña estacionó el avión

92 Foto al final del capítulo.



al lado de una torre provisional, a unos ciento cincuenta metros de la terminal aérea.



Lugar donde se estacionó el avión en el aeropuerto de Camagüey, a unos ciento cincuenta metros de la terminal aérea. Foto del autor.

No había nadie por todo aquello, ni ningún avión en la pista; tampoco estaba tomado militarmente el aeródromo. Apareció Salustiano Pentón Hernández, un empleado del aeropuerto que tenía un Chevrolet 57, y Moriña habló con él para que nos llevara hasta la ciudad. Cuando pasamos por el Reparto Lenin⁹³, Fidel le

pidió a Pentón que entrara; ahí se bajó y se puso hablar con los trabajadores, que estaban llegando, para dar tiempo a que Jorge Enrique Mendoza hablara por radio, denunciando la conjura de Huber Matos. Algunos trabajadores comentaron con Fidel lo que se decía entre la población.



Aquí se bajó Fidel, frente a la terminal de ferrocarriles de Camagüey. Foto del autor.

Luego seguimos para el centro de la ciudad y cuando llegamos a la terminal de ferrocarril, a eso de las 8:30 a.m., vimos que el pueblo se había lanzado a las calles. Fidel se bajó del auto y mandó a buscar a Jorge Enrique Mendoza; pasamos por la emisora Radio Legendario,

93 El pueblo lo llamaba Reparto Pastorita, porque fue construido cuando *Pastorita* Núñez era la presidenta del Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas (INAV).





Local donde radicaba la delegación del Inra en octubre de 1959, desde donde Fidel partió hacia el Regimiento Ignacio Agramonte. Foto del autor.

que estaba cerca de la terminal, en la calle República. Cuando llegó Mendoza, habló con él y le dio instrucciones para que informara al pueblo de su presencia en Camagüey. De allí salimos a pie para la delegación del Inra, que estaba relativamente cerca, en la calle San Pablo. Después llegó Camilo y le explicó a Fidel lo sucedido hasta ese momento, y al poco rato Camilo partió para el Regimiento Ignacio Agramonte.

Minutos después, salió Fidel a pie, acompañado por una multitud de pueblo enardecido, dando vivas al Comandante y a la Revolución, y muerte al traidor. En un momento del trayecto, la multitud nos separó a Aníbal y a mí; tuvimos que correr por una calle aledaña y adelantarnos para incorporarnos de nuevo al lado de Fidel. El recorrido siguió la calle San Pablo, Martí, el Parque Agramonte, Independencia, General Gómez, donde nos subimos a una camioneta⁹⁴, y de ahí seguimos hasta el entronque con la Carretera Central. Aquel mar de pueblo no lo paraba nadie.

Continuamos hasta la entrada del Regimiento Ignacio Agramonte; cuando llegamos al edificio del Estado Mayor, Camilo mantenía detenido a Huber Matos y al resto de los oficiales que lo seguían. Después que todo estuvo

94 Foto al final del capítulo.



controlado, Fidel, Camilo y Mendoza le hablaron al pueblo camagüeyano desde el balcón de la comandancia.



Balcón del Regimiento Ignacio Agramonte, desde donde los dirigentes de la Revolución se dirigieron al pueblo. De derecha a izquierda, Fidel Castro, Jorge Enrique Mendoza y, Camilo Cienfuegos frente a los micrófonos. En el extremo izquierdo, Aníbal Hidalgo y León. Foto del archivo del autor.

Entre las palabras pronunciadas por Fidel, les dijo: “Hombres pueden haber traidores, pero no pueblos”. Por su parte, Camilo expresó: “Mira, esta Revolución es humanista, verde olivo, y tan cubana como las palmas, pero ten la seguridad de que si la solución de los problemas del pueblo, si la garantía del futuro fuera el comunismo, pues entonces yo seré comunista”.

Por la tarde regresamos a La Habana, y cuando ya íbamos a aterrizar, le comunicaron a Moriña que había



un avión pirata volando sobre la capital. Por esa razón aterrizamos en Ciudad Libertad y nos dirigimos hasta Palacio por la Avenida del Malecón. Al pasar frente al parque Maceo, vimos una multitud recogiendo unas octavillas que había lanzado un avión. Fidel paró, le dieron una, y seguimos. Cuando llegamos al cruce de Avenida de las Misiones y Zulueta, me sorprendí al ver pasar un avión por detrás del Palacio, al que le estaban disparando con trazadoras, al parecer desde la fragata de la Marina de Guerra Revolucionaria que estaba anclada en la bahía. Entonces, en vez de doblar por Zulueta para el Palacio, seguí por la Avenida de las Misiones y me pegué a la pared de un edificio en la otra cuadra, para proteger a Fidel, pero él, algo molesto, me dijo: “¡Leoncito, dale para el Palacio!”.

Después hicimos un recorrido por los lugares donde los actos de violencia habían ocasionado heridos y muertos entre la población; cuando llegábamos a cualquier lugar, la gente, indignada, le contaba a Fidel lo ocurrido. Continuamos y fuimos a ver a algunos de los lesionados.

Posteriormente, nos enteramos de que el piloto del avión era el traidor Díaz Lanz. Todo parece indicar que tenía que ver con la traición de Huber Matos.

El 26 de octubre, el Gobierno Revolucionario había convocado al pueblo habanero a una concentración ante el Palacio en repudio a la traición de Matos y la incursión, días antes, del traidor Díaz Lanz. Frente a la terraza norte del Palacio se había concentrado más de un millón de personas.

El propio día 26 por la tarde, Fidel se fue en helicóptero desde Ciudad Libertad hasta Palacio. Cuando nosotros llegamos, el helicóptero estaba parqueado en la calle, a un



costado del Palacio, frente a la iglesia. El pueblo enardecido pedía paredón para los traidores.

Raúl, en su discurso, dirigiéndose a Fidel, hizo alusión a lo que pedía el pueblo: “¡Fidel, sacude la mata!”, que se refería a los contrarrevolucionarios y simuladores que estaban en el gobierno. También hablaron el Che, Almeida y Camilo, cuyo discurso, por su contenido, era prácticamente su testamento político, en el que recitó una estrofa del poeta Bonifacio Byrne:

Si desecha en menudos pedazos
llega a ser mi bandera algún día...
¡nuestros muertos alzando los brazos
la sabrán defender todavía...!

Ese día se fundaron las Milicias Nacionales Revolucionarias (MNR), cuya semilla fue el pelotón de los Malagones, que se creó para acabar con la banda del cabo Lara en Pinar del Río. Fidel les dijo: “¡Si triunfan, habrá milicias en Cuba!”. El pueblo acordó donar un día de salario para comprar armas y aviones con qué defendernos.

Búsqueda de Camilo

Camilo a su regreso de Camagüey, despegó hacia La Habana el día 28 de octubre a las seis de la tarde, era de noche. Se le informó a su hermano, el capitán Osmany Cienfuegos que Camilo no había regresado. Se hacen indagaciones, a partir de una posible decisión de Camilo de realizar una escala y se inicia una localización en posibles aeropuertos y pistas. Agotadas todas esas indagaciones se le comunica



a Fidel al final del día 29, que se encontraba en el Palacio Presidencial.

Inmediatamente, Fidel comenzó a organizar la búsqueda. Sobre esto se ha escrito mucho, pero solo puedo decir que no se descartó ningún posible indicio de su paradero. Se le buscó sin descanso, utilizando todos los recursos disponibles. Fidel, personalmente, dirigió la búsqueda durante más de una semana desde el avión *Sierra Maestra*; casi todo el tiempo permaneció en la cabina, indicándole a Moriña por dónde ir. Nosotros estábamos pegados a las ventanillas buscando alguna señal.

El avión despejaba al amanecer y solo aterrizaba para abastecerse de combustible y seguir buscando. Únicamente se suspendía la búsqueda al anochecer, cuando ya no se veía nada.

En una ocasión, al aterrizar en la isla de Turiguanó, la rueda de la cola del avión rozó la cerca de la pista; cuando Fidel se bajó, estuvo revisando el tren de aterrizaje. Esa noche nos quedamos a descansar allí. Cuando llegó la noticia de que en un cayo al norte habían visto una avioneta en una playa, Fidel mandó al capitán Valle en una embarcación, pero cuando regresaban se quedaron sin combustible y hubo que tirarle un tanque desde un avión.

El 7 de noviembre, después de agotadas todas las



En Turiguanó, Fidel revisa el tren de aterrizaje del avión, cuando la búsqueda de Camilo. Foto del archivo del autor.



esperanzas de encontrar el avión, se dio por terminada la búsqueda de nuestro querido e inolvidable guerrillero Camilo Cienfuegos. Tocó a Fidel, durante una larga comparecencia por televisión, el 12 de noviembre, comunicar la triste noticia a nuestro pueblo.

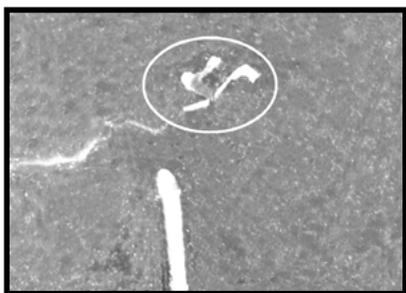
Fidel sentía por Camilo una admiración inmensa por sus cualidades humanas; era un guerrero con una sagacidad militar extraordinaria, valiente, arriesgado, amigo, compañero, jaranero, por eso Fidel dijo de él: “Camilo es un hombre del pueblo que salió del pueblo [...] Y el consuelo que debe tener nuestro pueblo, es que en el pueblo hay muchos Camilo y Camilo seguirá viviendo en hombres como él”.

Para que se tenga una idea de lo difícil que resultó la búsqueda del lugar donde ocurrió el accidente del avión donde iba Camilo, paso a exponerles un ejemplo de lo que sucedió con un avión de la Fuerza Aérea Revolucionaria, que se accidentó a la vista de Fidel, Dorticós y de varios compañeros de la escolta.

El 27 de enero de 1960, en la calle 1ª esquina a 60, en Miramar, donde vivía el Presidente de la República, estaba Fidel conversando con Osvaldo Dorticós, Regino Boti, Carlos Franqui, Marcelo Fernández y Faustino Pérez. Fidel ya estaba a punto de salir y me fui para el auto, pero en ese instante vi que Fidel salía apurado y me decía: “¡Dale para Ciudad Libertad, que se acaba de accidentar un avión cerca de la costa, al fondo de la casa!”.

En el camino me dijo que llamara por la planta y les comunicara lo que había sucedido, y que prepararan un helicóptero para salir de inmediato. Cuando llegamos habían dos helicópteros *Bell* listos para salir; en uno se fue Fidel con un miembro de la escolta, y en el otro me fui con Valle para el lugar del accidente. Cuando nos dirigíamos





Pedazos del avión flotando en el mar, foto publicada en el periódico Revolución el 28 de enero de 1960. Foto del autor.

hacia allá, me quité toda la ropa y me quedé en calzoncillos, por si tenía que tirarme al agua. Estuvimos dando vueltas en la zona, pero solo se veía una pequeña mancha de aceite y un pedazo del avión de unos 40 centímetros flotando en el mar, al cual le hice varias fotos.

Fidel regresó y después lo hicimos nosotros. Cuando llegamos a Ciudad Libertad, el helicóptero donde iba Fidel no había llegado y despegamos rápido para el lugar del accidente, pero cuando pasamos por la casa de Dorticós, vimos el helicóptero estacionado en un terreno al lado de la vivienda y decidimos regresar para recoger el auto. Al llegar a la casa, vimos a Fidel en la calle, conversando con los vecinos. Allí nos enteramos que el piloto le comunicó a Fidel que le quedaba poco combustible y él decidió aterrizar al lado de la casa de Dorticós.

Después supimos que el avión *Sea Fury*, piloteado por Dessy Bousak, estaba haciendo un reconocimiento a una pataña que se dirigía a la bahía de La Habana, y a baja altura hizo un giro a la izquierda y se precipitó al mar, levantando una enorme columna de agua. El avión se estrelló a la vista de todos; era de día, con buen tiempo, y desapareció completamente. El avión *Cessna* donde iba Camilo, mucho



más pequeño, con mal tiempo y sin conocer dónde había caído, se comenzó a buscar un día después.

Falsa alarma

En una visita que realizó Fidel a Isla de Pinos junto con Almeida, Núñez Jiménez y otros compañeros del Inra para ver cómo marchaban los planes de la Reforma Agraria y otros proyectos emprendidos por la Revolución, el Comandante se fue en el avión ejecutivo *Sierra Maestra* y envió dos helicópteros pequeños de cuatro plazas⁹⁵, sin puertas, que parecían una burbuja de cristal. Yo me fui en uno de ellos con el piloto Héctor Carmona.

Estando Fidel despachando con los funcionarios, le llegó la información de que por el sur de la Isla se habían infiltrado unos contrarrevolucionarios y que el barco estaba encallado en la costa. Inmediatamente, él y Almeida salieron para el aeropuerto; Fidel se fue en uno de los helicópteros con dos integrantes de la escolta, y con Almeida fuimos Jorge Castro y yo. Cuando nos dirigíamos hacia allá, de momento comenzó a salir de mi bolsillo de la camisa, el dinero que yo siempre llevaba para los gastos de hotel, comida y otras necesidades; los billetes se pegaban por toda la cabina, pudimos recoger la mayoría, pero otros se fueron volando, ya que el helicóptero no tenía puertas.

Cuando llegamos al lugar, vimos un barco de pesca encallado en la arena y unos hombres cocinando en la playa. Fidel les pasó rasante y, después de comprobar que eran pescadores, aterrizamos, siempre tomando medidas de seguridad, por si acaso. Fidel y Almeida estuvieron conversando con ellos un rato. Como era su costumbre, no lo pensaron dos veces y salieron para el lugar. De haber sido cierta la noticia,

95 Helicóptero norteamericano marca *Bell*.



hubieran corrido un gran peligro. Así eran ellos. Después regresamos a Gerona y fuimos para el Inra.

Reunión para fortalecer la seguridad de Fidel

La protección de Fidel era una preocupación permanente del ministro de las Fuerzas Armadas, comandante Raúl Castro, y en varias ocasiones, en reuniones breves con la escolta, hacía mucho hincapié en las medidas de seguridad del Comandante en Jefe. En una ocasión nos dijo: “¡Si a Fidel le pasa algo los fusilo a todos!”. Aquellas palabras me dolieron mucho, y le contesté: “¡Menos a mí!, porque en caso de un atentado, al primero que le tiran es al chofer”. Por la cara que puso, sabía que yo decía la verdad. Esto lo dije con toda convicción, porque estaba seguro de que si algo sucedía, iba a ser así.

Pasó el tiempo y las intenciones de atentar contra la vida de Fidel, por parte del gobierno de Estados Unidos y la contrarrevolución, era lo priorizado en sus planes. Por esa causa se efectuó una reunión en un salón del piso 20 del Inra, donde el Comandante tenía una mesa de ping-pong y jugaba a cada rato; allí no había ningún mueble, tuvimos que subir sillas para los que iban a participar.

Estaban presentes los principales dirigentes de la Revolución, entre los que se encontraban Fidel, Raúl, Dorticós, Ramiro, Efigenio, Piñero, los miembros de la escolta y otros dirigentes que ahora no recuerdo. Se nos informó sobre los planes que estaban preparando los norteamericanos para matar al máximo líder.

Entre las medidas que se tomaron fue crear grupos de compañeros que actuarían vestidos de civil; el jefe, en aquella época, era Manuel Fernández Falcón, *Manolito*. Estos radicaría en un cuartelito creado en la casa de Raúl, en Ciudad Libertad, y los integrantes de la escolta



mantendríamos comunicación con ellos por varias vías. Estos grupos ocuparían los lugares con anticipación, como eran las comparecencias por televisión, actos públicos, asambleas, visitas a lugares en La Habana y en otras provincias. Para las salidas imprevistas, hice una lista con los lugares que con más frecuencia visitaba Fidel, que serían de diez a doce, y les asigné un número a cada uno, que los cambiaba diariamente, con dos copias, una para los compañeros de Ciudad Libertad y otra para el auto de la escolta. Cuando se conocía de antemano el lugar a visitar, Celia era la que le informaba a los de Ciudad Libertad; y si salíamos con un destino inesperado por nosotros, a través de la planta les decía el número que le había asignado en la lista ese día, que la hacía a mano. Pero cuando él se le perdía a la escolta y no podía llamar por la planta, por estar apagada, me bajaba para acompañarlo. Al principio el Comandante se oponía a que la planta estuviera conectada, tiempo después me autorizó a encenderla.

Una de las medidas tomadas para reforzar la seguridad fue sumar un patrullero de la PNR con agentes escogidos por Efigenio, cuyo jefe era Eclio Lobaina. Posteriormente, se cambió por un auto de la escolta; el chofer de este era el policía José Ramón Luzardo, *Rompe Grupo*.

También se situó una posta permanente en la esquina de las calles 11 y 10, y otra en 12; estas solo cuidaban los alrededores y cuando Fidel iba a salir, detenían el tránsito. Anteriormente se había ubicado un agente de la PNR a la entrada de la casa de Celia, que controlaba la entrada al edificio. A pesar de que nosotros nos esforzábamos mucho y tomábamos infinidad de medidas, estas no eran suficientes debido a la poca preparación profesional que teníamos, y nadie se había preocupado por entrenarnos. Otra medida fue destinar a un cocinero o gastronómico para controlar los productos y vigilar la confección de los alimentos que



le preparaban a Fidel cuando asistíamos a las distintas cafeterías y restaurantes. Un tiempo estuvo desempeñando esa misión Miguelito Milanés, pero Fidel lo mandó para un plan ganadero en la Sierra, y pusieron a otro en su lugar. Cuando Fidel almorzaba o comía en alguna cafetería o restaurante, siempre se demoraba, para darles tiempo a los integrantes de la escolta a que también pudieran comer, porque no se sabía cuándo se nos presentaría la próxima oportunidad de ingerir algo.

Entre las precauciones que Raúl le propuso tomar a Fidel, estaba designar a otro chofer para que yo pudiera descansar, ya que era el único que le manejaba al Comandante. Yo no sabía nada de esa propuesta, que después de todo, era lógica. Fidel me miró, de esa forma escrutadora que él tiene, y se dio cuenta de que no sabía nada; entonces dijo: “¡Eso es un problema mío y de Leoncito!”. Aquella respuesta del Comandante me llegó a lo más profundo de mis sentimientos, al saber la confianza que me tenía. Eso me comprometía más con él. ¡Cuánto le he agradecido ese gesto, que me permitió poder seguir, día tras día, a su lado, protegiéndolo a todas horas, y cuánto me dolió separarme de su compañía!

Fidel y Dorticós en guagua

En la tarde del 29 de octubre de 1959, antes de comenzar la reunión del Consejo de Ministros en el Palacio Presidencial, vimos salir por la puerta del garaje a Fidel y Dorticós, y nos dijo que se irían solos, sin escolta. Pararon una guagua que pasaba por allí y se fueron.

Detrás salió Raúl y me dijo que los siguiera sin que se dieran cuenta. Conmigo se montó Rafael Domínguez Pagán, *Chinaco*. Al llegar a la esquina de Monserrate y Avenida de las Misiones, venía en su auto un oficial de la



Marina que yo conocía; lo detuve y le dije lo que ocurría, y le pedí el auto. Él se llevó el que yo traía para el Palacio. Seguimos de lejos a la guagua y cuando paró a un lado de la tienda El Encanto, nos detuvimos y no permitimos pasar a los autos que venían detrás, porque se estaban bajando Fidel y Dorticós junto a otros pasajeros.

En ese instante, un vehículo que venía detrás de nosotros con varios hombres dentro tocaba el claxon insistentemente; se bajó uno vestido de civil con una ametralladora en la mano, haciendo gestos agresivos; entonces me bajé y monté la Thompson, y Chinaco me gritó: “¡Ese es Miguelito Guitart!”.⁹⁶ Él lo conocía de Santiago. Cuando se acercó, empezó a ofendernos, pero supimos que él nos había reconocido cuando nos dijo que hacíamos eso porque éramos de la escolta del Comandante en Jefe. Le explicamos lo que estaba sucediendo, pero no entendió. Cuando Fidel y Dorticós entraron a la tienda, arrimé el auto y los dejé pasar. Chinaco entró en la tienda y al poco rato salió este con Fidel y Dorticós, se subieron al auto y nos fuimos para el Palacio Presidencial.

Cuando llegamos, le contamos a Raúl lo que había sucedido; él ordenó detener a Miguelito Guitart y que lo llevaran para el Palacio. Cuando llegó, se reunió con él y le echó tremenda descarga, y ordenó ponerle una multa para la Reforma Agraria.

En esta oportunidad fue peor, pues el Primer Ministro salió con el Presidente de la República, solos y sin escolta, en una guagua y se reunieron con el pueblo en una tienda. Por otro lado, se presentó la riesgosa eventualidad de que un irresponsable como Miguelito Guitart hubiera podido

96 Hermano de Renato Guitart Rosell, mártir de la Revolución.



provocar un hecho lamentable. Pasado un tiempo, este individuo no tuvo en cuenta la memoria de su hermano, y se fue para la madriguera de nuestros enemigos en Miami.



Fidel dirigiéndose al avión Sierra Maestra. Foto del archivo de Elvin J. Fontaine.





El Comandante Fidel Castro abordó una camioneta en la calle General Gómez, hacia el Regimiento Ignacio Agramonte, donde Camilo mantenía detenido (al traidor) Huber Matos. Foto archivo del autor.



CAPÍTULO 14

El lugar más olvidado de Cuba

Ciénaga de Zapata

DESDE LOS PRIMEROS meses después del triunfo de Enero, entre las tareas priorizadas por el recién estrenado Gobierno Revolucionario estaba cambiar las condiciones de abandono en que mantenían los gobernantes anteriores a la Ciénaga de Zapata, territorio al sur de la provincia de Matanzas, donde existía una situación de miseria extrema, insalubridad y peligro permanente para la vida. Por eso, Fidel realizó distintas



Tren de vía estrecha que unía a Jagüey Grande con Buena Ventura. Foto del archivo del autor.

visitas acompañado por Núñez Jiménez y varios funcionarios con vistas a trazar los planes de desarrollo de aquel paraje inhóspito, y después visitaba periódicamente la zona para controlarlos.

El único acceso desde Jagüey Grande era en un trencito de vía estrecha que llegaba hasta Buena Ventura; esta línea, en algunos tramos, se

había hundido y estaba bajo el agua. También existía otra vía desde Covadonga hasta San Blas.

Existían algunos caminos y senderos entre los distintos caseríos, pero en muy mal estado. Los cienagueros habían construido a mano unos canales estrechos, por donde se trasladaban en unas chalupas planas movidas con unas varas largas hasta los lugares donde fabricaban los hornos de carbón, y para transportar los sacos que después venderían. También las usaban para ir a cazar cocodrilos y pescar.

El 20 de abril de 1959 se comenzó a construir una carretera, de primordial importancia, que permitiría llevar a cabo los planes de desarrollo en la Ciénaga de Zapata. Esta vía comenzaba en Jagüey Grande y pasaba por la entrada de la Laguna del Tesoro, Playa Larga y Playa Girón.

El comandante Raúl Castro Ruz experimentó la amarga experiencia de un aterrizaje forzoso en un lugar pantanoso e inaccesible de la Ciénaga, el 26 de mayo de 1959, cuando buscaba a la tripulación del helicóptero que se había accidentado el día antes, piloteado por el comandante

Luis Díaz Lanz, entonces jefe de las Fuerza Aérea Revolucionaria.



En Ciudad Libertad, Camilo Cienfuegos y Raúl Castro son rodeados por el pueblo a su llegada, después de los accidentes aéreos. Foto del archivo del autor.

Tras ser rescatado, el día 27, y ser entrevistado por los periodistas a su llegada a Ciudad Libertad, Raúl expresó: “Después de haber visitado la Ciénaga de Zapata varias veces, puedo asegurarles que son los guajiros que allí habitan los cubanos más



sacrificados del país, los que más mal viven. Aquello es un infierno. Cuando estuve en la Sierra y me destrozaba el corazón la miseria y el parasitismo que diezmaba a los niños de aquella zona, pensaba que eran los más sacrificados, pero ahora considero que la ciénaga es más dura [...]”.⁹⁷

Los primeros viajes los hicimos por carretera hasta Jagüey. Nos subíamos en un helicóptero que aterrizaba en una pista de tierra que había cerca del central Australia y volábamos por toda la Ciénaga. Cuando Fidel iba a controlar los planes que se estaban ejecutando en Soplillar, Pálpite, Playa Larga, Playa Girón y otros lugares cercanos –habitualmente acompañado por Núñez Jiménez–, Fidel conversaba largo rato con los cienagueros y les explicaba los planes que tenía la Revolución para el desarrollo de esa región.

Recuerdo cuando estuvimos en la entrada de la Laguna del Tesoro, que en esa época era solo un canal estrecho que empezaba cerca de donde pasaba la línea del trencito. El helicóptero trató de aterrizar, pero se hundía en el fango; el piloto era el comandante Izquierdo.⁹⁸ Nos tiramos del aparato y buscamos unos troncos que había cerca para ponerlos debajo de las gomas. Cuando Celia se bajó, cayó en el fango y se enterró hasta las rodillas, tuvimos que ayudarla a salir. Fidel, Celia y otros compañeros se subieron en una chalupa con Francisco Alzugaray, un cienaguero que era cazador de cocodrilos, más conocido por *Quico*; la chalupa la movía con una vara larga, y en ella pudieron llegar hasta la Laguna del Tesoro.

97 Ver Antonio E. Lussón Batlle y José Á. Gárciga Blanco: *Solidaridad a prueba. Azares históricos, mayo de 1959*, pp. 111-112.

98 Izquierdo traicionó a la Revolución en los primeros meses del 1959.



Cayo La Gloria

En cayo la Gloria, Laguna del Tesoro se construyeron unas pequeñas cabañas de madera sobre troncos de



Cabañas construidas en cayo La Gloria, Ciénaga de Zapata, en 1959. Foto del autor.

madera, donde Fidel descansaría; allí tendría más tiempo para planificar y resolver la diversidad de problemas que enfrentaba el país.

El lugar constaba de cocina, comedor, baño y cuatro cabañas; la primera era la más espaciosa,

donde dormía la escolta. Todas estas instalaciones eran separadas, también había una caseta para la planta eléctrica.

Todos los movimientos en el cayo se hacían por caminos de madera sobre el pantano; el cayo tenía aproximadamente doscientos

metros de largo por doscientos de ancho, y todo era pantanoso. La construcción de estas instalaciones fue una idea de Celia.



Plataforma flotante Don Federico en cayo La Gloria. Foto del autor.

A ciento cincuenta metros sobre el agua estaba una cabaña montada sobre barriles de aceite, que ya existía desde antes, donde se alojaban algunas veces unos



turistas americanos que habían pescado la trucha más grande del mundo en la Laguna del Tesoro.

Posteriormente, a un costado de las cabañas, se adicionó una plataforma con techo de lona, montada también en tanques de aceite, a la que Celia le puso el nombre de Don Federico; ahí Fidel se sentaba a conversar con sus invitados.

Este lugar lo utilizábamos para atracar las pequeñas lanchas con motor fuera de borda en las que nos trasladábamos hasta el cayo, y que también usábamos para pescar e ir al centro turístico que se estaba construyendo en Cayo Paraíso, al que se le puso el nombre de Guamá, donde la famosa escultora Rita Longa creó la Aldea Taína.

Al canal de entrada, que se hizo a mano, se le dio un ancho aproximado de tres metros, y solo permitía pasar con botes o pequeñas lanchas con motor fuera de borda. Después se instaló un teléfono magnético en la entrada y otro en la salida del canal para avisar si el bote de motor podía entrar o salir, porque solo cabía uno.

Cuando aún no estaba terminado el terraplén—donde luego se construyó una carretera—, si Fidel quería visitar los planes que se estaban llevando a cabo, había que ir hasta la entrada



Plataforma para el helicóptero y la ametralladora AA en cayo La Gloria. Foto de archivo del autor.

de la laguna y allí tomar el helicóptero; después se hizo una plataforma de madera en el cayo para el helicóptero *Bell*, que también utilizábamos para emplazar una ametralladora BZ, o una calibre 50 con un aditamento para el tiro antiaéreo, por si venía



alguna avioneta enemiga, las que constantemente estaban haciendo sabotajes por toda la Isla.

Algunos compañeros de la escolta se quedaban en la entrada cuidando los autos. Cada vez que Fidel salía a pescar, iban dos lanchas. Ahí se pescaban fácilmente muchas truchas y manjuaríes; estos últimos se tiraban de nuevo al agua, porque es un pez endémico de Cuba y estaba en extinción. El agua era transparente y se veía cuando los peces picaban el anzuelo. También abundaban las jicoteas y emigraban muchos patos de la Florida. Fidel me encargó que le comprara con su dinero una escopeta calibre 12 mm, con la que algunas veces salía a cazar, pero en otras ocasiones lo hacía con el FAL.



A la laguna acudían muchos compañeros a despachar con Fidel, y también a descansar; entre ellos estaban Raúl, Vilma, Camilo, el Che, Almeida, Dorticós, Núñez Jiménez; así como personalidades que lo visitaban, como el filósofo francés Jean Paul Sartre y la escritora Simone de Beauvoir⁹⁹, el escritor norteamericano Waldo Frank¹⁰⁰, el venezola-

Documento de compra de una escopeta calibre 12 mm, a nombre de Fidel Castro, adquirida con su dinero. Foto del archivo del autor.

⁹⁹ Visita de Jean Paul Sartre junto a la escritora Simone de Beauvoir, 28 de

febrero de 1960.

¹⁰⁰ Visita del escritor norteamericano Waldo Frank, 15 de septiembre de 1959.



no Fabricio Ojeda y muchos otros que él invitaba a ese lugar para poder hablar tranquilamente, ya que estaban interesados en conocer detalles sobre la Revolución; casi siempre las charlas terminaban al amanecer. En el caso de los amigos extranjeros, por lo general las visitas iban precedidas de un largo y agotador periplo por las provincias, recorriendo los planes que se estaban llevando a cabo en el país.

Chistes y cuentos contrarrevolucionarios

Cuando, el 28 de febrero de 1960, Fidel invitó a Jean Paul Sartre y a Simone de Beauvoir a la Ciénaga de Zapata, en el trayecto pasamos por las playas de El Mégano, Bacuranao y Varadero, y continuamos el recorrido por Cárdenas, Recreo, Corralillo y Martí, donde visitaron las cooperativas que radicaban en dichas zonas.

Como se hizo tarde para seguir hasta la Ciénaga, Fidel decidió quedarse en Varadero y nos hospedamos en el hotel Oasis. Desde allí mandó un auto de la escolta para que le dijeran a Raúl, quien lo estaba esperando en la Laguna del Tesoro, que él iría al otro día para allá. Cuando llegamos al hotel, estaba el helicóptero; Fidel le había dicho al piloto, el capitán René Otero Moragues, que lo esperara allí. Fidel lo preveía todo.

Por la noche, Fidel organizó una pesquería e invitó a los franceses, pero ellos le respondieron que estaban cansados; era lógico, pues había sido una jornada agotadora para cualquiera no habituado. En vista de eso, los cubanos salimos en una embarcación de la Marina de Guerra y nos pusimos a pescar; nosotros estábamos en la proa del barco y Fidel en la popa. Avanzada la madrugada, nos cansamos de pescar y Otero empezó a contar algunos chistes y cuentos que estaban de moda, relacionados con la reciente visita de Mikoyan a Cuba, con los que nos reíamos muchísimo. El cubano, por idiosincrasia, tiene mucha gracia para



inventar anécdotas simpáticas, lo que no sabíamos era que, por el silencio de la noche, Fidel también los estaba escuchando. Entonces se acercó y nos explicó que esos eran “chistes y cuentos contrarrevolucionarios”, ideados por los reaccionarios para desmoralizar a la Revolución, y que teníamos que salirle al paso a todas esas manifestaciones. Otero no sabía qué decir, pero Fidel lo tranquilizó diciéndole que él sabía que no lo hacía con malas intenciones. Después que regresamos, descansamos un rato y, bien temprano en la mañana del día 29, Fidel y los invitados partieron en el helicóptero hacia la Laguna del Tesoro, en la Ciénaga de Zapata. Yo fui con otros compañeros por carretera hasta la Ciénaga.

Cacería de cocodrilos

En una ocasión Fidel organizó una cacería de cocodrilos. Esperamos la noche para salir, ya que, según nos explicó el cazador Quico, utilizando un farol o una linterna se podían ver los ojos de los cocodrilos como dos luces. Salimos en dos grupos por lados opuestos; Fidel fue con Quico y nosotros con el hermano de este. Después de recorrer buen tramo de la laguna, arrimamos la lancha y nos bajamos. La oscuridad era completa; yo iba con una linterna que era como un reflector. Todos teníamos tremendo miedo, por los cuentos y películas donde los cocodrilos atacaban a las personas, les comían una mano, un pie o las mataban. De pronto enfoqué hacia un lado y vi un par de ojos que parecían echar fuego, pero se movió rápido; corrí para la lancha y de un salto caí dentro, y los demás me siguieron. Detrás venía el hermano de Quico riéndose, y nos dijo que era un ternero extraviado que, cuando nos sintió, se asustó y salió corriendo. Ahí terminó para nosotros la cacería de cocodrilos. Largo rato después llegó Fidel; ellos tampoco



habían tenido suerte. Se río mucho cuando le contamos lo que nos había sucedido.



León, cuando se disponía a buscar la vara de pescar de Fidel. Foto del archivo del autor.

Otro día, cuando regresábamos de pescar, a Fidel se le cayó la vara y regresamos al lugar, por suerte, yo llevaba un equipo de pesca submarina y pudimos recuperar la vara como dos horas después. Este equipo lo compré por si pasaba algo, y siempre lo llevaba cuando sa-

líamos a pescar o a hacer un recorrido por la costa, porque a Fidel le gustaba bañarse en la playa.

Día de Nochebuena

El 23 de diciembre de 1959 fuimos a la Ciénaga de Zapata, pues Fidel quería pasar la Nochebuena con los cienagueros. Él me autorizó a regresar a La Habana para que cenara con mi familia; el día antes de salir Celia me regaló un puerquito ahogado¹⁰¹ que le habían obsequiado a Fidel.

El día 24, Fidel, Celia, Pedro Miret y otros compañeros cenaron con los cienagueros en un bohío del batey de Soplillar.

Ese día por la mañana, me llamaron para que fuera urgente con una ambulancia para la Fuerza Aérea Rebelde

¹⁰¹ Un puerco pequeño cocinado , sumergido en aceite hasta dorarlo.



que radicaba en Columbia, porque el avión *Sierra Maestra* venía con un compañero herido; era el primer teniente Marino Díaz Olivero quien falleció en el traslado. Me contaron que Fidel había mandado a buscar unos documentos, y el capitán Moriña se los llevó en el avión. Cuando Marino fue a recoger los documentos un compañero lo hirió accidentalmente.



En la Ciénaga de Zapata, Fidel Castro, Pedro Miret, Núñez y otros compañeros, cenando con los cienagueros en Soplillar, el 24 de diciembre de 1959. Foto del archivo del autor.

Cuando Raúl creyó que Fidel se había perdido

El 29 de enero de 1960, Fidel tenía reuniones por la tarde en Bayamo y Manzanillo, por lo que decidió salir temprano en el



avión *Sierra Maestra*; con él iban Celia, el comandante Piñeiro, *Barba Roja*, y otros compañeros. Le pedí quedarme para resolver varios problemas, entre ellos llevar un abrigo de Piñeiro a la sastrería J'Vallés, porque iba a salir unos días después al exterior y lo necesitaba. Cuando Fidel estaba subiendo al avión, me dijo que le comunicara a Raúl que él iba a hacer una escala en la isla de Turiguanó, para descansar un rato, y después seguiría viaje hacia Bayamo.

Cuando el avión despegó, llevé el abrigo de Piñeiro al sastre y después fui hasta la casa de Raúl, en Ciudad Libertad. Cuando llegué, salió Vilma y, muy alarmada, me dijo que habían llamado desde Bayamo con la noticia de que Fidel no había llegado. Le expliqué que él estaba en Turiguanó y que me había encargado que se lo dijera a Raúl, por eso estaba allí. Ya habían llamado a todos los lugares donde podían haber aterrizado e informaron negativamente, y Turiguanó no tenía comunicación por ninguna vía; entonces ella me pidió que fuera a las FAR, que Raúl estaba muy preocupado y quería salir en un avión a buscarlo.

Fui rápidamente para allá y cuando llegué, ya Raúl iba a subir a un B-26, que era el único disponible. Le expliqué lo que me había dicho Fidel, aun así decidió partir hacia allá. Me ofrecí para acompañarlo y aceptó, el único puesto que había en el avión era en la barriga, donde está ubicada la ametralladora en la parte trasera del avión, a donde se sube por fuera, a través de una escalera. Subí y despegamos, cuando estábamos llegando a Turiguanó, el piloto del *Sierra Maestra* nos comunicó que ya habían despegado de allí.

En vista de eso, Raúl decidió regresar, cuando llegamos a La Habana no se podía aterrizar porque la pista estaba cerrada a causa de las nubes. Entonces el piloto se fue mar afuera, bajó por un claro que había entre las nubes y se



pegó rasante al mar; solo así pudimos divisar el aeropuerto y aterrizar.



Avión caza-bombardero B-26, donde el autor salió con Raúl Castro a buscar a Fidel. Foto del archivo del autor.

Después volvimos a la casa de Raúl. Él estaba cordial como siempre, en ningún momento comentó nada sobre mi decisión, que fue no dar prioridad a la tarea más importante: darle primero a Raúl el mensaje de Fidel, y después ocuparme de lo demás.

Cuando la construcción del Partido, en 1965, llegado el momento de confesar mis “pecados”, ingenuamente conté este hecho. En las conclusiones, mi caso quedó pendiente de análisis.

Varios días después Raúl, en una visita a Santa Clara, me preguntó: “¿Leoncito, ya te dieron el carné del Partido?”. Le contesté que no; entonces se viró hacia el jefe de la Dirección Política del Minfar, que era el comandante Nivaldo Causse, e inquirió por qué no me



lo habían entregado. Al parecer, lo habían consultado con Raúl.

Poco tiempo después, el Ministro volvió a Santa Clara y de nuevo me preguntó por lo mismo, a lo que respondí que no. Se volvió hacia el nuevo jefe de la Dirección Política, el comandante Antonio Pérez Herrero, *Tony Pérez*, y le dijo que acabaran de darme el carné. A los pocos días fueron a Santa Clara y en un acto, como estaba establecido, me lo entregaron.

Fidel era muy respetuoso con sus compañeros

El 4 de febrero de 1960 por la tarde se esperaba la visita de Anastas L. Mikoyan, viceprimer ministro de la Unión Soviética. Temprano en la mañana, Fidel se dirigió



avioneta Cessna que utilizaba el Che. En primer plano, Fidel Castro, escribiendo una nota sobre el ala. Detrás, Claudio Rey Moriña y Diego González Pérez, *Pineda*. Foto del autor.

apoyado en el ala del avión, le escribió una nota en la que

a Ciudad Libertad acompañado por el comandante Escalona para ir a Pinar del Río. Cuando llegamos, le informaron que el avión *Sierra Maestra* estaba de baja¹⁰²; en su lugar le propusieron que viajara en el *Cessna* que utilizaba el Che. Pero antes de partir, Fidel,

¹⁰² Días después, cuando se mandó el avión a darle mantenimiento a la Florida, desapareció y nunca se supo qué le sucedió. Foto al final del capítulo..



se lo comunicaba. No quería tomar el avión del Che sin que él lo supiera.

¡Tremendo susto!

El 21 de febrero 1960 salimos por la noche de casa de Celia con destino a la Ciénaga de Zapata. Cuando pasábamos por el autocine de Tarará¹⁰³, la cartelera anunciaba la película El Halcón Submarino, y Fidel quiso verla. Entramos, y cuando se terminó, a las 11:50 p.m., continuamos el viaje. Una hora después arribamos a Matanzas; al llegar a la intercepción de la Carretera Central con Varadero, le pregunté a Fidel si podíamos parar para tomar café y lavarme la cara, porque tenía sueño. Me respondió que sí. Paramos en una cafetería que había allí, me tomé dos pastillas de bencedrina con un vaso de leche, café y me lavé la cara con agua fría. ¡Ya me sentía entero para seguir! Mientras tanto, Fidel, Celia y otros que lo acompañaban tomaban café y conversaban con la gente que allí se encontraba.

Cuando le avisé a Fidel que estaba listo, me dijo que él iba a manejar. Celia y los demás trataron de convencerlo de que yo estaba bien, pero él insistió, se sentó al timón y empezó a conducir. En dirección a Limonar había una neblina que no permitía ver a diez metros de distancia del auto. En el asiento delantero íbamos Fidel, Celia y yo, que pegado a la puerta, con la cabeza afuera, iba diciéndole a Fidel a qué distancia estaba del borde de la carretera. El carro iba como a diez kilómetros por hora. Los autos de la escolta no dejaban pasar a los que venían detrás, nos seguía una caravana sonando el claxon y haciendo señales con las luces para que los dejáramos adelantarse.

103 En La Habana existían tres autocines: Tarará, Vento y Novia del Mediodía.



Cuando venía un vehículo de frente, solo se distinguía el resplandor de las luces; entonces el auto de la escolta se arrimaba para no chocar de frente. Con esa agonía llegamos a Limonar. Entonces Fidel se arrimó, paró y dijo que dejaran pasar a los demás autos, pero cuando los choferes se daban cuenta de que era el Comandante quien venía en el carro, se paraban a saludarlo. Ahí me entregó otra vez el timón y al fin pudimos respirar. ¡Pasamos tremendo susto!

Esta era la primera vez que Fidel manejaba en condiciones meteorológicas complejas desde que bajó de la Sierra. La vez anterior fue el 23 de enero de 1960, cuando se le compró el Buick 60. Ese día él lo manejó en el tramo desde Cojímar hasta la entrada del túnel de La Habana.

En otra ocasión, el 7 de octubre de 1960, cuando Fidel invitó a los economistas Leo Uberman, Paul Sweezy, Otto Vilches y Paul Baran, quienes venían acompañados por Regino Boti. Como no cabían todos en el auto y él quería ir conversando con ellos, me dijo que él iría manejando. Estuvieron en Ciudad Libertad, El Salado, la cooperativa Menelao Mora, Los Pinos, La Coronela y Pinar del Río, y desde ahí regresaron en el avión *Turquino*. Por la noche los invitó a cenar en el Havana Hilton, acompañados por los comandantes Juan Almeida, Efigenio Ameijeiras, William Gálvez y Sergio del Valle.





Avión ejecutivo el *Turquino*. Foto del archivo de Elvin J. Fontaine.



CAPÍTULO 15

No impedirán que nos armemos

Sabotaje al vapor *La Coubre*

EL 4 DE MARZO de 1960, como a las 3:15 p.m., estábamos en el piso 18 del edificio del Inra cuando se sintió una explosión que estremeció la estructura del inmueble. Los compañeros que estábamos cerca entramos a la oficina de Fidel; con él estaban Raúl, Guillermo García y otros oficiales. Nos asomamos a las ventanas; se veía una columna de humo enorme en dirección a la termoeléctrica de Tallapiedra. Inicialmente se pensó que la habían volado. Fidel le preguntó a Guillermo si el barco con las armas había llegado, a lo que él respondió que no sabía, que iba a llamar a Managua. En cuanto le respondieron, le dijo a Fidel que había llegado por la mañana. Entonces él expresó: “¡Volaron el barco con las armas!”. Se trataba del vapor francés *La Coubre*, que traía municiones y granadas antitanques y antipersonales para los fusiles FAL compradas en Bélgica. Le dio instrucciones a Guillermo y bajamos rápidamente. Salimos para allá Fidel, Raúl y varios integrantes de la escolta. Se subieron en el auto de Fidel y tomamos por 19 de Mayo hasta la Calzada del Cerro, doblamos por Infanta, en ese momento venían varios autos y ambulancias con los heridos, al parecer se dirigían a la clínica La Covadonga. Seguimos por Vía Blanca,

Gancedo, la Pesquera hasta llegar frente a Tallapiedra, donde tuvimos que detenernos porque había una zanja como de dos metros y medio de ancho que impedía el paso. Cuando nos decidimos a cruzar la zanja para ir al lugar donde estaba el buque, ocurrió una segunda explosión; los pedazos del barco caían por todas partes alrededor nuestro, algunos de más de un metro. Nosotros empujamos a Fidel hacia la zanja y lo cubrimos, tirándonos encima de él para protegerlo.



Aproximadamente a ciento cincuenta metros, detrás de este lugar estaba la zanja que nos impidió acceder al muelle donde se encontraba anclado el vapor *La Coubre*. Más tarde, Fidel estuvo frente al buque *Osiris*, que se ve a la derecha. Foto del archivo del autor.

En eso Raúl, algo molesto, empezó a quitarle de encima a los compañeros que, con buenas intenciones, nos manteníamos aún encima de su cuerpo. Eran aproximadamente las 3:35 p.m. cuando sobrevino la



segunda explosión. En el muelle también estaba atracado el buque *Osiris*.

Fidel le dio algunas instrucciones a Raúl, quien se subió en su auto y se fue. Nosotros seguimos caminando, pegados al muro del cuartel de San Ambrosio. Cuando llegamos al final, donde este hace una curva, ya no se podía seguir avanzando por el peligro de las balas trazadoras que impactaban contra el muro, debido a pequeñas explosiones que seguían produciéndose en el barco; además, ignorábamos si podía ocurrir otra detonación como las dos anteriores. Cuando Fidel se convenció del peligro, decidió regresar al auto.

Una vez más, la suerte protegía a Fidel, porque si no es por la zanja, la segunda explosión nos hubiera atrapado frente al barco. Esta se encontraba a una distancia aproximada de trescientos metros del muelle. A una velocidad estimada de 70 km/h, recorrer esos trescientos metros nos hubiera tomado no menos de quince segundos para llegar al lugar.

Desde que me percaté de la zanja, detuve el auto; nos bajamos y caminamos hasta ella. Calculo que deben haber trascurrido unos setenta segundos, por lo que, si hubiéramos ido en el auto, cuando ocurrió la segunda explosión llevaríamos en el muelle 55 segundos. Lo mismo hubiera ocurrido de haber tomado por la calle Fábrica.

El segundo estallido ocurrió aproximadamente veinte minutos después del primero, cuando los rescatistas estaban sacando a los heridos, lo que originó más bajas. Aquello parecía un infierno, pero seguía llegando la población para ayudar en la evacuación.

Salimos para el Estado Mayor General, que estaba en el edificio que ocupaba la Marina de Guerra de la dictadura, en la Avenida del Puerto. Allí Fidel estuvo hablando con Sergio del Valle, jefe del Estado Mayor, y también realizó varias llamadas. Después hizo un recorrido por los hospitales para



interesarse por los heridos. Más tarde estuvimos en los elevados, cerca de donde ocurrió el sabotaje.



Fidel Castro (de perfil, al centro del grupo), Guillermo García, Reynaldo Irsula, Rey, Eclio Lobaina y León en los elevados próximos a la terminal ferroviaria de La Habana. Foto del archivo del autor.

Por la noche fuimos para el Palacio, a una reunión del Consejo de Ministros, donde se aprobó una ayuda de un millón de pesos para los damnificados. Cuando ya era el día 5, como a las 2:30 a.m., fuimos hasta el puerto a ver el estado en que había quedado el vapor *La Coubre*. Posteriormente regresamos a la calle 11, y por la mañana temprano fuimos para la Central de Trabajadores de Cuba, donde se estaban velando a los caídos en el sabotaje. El saldo de la tragedia fue



más de un centenar de muertos y alrededor de doscientos heridos.

Al otro día, temprano en la mañana, Fidel dio instrucciones a un capitán de la Marina de apellido Rabel, que estaba a cargo de la construcción de viviendas campesinas, para que, desde un avión, volara a distintas alturas y desde este arrojara cajas con granadas de fusiles FAL, y así comprobar si podían explotar al caer accidentalmente de una estiba durante la descarga del barco. Ninguna explotó. Con eso quedó demostrado que había sido un sabotaje planeado y ejecutado por la CIA para impedir que la Revolución se armara para su defensa. Junto a varios dirigentes de la Revolución y una multitud impresionante, Fidel acompañó el cortejo fúnebre que partió desde la CTC por la Avenida Carlos III, Infanta y San Lázaro, L y 23 hasta llegar a la intersección de 23 y 12, donde se realizó la despedida del duelo.



Cortejo fúnebre de las víctimas de La Coubre, en las proximidades de 23 y 12, sobre una alfombra de gladiolos. Foto del archivo del autor.

Allí presentó las granadas que se habían lanzado desde el avión y con ello demostró que había sido un sabotaje.



Ante los cuerpos de los compañeros caídos en tan criminal sabotaje, el máximo líder ratificó la decisión de continuar adelante con la Revolución, por grandes que fueran los peligros y las dificultades, y para concluir con la despedida del duelo, dijo: “Y no solo que sabremos resistir cualquier agresión, sino que sabremos vencer cualquier agresión, y que nuevamente no tendríamos otra disyuntiva que aquella con que iniciamos la lucha revolucionaria: la de la libertad o la muerte. Solo que ahora libertad quiere decir algo más todavía: libertad quiere decir patria. Y la disyuntiva nuestra sería: ¡Patria o Muerte!”

Ese 5 de marzo de 1960 se gritó por primera vez en Cuba la consigna de guerra de “Patria o Muerte”, posteriormente se concretó con Venceremos que nos acompaña hasta hoy.



Fidel le demuestra al mundo que la explosión de La Coubre fue un sabotaje. A la derecha, el comandante Lussón. Foto del archivo del autor.





Esquina de 23 y 12, en el Vedado, en las proximidades de la tribuna. Entre los dirigentes se encontraban Fidel Castro (al centro), Dorticós, el Che, Augusto Martínez, Pedro Miret, Núñez Jiménez, Orlando Pupo, Osmani Cienfuegos, Díaz Astaráin, José Llanusa, Eddy Suñol, Cepero Bonilla, Fernández Mell y otros. Foto del autor.



Estado en que quedó el vapor *La Coubre*. Foto del autor.



La segunda explosión de *La Coubre*, vista desde la Terminal de Ferrocarriles. Foto del archivo del autor.

Los baños de Elguea

En algunas ocasiones, cuando Fidel hacía sus recorridos por los planes al norte de Matanzas y Las Villas, se quedaba en los baños de Elguea, al norte de Corralillo, que eran muy saludables por sus aguas medicinales sulfurosas. Las construcciones eran antiguas, de madera, muy modestas y sencillas. Los locales donde las personas se bañaban eran unas casetas de madera, con una piscina en su interior y un lugar para sentarse alrededor de esta, todo revestido de cemento. El agua entraba por gravedad a todos los locales a través de una zanja.

Al otro día por la mañana, cuando Fidel decidió salir, pidió que le avisaran al capitán Otero. Al ver que se demoraba, mandó a un compañero a ver qué le pasaba, pero para sorpresa de todos, él estaba en la habitación



tratando de destrabar la prótesis de metal, que con el azufre del agua se había oxidado, lo cual consiguió con la ayuda del compañero que había ido por él. A Otero le faltaba una pierna, pero a pesar de eso era un excelente piloto, al cual apreciábamos mucho. Felizmente, pudieron seguir para la Ciénaga de Zapata.

En una de esas visitas, Camilo acompañó a Fidel y después regresó a La Habana en un helicóptero *Bell*. Esa vez, también fue el helicóptero que utilizaba Fidel, para hacer un recorrido por la zona, y después seguiría en él para la Laguna del Tesoro.

En otra ocasión, Raúl acompañó a Fidel en una de sus visitas a Elguea, y aproveché para hacerles unas fotos.¹⁰⁴ Al día siguiente, Raúl regresó a La Habana.

Incendio en el cañaveral

El 19 de marzo de 1960 salimos temprano con destino a la Ciénaga de Zapata. En el auto, a Fidel lo acompañaban Celia, Núñez Jiménez y su esposa Lupe Veliz. Cuando llegamos, fuimos para la Laguna del Tesoro.

El 21 de marzo de 1960, al mediodía, estábamos esperando al Comandante en la pista del central Australia; había salido por la mañana con Núñez Jiménez en un helicóptero para recorrer las obras en La Ciénaga. En eso, vimos a lo lejos un incendio en los cañaverales, que rápidamente se extendió hasta cerca del central.

En cuanto llegó Fidel, dio indicaciones para buscar ayuda y nos dirigimos al lugar para tratar de apagarlo. El fuego se puso feo y se le dio contracandela, pero las llamas pasaron a un campo de caña que ya se había cortado y se propagó rápidamente, y tuvimos que salir corriendo. Me

104 Ver fotos al final del capítulo.



desplacé más rápido para adelantarme y tomar fotos¹⁰⁵, como era mi costumbre. Por suerte, cerca había una línea de ferrocarril del central y corrimos hasta allí. Después llegó un carro de bomberos, y Fidel, Valle, Chinaco y Núñez se subieron a este y terminaron de apagar el fuego.

Según algunos testigos, momentos antes pasó una avioneta y se habían reportado incendios en otros municipios.

Después que se apagó el incendio regresamos a Cayo La Gloria. En el regreso a La Habana, Fidel hizo una escala en Matanzas a ver a dos ciudadanos norteamericanos, quienes venían en una avioneta que se derribó en Varadero.

Aquel era un paraje sencillo, modesto y acogedor, donde Fidel se refugiaba para descansar, sin por eso dejar de trabajar y, al mismo tiempo, reunirse con algunos dirigentes y personalidades invitadas. Allí encontraba la paz necesaria para proyectar las medidas a tomar con vistas a revertir todo el daño que los gobernantes anteriores le habían ocasionado al país.

Después de más de cincuenta años, cuando volví a la Laguna del Tesoro, me contaron que ahí ya no había truchas, manjuaríes ni jicoteas, porque una nueva especie había acabado con todos ellos; el agua estaba turbia y las algas dificultaban el avance de la lancha cuando nos acercábamos al cayo La Gloria. El lugar lo habían ampliado y remodelado en varias ocasiones.

105 Ver fotos al final del capítulo.





Sabotaje a los cañaverales del central Australia. De izquierda a derecha, Núñez Jiménez, Rafael Domínguez Pagán, Chinaco, y Fidel Castro. Detrás, a la derecha, Ramón Valle. Foto del autor.



En un carro de bomberos, tratando de apagar el fuego. De derecha a izquierda, Fidel Castro, Rafael Domínguez Pagán, Chinaco, y Antonio Núñez Jiménez. Foto del autor.



Raúl Castro en los baños de Elguea.
Foto del autor.



Raúl Castro y la dueña de los baños de Elguea. Foto del autor.



Fidel y Raúl en los baños de Elguea. Foto del autor.



CAPÍTULO 16

En silencio ha tenido que ser

Robo de las pistolas

LA PRIMERA VEZ que le robaron la pistola a Fidel fue el 23 de enero de 1959, cuando se bajó del avión en Maiquetía, Venezuela. Cuando aquel mar de pueblo que lo estaba esperando lo rodeó y era casi imposible caminar, quizás alguien se la quitó para conservarla como recuerdo, aunque a nosotros nos dijeron que eran delincuentes, que nos las quitáramos, lo que hicimos de inmediato.

La segunda vez fue el 1ro de abril de 1960. El día antes Fidel, Raúl, Celia, Braudilio Castellano y dos españoles habían salido de pesca por la playa el Rosario. En esta ocasión no los acompañó ningún compañero de la escolta de Raúl ni de Fidel.

Cuando Fidel regresó fue directo para la embajada de Brasil en la calle G y 19 en el vedado. Al parecer el auto en que regresaron los dejó allí. Me llamaron por la planta para que fuera para allá...

Cuando entramos a la embajada, estaban Fidel, el embajador, el che, Botti y otros conversando con Janio Cuadro, candidato a la presidencia de Brasil para las elecciones de 1960. Después Fidel se quedó conversando

con varios periodistas brasileños y estuvo largo rato respondiendo sus preguntas. Luego nos marchamos. Al llegar a la esquina, el Comandante se percató de que se le había quedado la pistola y regresamos. Valle entró a buscarla y regresó con la funda vacía. Fidel también entró y estuvo indagando por el arma, pero no apareció. Entonces le dijo al embajador: —Parece que se coló un ladrón en la Embajada; después de esto, salió y nos fuimos. Él nos contó que al entrar a la Embajada se quitó la pistola y la puso en un mueble, a la entrada del lugar.

Fidel tenía la costumbre, cuando iba a las embajadas, recepciones o a hablar por la televisión, quitarse, por modestia, la pistola antes de entrar y se la daba a algún compañero de la escolta, pero como ese día no había ninguno de nosotros presente, la dejó en el mueble.

Fidel nos habló como un padre

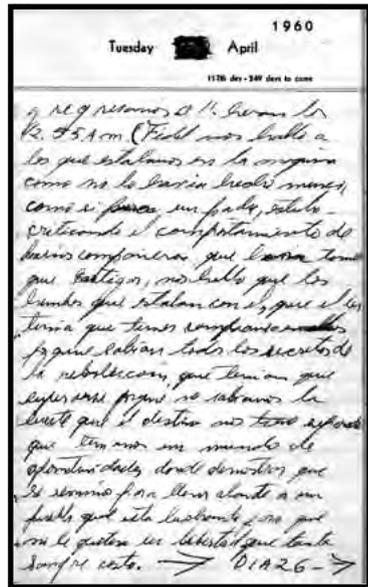
El 25 de abril de 1960, después de recoger a Fidel en el Arsenal de Casablanca —pues había salido a pescar el día antes por Barlovento en el yate *Marta III*—, él estuvo hablando con el comandante Efigenio, que lo estaba esperando. Enseguida fuimos para la casa de la calle 11; más tarde salió con Raúl a visitar un edificio situado en 12 y 3.^a, que se iba a utilizar para alojar a los estudiantes, después estuvimos dando vueltas y fuimos hasta Cojímar. En el camino hicimos una parada, donde Fidel nos habló, y después regresamos a la calle 11.

En el auto íbamos cuatro compañeros. No voy a mencionar sus nombres, aunque no se refirió a nadie en específico, y sabíamos de lo que hablaba. La conversación fue muy instructiva por la forma en que dialogó con nosotros y luego



estuve pensando largo rato en sus palabras, ¡cuánta razón tenía!

A pesar de todas las preocupaciones por el peso de sus responsabilidades, Fidel dedicaba tiempo para aconsejar a los compañeros que no se separaban de su lado ni un momento. Para nosotros, él fue más que un jefe: un compañero, un amigo. Fue como un padre. Así era él con los que estábamos a su lado. Le dejo al lector que analice y valore las relaciones que existían entre Fidel y nosotros. Luego me quedé dormido, hasta que Celia mandó a que me despertaran.



Página de mi diario, del día 25 de abril de 1960, donde escribí lo que conversó Fidel con los compañeros de la escolta. Del archivo del autor.

Transcripción de lo escrito en la página del diario el día 25 de abril de 1960.¹⁰⁶

*Y regresamos a 11 heran las
12.55,Am (Fidel nos hablo a
los que estábamos en la maquina
como no lo había hecho nunca,
como si fuera un padre, estuvo -
criticando el comportamiento de
barios compañeros, que havia tenido
que castigar, nos hablo que los
hombres que estaban con el que les
tenia que tener confianza en ellos
por que sabían todos los secretos de
la rebolucóin, que tenían que*

106 Se respeta la ortografía del original.



*superarse porque no sabíamos la
suerte que el destino nos tiene separado
que teníamos un mundo de
oportunidades donde demostrar que
si servimos para llevar adelante a un
pueblo que esta luchando para que
no le quiten su libertad que tanta
sangre costo —► Día 26 —►*

Otra explosión que estremeció La Habana

El 26 de junio de 1960, después de una comparecencia en el canal 12 de televisión, fuimos para la casa de Celia. Estando allí, sentimos una explosión que estremeció a gran parte de la ciudad de La Habana. Preguntamos a través de la planta del auto y nos informaron que había sido en los polvorines de Punta Blanca, en Cayo Cruz, que estaban al sureste de la bahía. Fidel, de inmediato, como era su costumbre, se dirigió al lugar acompañado de los comandantes Augusto Martínez y Camacho Aguilera, y del capitán Valle. En el trayecto pudimos ver infinidad de tiendas y establecimientos comerciales con las puertas y vidrieras dañadas.

Cuando llegamos al lugar, se apreciaba un enorme cráter provocado por la explosión.

Las bajas consistieron en un herido grave y tres leves de la guarnición, y diseminados por la ciudad, dos muertos y cerca de doscientos heridos, como consecuencia, fundamentalmente, de la rotura de las vidrieras.

Cayo Cruz era el lugar donde las Fuerzas Armadas del gobierno de Batista depositaban todas las municiones y explosivos para después destruirlos. De ahí partimos para el Minfar y, posteriormente, regresamos a la calle 11. Después los peritos determinaron que la explosión fue accidental.





Cuando nos dirigíamos a los polvorines de Punta Blanca, en Cayo Cruz. En el asiento delantero, de izquierda a derecha, Fidel Castro, Augusto Martínez y León; detrás, Camacho Aguilera. Foto archivo del autor.

Proposición de cambiarle el nombre al Havana Hilton



Gildo Miguel Fleitas López, mártir del Moncada.

Cuando Fidel iba al hotel Havana Hilton a comer, siempre lo hacía en la cocina y conversaba largo rato con los trabajadores. El 11 de junio de 1960, estando en ese lugar, él les propuso cambiarle el nombre al hotel por Gildo o por Habana Libre. Se refería a Gildo Miguel Fleitas López, mártir del ataque al cuartel Moncada. A los pocos días le cambiaron el nombre por Habana Libre.¹⁰⁷

¹⁰⁷ Foto de la hoja del diario del autor, ver al final del capítulo.



Reuniones secretas

La Quintica en el reparto Los Cocos

En una ocasión, tarde en la noche, nos dirigimos al reparto Los Cocos, en Santiago de Las Vegas. A la entrada, cuando doblamos, Fidel mandó que me arrimara a la acera y seguimos solos en el auto Fidel, Marcelo y yo. Avanzamos unas cuadras y más adelante, donde terminaba la calle, a la derecha, había un lugar cercado con malla *peerles*. Fidel se bajó y nos dijo que lo esperaríamos; lo recibió un hombre y luego caminó como cuarenta metros. Lo estaban esperando varias personas en una especie de ranchón, algo apartado y discreto.



La Quintica, en el reparto Los Cocos, Santiago de las Vegas. Foto del archivo del autor.

Ahí estuvieron conversando largo rato. Después vemos que un hombre se acerca y nos brinda dos vasos de



refresco; para sorpresa mía, yo lo conocía, era Héctor Sánchez, primo hermano de mi papá y hermano de Osvaldo Sánchez. Yo no me identifiqué ni tampoco él manifestó conocerme. Héctor Sánchez era el dueño de La Quintica¹⁰⁸, como la llamaban. En ese lugar Fidel se reunió con varios dirigentes del Partido Socialista Popular (PSP). Esto lo supe mucho después, cuando ya no era un secreto.

En aquella época, estas reuniones tenían que realizarse de la forma más oculta posible, porque los norteamericanos y los cubanos reaccionarios y burgueses acusaban a la Revolución de comunista, lo cual, en aquellos momentos, había que mantenerlo oculto, como decía Martí en su carta a Manuel Mercado¹⁰⁹:

[...] ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas [...].

Fidel ignoraba en sus discursos las acusaciones sobre la penetración de los comunistas en el gobierno, e incluso mencionaba en sus palabras a Cristo. Entre las frases que recuerdo están: traicionar al pobre, es traicionar a Cristo;

108 Estaba antes de llegar al hospital que atiende a los enfermos del Sida, a la izquierda. Actualmente en ese lugar hay un edificio multifamiliar. Posteriormente, a unas cuadras de ahí se mudó el Che.

109 García, Pascual, Luis y Moreno, Plá, Enrique H.: *Libro José Martí. Epistolario, t. 5, 1895*. Ed. Ciencia Sociales, La Habana, 1993 pp. 250.



primero entra un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos, y otras parábolas similares.

Todo el que traicionaba a la Revolución, lo primero que hacía era acusarla de estar penetrada por los comunistas;



recordemos a Díaz Lanz, Urrutia, Huber Matos y muchos otros.

La Quintica fue posteriormente visitada también por Raúl y Vilma, *Maro*, Manuel Fernández Falcón, *Manolito*, Osvaldo Sánchez, el Che y Aleida.

Osvaldo Sánchez, Maro y Manolito, en La Quintica, reparto Los Cocos, Santiago de las Vegas. Foto del archivo del autor.

Era un lugar muy acogedor e ideal para descansar.

Después que el 16 de abril de 1961 se proclamó el carácter socialista de la Revolución, en varias ocasiones visité La Quintica con mi familia y compartíamos con Héctor y su esposa Lolita. Lamentablemente, Osvaldo pereció en un accidente de aviación el 9 de enero de 1961, en Varadero.

Reunión en Cojímar

Para nosotros no era un secreto todo el esfuerzo que hacía el gobierno norteamericano para impedir que Cuba adquiriera todo tipo de armas para defender nuestra evolución, ya se lo habían prohibido a distintos países para que no nos vendieran armas y aviones como fueron: Bélgica, Inglaterra y otros.

Por ese motivo el contacto con la Unión Soviética se realiza con un riguroso secreto. Gracias a eso pudimos armarnos, prepararnos y derrotar la invasión por Playa Girón el 19 de abril de 1961.



Una noche, a mediados del año 1960, salimos de la casa de Celia. Fidel me indicó que tomara hacia el túnel de La Habana. Cuando salimos de este, mandó que arrimara el auto; le dijo al jefe de la escolta que se pasara para el otro vehículo y que nos esperara en el túnel. En el auto nos quedamos Fidel, Marcelo y yo. Entramos a Cojímar. Fidel me indicó una dirección que estaba cerca de su casa; cuando llegamos entramos por un portón, todo estaba oscuro. Había un hombre esperándolo y Fidel nos dijo que lo esperaríamos allí, que él se demoraba. Entró y, efectivamente, tardó en el lugar un buen rato; cuando salió, lo hizo solo, se subió al auto y partimos rumbo al túnel. Venía muy contento; entonces comentó con nosotros que iban a llegar unos tanques grandes, tan pesados que las calles se hundirían al pasar. Llegamos donde habíamos dejado a los compañeros, quienes se incorporaron y, juntos, seguimos.

Al cabo de cierto tiempo, empezaron a llegar armas de la Unión Soviética. Entre estas se encontraban los IS-2M (Stalin II), que pesaban 46 toneladas. Este era el tanque del que nos comentó Fidel aquella noche.

Enfermedad de Fidel

Fidel estuvo enfermo desde el 9 de julio hasta el 7 de agosto de 1960. Algunos periódicos, como *Revolución*, emitieron boletines sobre su estado de salud durante los primeros días de su enfermedad, para aquietar al pueblo, pero en cuanto mejoró no se publicaron más; aunque tuvo sus recaídas, por no descansar lo necesario. A continuación narraré lo ocurrido, a partir de las notas que tomé en mi diario durante aquellos días.

El 9 de julio de 1960, a las 3:25 a.m., llegamos a una de las casas designadas para la seguridad de Fidel, sita en



la calle 7.^a no. 6611, en Miramar, conocida por muy pocas personas, de la cual yo poseía la llave. Los autos de la escolta se fueron para la casa de 11 porque en la de Miramar no había condiciones para quedarse y no queríamos “quemarla”. Había una pequeña piscina al fondo, en la que Fidel quiso bañarse y lo acompañé; el agua estaba muy fría. Después se acostó, pero él ya se sentía mal, tenía dolor en la espalda.

Los que permanecemos ahí nos acomodamos, como siempre, en los butacones y el sofá; el resto de la escolta se fue para el Vedado.

Por la mañana, Fidel seguía sintiéndose mal, pero más que el día anterior, pues estaba con mucha fiebre y un fuerte dolor en la espalda. Rápidamente llamamos a Celia. Cuando ella vio cómo estaba, llamó al doctor Raúl Trillo, que era el director del hospital Finlay. En cuanto lo reconoció, diagnosticó que tenía neumonía. Después, el comandante Manuel Fajardo, *Piti*, y el doctor Raúl Trillo lo llevaron para la clínica que estaba en F y 27. Allí confirmaron el diagnóstico y le indicaron reposo absoluto. Más tarde regresamos a la casa de la calle 7.^a.

Esa noche Valle y yo nos quedamos en la casa de William Gálvez, que vivía al lado. Al otro día, por la tarde, nos enteramos del atentado que le habían hecho a Pardo Llada¹¹⁰ en la calle L entre 21 y 23; él salió ileso de milagro, pero a Antonio Matos González, quien iba a su lado, lo hirieron de gravedad. No se le dijo nada a Fidel sobre este suceso para no preocuparlo. Con anterioridad, el 25 de marzo de 1960, yo había ido con Pupo a entregarle un fusil FAL a Pardo Llada que Fidel le envió para su protección.

110 Comentarista de radio. Cuando Batista huyó, él se encontraba en el central América. Después del triunfo, defendía fervorosamente el proceso revolucionario en sus comentarios radiales, por eso lo tenían amenazado de muerte. Fidel le dio un fusil FAL para su protección. Posteriormente, abandonó el país.



El día 10 de julio, desde temprano, el pueblo comenzó a concentrarse en los alrededores del Palacio Presidencial para repudiar la política de agresiones del gobierno norteamericano contra Cuba. La más reciente había sido la suspensión de la cuota azucarera. Desde el día 8, cuando Fidel denunció esta nueva agresión en su comparecencia por el canal 12 de televisión, se había convocado al pueblo para el día 10, ocasión en la que debían hablar Fidel y otros dirigentes.

El comandante Manuel Fajardo dijo que en las condiciones en que Fidel se encontraba no se podía excitar, y que no podría asistir al acto. Por ese motivo, se dio la noticia por radio de que Fidel estaba enfermo, aunque aclarando que no era nada grave, y se anunció que él hablaría por televisión desde Cojimar, donde instalaron un control remoto.

A tales efectos, Fidel se trasladó desde 7.^a hasta Cojimar en una ambulancia, acompañado solo por el



En Cojimar, Fidel convaleciente, pero risueño, le habla al pueblo. Foto del archivo del autor.

doctor Raúl Trillo, y detrás, como a cincuenta metros, íbamos Celia y yo. Cuando la ambulancia llegó a Prado, vimos que dobló por la calle Zulueta en dirección al Palacio y pasó por al lado de la multitud, que no se imaginaba quién iba en la ambulancia. Después entró al túnel rumbo a Cojimar.

Esa noche, Fidel habló por la televisión. Al otro día seguía sintiéndose igualmente mal; fueron a verlo Dorticós, Almeida, Calixto y otros compañeros. Algunos miembros



de la escolta fuimos a dormir para la casa de 11, pues en Cojímar no había espacio para quedarnos. Al lado de la vivienda había una guarnición encargada de cuidar la entrada y el perímetro exterior del inmueble.

El día 12 fuimos Fajardo y yo al hotel Riviera, en representación de Fidel, a recibir a una comisión china. Cuando regresamos, Fajardo le informó al Comandante sobre el resultado del encuentro. Para entonces ya él se sentía mejor.

Los días 13, 14, 15 de julio se publicaron, en el periódico *Revolución*, boletines sobre el estado de salud de Fidel. A continuación reproduzco algunos de ellos.

Julio 13, periódico Revolución:

BOLETÍN SOBRE EL ESTADO DE FIDEL (del día 12)

En las últimas horas de la tarde de ayer fue ofrecido el siguiente boletín médico, sobre el estado de salud del Primer Ministro doctor Fidel Castro: la fiebre estuvo presente durante la noche de ayer, alcanzando 38.5 grados, en horas de la mañana descendió a límites normales. El proceso neumónico sigue evolucionando sin complicaciones.

Firmado:

*Comandantes Médicos,
Doctor Raúl Trillo
Manuel Fajardo.*

Julio 14, periódico Revolución:

BOLETÍN SOBRE EL ESTADO DE FIDEL (del día 13)

Boletín número 5 - Julio 14 de 1960. A las 10:30 p.m. - la fiebre se mantuvo en 37.5 grados hasta las 12 de la noche de ayer. Durante todo el día de hoy hasta el momento



de la redacción de este parte, la temperatura continúa siendo la normal. Es satisfactoria la evolución del proceso neumónico.

(Fdo.) Comandantes médicos Manuel Fajardo y Raúl Trillo.

Julio 15, periódico Revolución:

BOLETÍN SOBRE EL ESTADO DE FIDEL (del día 14)

Boletín número 6 - Julio 15 de 1960 - 10:30 p.m. - el estado del Primer Ministro Fidel Castro continúa mejorando. Durante el día de hoy no ha tenido fiebre.

*Comandantes médicos
Manuel Fajardo y Raúl Trillo.*

El 17 de julio Fidel salió por primera vez después que enfermó. Ese día fuimos a Managua; allí estuvimos viendo y probando unas ametralladoras nuevas¹¹¹; después regresamos a Cojímar, aún era temprano.

El día 18 estaba yo hablando con Valle cuando salió Fidel y nos dijo que Miguel Ángel Quevedo, director de la revista *Bohemia*, se había exiliado en la embajada de Venezuela. Este individuo, cuando la dictadura, suspendió en ocasiones la censura, permitiendo la publicación de algunos artículos criticando al régimen, y después del Primero de Enero sacó una edición especial en la que denunciaba los crímenes cometidos. Pero después se fue del país por no estar de acuerdo con el comunismo. Fidel habló esa noche por televisión para denunciar su huida. Salimos a las 8:35 p.m. hacia el canal 2 y desde allí habló hasta las 12:10 a.m. Cuando terminó, fuimos para 12 y 23 y se puso a conversar

111 Formaban parte del armamento que se le compró a Checoslovaquia.



con el pueblo. Después seguimos al hotel Nacional a ver a Pardo Llada, y regresamos a Cojimar.

El 19, a las 12:30 p.m., salimos de Cojimar rumbo al Minfar, en la Avenida del Puerto. Después que almorzamos, fuimos a Managua a ver las nuevas ametralladoras. A nuestro regreso, llegamos al restaurante El Potín para llamar por teléfono; después pasamos por 11 y de ahí nos fuimos a Cojimar.

El día 20, por la mañana, salimos de nuevo para Managua. Allí Fidel estuvo disparando con las ametralladoras, que estaban muy buenas. Después fue a ver los morteros. De Managua seguimos para el Inra, donde estuvo hablando con el capitán José Álvarez Bravo, *Pepín*. Luego fuimos a El Potín, después estuvimos en Jibacoa y a las 7:30 p.m. comimos en Arroyo Bermejo. Finalmente, regresamos a Cojimar.

El día 21 fuimos al Centro Vasco a almorzar con los compañeros del Ejército Rebelde que iban para Checoslovaquia a prepararse como jefes de servicios técnicos de tanques y transporte; eran aproximadamente quince, entre los que recuerdo a los capitanes Fidel Vargas Tapia, Ramón Pardo Guerra, Mario Oliva Pérez, el primer teniente Reynaldo Reyes Torres, *Marino*, y el teniente Roberto Piñero Soto, *el Niño*; los dos últimos habían pertenecido a la escolta del Comandante. De allí continuamos hacia Rancho Boyeros a despedirlos y del aeropuerto regresamos a Cojimar. Por la noche, algunos de la escolta nos fuimos a dormir a la casa de 11.

El día 22, por la mañana, fuimos para Baracoa; Fidel iba a descansar a Oriente. Pero el 28 me avisaron que regresaba. Salí hacia Baracoa, lo recogí y nos fuimos para



Cojímar. Por la noche los de la escolta nos quedamos a dormir en el Vedado.

El 29 Fidel pasó todo el día con fiebre. Estaba lloviendo, no escampó en toda la jornada. Esta noticia no se dio a conocer al pueblo.

El día 30, por la mañana, Raúl vino a ver a Fidel, quien seguía enfermo. Después volvió por la tarde. Esa noche puse la hamaca y me acosté como a las 3:00 a.m., pero me tuve que levantar porque estaba lloviendo con mucho viento. Luego me fui para 11 a dormir.

El día 31 salí a buscar el almuerzo a 11, como hacía todos los días desde que Fidel estaba en Cojímar. Cuando regresé, él nos dijo que iba a salir, pero en ese instante llegó Raúl y decidió quedarse. Después llegaron Escalona, Piñeiro y otros compañeros, y estuvieron hablando largo rato.

El 1.º de agosto salí para 11 a buscar el almuerzo de Fidel, pero no quiso comer nada por lo mal que se sentía. Como a las 8:30 p.m., estando en la casa de Celia, Pupo me llamó para que regresara rápido porque Fidel iba a salir. Cuando llegué a Cojímar, ya él estaba en el auto del comandante Escalona, pero al verme se pasó para el mío y salimos con destino a Cabañas, en Pinar del Río. Nos acompañaban Celia y Piti Fajardo. Llegamos como a las 11:30 p.m., comimos y nos acostamos. Fidel seguía sintiéndose mal. En Cabañas nos alojamos en un motel, en la parte alta del lugar, que cuenta con varias cabañas muy confortables, a la sombra de los árboles. A unos ciento cincuenta metros hay una pequeña playa y cerca está el cayo Juan Tomás. Este es un lugar ideal para reponerse por lo discreto, tranquilo y el aire puro que se respira.

El día 2, a las 6:00 a.m., Pineda me despertó para hacer la guardia. Después que desayuné, fui con Fajardo a buscar un medicamento para Fidel. Como a las 2:00 p.m.



salimos rumbo al Minfar, después fuimos a Casablanca, pasamos por 11 y regresamos a Cabañas. A las 6:00 p.m. salí de nuevo a buscar una medicina. Fui con Marcelo al cayo Juan Tomás, donde hay una casa; allí me bañé y comí. Por la noche salimos a buscar otro medicamento, pues Fidel seguía igual. Como a las 10:10 p.m. Celia me llamó para que viera lo demacrado que estaba; hablé con él y me dijo que “estaba jodío”.

El día 3, a las 7:25 a.m., salí con Fajardo para La Habana. Estuvimos en la casa de Raúl y después en 11, eché gasolina al auto y regresamos a Cabañas. Fui a almorzar al yate *Marta III*; luego regresé y me acosté. Ese día Raúl llegó como a las 12 del mediodía y por la tarde salió en el yate con Fidel, que se sentía mejor.

El día 4 fui con Fajardo al pueblo a buscar un medicamento. Después que almorcé, salí en una lancha¹¹² a dar unas vueltas. A las 9:00 p.m. salí con Roberto Hernández, *Chapapote*, para La Habana; lo dejé en 11 y me fui para mi casa, en Panorama entre Conill y Tulipán, Nuevo Vedado.

El 5 me levanté temprano y fui para 11; después salí rumbo a Cabañas. Marcelo y yo estuvimos cazando jutías en los montes que nos rodeaban; después salimos con Fidel y pasamos por Artemisa. Estuvimos viendo las cooperativas enclavadas en esa zona, y llegamos hasta Pinar del Río. A la vuelta paramos en la entrada de Soroa a tomar una limonada. Finalmente, regresamos a Cabañas y Fidel se acostó. Después que almorcé también me fui a dormir y

112 Bote con motor fuera de borda con capacidad para cuatro pasajeros.



me levanté por la tarde, pero luego estuve despierto hasta las 2:00 de la madrugada.

Fidel habla en el Congreso de Juventudes Latinoamericanas

El día 6 me desperté temprano y estuve dando vueltas en la lancha, llegué hasta el yate y regresé. Como Fidel se levantó sintiéndose mejor, salimos con él en la lancha hasta el cayo Juan Tomás por el río; después regresamos y almorzamos. Por la tarde, como a las 6:00 p.m., salimos para La Habana directamente al Palacio. De allí continuamos para el Estadio del Cerro¹¹³, que estaba abarrotado de público por la clausura del Congreso de Juventudes Latinoamericanas, donde Fidel hablaría. Cuando, en su alocución, estaba leyendo la lista de todas las propiedades norteamericanas que se habían nacionalizado, de pronto se quedó sin voz. Entonces Raúl se levantó y dijo que Fidel había perdido la voz momentáneamente, y él siguió leyendo el listado. Cada vez que mencionaba una propiedad nacionalizada, la gente coreaba: “Se llamaba...”. Tratando de remediar la afonía de Fidel, corrimos para la esquina que está detrás del estadio, a un quiosco que había allí, y le pedimos una botella de ron al cantinero, pero este se negó porque estaba prohibido venderle bebida a los militares. No tuve más remedio que saltar el mostrador y coger una botella y una taza de café; le llevé el ron a Fidel, se tomó un trago y al poco rato recuperó la voz. Entonces continuó leyendo el listado hasta el final. Cuando terminó el acto, fuimos para 12 y 23, después pasamos por 11 y seguimos hacia el hospital Finlay, donde quedó ingresado para someterse

113 Hoy lleva el nombre de Estadio Latinoamericano.



a un chequeo. Luego de dejarlo ahí, regresé a 11 y me acosté, eran las 5:30 a.m. del día 7 de agosto.

Ese día Celia me despertó a las 11:30 a.m. y salí para el hospital. Fidel estaba en el piso 6; después bajó con los doctores Trillo y Fajardo. Fui a echarle gasolina al auto y regresé a la calle 11. Cuando llegué, Celia me dijo que Fidel había salido del hospital y que quizás estuviera en casa de Dorticós. Para allá fui y, efectivamente, allí estaba. En el auto de la escolta mandé al hospital un pescado que me había dado Celia para la comida de Fidel. Como a las 7:00 de la noche regresamos al hospital. Más tarde, Raúl fue a visitarlo.

Como podrá apreciarse, en cuanto el Comandante se sentía algo mejor, salía lo mismo para hacer un recorrido por las cooperativas, ir a probar las ametralladoras nuevas, que al acto en el estadio donde se comunicó la intervención de las propiedades norteamericanas. Eran tantas las tareas pendientes, que no hacía el reposo indicado por los médicos para el restablecimiento de su salud; aunque hay que reconocer que era muy disciplinado para tomar las medicinas. Recuerdo que cuando Piti no estaba, Celia me encargaba que le administrara los medicamentos a Fidel; ella me anotaba las horas en que debía dárselos. En realidad, él era un buen paciente.



1960

Saturday

11

June

Ember Day—St. Barnabas

163rd day - 203 days to come

me levante a las 10.30. Vuelo
 de mañana en un T-38 con Escalera
 en Valle. Después otros dos días que
 vienen y las 6. p. sali a casa
 con el niño en brazos durante y sali
 esta vez de día a comprar. después
 fui a casa y después para 11. por la
 mañana salí en la Ruta 58 saluda
 do a mis antiguos compañeros
 Fidel Meza como a las 7. p.m. salí
 para el Casapico a comer. después
 estuve en el Hilton Fidel quiere
 ponerle Hilton o Habana libre. después
 para el Hotel Nacional. salí a las
 13.00 p.m. y después dando un paseo por
 el Bagan regresé a 7. p.m. y me
 acosté. Ceram los 11.

Página del diario, del 11 de junio de 1960, donde
 hablo sobre la propuesta de Fidel de cambiarle
 el nombre al hotel Havana Hilton. Foto del archivo
 del autor.

Capítulo 17

Los primeros bandidos capturados en el Escambray

Fidel, con su escolta y otros compañeros, capturaron a los primeros bandidos en el Escambray

EL 7 DE SEPTIEMBRE de 1960 llegamos a la calle 11 a las 2:00 de la madrugada. Una hora después salimos para Santa Clara. Cuando íbamos por Colón, le dije a Fidel que tenía sueño; llevaba muchas horas sin dormir. Le di el timón al comandante Fajardo y me quedé dormido hasta que llegamos a Santa Clara, a las 8:00 a.m.

Fuimos directamente al Regimiento y después continuamos para el campamento La Campana, en Manicaragua, donde se estaban preparando los milicianos que iban de operaciones para el Escambray. Fidel los reunió y les habló, más tarde seguimos para Cienfuegos. Con nosotros iba el capitán José Antonio Borot, jefe del escuadrón de esa ciudad. Allí paramos en el hotel Jagua, almorzamos y me acosté. Fidel había citado a un grupo de oficiales que iban a participar en las operaciones en el Escambray y estuvo reunido con ellos hasta la 1:00 de la madrugada del día 8. De ahí salimos para el hospital, donde estaba ingresado el comandante



Félix Duque, que había tenido un accidente de tránsito y estaba grave. Cuando estábamos en el hospital llegaron unos compañeros de la Seguridad del Estado buscando al capitán José Antonio Borot y le comunicaron que un grupo de bandidos iba a atacar el poblado de La Sierrita; los acompañaba uno de los “bandidos”, el primer teniente Nilo Enrique Rodríguez Oquendo, un oficial del Ejército Rebelde que se había infiltrado entre ellos y en un descuido se escapó para avisar. Cuando se lo dijeron a Fidel, quiso hablar con él. Se sentaron solos en un banco de madera que había en el pasillo; el Comandante le hizo varias preguntas y cuando terminó dijo: “¡Los vamos a coger!”. Mandó un grupo delante, entre los que se encontraba el comandante Puerta, y les dijo que lo esperaran en La Sierrita.

Fidel le mandó, con el comandante Nicaragua, una nota¹¹⁴ al primer teniente Elgin Fontaine Ortiz, jefe del escuadrón de Colón, en la que ordenaba apresar a tres oficiales que habían pertenecido al Segundo Frente Nacional del Escambray, comandado por Eloy Gutiérrez Menoyo, que estaban conspirando.

Llegamos al cuartel de La Sierrita¹¹⁵ como a las tres de la madrugada bajo tremendo aguacero. Dejamos los autos allí. Yo cogí la subametralladora checa modelo 25 que le habían regalado a Fidel; la única diferencia con relación a las otras era que estaba empavonada.

Se consiguió un práctico (el sargento Ramón Hernández Plasencia, al que por la edad le decían *El Abuelo*), y salimos bajo el agua hacia el lugar, dando un rodeo para que no nos descubrieran. Caminamos como ocho kilómetros y, cuando llegamos, ya estaba amaneciendo. La casa del campesino donde se escondían los bandidos se encontraba en una parte llana del terreno, entre unas lomas; por

114 Foto al final del capítulo.

115 Ídem.

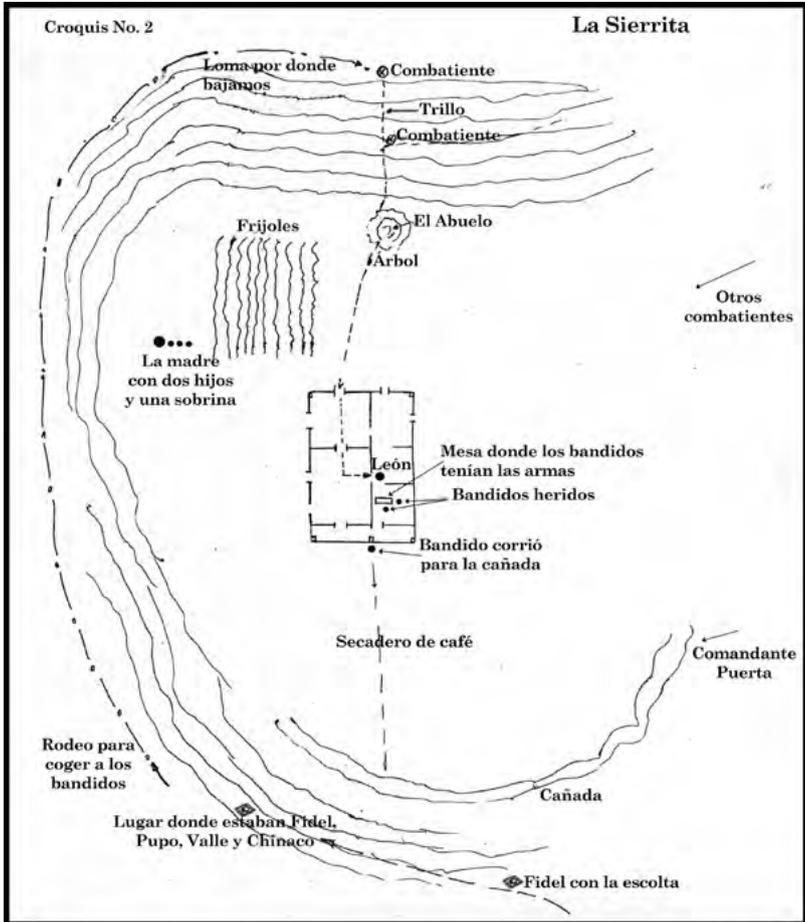


el fondo había una elevación más pequeña y al frente, como a cuarenta metros, una cañada; a un costado, por la izquierda, había una pequeña colina, desde la cual Fidel pudo apreciar la situación, y desde allí distribuyó a los hombres. A Puerta lo mandó por la cañada y a otros por la derecha de la casa. Solo se veía un bandido sentado en un taburete en el portal, con el fusil apoyado en las piernas, pero en ese instante, por el fondo de la casa, salió una mujer con dos niños y una niña. Fidel temió que resultaran heridos durante el tiroteo y me dijo: “¡*Leoncito*, coge tres o cuatro compañeros, ve por el fondo y trata de cogerlos sin tirar un tiro!”. Con Fidel se quedaron Valle, Pupo y Padilla, desde donde dominaban el frente de la casa. Salí con tres más, entre ellos el práctico, y subimos al firme de la loma que estaba detrás de la casa; bajamos por un trillo, dejé a un hombre en el firme y a otro en un sendero, donde se veían huellas frescas. Para acercarnos a la casa tuvimos que arrastrarnos pegados a un sembrado de frijoles, de tal forma que la mujer y los niños no nos vieran. Como a diez metros de la casa había un árbol y le dije al Abuelo que yo iba a entrar por una ventana, pero que no dejara entrar a nadie detrás de mí; me arrastré y entré por la ventana de un cuarto, pero cuando estaba dentro y pasaba hacia el otro cuarto, oigo que le dan el alto a un niño. Ya no esperaba tal sorpresa. Fui hasta el comedor y frente a mí, en la sala, había dos bandidos que, cuando oyeron el “alto”, se lanzaron a la mesa a coger las armas; uno logró tomarla y le grité que la soltara, pero al no obedecer le disparé y se desplomó. El otro también trató de agarrar un arma, pero le disparé y cayó al piso. En ese instante se originó un tiroteo, y vi, al que estaba sentado a la entrada, correr hacia la cañada; le disparé, pero no le di y me tendí en el suelo. Oí cuando Fidel decía que no dispararan a la casa porque yo estaba dentro. La mujer y los niños, que estaban algo



separados de la vivienda, corrieron a esconderse en un monte cercano.

Uno de los alzados había recibido tres tiros y el otro cuatro. Cuando cesaron de disparar salí y le dije a Fidel que había tumbado a dos bandidos.



Croquis del lugar donde se desarrollaron los hechos de La Sierrita. Del archivo del autor.



Por la cañada habían apresado a Leandro Alberto Walsh Ríos, hermano del cabecilla Sinecio Walsh. Los heridos eran los excasquitos Óscar Pérez Martínez y José Azpiro López, y se ocuparon cuatro armas largas. Curiosamente, uno que iba con el grupo de apoyo le disparó el depósito completo a uno de los bandidos y no le hizo ni un rasguño. Al Abuelo, Fidel le regaló una pistola 45 que le habíamos ocupado a los alzados.

La mujer que vimos era la madre de los dos niños y se llamaba Braulia Tellería. En una entrevista que se le hizo posteriormente, ella declaró que cuando sintieron los tiros, corrieron hacia el monte y se escondieron.

Fidel reunió a los campesinos de los alrededores que habían sido obligados por los bandidos a cooperar con ellos y a otros que lo hacían voluntariamente, y les explicó los objetivos que tenían los contrarrevolucionarios, apoyados y pagados por los norteamericanos. La única medida que tomó fue ordenar que sacaran a los heridos en parihuelas hasta el camino, donde los pudieran recoger para que los llevaran al hospital.

Después, tomamos los autos en La Sierrita y regresamos a Cienfuegos. Pasamos por el cuartel de Colón, para comprobar si habían apresado a los contrarrevolucionarios que Fidel mandó detener, y de ahí seguimos hacia Varadero. Allí hicimos escala en el hotel Oasis, nos bañamos en la playa y regresamos a La Habana.

Esa noche Fidel habló en la clausura del Primer Congreso de los Trabajadores de la Industria del Calzado, que se celebraba en la CTC. Entre otros temas, se refirió a la lucha contra los alzados en el Escambray.

Pasados 51 años de aquellos sucesos, el Comandante habló conmigo y me facilitó la posibilidad de precisar, en el terreno, algunos de los hechos acontecidos cuando



estuve ahí con él. Me acompañaron al lugar el teniente coronel José A. Cobas, Ángel Álvarez y mi hijo Abel León Ramírez. Ya no era aquel joven acostumbrado a subir y bajar lomas, ni a las grandes caminatas, pero aun con gran esfuerzo, llegamos al lugar y pude dejar constancia fotográfica de esa visita. De aquel sitio prácticamente no queda nada parecido al escenario de los hechos narrados. Donde se hallaba la casa solo hay una tarja en recordación de aquel acontecimiento; todo está rodeado de montes y el terreno desfigurado por los torrentes de agua que bajan de las lomas.



De derecha a izquierda, León y los hermanos Luis y Jorge Gómez Tellería (encerrados en un círculo), cincuenta años después de los acontecimientos, quienes residían en la casa donde se apresaron los primeros alzados del Escambray, en La Sierrita. Foto del archivo del autor.

Los campesinos que vivían en los alrededores de aquel lugar se fueron mudando poco a poco para el poblado de La Sierrita. Allí conversamos con los dos hermanos que



vivían en aquella casa cuando ocurrieron los hechos, que ahora ya tienen más de sesenta años.

Se nombran Luis y Jorge Gómez Tellería. Ambos trabajan en el pueblo y son respetados y queridos por los vecinos. La niña, llamada Adela, era sobrina de la madre de ellos, que se encontraba ahí de visita en aquellos momentos.

Todavía conservan la mesa sobre la que estaban las armas de los bandidos y el taburete donde el bandido Leandro Alberto Walsh Ríos estaba sentado en el portal.

Ellos corroboraron que se trataba del lugar exacto por la foto que le mostramos y por un tronco de caoba que, pesaba mucho y, no lo pudieron bajar para construir su casa en el pueblo.

Los bandidos de Veguita, en el Escambray

El 14 de septiembre de 1960 salimos de la casa de Celia, en el Vedado, hacia el aeropuerto de Baracoa, lugar donde se estacionaba el avión ejecutivo *Turquino*, después que se perdió el *Sierra Maestra*. Cuando llegamos ya estaba listo y partimos para Santa Clara; despegamos a las 2:00 a.m. y llegamos a las 3:50 de la madrugada. Tomamos un yipi y fuimos para Veguita, en el Escambray. A la espera de Fidel estaba el comandante Piti Fajardo, quien informó que los bandidos estaban localizados en un bosquecito y todos los firmes se encontraban tomados por los milicianos. Avanzamos en el yipi hasta donde pudimos, y después seguimos a pie. Cuando llegamos al firme, a eso de las 9:00 de la mañana, le indicaron a Fidel dónde se encontraban los alzados. Este mandó a subir las bazucas; se efectuaron varios disparos y se les tiró con los fusiles FAL. Después el Comandante ordenó a un grupo de compañeros registrar el lugar. Nosotros nos dirigimos a una casa que se hallaba en



el camino, donde almorzamos. Después fuimos con los comandantes Fajardo y Puerta, y otros compañeros, para el Hoyo de Manicaragua, y de ahí seguimos para Cienfuegos, donde abordamos el *Turquino* a las 6:20 p.m. Llegamos a Baracoa a las 7:20 p.m. y de ahí regresamos a la casa del Vedado.

Cómo se deben impartir las órdenes

Cuando, en el último trimestre de 1960, comenzaron a llegar, de forma masiva, el armamento y las municiones procedentes de la Unión Soviética por los muelles de Casablanca, el responsable de recibirlos era el comandante Guillermo García. Eran miles de toneladas, que se iban almacenando en todos los espacios disponibles. Cuando estos se llenaron, hubo que seguir depositando las armas en el polígono al aire libre.

Casi todos los días Fidel se daba una vuelta por allí. Un día, cuando llegamos a la posta de entrada, el soldado que estaba de guardia nos detuvo y, en una forma marcial y respetuosa, le comunicó al Comandante que tenía la orden de Guillermo de no dejar pasar a nadie sin su autorización, por el peligro que representaba lo que allí se guardaba, pero que si él quería podía entrar. Fidel le respondió que lo que decía era correcto, por lo que debía comunicarle a Guillermo que él regresaría dentro de diez minutos y que, para entonces, lo esperara en la entrada. Dimos una vuelta por Cojímar y cuando regresamos, allí estaba el comandante Guillermo García esperándolo. Después que este le informó cómo marchaba la descarga de las municiones, nos marchamos.

Resalto este incidente porque en una ocasión en que Fidel había ido a la casa del Che, cuando salíamos de La Cabaña nos pararon en la posta y el soldado que estaba de guardia le dijo al Comandante que tenía que revisar el maletero. Fidel



le preguntó: —¿Usted no me conoce?. A lo que él respondió que sí. Entonces volvió a inquirirle: —¿Y qué quieres ver en el maletero?. Y el soldado le contestó que era para ver si llevaban armas. Fidel, un poco molesto, le dijo algo así como que todas las armas que hay en este país las tengo yo, y me dijo: — Leoncito, dale. Fidel no estaba molesto con el soldado, sino con el jefe que le había dado la orden, que no supo dársela correctamente, pues no tuvo en cuenta que allí vivían varios dirigentes que eran visitados por los principales jefes de la Revolución, los que seguramente llevaban armas en los maleteros.

Las meditaciones de algunos ministros y funcionarios

Había un pequeño grupo de la escolta (usualmente lo hacíamos Pupo, Valle, Marcelo y yo) que entrábamos al salón cuando estaba reunido el Consejo de Ministros, unas veces para darle un recado a Fidel o una nota de urgencia.

Como nosotros entendíamos muy poco de lo que ahí se analizaba y discutía, pues esa no era nuestra misión, nos aburríamos y nos turnábamos para salir a distraernos. Yo debía estar localizable, por si Fidel quería entrar a su habitación en Palacio, que estaba en el mismo piso del salón de reuniones, porque yo era el que tenía la llave.

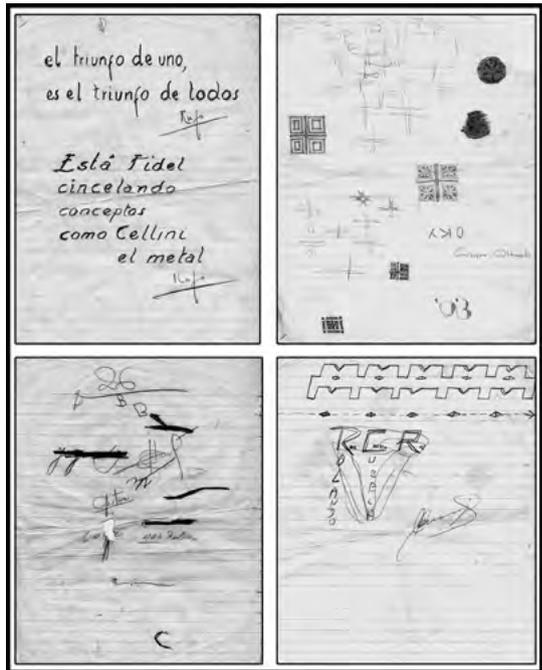
En los dos primeros años tras el triunfo de la Revolución —1959 y 1960— las reuniones del Consejo de Ministros eran muy extensas, porque en ellas se proponían, analizaban y aprobaban las medidas, planes y leyes iniciales que transformarían todo en el país. Se sabía cuándo comenzaban, pero no cuándo terminarían.

Los ministros de las diferentes carteras traían sus propuestas, por lo que los presentes debían analizarlas con los otros funcionarios para su posible aprobación; pero se



daba el caso de algunos que, como no estaban involucrados en el asunto en cuestión, mientras los demás discutían un determinado tema, se entretenían en escribir y hacer dibujos en el *block* que traían para sus anotaciones. En cierta ocasión, cuando se terminó la reunión, los allí reunidos dejaron unas hojas de papel que me llamaron la atención y las recogí; cuando me detuve a verlas, pensé: ¡Mira qué interesantes!

Hojas de papel con dibujos hechos por los ministros durante una reunión. Del archivo del autor.



Guardé esas hojas con la intención de mostrárselas a Fidel, pero pasó el tiempo y nunca supe dónde las guarde, hasta que después de mucho tiempo de haber salido de la escolta, las encontré; mi mamá las tenía guardadas con otros documentos y fotos de aquella época, que en estos momentos me han sido muy útiles para escribir



algunas anécdotas como esta. Al ver esas imágenes, pienso que algunas requerían de gran concentración para su realización. Ninguna refleja nada criticable ni ofensivo, y estoy seguro de que a los familiares de estos funcionarios les gustaría conservarlas como recuerdo.

Esos dibujos reflejan cómo pensaban ellos en ese momento y creo que algunos serían de interés para un psicólogo. La mayoría están firmados. ¿Por qué los dejaron allí? Sería interesante determinar, por las firmas, la fecha aproximada de esta reunión del Consejo de Ministros, ya que en esta etapa los cambios de los dirigentes eran muy frecuentes.

El día de Nochebuena de 1960

El 24 de diciembre, víspera de la Navidad, es el día de Nochebuena, que por tradición siempre se celebró en Cuba. En esa ocasión se reunía la familia para cenar juntos. Con el aporte de todos se compraba un cerdo y demás comestibles, y desde temprano comenzaban los preparativos. A los hombres les correspondía matar el animal, pelarlo, adobarlo y después asarlo en una ceremonia que duraba horas, casi siempre en una púa con carbón o leña. La carne se acompañaba con congri, yuca, tostones, ensaladas y dulces, tarea que le tocaba a las mujeres. Tampoco faltaba todo tipo de bebidas. Era la ocasión ideal, quizás la única, para compartir con los seres más queridos, aunque fuera solo una vez al año.

Al atardecer de esa Nochebuena llegó a mi casa un compañero en uno de los autos de la escolta de Fidel y me dijo que el Comandante quería verme. Rápidamente me cambié de ropa y salí para el hotel Habana Libre. Él estaba en una reunión. Lo esperé con los otros integrantes de la escolta y cuando Fidel salió, después de saludarme,



me preguntó: —¿Leoncito, qué vas a hacer esta noche? A lo que le contesté que pensaba cenar con mi familia. Él me dijo que eso estaba muy bien, que fuera para allá, y nos despedimos.

En el camino de regreso me quedé meditando si había actuado correctamente. Yo nunca supe para qué él me había mandado a buscar ni el objetivo de su pregunta, pero estoy seguro de que la respuesta que le di debe haberle agradado, porque si le hubiera dicho otra cosa, sería mentirle, y la hipocresía era algo que ni a él ni a mí nos caracterizaba. No sé qué hubiera respondido otro compañero si hubiera estado en mi lugar, pero esa sinceridad fue la que él me enseñó.

Fidel disfrutaba practicar el tiro

A cualquier lugar a donde íbamos que se estuvieran efectuando prácticas de tiro, Fidel no desperdiciaba la oportunidad para sumarse, lo mismo con un cañón, que desde un tanque, un mortero, era algo que disfrutaba mucho. Aun cuando nadie estaba practicando tiro, él la iniciaba siempre que el medio fuera propicio, lo mismo desde una fragata, o desde un yate. En una ocasión que estábamos haciendo un recorrido por las playas del este, había una piedra como a cuatrocientos metros y Fidel empezó a dispararle con el FAL; le estaba impactando cerca, a solo unos centímetros, pero en ese momento un compañero de la escolta le disparó también a la piedra y la rompió. Fidel, algo molesto, le dijo: —¡Ya no me dejan ni practicar! El compañero, apenado, le pidió disculpas, pero Fidel le puso el brazo por arriba y todo terminó amigablemente.

Cuando se crearon las compañías de bazucas en la guarnición del Inra, Fidel mandó a que nos entrenáramos como bazuqueros, después continué desempeñando esa



función en la escolta y en ocasiones llevaba una bazuca y dos cajas de proyectiles en el maletero, el FAL y la MAG del Comandante, más cajas de balas y otras armas; prácticamente, era un polvorín. También en Managua se planificaban prácticas de tiro con todos los tipos de armas.



En el reparto Poey, Fidel comprueba si los proyectiles atraviesan las paredes de las casas. Observándolo, Marcelo Verdecia, Guillermo García y algunos trabajadores. Foto del autor.

Cada vez que llegaba un armamento nuevo, ya fuera ruso, checo o trofeos de guerra, el Comandante iba a Managua a probarlos¹¹⁶ o nos mandaba a nosotros a hacerlo. En una ocasión en que llegó una ametralladora BZ alemana de cinta con un cañón de repuesto, que tuvo mucha fama cuando la Segunda Guerra Mundial por su calidad, el Comandante nos mandó para Managua a que disparáramos sin parar hasta que se fundiera, lo que no logramos. Cuando se lo informamos, se puso muy contento. Después él fue y se dio gusto probándola. Recuerdo que, aún estando

116 Foto al final del capítulo.



enfermo, en cuanto mejoró unos días –17, 19 y 20 de julio de 1960– fue a Managua a probar unas armas.

¡Eso fue una casualidad!

Durante un bojeo por las costas de Pinar del Río, en la segunda semana del mes de noviembre de 1959, Fidel, Dorticós, Celia y otros iban en el yate *El Dorado*.¹¹⁷ A unos cincuenta metros, en una lancha patrullera de la Marina de Guerra Revolucionaria, lo acompañábamos parte de la escolta y, mar afuera, como a un kilómetro, nos iba custodiando una fragata.

Durante el trayecto, cruzó una gaviota por detrás del yate y Fidel le hizo varios disparos con el FAL, pero no le dio.



Fidel tomando agua de coco en Guanahacabibes. Foto del archivo del autor.

La gaviota siguió su vuelo, y cuando pasó por detrás de nuestra lancha, saqué la pistola y la tumbé. Al ver que la había matado, decía él desde *El Dorado*: —¡Eso fue una casualidad!; pero en ese momento pasó otra gaviota y él me dijo: —Tírale a esa!, pero yo guardé la pistola y lo dejé con las ganas de ver que yo también podía fallar.

En la zona de Guanahacabibes, Fidel se trasladó en un bote hasta la playa y se puso a conversar con los

117 Foto al final del capítulo.



habitantes del lugar. Ellos le tumbaron cocos para que se tomara el agua. Ese día nos bañamos en la playa; la arena era fina y blanca y el agua transparente.

12

Del Compañero Jefe
Escuadrón de Colón.
El Comandante de
las Iglesias se trasladó
a casa a fin de proce-
der a la detención
de tres personas por
actividades contrare-
volucionarias. Por
la urgencia del caso
no he podido comu-
nicar al Jefe de Re-
gimiento. Las tres
personas arrestadas
deben ser trata-
das en Campesús.

Comunique el
contenido de esta
nota al Jefe de
Regimiento para
que conozca que
el portador actúa
por ordenes directas
mías.

Atentamente
Fidel Castro
Campesús, Sep. 8, 60

Nota de Fidel Castro, dirigida al jefe del escuadrón de Colón, con fecha 8 de septiembre de 1960. Foto del archivo de Elvin J. Fontaine Ortiz.



Transcripción de la nota de Fidel dirigida al jefe del escuadrón de Colón.

Al compañero jefe escuadrón de Colón.

El Comandante Carlos Iglesias se traslada a esa a fin de proceder a la detención de tres personas por actividades contrarrevolucionarias. Por la urgencia del caso no ha podido comunicarse al Jefe del Regimiento. Las tres personas encartadas deberán ser trasladadas a Cienfuegos.

Comunique el contenido de esta nota al Jefe de Regimiento para que conozca que el portador actúa por órdenes directas mías.

Atentamente

Fidel Castro Ruz Cienfuegos, Sep. 8, 60





Foto actual del local donde se encontraba el cuartel de La Sierrita, de donde partimos a capturar a los bandidos. Del archivo del autor..



Fidel practicando el tiro con su fusil FAL. Foto del archivo del autor.





En Managua, Fidel practica el tiro al blanco con el FAL. Foto del autor.



En Managua, rodeado de milicianos, Fidel practica el tiro con la ametralladora MAG. A su derecha, arrodillado, Marcelo Verdecia. Foto del autor.





Durante un bojeo por las costas de Pinar del Río en el yate El Dorado, Fidel practica el tiro con el fusil FAL. Foto del autor.



CAPÍTULO 18

La escolta

Los que integramos la primera escolta

LA COMPOSICIÓN DE la primera escolta, como la llamara Fidel en su artículo del periódico *Granma* del 15 de abril de 2011, era muy heterogénea. Muchos de los compañeros procedían de lo más intrincado de la Sierra Maestra, con escaso o ningún nivel escolar. Algunos eran de los pueblos que estaban en las estribaciones de las montañas, otros de las ciudades de Santiago de Cuba, Holguín, Puerto Padre, Camagüey, uno de Cienfuegos y otro de La Habana. Los que provenían de las ciudades, por estar acostumbrados a la dinámica urbana y tener un nivel de instrucción un poco más alto, podían moverse con más soltura ante cualquier situación.

Este grupo, aun cuando poseía una gran experiencia combativa, no tenía ninguna para la difícil misión que se le había encomendado. Solo el deseo de cumplirla nos hacía crecer cada día e idear soluciones en la compleja tarea de proteger al Comandante de posibles atentados.

Se tomaron muchas medidas, como reforzar la escolta con integrantes de la PNR y un grupo de agentes vestidos de civil, que radicaban en el cuartelito que se había creado en la casa de Raúl, los cuales tenían la misión de proteger

los lugares adonde Fidel iba a hablar. Por orientaciones tuyas, que siempre estuvo convencido de que la lucha contra nuestros enemigos iba ser larga, solo nos limitamos a aprender en Managua a utilizar todo tipo de armas, como ametralladoras, fusiles, bazucas, etcétera. Durante esos tiempos iniciales, nuestra preparación personal como escoltas se fue forjando sobre la marcha, de forma completamente empírica y ajustándonos a las situaciones que se iban presentando, no tuvimos a nadie que nos orientara.

Tuve entonces, por primera vez, una escolta de combatientes seleccionados por Raúl de las fuerzas del Segundo Frente Oriental Frank País.

Fueron excelentes, y me acompañaron durante más de dos años. Luego marcharon a otras tareas importantes de la Revolución.

El Comandante, que siempre estaba en contacto directo con el pueblo, era muy difícil de cuidar, porque sabíamos que si se presentaba algún problema, él acudía de inmediato al lugar sin importar el peligro que podía correr su vida, y ninguno de nosotros teníamos autoridad para impedirlo. Por su forma de moverse y las decisiones imprevistas que tomaba, se hacía imposible predecir cuándo ni para dónde se trasladaría. Además, sus relaciones personales con nosotros eran muy estrechas, él nos trataba como compañeros, nunca como escoltas, y eso, en el fondo, afectaba nuestra misión de cuidarlo, que era lo más importante. Pero



es bueno reconocer que Fidel tenía la escolta más poderosa del mundo: el pueblo, que lo cuidaba dondequiera que se encontrara.

Nuestro mejor jefe era el propio Fidel. Cuándo alguno cometía una indisciplina, él personalmente tomaba las medidas con el compañero en cuestión, aunque es justo reconocer que siempre fueron muy benévolas.

En el tiempo que permanecí protegiendo al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz—casi dos años— no sufrió ni un rasguño, aunque sí estuvo en peligro su vida, como cuando se produjo la segunda explosión del vapor *La Coubre* y al comienzo de la Limpia del Escambray en Loma Pelá, en enero de 1961.

También le prepararon dos atentados, que no llegaron a efectuarse, uno en la jefatura de la Fuerza Aérea, en 19 y 84, y el otro en San Lázaro, frente a la Escalinata de la Universidad.¹¹⁸ Dejamos de ir a San Lázaro e Infanta, donde Fidel acostumbraba tomar ostiones, porque nos informaron que desde los altos de Lámparas Quesada le iban a disparar con un fusil con mira telescópica.

Puedo afirmar que todos los que integramos aquella primera escolta cumplimos con dignidad, abnegación y sacrificio la difícil misión que se nos habían encomendado. Aquel grupo, más los dos que posteriormente se incorporaron en Camagüey y tres en La Habana, sumaban aproximadamente cuarenta y cinco compañeros; de ellos, 41 eran de la región oriental, tres de la central y uno de La Habana. Ya en los primeros meses de 1959, de esos compañeros quedaba en activo el 75 por ciento, y al final de ese año permanecíamos solo el 50 por ciento. En enero

118 Fabián Escalante Font: *La guerra secreta. Cronología del Crimen, 1959-2000*, pp. 69 y 70.



de 1961 únicamente quedábamos ocho, para un 17 por ciento de la cifra inicial.

Los nombres, grados y fotos de los miembros de la escolta que la integraron desde enero de 1959 hasta enero de 1961 aparecen relacionados en el Anexo no. 3, aunque recuerdo a cinco miembros de la PNR de los que no poseo sus nombres ni las fotos. También quiero aclarar que dos de los mencionados aquí traicionaron años después de haber salido de la escolta. Al menos estos son los compañeros que recuerdo, los años transcurridos se ocuparán de justificar cualquier olvido.

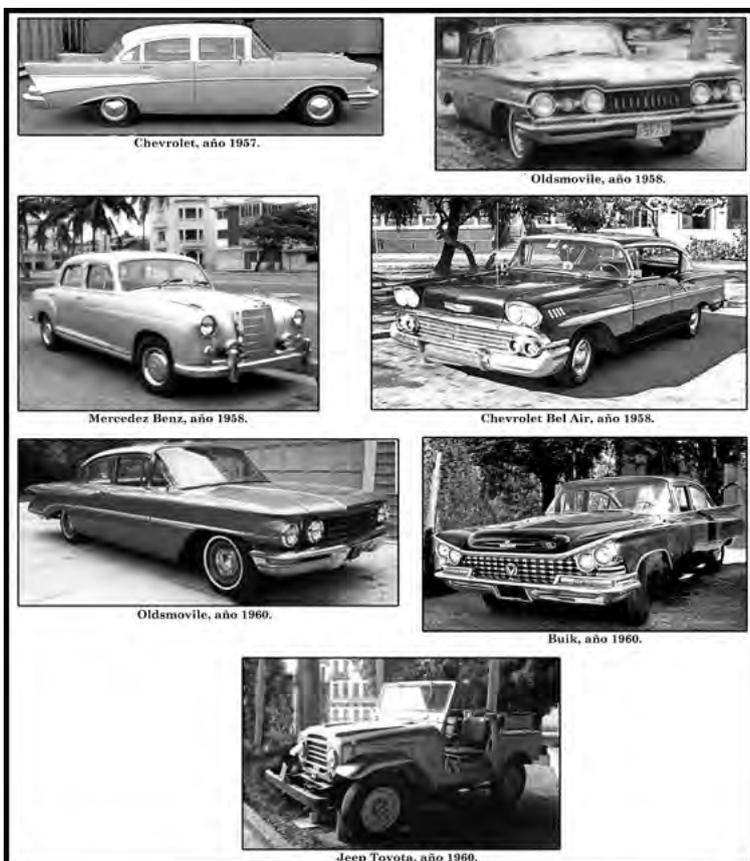
Los autos que usó Fidel (1959-1960)

El primer auto que utilizó Fidel después del triunfo de la Revolución, en el que se trasladó durante el recorrido de la Caravana de la Libertad, era un Chevrolet del año 1957, que tenía como chofer al capitán Alberto Vázquez. Cuando llegó a La Habana, él siguió manejándolo hasta principios de febrero de 1959, fecha en que me designaron como chofer de Fidel.

A finales de febrero, Celia habló con el comandante Furry para conseguir un auto más seguro. Entonces esta me ordenó ir al Departamento de Investigaciones del Ejército Rebelde (DIER), donde me entregaron un Oldsmobile 98 color negro del año 1958, que posteriormente lo mandé a pintar de azul claro. El Chevrolet 1957 que había usado hasta entonces pasó a formar parte del parque de la escolta y luego se lo entregaron al capitán Pupo para su uso.

En una comparecencia por televisión, Fidel planteó que era necesario sustituir los autos grandes por otros más pequeños porque gastaban mucho combustible.





Vehículos utilizados por Fidel desde 1959 hasta 1961.

Un día, a principios de marzo, Juan Orta¹¹⁹, jefe de la oficina del Premierato, que radicaba en el cuarto piso del Inra, le comunicó a Fidel que la agencia de autos Mercedes Benz le había enviado un auto como regalo. Fidel le respondió que no quería nada regalado por los capitalistas y mandó a devolver el auto. Pero cuando le

119 Después supimos que era traidor, un agente de la CIA.



explicamos que los Mercedes Benz eran muy seguros en la carretera, lo convencimos, aunque dijo que había que pagarlo.

Este vehículo era un Mercedes Benz 219 de 1958, color gris metálico. Los autos de esa época tienen el asiento delantero de una sola pieza. Fidel acostumbraba sentarse en la parte delantera, y como yo soy bajo de estatura tenía que echar el asiento hacia adelante para llegar a los pedales. Después nos dimos cuenta de que resultaba muy incómodo para él, porque le tropezaban las rodillas con el portaguantas. Entonces mejoramos un poco la situación colocándome un cojín en la espalda de unos quince centímetros de ancho y así podíamos echar el asiento para atrás. De esa forma Fidel iba más cómodo.

Después que regresamos de la gira que el Comandante realizó en mayo por Estados Unidos, Canadá y Sudamérica, fui con Celia a la Ambar Motors¹²⁰, en la Vía Blanca, a comprar dos autos marca Chevrolet Bel Air 1958, uno para Fidel y otro para la escolta. Al de Fidel se le puso un motor especial de carrera de 345 caballos de fuerza, aire acondicionado, dirección hidráulica y freno al vacío. Este era de color verde metálico y el destinado a la escolta, de color crema. Más adelante se compraron dos Oldsmobile 1960, uno para Fidel, de color crema, y otro para la escolta. A mediados de 1960 se adquirió un Buick 1960 de color negro.

Estábamos en Cojimar cuando Fidel vio el Buick. Comentó que era demasiado lujoso y por eso no lo quería, pero por suerte estaba Raúl ahí y lo convenció. Entonces

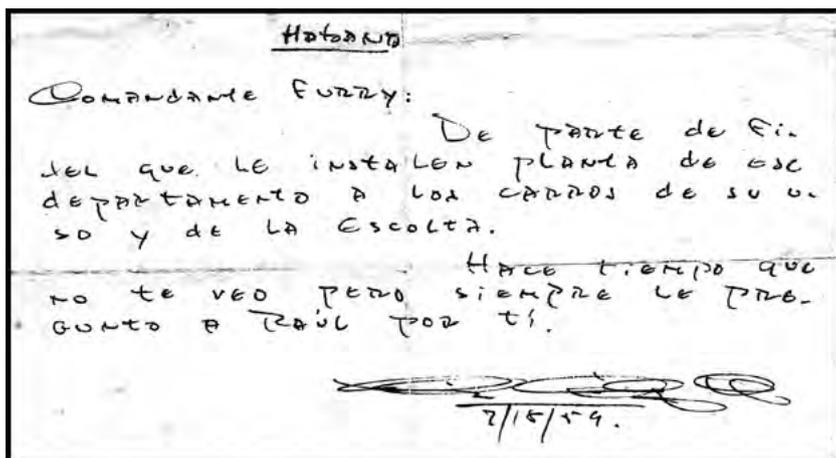
120 Años después ahí radicó la fábrica de motores Taíno.

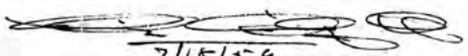


dijo que él lo iba a probar, pero lo utilizó pocas veces; a Fidel no le gustaba porque le parecía ostentoso.

Cuando se formó la escolta de montaña me asignaron un yipi marca Toyota, que fue en el que trasladé a Fidel para el Escambray. Después de su regreso, me quedé con el yipi y lo tuve hasta después que volví de Playa Girón.

Celia me dio un documento dirigido a Furry en el que solicitaba ponerle plantas de radio a todos los autos de la escolta.



Habana
Comandante Furry:
De parte de Fidel que le instalen planta de ese departamento a los carros de su uso y de la Escolta.
Hace tiempo que no te veo pero siempre le pregunto a Raúl por tí.

7/15/59.

Nota de Celia, dirigida a Furry, pidiéndole que le instalaran plantas de radio a los carros. Foto del archivo del autor.

Transcripción de la nota de Celia a Furry.

Habana

Comandante Furry;

De parte de Fidel que le instalen plantas de ese departamento a los carros de su uso y de la escolta.

Hace tiempo que no te veo pero siempre le pregunto a Raúl por tí.

(Firma)

7/15/59.

Cuando llegué al DIER me plantearon que no había plantas de radio, a lo que respondí que si era preciso,



se la quitaran a los vehículos que las tuvieran, pero que los autos de la escolta no se irían de ahí sin las plantas instaladas. Ante mi insistencia, el jefe del departamento redactó un documento donde me responsabilizaba por esa medida. Pero conseguí que los autos salieran con las plantas de radio.

--En la Jefatura del Departamento de Investigación del Ejército Revolucionario, a los diez y siete días del mes de Julio de mil novecientos cincuenta y nueve, y siendo la 1:30 p.m., se presenta el Primer Teniente del Ejército Rebelde, ALBERTO LEÓN LIMA, perteneciente a la Escolta del D. Fidel Castro, el cual solicita se le instalen plantas transmisoras y receptoras de este Organismo - a cuatro automóviles que prestan servicio a los órdenes directos - del Primer Ministro.- Al informársele por el Capitán Miguel Espinosa, Jefe de Comunicaciones del Departamento que no había plantas disponibles para cumplir esa orden, dispuso el Primer Teniente León que había que buscarlas por todos los medios, pues tenía instrucciones expresas que dicha plantas tienen que ser instaladas y que este Departamento debía resolverlo; que si era necesario quitarlas a los carros patrulleros de aquí que se quitaran, ya que él las necesitaba para servicio de mayor importancia; por lo cual, se dispone en este acto quitarle las cuatro plantas a cuatro patrulleros del DIER, a fin de cumplir la orden que trae el Teniente León Lima, lo que se cumple en este acto, según orden que se traslada al Jefe de Patrullas y al Jefe del Negociado de Comunicaciones.- Cumplido lo cual, se firma la presente para la debida constancia.-----

Alberto León Lima
Alberto León Lima
1er. Tte. de la Escolta del
Primer Ministro.-

Miguel Espinosa
Miguel Espinosa
Capitán Jefe de Comones.

Octavio Rodríguez Gutiérrez
Octavio Rodríguez Gutiérrez
Cap. Jefe Dirección
DIER.-

Documento original que trata sobre las plantas de radio.
Foto del archivo del autor.

Desde el principio, me encargaba de llevar y traer los vehículos para darles mantenimiento en los talleres de las



agencias. En la Mercedes Benz solo el mecánico Rosendo Falcón Vázquez estaba autorizado a darle atención al auto; él después pasó a trabajar a Aldecoa. Los autos Chevrolet y Oldsmobile se revisaban en las calles 25 y Hospital; como eran nuevos, nunca se rompieron. Después, en el Arsenal de la Marina, en Casablanca, se acondicionó un pequeño taller para reparar y parquear los autos; allí les daban mantenimiento el compañero Valladares y un ayudante. Con posterioridad, este compañero estuvo mucho tiempo al servicio del comandante Almeida, en Santa Clara, realizando este mismo trabajo.

Al principio no teníamos un lugar fijo para abastecer de combustible los autos; unas veces lo hacíamos en San Ambrosio, otras en Atarés, en la Motorizada. En ocasiones, incluso, se abastecían en el Palacio Presidencial. Cuando salíamos para las provincias lo hacíamos en los regimientos o en los servicentros que encontrábamos por el camino.

Cuando solo teníamos un auto, se parqueaba frente a la casa de Celia o en Cojímar, junto a los otros de la escolta; después lo hacíamos en el Arsenal de Casablanca, y posteriormente en el edificio del Inra; allí había una guarnición de la Columna 1 que los custodiaba.

Los autos se sustituían constantemente, para que nadie supiera en cuál iba Fidel cuando se movía por la ciudad; lo mismo hacíamos durante su traslado a los actos públicos, en sus viajes por las provincias, etcétera.

Cuando Fidel iba en auto por la ciudad, la velocidad promedio a la que manejaba era de 70 a 80 kilómetros. Si era por carretera, no pasaba de 90 a 100 kilómetros, pues a esa velocidad, si el chofer está atento, cualquier accidente que pueda presentarse no debe resultar fatal. Pero en 1960 dejé de utilizar el Chevrolet en que acostumbraba trasladarse Fidel, porque en dos ocasiones se le fueron los



frenos, cuando iba a gran velocidad; por suerte, en ninguna de ellas el Comandante iba en el auto. Una de las veces en que esto ocurrió fue cuando Fidel salió de Ciudad Libertad en un helicóptero con William Morgany y se dirigió al Cotorro, donde estaba la cría de ranas toro, centro del que Morgan era el jefe. Como ya teníamos antecedentes de sus actividades conspirativas, salimos rápido para allá, pero cuando llegamos al lugar ya habían salido de regreso; yo venía volando, y en la calle General Lacret, una cuadra antes de llegar a Vía Blanca, había que doblar a la izquierda, porque aún no estaba terminado el entronque entre ambas calles, y cuando frené, el auto no respondió, no nos matamos de milagro. Otra vez ocurrió algo similar, pero fue regresando de Matanzas. El defecto consistía en que al frenar a alta velocidad, la fricción, por el calor, despegaba las bandas traseras de los frenos. Este modelo de auto no estaba diseñado para soportar tanto peso; además de todo lo que se le agregó en la agencia, llevaba en el maletero dos plantas de radio, que eran enormes comparadas con las actuales, la MAG de Fidel, las cajas de balas, granadas, más los pasajeros que iban en el auto, por lo general cinco o seis personas, con sus respectivas mochilas. Ese Chevrolet solo quedó para cuando se me encomendaba alguna gestión, y cuando Fidel, por alguna razón, se ausentaba de La Habana y no tenía que acompañarlo, era el que yo usaba. Esto se convirtió en un hábito, hasta el punto de que cuando me retiré de la escolta, se me otorgó la propiedad del vehículo por orden del Comandante.

El Buick se lo dio Fidel al comandante Pinares y el Chevrolet color crema que usaba la escolta, a la viuda del comandante Piti Fajardo, quien había caído en un encuentro con los bandidos en Topes de Collantes.

Estos fueron los únicos autos que se utilizaron para el traslado de Fidel mientras fui su chofer. El último vehículo



que manejé para él fue el yipi Toyota, cuando fuimos a la Limpia del Escambray, en enero de 1961.

Las armas que utilizábamos

Al llegar a La Habana, cada cual traía el arma con la que había combatido en la Sierra: fusiles Garand, Springfield, Browning's, M-1, Thompson y San Cristóbal; armas que habían sido arrebatadas a los soldados de la dictadura durante los combates. Yo traía un fusil automático M-1. Como estas eran armas muy largas, se nos dificultaba mucho movernos entre la gente en los lugares y actos adonde Fidel asistía.

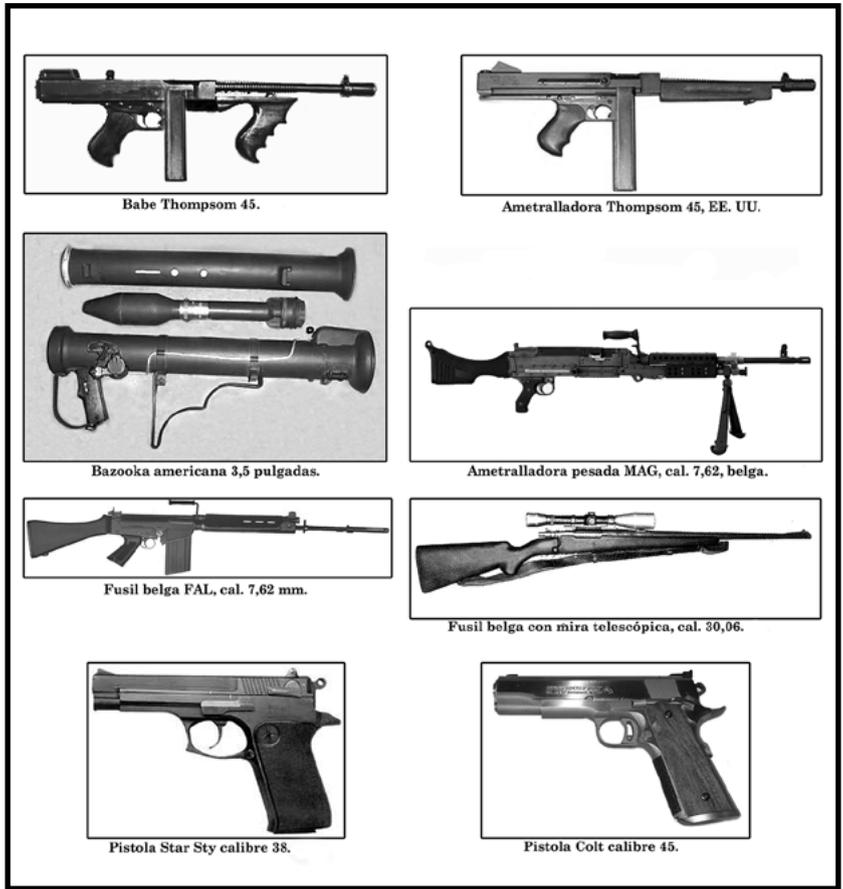
El 17 de enero de 1959, la Caravana de la Libertad continuó su recorrido hasta Pinar del Río, y al grupo que íbamos con Fidel, el comandante Escalona nos cambió las armas por ametralladoras Thompson; estas eran más maniobrables y de mayor volumen y poder de fuego.

Durante la gira que realizó Fidel por EE.UU. y Sudamérica, después que llegamos a la Embajada en Washington, nos entregaron un revólver Colt 38 cañón corto, con el que se podía disparar sin tener que sacarlo del abrigo.

Cuando Fidel se enteró de que el ministro de Hacienda, Rufo López Fresquet, tenía en el sótano del Ministerio unas cajas con armas belgas, nos mandó con una nota a verlo para que nos las entregara de inmediato. Eran varias cajas que contenían subametralladoras belgas UZI y pistolas Browning's calibre 9 mm. Fuimos a recogerlas con un camión de la guarnición del Inra y se guardaron en esta institución. A los pocos días, Fidel mandó a buscar una caja de pistolas y se las entregó a varios comandantes; sobró una y me la dio a mí, que todavía conservo. Después



ordenó entregarle una pistola y una UZI a cada miembro de la escolta.



Modelos de armas usadas por la escolta desde 1959 hasta 1961. Fotos del archivo del autor.

Después de la boda del Che, le pusimos a Fidel una pistola P38 de ráfaga encima del portaguantes, de forma que la pudiera coger rápidamente, pues como siempre viajaba en el asiento delantero, no podía sacar su pistola de la funda rápidamente, como le sucedió en aquella ocasión en el túnel. Cuando llegaron los FAL, nos dieron uno a cada integrante de la escolta. Yo no devolvía ninguna





Otros modelos de armas usadas por la escolta desde 1959 hasta 1961. Foto del archivo del autor.

de las armas que me habían entregado, y lo que tenía era prácticamente un arsenal. Después de Playa Girón las entregué todas, menos el fusil FAL y la pistola Browning's. Al fusil le adapté una mira telescópica que adquirí en Girón, que me permitía hacer blanco a 500 metros.

La escolta pasó un entrenamiento en Managua con la bazuca americana de 3,5 pulgadas; pero como tenía buena puntería, me entregaron una y algunas veces la llevaba en el maletero con una caja de proyectiles; en otras ocasiones cargaba con la MAG (belga) de Fidel, más dos cajas de balas de cintas, todas trazadoras, además de su FAL. El maletero llegó a convertirse en un pequeño polvorín.



Cómo era la vida de la escolta

Esta primera escolta personal del Comandante en Jefe —compuesta por campesinos, estudiantes, trabajadores, combatientes revolucionarios— hizo posible, por su abnegación y dedicación, y también ayudada por la increíble intuición de Fidel, que no le ocurriera nada en esos dos años que permanecemos a su lado. Esta fue la semilla de lo que es hoy el frondoso árbol de la Seguridad Personal.

Nuestro entrenamiento como escoltas se fue forjando en el día a día. Al principio, por la vorágine en que transcurrían los acontecimientos, no estaban definidos los que debían acompañar a Fidel cuando él salía, designaban a los que más cerca se hallaban en ese momento, por eso, los compañeros escogidos por Lussón para la escolta, siempre iban varios con el Comandante, más otros según la capacidad de los vehículos. Posteriormente, al asumir el capitán Pedro García la jefatura de la escolta, fue que empezamos a organizarnos, pero siempre iban Marcelo, Pupo y Valle.

Al principio, cuando se alojaban en el hotel Havana Hilton, tenía resueltas las principales necesidades, de alimentación e higiene general. Los problemas comenzaron cuando se decidió que debíamos irnos para otro lugar. La mayor parte se hospedó en el hotel San Luis, en la calle Belascoáin, y el día que alguno no trabajaba, podía descansar con todas sus necesidades satisfechas, pues se le daba atención de hotel, pero como yo no tenía relevo, pasaba mucho trabajo; dormía en un butacón en la sala del apartamento de Celia y me bañaba en casa de Griselda, su hermana, que vivía al lado. Mi casa ambulante era la mochila. El único lugar con que podía contar era la casa de mis padres,



en la playa de Jaimanitas, pero por estar tan distante no podía ir con frecuencia.

Al principio Celia nos daba de vez en cuando diez o quince pesos. Posteriormente comenzaron a pagarnos 75 pesos, y después nos aumentaron a 125 pesos.

En Cojímar no había condiciones de ningún tipo para la estancia de la escolta, que se turnaba para desayunar, almorzar y comer en el restaurante La Terraza, no existía otro lugar, y no teníamos dónde dormir, bañarnos o descansar. Por suerte, como siempre estábamos moviéndonos por las provincias, parábamos pocas veces allí.

La mayoría de las veces, Fidel se quedaba en la casa de Celia, en la calle 11, pero ahí tampoco había condiciones para la escolta. Algunos dormíamos en los butacones y el sofá, y otros en los autos; también comíamos cuando se podía en los lugares más cercanos, como las cafeterías de 12 y 23, El Pekín, El Carmelo, el restaurante Coma Más Mariscos, en la calle 1.^a entre D y F, Monclear, en Calzada y H, y otros establecimientos de los alrededores. Posteriormente, detrás del apartamento de Griselda se habilitó un cuarto con tres literas dobles, y una de las camas estaba destinada a mí. A finales del año 1959 me asignaron un apartamento en Panorama entre Conill y Tulipán, Nuevo Vedado, y me instalaron un teléfono. Después que Fidel se acostaba, Celia me autorizaba a irme a mi casa, y antes de despertarlo me llamaba para que regresara.

La mayoría de las veces, antes de acostarme, iba a echarle combustible al auto o a cambiarlo; yo era el último en ir a dormir, por eso en más de una ocasión Fidel salía sin avisar y nos íbamos solos; en esos casos, se me dificultaba avisarle al resto de la escolta desde el lugar donde nos encontrábamos, porque al principio Fidel no



quería tener la planta del auto conectada; entonces, en cuanto él se bajaba, yo la encendía y llamaba a los demás, y luego lo seguía.

En más de una ocasión, Fidel nos manifestó su añoranza por ser como un ciudadano común, ir solo a cualquier lugar, a un cine, pasear sin estar rodeado de tanta seguridad. Por esa razón creo que a se le escapaba a la escolta, pues las veces que salimos solos aprovechaba para comerse un pan con bistec en la 5.^a Avenida, al Lanchón, en la Avenida del Puerto, o para pasear por La Habana.

Desde que me designaron como chofer de Fidel hasta que cambiaron la escolta, fui el único que ocupó esa responsabilidad, por tal motivo nunca tuve relevo; eso él lo confirmó el día de la reunión que se efectuó para fortalecer su seguridad. Para manejar los autos que Fidel utilizaba y poder garantizar el buen estado técnico de estos, nunca permití, bajo ningún concepto, que nadie se sentara al timón de ninguno de ellos; incluso cuando los llevaba a la agencia para darle mantenimiento o para una pequeña reparación, como yo era mecánico de oficio, aprovechaba para revisarlo por debajo.

Había otros compañeros que al principio tampoco descansaban, como Marcelo, Pupo, Valle y el jefe de la escolta, Pedro García, de quien tengo muy gratos recuerdos por la forma obsesiva con que cuidaba a Fidel. En esa época no parábamos de trabajar, pues el Comandante estaba constantemente en reuniones y visitando todas las provincias.

En esos tiempos, la preparación profesional de la escolta era muy escasa. Todas las medidas que se tomaban para proteger al Comandante se nos ocurrían a los propios integrantes del grupo, que fueron muchas, pero insuficientes. Por ejemplo, cada vez que se compraban tabacos Montecristo para Fidel, nunca lo hacíamos en el



mismo sitio; cuando iba a comer en algún lugar, siempre había un miembro de la escolta en la cocina, observando lo que hacía el cocinero, y nosotros nos turnábamos para comer.

En una ocasión, sería el mes de febrero de 1959, íbamos por la calle Neptuno y al pasar por una barbería, Fidel me dijo: —¡Para ahí! Se bajó y saludó con alegría al barbero, que se llamaba Adolfo Torres Romero, *Adolfito*. La barbería estaba en el no. 824 entre Oquendo y Marqués González. Después que conversaron largo rato de cuando él se pelaba en ese lugar siendo estudiante universitario, se pusieron de acuerdo para que lo pelara en la casa.



De izquierda a derecha José Naranjo, *Pepín*, Fidel Castro y Adolfo Torres Romero, *Adolfito*. Foto del archivo de Elvin J. Fontaine.

Cuando Celia me avisaba, yo, u otro compañero, iba a buscar al barbero. Él vivía frente a la barbería, en el no. 823. Que yo recuerde, *Adolfito* lo peló durante muchos años.



Otra precaución que yo tomaba era cambiarle constantemente el auto; unas veces llegábamos a un acto, comparecencia por televisión u otra actividad, y el pueblo se aglomeraba alrededor de los vehículos, pero pasado un tiempo, yo salía en uno de los carros de la escolta y buscaba otro, me parqueaba en otro sitio y lo sacábamos por los lugares más impredecibles. Así sucedió durante una comparecencia en CMQ-TV, salimos por detrás de la pantalla del cine Radiocentro (hoy cine Yara); el público se sorprendió cuando vio salir a varios hombres bajando del escenario y seguir por el pasillo en dirección a la puerta. Se dieron cuenta cuando encendieron las luces, pero ya estábamos saliendo; nos montamos en el auto y los otros vehículos de la escolta se incorporaron de inmediato. Cuando yo realizaba la operación de cambiar de auto, recogía el otro después; mientras tanto, otro integrante de la escolta lo cuidaba. Esto también lo hacíamos en los estudios del canal 2 de televisión, que estaban en la calle P entre 23 y Humboldt (después canal 4), salíamos por detrás hasta la calle Infanta.

Si estábamos en La Habana y Fidel salía, le preguntaba a dónde íbamos, y yo trataba de ir por el camino más rápido y seguro; como soy habanero, me conocía todos los vericuetos de la ciudad. En otras ocasiones, cuando él estaba leyendo algún documento o conversando con alguien, que era la mayoría de las veces, le preguntaba y me señalaba con el dedo hacia dónde dirigirnos.

Para mantenerme actualizado, cada vez que tenía un chance me ponía a estudiar un mapa de La Habana, al



igual que de las provincias; en esos tiempos la red vial no estaba tan desarrollada como ahora.

Raúl, siempre que nos veía sin hacer nada, nos orientaba que leyéramos o estudiáramos, lo que cumplí y me sirvió de mucho posteriormente. Soy de la opinión que esta fue la época de la improvisación, la dedicación, el respeto, la



Raúl Castro en Cojímar, con los escoltas de Fidel, viendo las fotos tomadas por mí. De izquierda a derecha, en primer plano, Jesús Padilla, Rafael Domínguez Pagán, *Chinaco*, Raúl Castro, Alfonso Carmenate, Rafael Duanes Guillén. Detrás, el taquígrafo y Mario E. Ceijó. Foto del autor.



hermandad, la confianza, la amistad, la familiaridad, la naturalidad, pero también de los secretos.

Yo me había comprado una cámara fotográfica marca Kodak, que me costó 4,99 pesos, y siempre estaba tirando fotos en todos los lugares adonde íbamos.

Eso lo hacía por afición, nadie me lo orientó, y en esa época no iba ningún fotógrafo con nosotros.

Algunas de ellas las publicaba el periódico *Revolución*, que era donde me las revelaban. Como me gustaban las vistas fijas, me compré un pequeño proyector (que aún conservo) y una pantalla plegable, y las proyectaba en la sala de la casa de Celia. En más de una ocasión Fidel salía del cuarto para verlas.

Un día, en Cojímar, Raúl se puso a ver las fotos. Cuando vio la camarita que yo tenía, que era muy simple, me regaló una cámara japonesa de 35 mm que le habían obsequiado y me dijo: —¡Yo no soy fotógrafo y tú le vas a dar mejor uso! También me compré una cámara cinematográfica marca Bell & Howell 240 de 16 mm. Todas las fotos y películas que tomé en esos años se las entregué a Celia para que les hiciera copias con vistas a su conservación.

En el almacén de armamentos de Managua conseguí un libro y láminas sobre topografía militar, y por las noches los estudiaba. Los otros compañeros decían que estaba loco, porque salía para la calle a mirar dónde estaba la Estrella Polar y saber cómo orientarme. También algunos protestaban porque no apagaba la luz y no los dejaba dormir. Esto que aprendí me valió posteriormente para ser nombrado jefe de operaciones en la 12.^a División de Infantería en Cienfuegos.

Bromas entre los miembros de la escolta

Desde muy joven, me gustaba hacer maldades y bromas; fueron tantas que se puede escribir un libro



solo sobre este tema. Cuando me hice adulto, no perdí la costumbre de inventar alguna picardía de vez en cuando.

Un día salí con Celia a varios lugares a resolver algunos asuntos y pasamos por la calle Monserrate, donde había una casa que se dedicaba a vender artículos para hacer bromas, disfraces, piñatas y otros, que se llamaba La Casa de los Trucos. Entramos y compramos varios objetos para realizar trucos y chistes. Celia me confesó que le encantaba hacer bromas, fuimos cómplices en varias de ellas. Un día le pusimos a Juan Orta un globo aplastado debajo del cojín de su butaca, de tal forma que cuando se sentara hiciera un sonido similar al que ustedes se imaginan. Había que ver cómo se puso, cambiaba de color y no miraba para ningún lado. Aunque él no sabía quiénes habían sido los bromistas, se lo imaginaba. Estuvo una semana sin dirigirnos la palabra. Cuando se lo contamos a Celia, se rió muchísimo.

Otra de las bromas consistía en un libro pequeño, con una portada muy llamativa, que cuando lo abrían daba un corrientazo que obligaba a soltarlo; ese era el que siempre me pedían los compañeros para tomarle el pelo a alguien.

Otro día en Palacio, mientras sesionaba el Consejo de Ministros, había varios periodistas esperando fuera, entre los que se encontraba Ernestina Otero, muy querida por nosotros. A ella le encantaba hablar por teléfono, y le pusimos en el auricular, por la parte del micrófono, polvo para estornudar, y por la de oír, picapica. Había que ver cómo se le puso la oreja de roja y no paraba de estornudar; ella miraba para todas partes tratando en vano de descubrir a los autores.

Cuando había posibilidad de almorzar o comer, el jefe de la escolta nos autorizaba a ir al establecimiento



más cercano. Los gastos de alimentación los pagábamos con el modesto salario que nos daban. En una ocasión, un compañero, para que fuera más rápido el acto de pagar, propuso hacer un solo vale para todos, poniendo el nombre de cada uno en un papelito y echándolo a la suerte en una gorra. Entonces el camarero sacaba un papelito, leía el nombre y ese era el que debía pagar. La primera vez, en el papelito decía León, la segunda vez también. Yo pensé que podía ser casualidad, pero en otra ocasión fuimos al restaurante El Pacífico y el camarero, que era chino, cuando leyó el papelito dijo “lise Lión”. Entonces le pedí la gorra, y para mi sorpresa, todos los papelitos decían León. Buena broma me estaban haciendo, ¡cómo nos reímos! Ese hecho todavía lo recuerdan mis compañeros. Posteriormente, eso no ocurrió más, porque Celia me dio dinero, para que pagara los gastos de la escolta mientras trabajábamos.

Entre nosotros había un compañero que, muy a menudo, tenía la mala costumbre de coger tabacos de la caja que había en la guantera del auto para uso de Fidel. Hablé con Celia y le dije que iba a prepararle un tabaco con un fosforito que compramos en la casa de los trucos; era inofensivo, pero al poco rato de haberlo prendido explotaba y le manchaba al fumador la cara de negro, además del susto que se llevaba. Para tal fin, compré una caja de Montecristo sin abrir, y la puse debajo de mi asiento, y la que tenía los fosforitos, para la guantera. Pero en eso sale Fidel, a quien no esperábamos, se sube al auto y en el camino saca la caja para fumarse un tabaco. Yo me asusté y rápidamente le dije que no cogiera el tabaco. Entonces él me preguntó: —¿Qué pasa, *Leoncito*?, y ahí, delante del compañero, tuve que explicarle lo que estaba ocurriendo. Enseguida saqué la otra caja y él cogió su tabaco. ¡Qué pena pasamos! El hombre estuvo varios días sin hablarme.

Pero a Fidel también le gustaban las bromas. Las de nosotros no se publicaron, pero las de él sí. Estábamos en un



acto en la CTC y se apareció el artista al que le decían Roblán, por su apellido; se hizo muy popular por imitar a diversos personajes, y esa noche venía a parodiar a Fidel. Aquello le gustó mucho a los allí reunidos. Pero al Comandante lo estaban esperando unos periodistas extranjeros en el reparto La Sierra, y a él se le ocurrió hacerle la broma de mandarlo en su auto acompañado del capitán Valle, uno de los jefes de la escolta. Cuando llegamos, los allí presentes no se dieron cuenta y lo recibieron como si fuera



De derecha a izquierda, Augusto Martínez, Fidel Castro y el artista imitador Roblán. Foto del archivo del autor.

Fidel. Momentos después, cuando él se apareció, no sabían qué decir, los miraban a los dos, pero Fidel era inconfundible y se dieron cuenta de la broma que les había hecho. Separados, el que no estaba acostumbrado a verlo, podía confundirse, pero juntos no; Fidel es más alto

y corpulento que Roblán. En medio de la risa, quisieron retratarse con los dos.

Escolta de montaña

En el mes de diciembre de 1960 se creó una escolta de montaña integrada por los compañeros del Ejército Rebelde que habíamos permanecido desde enero de 1959 como escoltas del Comandante en Jefe. Esta tenía como



misión acompañarlo en las operaciones que se iban a realizar contra los bandidos, y su armamento consistía en ametralladoras, bazucas, cañones, camiones y yipis marca Toyota.



En el entrenamiento en Managuaco, los hombres pasan a rastras por debajo de las alambradas. Foto del autor.

Con vistas a la formación de este grupo, habíamos pasado un entrenamiento en Managuaco, detrás de Managua, donde nos sometieron a ejercicios que nunca antes habíamos realizado. Entre estos estaba atravesar un campo lleno de obstáculos, cruzar el río por una soga, arrastrarnos por debajo de las alambradas, correr tres kilómetros por terrenos accidentados.

Dormíamos en el monte, en hamacas, practicábamos el tiro con todo tipo de armas, nos bañábamos en el río..., al final de la jornada, terminábamos agotados.

Después que concluyó el entrenamiento, que duró entre catorce y veinte días, Valle, Pupo, Marcelo, Pineda y yo fuimos



escogidos para pasar un curso en la Escuela de Cadetes, cuyo director era el capitán José Ramón Fernández, *el Gallego*. Esto duró muy poco tiempo, porque dos semanas después nos ordenaron presentarnos en el Inra para crear la escolta de montaña. Allí seguí como chofer del Comandante en Jefe.



Casas de campaña en el campamento de Managuaco, donde dormíamos durante el entrenamiento. Foto del autor.

El 5 de enero de 1961, muy temprano, partimos para el Escambray. En el yipi Toyota íbamos Fidel, el presidente Dorticós, el comandante Sergio del Valle y el capitán Valle Lazo. El resto de los compañeros iba en los otros yipis.

Pasamos por Topes de Collantes y continuamos hacia Manacas Iznaga, en la zona de Trinidad, donde radicaba el puesto de mando de la Lucha Contra Bandidos, instalado en dos casas de campaña que albergaban a los que dirigirían la “Operación Jaula”, nombrada así por su estructura, que se iniciaría contra los alzados en la zona de Caracusey. Allí estaban el comandante Almeida, jefe de la Región Central, el comandante Escalona,



Angelito Martínez¹²¹, el capitán Manuel Bravo Llanes, jefe de Operaciones, y otros oficiales.



León, junto a José A. Cobas en Manaca Iznaga, Trinidad, lugar donde estaban las casas de campaña del puesto de mando. Foto del archivo del autor.

Caracusey

Fidel estuvo largo rato analizando la situación con los oficiales y después salimos para Caracusey. Continuamos por un camino paralelo al río, bastante peligroso; a la izquierda se bordeaba un barranco que llegaba hasta el río, y por la derecha la loma. Desde el camino vimos abajo un camión volcado lleno de cajas de proyectiles de morteros que se había caído por la

121 Su verdadero nombre era Francisco Ciutat, teniente coronel del ejército republicano español, que fue autorizado por Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*, para cooperar en la instrucción de las Fuerzas Armadas Revolucionarias cubanas.



cañada, y había fallecido un miliciano. Más adelante pasamos el río por el vado y en la otra orilla estaba emplazada una batería de morteros de 120 mm, cuyo jefe era el capitán Octavio Toranzo, que le dio el parte al Comandante.

Fidel decidió mandar en el helicóptero al apuntador y al operador de radio hasta la cima de la loma, que estaba enfrente, para dirigir el tiro. Se hizo el primer disparo, pero nadie respondió para corregir el tiro. Pasado un rato, vemos a un miliciano bajando la loma corriendo; cuando llegó, dijo que el proyectil había caído cerca de ellos y había matado al apuntador. Fidel le preguntó a Otero, el piloto del helicóptero, dónde los había dejado, y él le explicó que en la falda de la Loma Pelá, porque no se podía aterrizar en la cima debido a la vegetación. Fidel se molestó mucho, porque él les había dicho que fueran para la cima y no se quedaran ahí. Entonces nos mandó a recoger el cadáver del combatiente en el helicóptero y ver qué había pasado, pero no pudimos aterrizar en el lugar a causa de la inclinación y el excesivo follaje, por lo que el aparato se quedó suspendido en el aire como a un metro de altura, y con mucho trabajo logramos subir el cadáver.

El lugar donde cayó el proyectil estaba todo quemado y arrasado en un radio de unos treinta metros. Nosotros regresamos caminando y le explicamos a Fidel lo sucedido, pero él quiso subir a la cima de la loma para ver dónde había ocurrido el accidente. Al ver el sitio de los sucesos, se convenció de que había sido un error de los combatientes no haber subido hasta el firme.

Desde ese punto le explicaron dónde se suponía que estaban escondidos los bandidos, en una cueva que se veía a lo lejos. Entonces Fidel decidió dispararle con la bazuca. Fui hasta el yipi y la traje. Él me dice que le tire a la entrada



de la cueva. Le respondí que me parecía muy lejos para el alcance de la bazuca, quedaba a unos novecientos metros.

El primer disparo dio un poco arriba, pero corregí la mira y el segundo tiro dio justo en la entrada. Al poco rato, cuando se disipó el humo, vimos a varios bandidos corriendo por un sendero loma arriba. Fidel emplazó la MAG, que es un fusil ametrallador belga de cinta, y comenzó a dispararles; los proyectiles eran trazadores, lo que hacía una trayectoria continua que seguía detrás de los bandidos. En ese instante, los milicianos ubicados en los firmes de la izquierda, cerca del lugar, se confundieron y empezaron a disparar hacia donde estábamos nosotros.



Loma Pelá, en Caracusey. Desde este lugar Fidel Castro les disparó con la ametralladora MAG a los bandidos. Foto del autor.

De inmediato nos tiramos al suelo y empezamos a recoger piedras para ponérselas a Fidel delante como

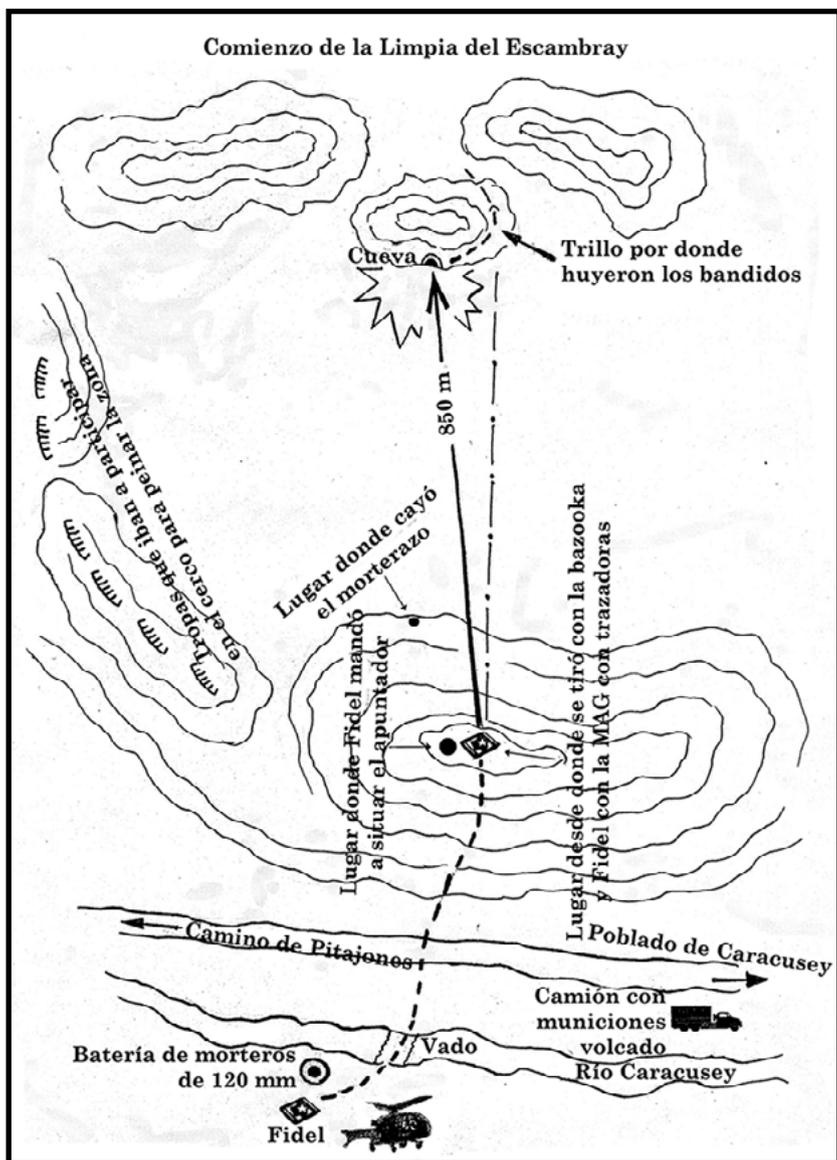


protección; también le pusimos el equipo de radio (R10) y, arrastrándonos, logramos salir de aquel lugar. Una vez más, Fidel salió ileso.¹²²

Regresamos a Manaca Iznaga, al puesto de mando. Fidel estuvo reunido con los oficiales, dando algunas orientaciones, pero cuando iba a retirarse, Almeida le pidió que dejara algunos compañeros de la escolta para ayudar en las operaciones, a lo que Fidel respondió: “El que quiera quedarse [...]”, y todos estuvimos de acuerdo en permanecer allí, pues sabíamos lo importante que era acabar con los bandidos lo más rápido posible, ya que el Escambray y Trinidad estaban en los planes de invasión del gobierno de Estados Unidos. Pero lo que no sabíamos era que esa sería la última vez que estaríamos al lado de Fidel como su escolta de montaña.

122 Croquis del inicio de la limpia del Escambray. Al final del capítulo.





Croquis del inicio de la Limpia del Escambray, en Loma Pelá, el 5 de enero de 1961. Del archivo del autor.



CAPÍTULO 19

La Limpia del Escambray

FIDEL SE MARCHÓ del Escambray el 6 de enero de 1961 con la escolta de ciudad, y al otro día regresaron varios compañeros de la escolta que habían participado en un peine que intentaba capturar al cabecilla alzado Osvaldo Ramírez, quien logró escapar del cerco. La banda de este criminal fue la que había torturado y asesinado a Conrado Benítez y Heliodoro Rodríguez. En ausencia de Fidel, me quedé con el Toyota, la MAG y la bazuca americana de 3,5 pulgadas, a la espera de su regreso.

Al día siguiente nos fuimos para Condado y después a Meller, donde nos alojamos en la caseta de la grúa. Estando allí mandaron a buscar a Pupo y a Valle al puesto de mando y les encomendaron la misión de organizar un cerco desde Manaca hasta Báez, a lo largo de la línea del ferrocarril que pasaba por Fomento, Sopimpa, Manaca, Meller, Condado, hasta Trinidad.

Nos fuimos con Pupo para Sopimpa, donde instaló el puesto de mando en un chalet que quedaba dentro del cerco. La casa había sido de un individuo que se marchó del país; era de madera, pero tenía muy buenas condiciones, con luz eléctrica generada por un molino que cargaba las baterías. A Manaca mandaron al primer teniente Diego González al

frente de un batallón que cubriría el sector que va desde Manaca hasta Sopimpa.

Sopimpa

En Sopimpa había un paradero de ferrocarril, por donde pasaban los trenes de pasajeros y de carga que salían de Placetas con destino a Trinidad. El jefe del paradero, muy revolucionario, cooperaba en todo, y como ellos tenían un carrito de línea (*chispita*), de esos que utilizan los trabajadores para reparar las vías, lo pusieron a nuestra disposición para repartir el desayuno, el almuerzo y la comida, y hacer los recorridos de control del cerco.



El capitán Valle y los primeros tenientes Mariano y León (al centro) en Sopimpa, durante la Limpia del Escambray. Foto del archivo del autor.

El puente del ferrocarril era el punto donde colindaba el cerco de Pineda con el nuestro; este se extendía desde el puente hasta el pueblo de Báez. Nuestra misión era impedir que los bandidos, que venían huyendo



de los peines militares¹²³ en la zona, se escaparan en dirección este.

Al poco tiempo Pupo, que era el jefe de ese sector, me dejó al frente de este, pues antes me había nombrado su segundo. Con nosotros se quedaron Marcelo Verdecia, Reynaldo Irsula Brea, Rey, Chinaco, Carmenate y otros que no recuerdo. Marcelo era, en la práctica, el segundo. Rey era un electrón libre que se desaparecía por largo tiempo sin decir nada y regresaba cuando menos lo esperábamos. Después de esto, Pupo volvió dos o tres veces, pero ninguno de los compañeros a los que les he preguntado me ha sabido decir dónde estaba.

Un día me llamaron del cuartel de Fomento, por orden del comandante Escalona, para que lo esperara ahí al otro día temprano; él iría en un helicóptero, y yo debía crear las condiciones para el aterrizaje. Cuando llegó fue un acontecimiento, pues allí nunca había aterrizado ninguno de esos aparatos. El objetivo de la visita era coordinar la entrega del armamento para formar dos batallones con los milicianos de esa zona. Ese día conocí a una jovencita, Lourdes Ramírez García. Al poco tiempo nos hicimos novios, y la relación terminó en matrimonio: nos casamos el 3 de mayo de 1961, después de la derrota de los mercenarios en Playa Girón.

En Sopimpa ocurrió un hecho doloroso; a un miliciano se le escapó un tiro de la subametralladora checa e hirió mortalmente a otro combatiente, de unos quince años, hijo del jefe del paradero. Lo llevé rápido para Fomento, pero en el camino falleció. Los padres respondieron de una forma muy valiente, y el entierro fue impresionante. Eso sucedió debido a la inexperiencia, por el poco tiempo que tuvimos para la preparación de los batallones. Algunos nunca habían tenido un arma en sus manos, pero

123 Avance de los combatientes, unos al lado de otros en dirección al lugar donde están los bandidos



como tantos miles, dieron un paso adelante para combatir a los bandidos.

Cuando caía la noche, los milicianos le disparaban a todo lo que se movía; por ese motivo nadie podía controlar la forma en que se cumplían las órdenes impartidas antes del anochecer. Ocurrieron muchos casos en que, cuando oían algún ruido, empezaban a disparar y no había forma de pararlo; por la mañana nos encontrábamos con que una vaca o un perro habían sido las víctimas.

Los bandidos hacían un disparo contra el cerco para detectar dónde estaban las postas y se infiltraban a rastras entre estas. En una ocasión se situó una posta debajo del puente con una ametralladora, porque se sabía que los bandidos tratarían de pasar al otro lado, pero los compañeros, por la noche, abandonaron la posición y subieron a la parte alta del puente, y los bandidos, usando el ardid descrito anteriormente, cruzaron al otro lado del cerco; esto se supo por el rastro que dejaron al pasar.

En una ocasión, después de la hora del almuerzo, escuchamos un tiroteo del otro lado del puente, en el cerco de Pineda, y pensamos que los nuestros estaban combatiendo con los bandidos. Varios de nosotros corrimos por la línea, pero notamos que a medida que avanzábamos, los milicianos dejaban de disparar. Cuando indagamos el origen de esos tiros, nos respondieron que el día anterior no les llevaron la comida, y ese día no habían desayunado ni almorzado, y por eso se sublevaron. Procedí a formar a todos y los desarmamos. Inmediatamente se preparó comida, y después que terminaron de ingerirla, se analizó el asunto con los jefes y los políticos. La causa por la que no les habían llevado la comida fue la rotura de la chispita, y los responsables no se habían ocupado de darle solución al problema. Allí supimos que los principales instigadores



fueron los instructores políticos. En cuanto Pineda se enteró, vino para Sopimpa y todo quedó resuelto.

En algunas ocasiones salíamos a controlar el cerco en la chispita, ya que el recorrido era muy extenso, y me llegaba a ver a Pineda para intercambiar experiencias.



León (extrema derecha) junto a varios milicianos en Sopimpa, durante la Limpia del Escambray. Foto del archivo del autor.

Un amotinamiento parecido estuvo a punto de ocurrir en el sector de Sopimpa donde yo radicaba, porque los milicianos pedían que les dieran pase, pero la Jefatura de Topes de Collantes no había dado permiso para ello. Se exceptuaban los que tenían problemas familiares, a los que siempre se les autorizaba ir a sus casas cuando llegaban telegramas para ellos, pero esos eran los menos. Una vez más los instructores políticos estaban en el centro del problema. Ante esa situación, hablé con el comandante Escalona y le expliqué lo que estaba sucediendo, y me dijo que se los mandara. Los reuní a todos y los envié a Topes de



Collantes, como se me había orientado. Al mes los regresaron de nuevo, pero vinieron con un comportamiento más medido.



León (derecha) y un miliciano practican tiro en Sopimpa, durante la Limpia del Escambray. Foto del archivo del autor.

En cierta ocasión nos avisaron que se había localizado un grupo de bandidos, no muy lejos del camino entre Sopimpa y Calabaza. Salimos para allá en el Toyota, y allí me prestaron una mula para poder llevar la bazuca y los proyectiles. Me monté “a pelo”. Yo no había montado nunca de esa forma, por eso cuando iba subiendo las lomas me deslizaba hasta el rabo y en la bajada llegaba hasta el pescuezo de la bestia. Cuando llegamos al lugar donde estaban los bandidos, le tiré dos proyectiles con la bazuca y se inició el peine, pero lograron escapar, dejando rastros de sangre.

El regreso en la mula fue peor, porque yo tenía la rabadilla pelada hasta la carne viva. Cuando llegué a Sopimpa pasé tremendo trabajo para curarme, yo mismo me hacía las curas poniendo un espejo en el piso. El sanitario quiso hacerlo, pero yo le dije que de eso nada. En esos tiempos,



por prejuicios, los hombres no se dejaban ver esa parte del cuerpo.

Los compañeros de la Seguridad del Estado detuvieron a un joven que se sabía que andaba con el peligroso cabecilla Osvaldo Ramírez, y lo convencieron de que cooperara para capturarlo. Le entregaron una subametralladora checa que estaba inutilizada, para darle confianza, y se movía con Escalona por todas partes. Cuando ubicó a Ramírez, como a un kilómetro al este de Sopimpa, fuera del cerco, se envió a Marcelo con una compañía para capturarlo, pero cuando ya estaba llegando al lugar, se apareció Escalona en un helicóptero. Cuando Marcelo llegó a la casa, ya el hombre había desaparecido. Cerca de la casa, entre unos árboles, en el lugar donde él dormía, se halló un saco en el suelo y unos tabacos. Al interrogar a los miembros de la familia que vivían en la casa, estos dijeron que él estaba solo, acompañado únicamente por un perro que le avisaba cuando alguien se acercaba. Ese día se pudo haber apresado al jefe más asesino de todas las bandas.

En algunas ocasiones, si la situación lo permitía, íbamos por las noches hasta Fomento a ver a los enfermos y heridos que estaban ingresados en la clínica, y de paso comer algo. Yo aprovechaba para ver a mi novia, y como no teníamos miedo, nunca pensamos en el peligro que esto implicaba. Al regreso, en un lugar llamado Sierra Alta, cerca de Sopimpa, casi siempre escuchábamos algún tiro, pero pensábamos que era un miliciano molesto al ver que nosotros íbamos al pueblo; al otro día averiguábamos y no aparecía quién había disparado.

Una noche, al regresar, me pasó una trazadora por delante del parabrisas, que provenía de una loma situada



al otro lado del cerco; por la mañana se organizó un peine y encontramos varios casquillos detrás de un pedrusco.

Con eso se comprobó que era un bandido el que nos disparaba. De no ser por esa trazadora, nunca nos hubiéramos enterado de que allí había alzados escondidos.

Un día me ordenaron que moviera un batallón para la zona de Báez, porque unos bandidos que vivían por ahí se dirigían hacia allá, y que detrás de ellos iba Fidel con varios combatientes a caballo. Estos alzados no se pudieron capturar, y Fidel regresó en helicóptero a Topes de Collantes.

En varias ocasiones fui a Topes a ver al comandante Escalona para recibir indicaciones. El 3 de abril de 1961 nos llegó una citación del comandante Juan Almeida, en la que nos ordenaba estar al día siguiente, a las 8:00 a. m., en el Estado Mayor de Santa Clara. Al llegar a la casa donde radicaba la jefatura de la región militar, nos acomodamos como pudimos, en espera de Almeida.

Cuando llegó, Almeida, lo acompañaba el Ministro de las FAR, comandante Raúl Castro. Después de los saludos, nos explicó cómo se estaban organizando las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y quedó constituido en esa región el Ejército del Centro, que abarcaba el este de Matanzas, Las Villas y Camagüey, y los cayos adyacentes.

Después que Raúl se marchó, Almeida se reunió con nosotros y ordenó enviar los batallones a su lugar de origen, y que se pagaran todas las deudas que teníamos con los campesinos. Al capitán Ramón Valle Lazo encomendó la responsabilidad de ir con el dinero para liquidarlas. Cada vez que nosotros comprábamos viandas, puercos, y otros productos a los campesinos, les entregábamos un vale firmado y esas compras se anotaban en una libreta, por lo



que resultó fácil pagarles. El transporte que utilizábamos era el tren y camiones.

Con estas medidas se daba por terminada la Limpia del Escambray, algunas bandas diezmadas lograron escapar a otras provincias. Con esta derrota a los bandidos, Fidel le dio una estocada mortal a las pretensiones de los americanos de invadirnos por Trinidad; tuvieron que cambiar el lugar y se decidieron por Playa Girón. Una vez más Fidel de les adelantó.



CAPÍTULO 20

La primera derrota del imperialismo en América Latina

Playa Girón

EL 9 DE ABRIL, después de terminar la Limpia del Escambray, el comandante Almeida me autorizó trasladarme a La Habana para realizar los trámites para casarme. Cuando llegué a la ciudad le entregué al jefe de armamentos de la guarnición del Inra la MAG de Fidel y la bazuca.

Ya el 14 de abril la mayoría de los trámites estaban resueltos, incluso había ido a casa de Celia para invitarla y que hablara con el Comandante para pedirle que fuera el padrino de la boda; como él no se encontraba, le dejé esa encomienda a ella. Después continué repartiendo las invitaciones a la fiesta del matrimonio, que estaba fijada para el 24 de abril, día de mi cumpleaños.

El 15 de abril me levanté temprano para seguir con los preparativos de la boda y, ya sentado en el auto, siento unas explosiones. Pensé que eran prácticas en un campo de tiro cercano, pero en eso salió mi papá y un vecino, y me dijeron que eran en dirección a La Habana. Llamé por la planta y me informaron que estaban bombardeando Ciudad Libertad. Salí de inmediato para allá con mi vecino Ángel, y cuando llegamos estaban estallando las rastras con

municiones. En ese momento llegó el comandante Lussón y juntos nos adentramos en el lugar; aquello era un infierno, había incendios en varios lugares, los proyectiles de cañón caían por todas partes girando como un trompo. Ya estaban sacando los heridos, y al pasar al lado de una de las rastras, había un cuerpo carbonizado junto al camión. Cuando todo se había normalizado, nos retiramos.



Aviones B-26 atacaron los aeropuertos de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba el 15 de abril de 1961, como preludeo de la invasión por Playa Girón. Foto del archivo del autor.

Después me incorporé a la guarnición del Inra, cuyo jefe era el capitán Pepín, y el segundo era el primer teniente Leonardo Osmar García. Ahí radicaban dos compañías de bazucas del Ejército Rebelde. Pepín era, además, el jefe de la Artillería Antiaérea. Las dotaciones de las baterías se estaban preparando en la base Granma.

Leonardo Osmar García estaba infiltrado en un grupo de contrarrevolucionarios y recibió la orden del G-2 de detenerlos. Salimos en el auto a buscarlos, pero tuvimos que ir a varias direcciones porque todos estaban huyendo.



Costó trabajo, pero se cumplió la orden; los llevamos para el calabozo de la guarnición del Inra.

El 16 de abril participé en la despedida del duelo efectuada en 12 y 23. Ante la multitud de milicianos armados y el pueblo allí presentes, Fidel dijo:

Lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba. Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estemos aquí en sus narices, ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos!

¡Y que esa revolución socialista la defenderemos con esos fusiles; y que esa revolución socialista la defenderemos con el valor con que ayer nuestros artilleros antiaéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores!

[...] compañeros obreros y campesinos, esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes.

Y por esta revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes estamos dispuestos a dar la vida.¹²⁴

Tras estas palabras, los combatientes, con los fusiles en alto, cantaron el Himno Nacional y se dirigieron a sus unidades. Después regresé al Inra.

El 17 de abril, cuando volvía de la plaza del mercado Carlos III con varios compañeros, adonde fuimos a comer arroz frito, nos encontramos con que habían declarado alarma de combate en la guarnición y estaban montando en los

124 Fragmentos del discurso pronunciado por Fidel en la despedida del duelo de los caídos durante el ataque de los aviones mercenarios a las bases aéreas de San Antonio de los Baños, Ciudad Libertad y el aeropuerto de Santiago de Cuba.



camiones. Le pregunté a Pepín qué pasaba, y me respondió que Fidel ordenó tener las compañías de bazucas listas para salir. El Comandante le dijo que el desembarco había ocurrido por Playa Girón. Eran aproximadamente las 3:30 de la madrugada del día 17. En vista de la situación, decidí ir para allá, pero Pepín me dijo que tenía que pasar por Jovellanos y ver al comandante Orlando Puerta, que era el único que autorizaba seguir hacia esa zona.

Cambié el Chevrolet por el yipi Toyota y fui para mi casa, donde llené los cargadores del FAL con balas trazadoras y trasladé a mis padres a una casa de paredes de concreto.

Llegué a Jovellanos todavía de noche, aproximadamente a las 6:30 de la mañana. Al verme, el comandante Puerta me dijo que fuera para el central Australia y me presentara a la persona que estaba allí para esos efectos. Como iba solo y la zona estaba llena de bandidos, me acompañó un miliciano que siempre estaba con él. Este compañero estuvo a mi lado en todos los momentos que permanecí en Girón.

En el camino, entrando a Jagüey, me crucé con varios vehículos que transportaban heridos. Aun cuando era temprano en la mañana, la ciudad era un hervidero de gente. Me presenté al compañero que estaba en el puesto de mando del central Australia en ese momento. Después de explicarme la situación en el mapa, me dijo que el capitán Fernández había salido hacia poco para Playa Larga con los oficiales de milicia. Por otra parte, Almeida lo había llamado y le comunicó que el comandante Raúl Menéndez Tomassevich salió con dos batallones desde Santa Clara¹²⁵, y me dijo que fuera para Yaguaramas y lo esperara, porque

125 Según documento que posee el teniente coronel José A. Gárciga Blanco, Tomassevich salió a las 8:15 a.m.



venía con pocos oficiales. Tomassevich era el jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro.

En el terraplén que va de Yaguaramas a Caleta de Cocodrilo había una fonda, donde comimos algo, y nos quedamos esperándolo. Tomassevich llegó mucho después, con el batallón 303. Le expliqué lo que me habían dicho en el central Australia y me incorporé a su pequeño Estado Mayor.

Salimos por el terraplén que va para Caleta de Cocodrilo. En ese momento, aproximadamente a las 3:00 de la tarde, pasaron dos aviones *Sky Riders* norteamericanos a baja altura; el personal se tiró de los camiones y se dispersó por toda el área, costó trabajo reagruparlos y seguir la marcha. Los milicianos muy jóvenes no tenían ninguna preparación, y a cada rato se oía un tiro escapado. El armamento consistía en fusiles checos R-2 y subametralladoras checas modelo 25.

Al frente de la columna de camiones, con sus bisoños combatientes, iba el comandante Tomassevich y su pequeño Estado Mayor. El jefe del batallón era el capitán Miguel Lorente, hoy general de la reserva.

Cuando llegamos a Caleta de Cocodrilos eran aproximadamente las 4:30 de la tarde. Por allí pasa el camino de Juraguá a Girón. La columna detuvo la marcha, para analizar la situación. Tomassevich me preguntó si conocía cómo trabajar con mapas, y al responderle afirmativamente, me dio un mapa y me indicó el camino para que fuera explorando. Antes de salir, me cambiaron el yipi que yo traía por otro que tenía planta con la frecuencia de los yipis del MICONS¹²⁶, que era en los que ellos venían. Me dijo que tratara de hacer contacto con el capitán Pupo, era posible que ya hubiera pasado a Girón con un pelotón

126 Ministerio de la Construcción.



o un batallón; ese era el otro batallón del que me hablaron en el central Australia. Tomassevich me orientó que cada cinco kilómetros, guiándome por el cuentakilómetros del vehículo, dijera por la planta “OK” y siguiera, que él, con el batallón, seguiría detrás. Así lo hicimos, avanzábamos tomando todas las medidas para no ser sorprendidos en el camino. El yipi iba con el acelerador de mano y las puertas abiertas, y el FAL sobre el capó. En el camino solo encontramos un haitiano, quien dijo que habían pasado unos camiones y, más adelante, unos puercos jíbaros que cruzaron la vía.

Ya habíamos recorrido 25 kilómetros, según el mapa y el cuentakilómetros. Estábamos cerca de Girón, y ya estaba cayendo la noche sin que hiciéramos contacto con Pupo ni con los mercenarios; la tensión y el miedo eran desesperantes. Serían aproximadamente las 7:45 p.m. y había decidido apartarme del camino para pasar la noche, cuando veo venir un vehículo con las luces encendidas. Nos tiramos del yipi y tomamos posición a ambos lados del camino, que era muy estrecho. El vehículo se detuvo y nos gritaron que apartáramos el yipi, a lo que contesté que se bajaran o les disparábamos. El que se bajó me resultó conocido; le dije quién era y me respondió que llevaba un herido. Le pregunté dónde estaban los compañeros y me dijo que más adelante. Subí al yipi y encendí las luces, y ya casi de noche seguimos por el camino. Con la alegría de encontrarme con nuestra gente, se me olvidaron las medidas de seguridad, y oigo que gritan: “tírate, que te matan”. Frené y viré, lo que nos pusieron fue un carnaval; por suerte los tiros pasaban alto. Cuando llegamos al lugar donde estaban los compañeros, me dijeron que me habían gritado, pero yo no los oí.

Me contó el sargento José F. Arce Masot, jefe de un pelotón de infantería del batallón 326, que cuando se dirigían desde Juraguá hacia Girón, por el camino de la



costa, algunos vehículos se rompieron y otros se quedaron sin combustible, ante lo cual el jefe del batallón, capitán Orlando Pupo, les ordenó a dos pelotones, al frente de los cuales se encontraban el sargento Carlos Margollen Dueñas y él, que se adelantaran. Al llegar a Caleta del Rosario, que está como a siete kilómetros de Girón, siguieron a pie hasta el camino de la Carbonera, a dos kilómetros de dicha playa. Allí tuvieron un encuentro con los mercenarios, donde resultó mortalmente herido el miliciano Julio Ruiz Rodríguez Capetillo, quien falleció al llegar al hospital de Cienfuegos.



Esa madrugada del día 18, agotado, me tiré a descansar entre las uvas caletas. Casi no pudimos dormir por los cangrejos, que eran miles y hacían mucho ruido, parecían personas caminando, y los mosquitos eran insoportables. Ese día, al amanecer, llegó el capitán Orlando Pupo con el resto del Batallón 326. Más tarde, a media mañana, arribó el comandante Tomassevich.

En horas tempranas pasó un B-26 ametrallando pero no causó ninguna baja. Mi apreciación fue que se trataba de un avión nuestro, porque venía desde el este hacia el oeste, y le estaba disparando a los mercenarios

Tomassevich llegó en un yipi al lugar donde nos encontrábamos y asumió la dirección de ese frente. El batallón no vino con él. Instaló el Puesto de Mando en un bohío abandonado; desde allí se veía, a lo lejos, un tanque



de agua, por eso imaginamos que estábamos muy cerca de Girón. Después se supo que ese lugar era Caleta Buena.

José Ángel Gárciga Blanco, actualmente teniente coronel (R), me contó que cuando el comandante Tomassevich se quedó en el terraplén, en Caleta de Cocodrilo, recibió la noticia de que un avión de los mercenarios había bombardeado el aeropuerto de Cienfuegos, donde se formaban y armaban los batallones de milicianos, y había ido para allá.

Al mediodía del día 18, en medio de un silencio total, vimos un yipi de los mercenarios que se acercaba despacio. Al parecer, estaba explorando la zona y, cuando se hallaba como a cien metros, le disparamos. Allí había tanta gente en tan poco espacio que muchos estaban disparando de pie; uno de ellos era el comandante Tomassevich. Los mercenarios se tiraron del yipi y se escondieron en el monte. Al poco rato se recogió el yipi y se trajo para nuestro lado; tenía varios impactos de bala, uno de ellos en el radiador, pero funcionaba.

Lejos, en una curva del camino, se asomó un camión con una ametralladora y se oía el ruido de un tanque, pero después no se volvió a ver. Más tarde, Tomassevich salió hacia Yaguaramas a recibir orientaciones de Fidel.

El ingeniero Castiñeira y yo fuimos a preparar una mina “pata de elefante”.¹²⁷ Los milicianos corrían hacia el terraplén porque decían que venía un tanque y un grupo de mercenarios; corrimos para allá y, cuando se acercaron a unos doscientos metros, empezamos a dispararles y tuvieron que internarse en el monte. En ese momento le dieron un bazucaso al tanque y se detuvo. La dotación abandonó el blindado por una escotilla que había en el piso, nosotros no los vimos porque estábamos como el avestruz.

¹²⁷ Le decían así por el tamaño, 30 × 50 centímetros.



Entonces le lanzan otro bazucazo y el tanque quedó parado en medio del terraplén, pero con el motor funcionando y el cañón apuntando hacia nosotros. Nadie se movía, esperando el cañonazo. Pasó un tiempo, y al ver que no nos disparaba, nos fuimos acercando; primero se subieron dos milicianos y después lo hice yo, entré al tanque por la escotilla y me senté en el asiento del conductor. El tanque era un M-41 Walker, de transmisión automática, eso lo sabía por mi oficio de mecánico. Puse la palanca en *driver in* y, al pisar el acelerador, dio un salto hacia delante, les dije a los compañeros que se quitaran. Los milicianos que iba encontrándome en el camino no sabían que habíamos capturado el tanque y le disparaban. Cuando dejaron de tirar, lo llevé para el Puesto de Mando.



Mariano Camacho Rojas, *Marianito*, en el tanque capturando a los mercenarios, en la tarde del 18 de abril de 1961. Foto de Juan Rodríguez Rodal.

Entonces el primer teniente Mariano Camacho y yo propusimos ir para Girón con el tanque y sorprender a los mercenarios. Marianito iría con la ametralladora calibre 50, que disponía de muchas municiones, pues para la de



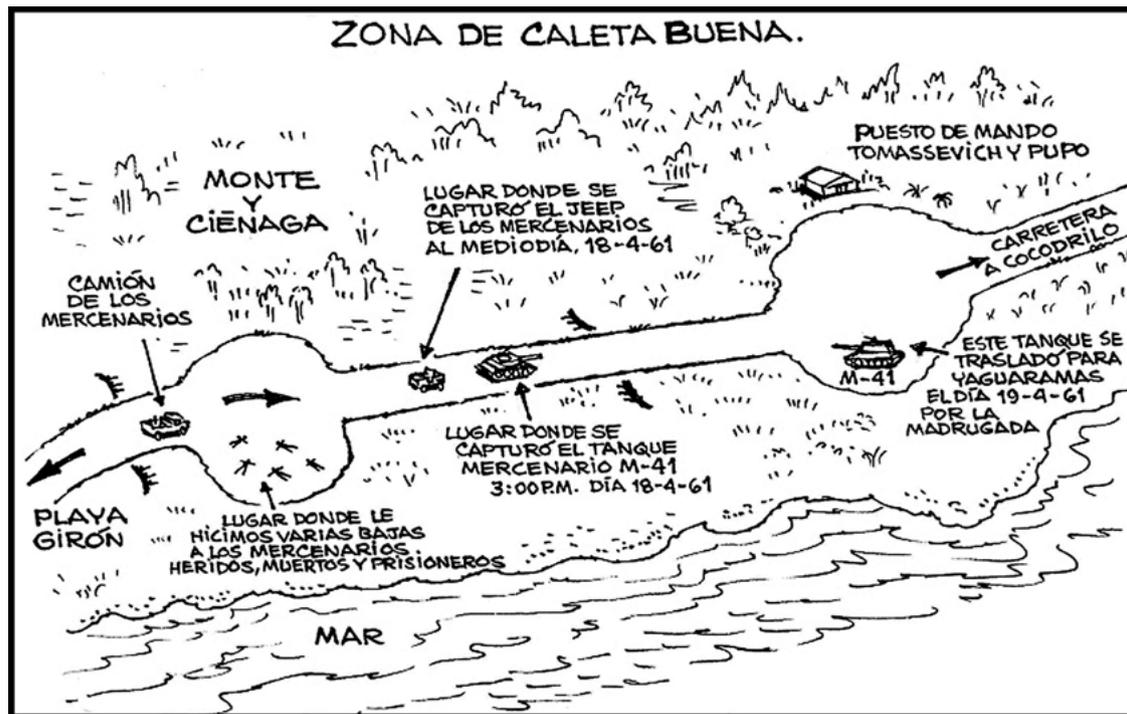
calibre 30 no teníamos. Pero Pupo alegó que había que esperar a que llegara Tomassevich, quien era el jefe en esos momentos.

Con eso perdimos la oportunidad de ocasionarle muchas bajas al enemigo, dada la sorpresa que se llevarían al ver su propio tanque pasándoles por encima y ametrallándolos, que era nuestro propósito. Esta idea estaba inspirada en una película soviética que narra un pasaje, cuando la Gran Guerra Patria, donde un tanque T-34 se quedó solo en la retaguardia y le causó muchas bajas a los alemanes. Pero en esta escaramuza nuestra no hubo bajas por ninguna de las partes.

Después, envalentonados por lo que había sucedido, nos fuimos el capitán Antonio Are Garcés, *el Gallego*, un miliciano y yo en dirección a donde se había divisado el camión. Habíamos avanzado como quinientos metros, a un lugar en el que había unas excavaciones de donde sacaban el material para la construcción del terraplén. Entonces, al percatarnos de que los mercenarios estaban tratando de rodearnos, nos parapetamos y mandamos al miliciano a buscar refuerzos. En cuanto llegaron, nos levantamos y abrimos fuego avanzando hacia la costa. Le causamos varias bajas al enemigo; a los prisioneros y heridos los llevamos para el Puesto de Mando, donde se curó a estos últimos; después se recogieron los muertos.

Ya de noche, llegó el comandante Tomassevich, y se le informó de todo lo sucedido en su ausencia. Nos planteó que la orden de Fidel era hacer un cerco, para que los mercenarios no avanzaran, pues era seguro que ellos iban a tratar de huir en dirección nuestra y los íbamos a poder apresar a todos, en tanto la artillería dispararía toda esa noche hacia Girón. El





Croquis del lugar donde se capturó el tanque M-41 Walker y el yipi, en Playa Girón. Del archivo del autor.



cercos se hizo por el camino de La Carbonera. Tomassevich aprovechó para interrogar a los prisioneros.

Muy tarde—ya era el día 19—mandan a buscar a Tomassevich, y decide llevar el tanque para Yaguaramas. Me preguntó: —¿Leoncito, tú te atreves a llevar el tanque? Le respondí que sí, pero surgió un inconveniente: no se pudieron encender las luces; yo toqué todos los interruptores, y no respondían. Les preguntamos a los prisioneros, pero ninguno era de la dotación del tanque. Entonces decidimos quitarle los cristales rojos de las luces traseras del yipi de Tomassevich y que el tanque lo siguiera. Marianito fue conmigo. Aun con las luces del yipi, casi no se veía nada. Cada vez que nos acercábamos al yipi, este aceleraba y nos quedábamos solos en medio de la oscuridad; cuando ellos retrocedían, continuábamos. Yo avanzaba derribando árboles por lo estrecho del camino. De pronto Marianito me grita: —¡Leoncito, el tanque cogió candela!; rápidamente nos tiramos, pero el fuego se apagó solo. Se había producido porque las hojas de los árboles, que se caían al golpearlas, se acumularon entre el tubo de escape y el motor y se incendiaron. ¡Pasamos tremendo susto!

Seguimos hasta el terraplén que va de Caleta de Cocodrilo a Yaguaramas. El yipi se detuvo, y Tomassevich, al comprobar que el terraplén tenía buena visibilidad, pues había luna llena, me dijo que él iba seguir adelante porque estaba atrasado. Nosotros continuamos solos, pero el cansancio era tan grande, que me quedé dormido varias veces en el camino, hasta que llegamos a Yaguaramas al amanecer del día 19. Yo no había dormido prácticamente desde el día 16 por



la mañana. Les entregué el tanque a unos tanquistas que estaban allí bajando otro de una Zorra.¹²⁸

En Yaguaramas recuperé el yipi Toyota en que había ido para Girón. En la tarde seguimos por la carretera que conduce a Horquita, pero en el camino tuvimos que parar y esperar a que sacaran un tanque IS-2M (Stalin), que había caído en el pantano. Seguimos y llegamos a Girón; ya los tanques habían llegado y los mercenarios estaban en desbandada. Recuerdo que en el trayecto vimos a un grupo de ellos saliendo en fila del monte, hacia la carretera, con los brazos en alto.

En Caleta Buena se divisaban los barcos norteamericanos en el horizonte, por lo que se emplazó una batería de cañones. Después de capturar a la mayoría de los mercenarios y agrupar todo el armamento en un taller de Girón, decidí regresar a La Habana, pues ya no tenía obligación de permanecer allí.

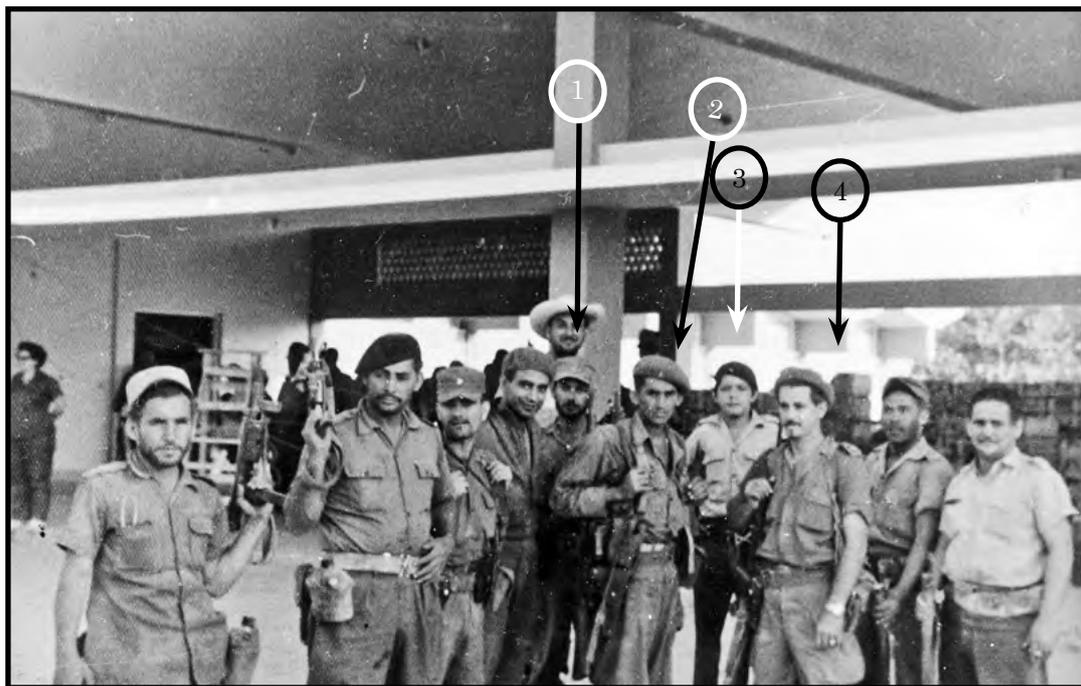
El tanque que capturamos el día 18 fue el único que se ocupó antes de la rendición de los mercenarios, el 19 por la tarde.

De Playa Girón me llevé un paracaídas y una mira telescópica como trofeos de guerra. La mira se la adapté al FAL y después al AKM. Con el paracaídas confeccioné ocho uniformes de camuflaje. El mío aún lo conservo, al igual que la mira, para entregarlos a un museo, si se considera que tienen algún valor.

Cincuenta años después regresé al lugar donde se capturó el yipi y el tanque, así como al puesto de mando de Tomassevich.

128 Carro bajo y fuerte para arrastrar grandes pesos.





Taller donde se depositaron las armas capturadas a los mercenarios en Playa Girón. Al centro: 1 Pineda, 2 Marianito, 3 Padilla, 4 Leoncito, y otros combatientes. Foto de Juan Rodríguez Rodal.



CAPÍTULO 21

Mi boda

A LOS POCOS DÍAS de la aplastante victoria obtenida en menos de 72 horas sobre los mercenarios en Playa Girón, decidí regresar a La Habana para continuar los preparativos de la boda, que habían sido interrumpidos por la invasión mercenaria. Acudí a defender la patria por mi cuenta, solo por convicción, porque en esos momentos no estaba subordinado a ningún mando y no tenía definido a quién respondían los integrantes de la escolta.

Mi llegada causó tremenda alegría en la familia, que desde el día 17 de abril por la madrugada, cuando salí para Girón, no había tenido noticias mías. Después que les conté brevemente cómo se habían desarrollado los acontecimientos en el lugar donde participé, fijé la nueva fecha de la boda para el 3 de mayo de 1961.

El 27 de abril salí de nuevo para Playa Girón con mi hermana y el esposo, quien quería ver dónde había caído su hermano Pedro Quintana López, quien pertenecía al batallón de la policía. Al llegar al lugar, sus compañeros nos contaron la forma en que cayó combatiendo. Fue un momento muy doloroso.

Después continuamos rumbo a Fomento para visitar la casa de los padres de mi novia, quienes tampoco habían

tenido noticias mías. Algunos mal pensados les decían: “¡Seguro el habanerito, que decía que era de la escolta de Fidel, se la dejó en la mano!”. Después que les comunicué la nueva fecha de la boda, en la que los padres estuvieron de acuerdo, les dije que los vendría a buscar el día 1.º de mayo, y que regresábamos ese mismo día a La Habana para seguir con los preparativos del casamiento.

Lo primero que hice a mi regreso fue ir a casa de Celia para comunicarle la nueva fecha y explicarle que no habría fiesta, ya que estaba muy reciente el duelo por los caídos en Girón; solo se llevaría a efecto con un pequeño grupo de invitados, y le dije quiénes eran. El día de la boda todavía no nos habíamos bañado cuando, a eso de las 6 de la tarde, llegó Fidel, se había adelantado una hora.

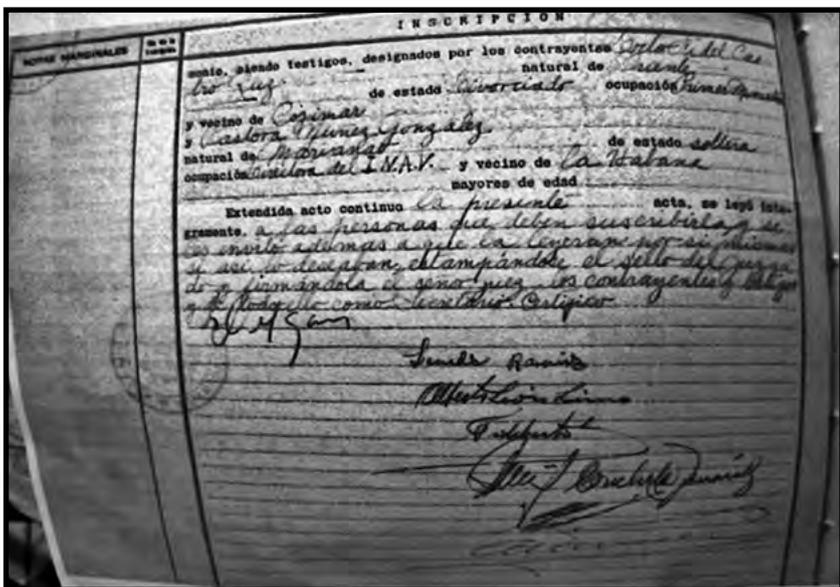


Fidel Castro firmando el acta matrimonial como testigo (padrino) en el libro del Registro Civil de Guanabacoa, el 3 de mayo de 1961. Foto de Juan Rodríguez Rodal.



El correcorre fue tremendo, nadie atinaba a nada. Yo quería atenderlo y, al mismo tiempo, prepararme. Él me decía que no estaba apurado, eso me calmaba un poco. Al final pudimos casarnos con el gran honor de que Fidel Castro fuera el padrino de la boda.

Los otros testigos fueron Pastorita Núñez, Antonio E. Lussón y Conchita Fernández. Fidel nos felicitó y, después que se picó el *cake*¹²⁹, estuvo compartiendo con nosotros. Un rato más tarde se marchó porque tenía otras tareas que cumplir. Lamentablemente, Celia no pudo asistir. Al fin, después de una jornada agotadora, nos pudimos marchar.



Acta matrimonial existente en el Registro Civil de Guanabacoa, donde aparecen nuestras firmas junto a las del padrino y los testigos de la boda. Foto del autor.

Al otro día por la mañana, en el motel Soroa, donde estábamos pasando la luna de miel, nos despertó la

¹²⁹ Pastel de bodas.



conversación de varias personas. Nos asomamos por las persianas y vimos que Fidel estaba allí y miraba para la cabaña donde estábamos, y no se iba. No nos quedó más remedio que salir a saludarlo. Así era él.

Al fin pude empezar a formar una familia, el acto más importante al que está destinada la especie humana. De esta unión resultaron tres descendientes, todos varones; uno de ellos, el segundo, falleció a unos meses de nacido, al cual no conocí por encontrarme lejos de la patria. Los otros dos Fidel y Abel, son, en la actualidad, ingeniero piloto e ingeniero en informática, respectivamente. Tres de nuestra familia cumplieron misiones internacionalistas: mi esposa Lourdes, mi hijo Fidel y yo. Abel era cadete y no pudo ir, su tarea era estudiar y la cumplió exitosamente. Mi familia es un bloque monolítico, estamos unidos desde hace más de cincuenta y cuatro años.





Fidel felicita a los recién casados. Foto de Juan Rodríguez Rodal.



Los recién casados parten para el motel de Soroa en viaje de luna de miel. Foto de Juan Rodríguez Rodal.

CAPÍTULO 22

Mis grandes pilares

YO FUI UN simple soldado de la Revolución, que tuvo la gran fortuna de ser seleccionado por su jefe, el comandante Antonio E. Lussón y Batlle, para proteger la vida de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Mi formación revolucionaria me ha permitido serle fiel a la Revolución durante más de medio siglo, y se la debo a tres personas. En primer lugar a Fidel, porque mis inquietudes revolucionarias comenzaron tras la lectura de un documento suyo, *La Historia me absolverá*, como les conté al inicio; pero la verdadera convicción de las razones por las que tenía que luchar la adquirí al escucharlo y ver en el día a día cómo pensaba y actuaba. En segundo lugar, debo mi preparación a Celia Sánchez Manduley, quien con su ejemplo me enseñó la forma en que debía actuar. Y el tercero con quien estaré eternamente endeudado, es el comandante Juan Almeida Bosque, que todos sabemos cómo era; a él estuve subordinado cuando la Limpia del Escambray y en el Ejército del Centro. ¡Qué privilegio tuve al estar junto a este trío de virtudes!

En el tiempo que permanecí al lado de Fidel realizando distintas tareas, me desempeñé como chofer y a su vez escolta, ya que lo acompañaba cuando se bajaba del auto, y también la mayoría de las veces que viajaba a otras

provincias, e incluso al extranjero, ya fuera en avión o en barco. Fui su subordinado incondicional, compañero, amigo, confidente y, en ocasiones, hasta enfermero. Creo que hice todo lo que estuvo a mi alcance, aun con mi limitada preparación, para cumplir modestamente la misión de protegerlo.

¡Qué difícil es hablar de Celia!

No quiero terminar de escribir estas memorias sin referirme a Celia Esther de los Desamparados Sánchez Manduley.

Hablar de ella, incluso para aquel que tuvo el privilegio de estar a su lado por casi dos años, no es nada fácil, ya que no soy un literato. Se han escrito tantas cosas hermosas sobre ella que me resulta muy difícil hacerlo. Mi escaso repertorio no me facilita emplear rebuscadas y cultas palabras, pero a partir de mis recuerdos de aquellos tiempos, voy a arriesgarme a expresar lo que siento por ella.

Cuando la vi por primera vez en Holguín, no podía imaginarme como aquella mujer tan menuda y modesta fuera la misma que era ya una leyenda desde la Sierra y poseyera tantas virtudes. La veía siempre pendiente del más mínimo detalle de los problemas que estaban directamente relacionados con la Revolución y con el incansable trabajo de Fidel. Celia se ocupaba de todos los documentos, reuniones, coordinaciones, recordatorios; ni el más mínimo detalle de lo que se manejaba en esos tiempos era desconocido para ella.

Al igual que en los tiempos de la guerra, se ocupaba de todos los detalles personales de Fidel: ropa, comida, medicinas, seguridad. Su dedicación a nuestro máximo líder era inagotable. Era inconcebible que tuviera tanta energía para atender al mismo tiempo asuntos diferentes y con



excelentes resultados. Si Celia afirmaba algo, Fidel estaba seguro de que era así, porque antes lo había verificado hasta el último detalle. Desde la Sierra se había ganado su más absoluta confianza.

Por su carácter, atraía a los que la trataban por primera vez. Hablaba en voz baja, de forma dulce y pausada, atenta hasta en el más mínimo detalle a lo que le decían. Inmediatamente se solidarizaba con el problema que le estaban planteando, ya fuera un enfermo, una injusticia o simplemente una necesidad de alguien, y buscaba por todos los medios darle solución o una respuesta convincente, si no se podía resolver en ese momento. Pero igualmente era intransigente con las injusticias, los adulones, los mentirosos y oportunistas, y en su misma cara los criticaba y los ponía en el lugar que les correspondía.

No hubo nunca nadie que por alguna vía acudiera a ella y que no lo recibiera o le contestara. Si no lo podía atender personalmente, era a través de un equipo de compañeros muy eficientes que la apoyaban.

Sentía adoración por los niños. En Cojímar había un grupo pequeños que procedían de la Sierra a los que les daba amor y cariño, como si fueran sus hijos. Recuerdo el internado José Martí, creado por su iniciativa en Santa María del Mar, que lo visitaba a menudo.

Durante esos años el pueblo le hacía llegar, por distintas vías, los problemas que le preocupaban y ella, después que los analizaba, si eran de interés, se los comunicaba a Fidel y él, para profundizar en un asunto determinado, mandaba a los miembros de la escolta de más experiencia, como eran los primeros tenientes Antonio Prida, Rafael Boza, *Fenguito*, y otros.

Muchas fueron las cosas que ella controlaba personalmente y otras que se hicieron por su iniciativa. Recuerdo las



casas que se construyeron en la hacienda Cortina, en Pinar del Río, entre las copas de los árboles, al igual que otros prototipos de pequeñas cabañas desarmables para el turismo que se edificaron en Cojimar – las “casas locas”, como les decía ella–, que después se trasladaron para Varadero. También fue idea suya la construcción del Parque Lenin, el Coppelia, el taller para vitrales, un vivero de framboyanes para sembrarlos luego en las avenidas, y muchas obras más que harían interminable la lista.



Las casas que se construyeron en la hacienda Cortina, entre las copas de los árboles. Foto del autor.

Con respecto a la seguridad personal de Fidel, cuando él se trasladaba a alguna provincia o a un lugar específico, se encargaba de llamar a Raúl Castro, a Ramiro Valdés o a Efigenio Ameijeiras. Para nosotros era nuestra madrina, nuestro paño de lágrimas. Celia se refería a los compañeros de la escolta como a “los muchachos”. Al hablar con ella podíamos sentir cuánto nos quería, pero si tenía que regañar a alguno de nosotros lo hacía sin contemplaciones.

Celia tenía una personalidad propia. Se distinguía por su cubanía y femineidad. Era inconfundible por su forma de vestir, muy modesta, con sus alpargatas y vestidos hechos de sacos de harina, su cadenita en el tobillo, sus collares y



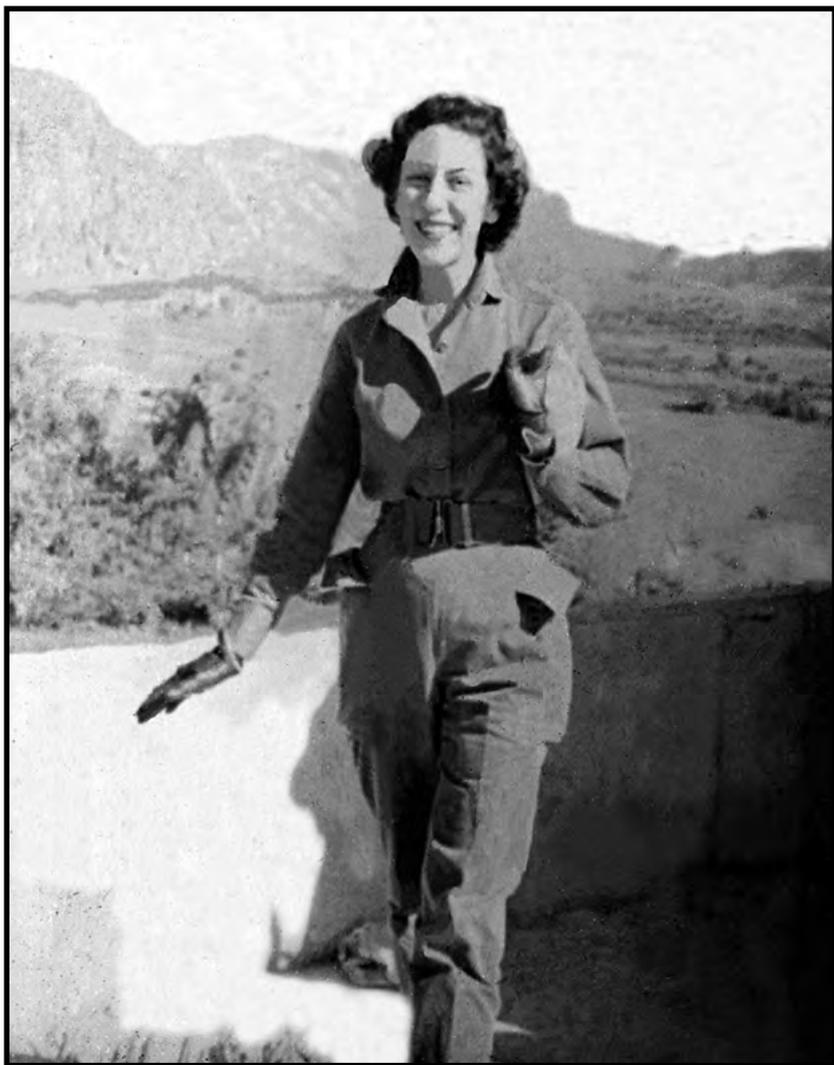


Fidel y Raúl comprueban la calidad de las cabañitas para el turismo que se construyeron en la casa de Cojímar, a las que Celia Sánchez llamaba “las casas locas”. Foto del autor.

pulsos de colores, todos de origen cubano. Las pocas veces que salía a las tiendas a comprar algo, trataba de pasar como una ciudadana común, no le gustaba el acoso de los periodistas. Su flor preferida era la mariposa, aunque también le gustaban mucho las orquídeas. Pero si había algo que no le podía faltar nunca era un cigarro en sus manos y el buchito de café.

Después, cuando ya no estábamos en la escolta, siempre estaba preguntando por nosotros y ayudando a los que lo necesitaban. Ejemplo de ello fue la solidaridad que demostró conmigo, al ver los trabajos que yo pasaba para descansar, bañarme y comer; en cuanto se terminó de construir el primer edificio en Panorama entre Conill y Tulipán, habló con Pastora Núñez, *Pastorita*, para que me entregaran un apartamento amueblado y me instalaran un teléfono.





Celia Sánchez en el hotel Los Jazmines, Pinar del Río. Foto del autor.

Durante la construcción del Parque Lenin, lo visitaba constantemente para controlar las obras y al regreso





Celia Sánchez en Bayamo, preparando su cámara fotográfica para tomarme una foto. A su lado, José Ramón Luzardo, *Rompe Grupo*. Foto del autor.

siempre pasaba por mi casa a ver a mi familia, tomar café y fumarse un cigarro.

La última vez que hablé con ella, fue en el Palacio de las Convenciones, en una fecha próxima a su inauguración.

Fotografías de Celia hay miles y bellísimas, pero estas se las tomé con amor, en Los Jazmines y en Bayamo.

¡Celia era Comandante entre los Comandantes!

Juan Almeida Bosque

Este, es uno de los compañeros que se ganaron con creces el honor de ser considerado Héroe de la Patria,



junto a tantos mártires que han enriquecido nuestra rica historia revolucionaria.

Me tocó el privilegio de compartir con él algunos episodios de mi vida. Junto a Fidel y Celia, Almeida conformó mi convicción revolucionaria cuando fui su subordinado. Primero, durante la Limpia del Escambray y después, cuando ocupó el cargo de jefe del Ejército Central.

Era modesto, amable, risueño, humano, justo, valiente guerrero, compañero y fiel amigo, como también era un magnífico poeta y compositor.

Lo conocí cuando me incorporé a la seguridad de Fidel, en la Caravana de la Libertad. Al igual que me sucedió con Celia, no podía creer que toda la leyenda que lo rodeaba estuviera frente a mí. Después, por la responsabilidad que tenía como chofer y escolta, lo vi muchísimas veces cuando se reunía con Fidel, y siempre nos saludaba con afecto. Un día, cuando salió de una reunión, me dijo: —*Leoncito*, te llama Fidel. Yo pensaba que no me conocía. Posteriormente, cuando la Limpia del Escambray, en los primeros meses de 1961, conversé con él en distintos momentos.

En una ocasión en que estaba despachando con él en su oficina del Estado Mayor del Ejército Central, su ayudante, el capitán Alfredo Ayala, le comunicó que un teniente, jefe de una unidad, quería hablar con él, y lo mandó a pasar. Este le explicó que tenía problemas con un subordinado y, después de exponerle una larga lista de deficiencias, le dijo que no podía trabajar con él. Almeida llamó a su ayudante y ordenó que el compañero al que se refería el jefe de la unidad se presentara inmediatamente en su oficina. Al llegar, lo saludó y lo invitó a sentarse, y le dijo a su jefe que le repitiera lo que le había dicho antes, lo cual hizo. Como el aludido no le rebatió nada, Almeida le dijo que podía retirarse. Era evidente que el compañero no tenía



capacidad para el cargo que ocupaba, por lo que Almeida le dijo al jefe de la unidad que debía buscarle otra ocupación donde pudiera ser útil, que todos servimos para algo, y cuando lo analizara lo llamara. Así de generoso era él.

En el mes de diciembre de 1962, después de la Crisis de Octubre, se efectuó el primer ascenso masivo en las FAR desde el primero de enero de 1959. Este se realizó en la Fortaleza de la Cabaña, presidido por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz y acompañado por los máximos dirigentes de la Revolución. La ceremonia se organizó en tan absoluto secreto que nos sorprendió a todos los oficiales de las provincias central y oriental, a los que nos citaron en el aeropuerto de Camagüey, desde donde partimos en un avión con destino desconocido. Solo nos percatamos de dónde estábamos cuando aterrizamos en Ciudad Libertad.

Después del ascenso y durante el brindis, el comandante Almeida me preguntó si tenía con quién ir a la casa de mis padres para darles la alegría. Al responderle que no, se ofreció para llevarme. Antes de tocar a la puerta, me dijo que me escondiera a un lado; tocó y salió mi mamá, le preguntó si allí vivía un tal *Leoncito* y, al responderle ella que sí, le dijo varias palabras ofensivas sobre mí. Mi mamá le respondió con tantos improperios en tan poco tiempo, que tuve que saltar y decirle quién era él. Ella, muy apenada, le pidió disculpas; luego entramos y le hizo un buen café, y cuando se lo estaba tomando le dijo a mi mamá: —Oiga, usted es una leona defendiendo a su cachorro. Yo nunca había pasado una pena tan grande. Así era Almeida.

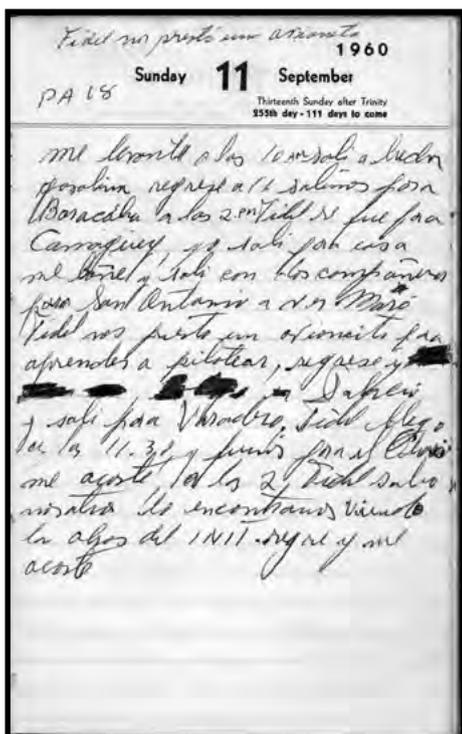


CAPÍTULO 23

Cómo me hice piloto

A PRINCIPIOS DE SEPTIEMBRE de 1960 llegamos al aeropuerto Baracoa, porque Fidel iba a salir en el avión ejecutivo DC-3, el *Turquino*. En ese momento se acercaron unos compañeros que estaban destacados allí y me plantearon que querían hablar con él con el objetivo de que los autorizara a reparar una avioneta para que el capitán Moriña, el piloto de Fidel, los enseñara a volar. Yo les respondí que el momento no era el mejor, pero que cuando fuera oportuno les avisaría, a cambio de que me incluyeran en el grupo. En ese momento vi la posibilidad de realizar una de mis fantasías.

Días después, el 11 de septiembre, llegamos a Baracoa a las 2:00 p.m., porque Fidel iba a salir hacia Camagüey, y aproveché la ocasión para hablarle del asunto, pero él contestó rotundamente que no, porque habían ocurrido varios accidentes últimamente con avionetas y se habían matado algunos compañeros. Entonces le dije: —Comandante, para morir solo hay que estar vivo. Le recordé al compañero que hacía unos días había resbalado en una escalera y como consecuencia falleció. Ante mis argumentos, respondió: —¡Está bien! Llamó al capitán Moriña y le dijo que él sería el responsable de enseñarnos. En cuanto el avión despegó, nos fuimos para San Antonio de los Baños



Página del diario del autor, correspondiente al 11 de septiembre de 1960, donde consta que Fidel nos prestó un avioncito. Del archivo del autor.

taller, en unos días dejaron como nuevo el Piper PA-18, matrícula N-23. Moriña nos empezó a entrenar, pero a mí se me hacía más difícil porque debía esperar a que Fidel saliera en el helicóptero para que Moriña me enseñara. Cuando Fidel fue a la ONU, aproveché ese tiempo para practicar más.

Un día, acompañado por un integrante de la escolta al que le decían Cheche, llegué a Baracoa y hablé con el jefe de la Base, el capitán Castro San Román, para que me autorizara

a ver al comandante Raúl Guerra Bermejo, y le comunicamos la decisión de Fidel.

Con esto iba a poder cumplir el sueño que tenía desde niño de ser piloto. Cuando vivía en la playa de Jaimanitas iba a cada rato hasta la playa de Santa Fe, donde había una escuela para aprender a hacer volar aviones pequeños, y me paraba por la cerca para mirar.

Según Moriña, entre los compañeros que integraban el grupo estaban Enrique Aguirre, Ferrándiz, Rafael Morales y otros que él no recuerda. Ellos, con la ayuda de los técnicos y mecánicos del





Avioneta Piper PA-18, matrícula N-23, después de reparada. Foto del archivo del autor.

a carretear¹³⁰ por la pista sin despegar y de esa forma ir cogiendo práctica, ya que nunca antes había volado.

Él no quería, porque temía que yo despegara, pero después de insistirle, lo convencí. Realmente, yo sabía que no estaba preparado para volar solo y no era esa mi intención.

Efectué el chequeo a la avioneta, arranqué y empecé a carretear por la pista. Así lo hice varias veces, hasta que me atrapó una racha de viento y el aparato despegó solo en dirección a una palma. El instinto de conservación me hizo halar el bastón y pasé rozándola, le di toda la potencia al motor y empecé a ascender. El susto no me dejaba pensar. Cuando logré serenarme, me fijé que la temperatura estaba al máximo; entonces reduje la potencia y nivelé, y seguí hasta el Mariel para calmarme. Después regresé y traté de aterrizar.

Al pasar por encima de la torre de control, la manga indicaba que el viento estaba de la tierra hacia el mar; yo nunca había aterrizado desde esa dirección y no tenía ningún punto de referencia, como nos había enseñado el capitán Moriña. Entonces me fui hacia el mar, pero iba volando tan bajo que casi tropiezo con un auto que pasaba por la carretera Panamericana. Repetí el recorrido y cuando pasé, la ambulancia, el carro de bomberos y el auto en que

130 En la aviación, desplazarse sobre la pista durante el despegue y el aterrizaje.



había ido a Baracoa venían detrás de la avioneta, por si me accidentaba. Entonces decidí aterrizar como fuera, a la mitad de la pista di varios bangan.¹³¹ No tenía fuerzas para detener la avioneta, los pies me temblaban. Al final apagué el motor y el aparato se detuvo, me bajé y me subí al auto, que ya había llegado a mi lado, y me fui. Eran tan grande el susto y la pena, que no esperé la reprimenda que me iban a echar. Siempre tuve el remordimiento por no haber afrontado el reproche que merecía, aunque no haya sido mi culpa.

Desde que aprendí a trabajar con la brújula y a orientarme en el terreno con el mapa, cada vez que salía con Fidel en el avión me situaba en la cabina, detrás de los tripulantes, e iba chequeando en el mapa el rumbo que llevábamos y comparando los lugares en el terreno. De esa forma iba aprendiendo.

Un tiempo después salí de la escolta. En 1962, cuando era jefe de la División 43, en Ciego de Ávila, entre mis responsabilidades estaba autorizar el despegue de los aviones de fumigación del Inra, facilitados por el Estado Mayor del Ejército. La pista estaba frente a la jefatura. Allí me hice amigo de un piloto del avión soviético AN-2 y aprovechaba a menudo para salir a dar unas vueltas con él, de esa forma practicaba un poco.

Durante la Crisis de Octubre salíamos en el AN-2 a ver cómo estaba el enmascaramiento de las unidades y las fotografiaba, después me reunía con los jefes de los batallones para que vieran dónde tenían que mejorarlo.

131 Rebotar en la pista como un canguro al aterrizar.



Como la ubicación de las unidades era secreta, cogía el timón para pilotear un rato.

En 1965, mientras me desempeñaba como segundo jefe de la División DAAFAR¹³² del Centro, vine a un despacho con el comandante Diocles Torralba, que era el jefe nacional de la DAAFAR. La jefatura radicaba en Ciudad Libertad. Al entrar al edificio, salían Diocles y el capitán Castro San Román, y cuando este me vio, me dijo “so cacho de cabrón al fin te cojo”. Vino a abrazarme y le hizo el cuento a Diocles de lo que había pasado con la avioneta.

Un día en que estaba despachando con Diocles llamó el capitán Policarpo Álvarez Pileta¹³³, quien era el jefe de fumigación del Inra, y le comunicó que la avioneta que estaba esperando había llegado. Diocles se viró y me dijo: —¿Tú tienes coj... para llevarte la avioneta volando para Santa Clara? Le respondí que sí, y entonces le dijo a Policarpo: —Entrégale la avioneta a Leoncito, que él se la va a llevar para Santa Clara.

En cuanto terminé el despacho salí para allá. La avioneta, que era la misma de Baracoa, estaba al otro lado, en la cabecera de la pista de Ciudad Libertad. Cuando llegué, el capitán Policarpo me informó que el aparato tenía una rueda que no frenaba. Yo le dije cuál era mi experiencia como piloto, y entonces me propuso que, sin que lo supiera Diocles, un piloto de Santa Clara llevara la avioneta al otro día por la mañana.

Al día siguiente, desde muy temprano, estaba en la base aérea esperando a que llegara la avioneta. En cuanto aterrizó, subí e invité al jefe de la base, el primer teniente Rubén Martínez Puentes, hoy General de División, a dar una vuelta. Despegué y después de un breve recorrido,

132 Defensa Antiaérea y Fuerza Aérea Revolucionaria.

133 Murió en la República Popular de Angola.



regresamos a echar combustible. Cuando estábamos en la cabeza de la pista, le dije a Martínez: —Cógelo tú, pero me contestó: —¡Yo nunca he volado una avioneta! Ante su negativa, no me quedó más remedio que aterrizar, después de dar dos bangan. Le eché combustible y salí otra vez, pero nadie quiso ir conmigo nuevamente. Al regreso lo hice mejor.

Periódicamente, el ingeniero de aviación de la base, el teniente Argimiro, revisaba la avioneta y le daba el visto bueno para volar. Después, el piloto del avión *Morava*, que estaba a disposición del Jefe del Ejército, me enseñó todo lo que aún no conocía.

Con el tiempo, otros compañeros, que estaban tan locos como yo, fueron cogiendo confianza y salíamos lo mismo para Camagüey, que para Holguín, La Habana y otros lugares. Conmigo volaron el comandante Méndez Sierra, que era el jefe del Estado Mayor del Ejército de Santa Clara, el sargento Manuel Vila Sosa, el teniente de milicia Adolfo Basulto y otros que ahora no recuerdo. En ese tiempo todavía no estaba vigente la prohibición de que los jefes de alto nivel volaran en aviones de un solo motor. Cuando salía, me orientaba por la Carretera Central y si no sabía dónde me encontraba, me pegaba a la vía y leía los letreros a la entrada de los pueblos.

Para volar siempre debíamos sacar el plan de vuelo, autorizado por el Puesto de Mando de la DAAFAR.

Una mañana bien temprano —a esa hora el viento es muy calmado—, acompañado por el sargento Manuel Vila Sosa¹³⁴, despegué y tomamos dirección al Escambray. Llegamos a la represa del Hanabanilla y nos pegamos al agua, a diez metros más o menos. El paisaje era hermoso, el viento estaba en calma total. Se veían las lanchitas que

134 Llegó a ser Ministro de Comercio Interior.



trasladaban a los habitantes de esa zona y las bandadas de patos. A la derecha había una elevación, parecía que se le podía dar la vuelta y salir por el otro lado. Entré por aquel desfiladero, pero me di cuenta de que no tenía salida. Le di toda la potencia al motor y empecé a subir, pero el tramo era muy corto y no podía pasar por encima de la loma. La avioneta estaba a punto de desplomarse. Entonces decidí pegarme a la derecha y girar a la izquierda. Pasamos rasante a la loma y salimos pegados al agua. ¡Nos salvamos de milagro! Después del susto, regresamos a la base aérea.

Un día me mandó a buscar a la Base Aérea de Santa Clara el comandante Enrique Carreras Rolas, que era el jefe de la Fuerza Aérea, y me ordenó que lo trasladara hasta Holguín porque allí había ocurrido un accidente y no tenía ningún avión que lo llevara. Me negué a cumplir lo que me mandaba, pues el Ministro lo había prohibido. Esa fue la única orden que no cumplí en toda mi vida como militar.

En otra ocasión, salí con el teniente de milicia Adolfo Basulto hacia Camagüey, y él me dijo: —¡Mira, ese pueblo es Camajuaní! Le contesté que era Placetas, pero él seguía insistiendo. Ante la duda bajé y me pegué a la carretera, y pudimos ver el letrero a la entrada del pueblo, que decía Sancti Spíritus.

Cada vez que venía a La Habana para alguna reunión, tenía que ir a la Base de San Antonio de los Baños para echar combustible B-100, porque allí era donde único lo había. Un día que soplaba un viento muy fuerte coordiné con la torre de control para despegar. Me dijeron que me iban a dar la autorización con una luz de bengala, en vista de que la avioneta no tenía comunicación por radio. Cuando estaba en la cabeza de la pista vi que lanzaron una luz verde, le di toda la potencia al motor y despegué a los cien metros. Le



pasé por encima a la torre de control y no vi que estaban tirando luces de bengala rojas, que prohibían despegar a los aviones pequeños. Durante todo el vuelo, el Puesto de Mando de la DAAFAR se estuvo comunicando con las unidades que había en el trayecto por si me veían pasar. De eso me enteré después que llegué a Santa Clara.

En 1967 me enviaron a pasar el curso superior de guerra en La Cabaña, por lo que me mudé con la familia para La Habana. También traje la avioneta para Ciudad Libertad y los fines de semana daba algunas vueltas. Un día me mandó a buscar el comandante José de la Caridad Quevedo, que era el director de la Academia, y con él estaba el capitán Castro San Román. Después de saludarnos, me dijo que tenía la misión, por orden del Ministro, el comandante Raúl Castro, de recoger todas las avionetas del país para venderlas a Canadá, porque no había piezas de repuesto para mantenerlas funcionando. Le respondí que hacía falta un camión para recoger los agregados que yo tenía. Así me quedé sin el Pippier PA-18. Con esto terminaron mis aventuras como piloto “chirrinero”, como le decían a los que volaban ese tipo de avión.

A mí nadie me dio el título de piloto, ni siquiera el ala, pero se habrán dado cuenta de cómo me hice piloto.

Aquí termina la etapa más hermosa de mi vida. Le agradezco a nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, a Celia Sánchez Manduley y a Juan Almeida Bosque por sus enseñanzas y su ejemplo, que me convirtieron en un verdadero y fiel revolucionario hasta el día de hoy.



CAPÍTULO 24

Trayectoria militar

ESTE CAPÍTULO RECOGE el período más largo de mi vida activa. Comienza en mayo de 1961 y se prolonga hasta el año 1986. Será solo un breve recuento de las responsabilidades que me fueron asignadas y las que más influyeron en mi preparación militar y nivel cultural, hasta que me jubilé, con 29 años de servicio en las FAR.

Cienfuegos-División 12

Al regresar de la luna de miel me presenté en la jefatura del recién creado Ejército del Centro. El comandante Almeida, quien estaba al frente de ese cuerpo, me comunicó que me habían designado jefe de operaciones en la División 12, en Cienfuegos; allí habían enviado a todos los que habíamos pertenecido a la escolta del Comandante en Jefe Fidel Castro. La jefatura se encontraba en el chalet de Mo-ra, en la carretera que conduce a Caonao, después de la entrada del aeropuerto.

El jefe de la división era el capitán Orlando Pupo Peña; del Estado Mayor, el capitán Arnaldo Trutié Matilla; y de intendencia, el primer teniente Diego González, *Pineda*. El primer teniente Marcelo Verdecia estaba al frente del batallón de Juraguá; el primer teniente Mariano

Camacho, del batallón de Rodas; y el primer teniente Jesús Padilla radicaba en el aeropuerto. El capitán Ramón Valle Lazo ya era el jefe de la división de Trinidad desde unos días antes de la invasión mercenaria. Al resto de los compañeros los destinaron a otros batallones de la división.

El capitán Cordero, quien no provenía de la escolta, estaba ubicado a la entrada del aeropuerto con el Batallón 339, que tan heroicamente combatió en Playa Girón. Ellos fueron los primeros en toparse con los mercenarios y alertaron sobre lo que estaba sucediendo, a los compañeros del central Australia. En ese momento este batallón pertenecía a la división de Trinidad. El territorio que defendía la división se extendía, por la costa sur, desde Playa Larga hasta el río San Juan, y por el norte hasta la Carretera Central.

Nosotros no teníamos la más mínima preparación militar para la guerra regular, solo teníamos la experiencia de los combates contra el ejército batistiano, y nos vimos obligados a aprender sobre la marcha. Poseía algunos conocimientos de topografía, que los había asimilado de forma autodidacta cuando integraba la escolta.

El Estado Mayor del Ejército organizaba clases prácticas, que las impartía Angelito, el hispano-soviético, a quien ya conocíamos desde la Limpia del Escambray. Como aún era reciente la invasión por Playa Girón, a menudo nos avisaban que en esa zona aparecían restos de mercenarios y armas, y nos trasladábamos a la Ciénaga para comprobar la información.

Todos los que habíamos estado junto a Fidel, cada vez que nos movíamos por la ciudad, notábamos que un auto con personas vestidas de civil, pero armadas, nos seguían por todas partes, nos dábamos cuenta por el instinto que desarrollamos cuando cuidábamos al Comandante. Esto se podía prestar para una confusión lamentable. En



una ocasión me acerqué a ellos para que supieran que estábamos al tanto de sus movimientos. Cuando fui a La Habana hablé con Celia sobre lo que estaba ocurriendo con nosotros y me aseguró que se lo iba a comunicar a Fidel, que estuviéramos tranquilos.

Un día se apareció a la jefatura de la División el comandante Almeida, pero Pupo y Trutié no se encontraban. Después de responderle varias preguntas, me dijo que quería ver el emplazamiento de Rancho Luna y el vagón de ferrocarril con los explosivos. Cuando llegamos a la línea del tren, nos bajamos y fuimos hacia el lugar y, para mi sorpresa, no estaba el vagón con los explosivos ni había nadie por los alrededores. Seguimos para Rancho Luna y tampoco hallamos a nadie en el emplazamiento. En eso vimos a un miliciano a lo lejos, caminando por la playa, y le gritamos. Cuando llegó, ante la pregunta de Almeida sobre dónde estaba la batería, le contestó que a unos ochocientos metros. Nos dirigimos hacia allá y vimos que estaban emplazándola. Almeida le preguntó al jefe de la batería por qué se habían trasladado para allí y este le respondió que el Jefe de la División se lo había ordenado el día antes. Yo no sabía qué decir, porque se suponía que el Jefe de Operaciones supiera todos los movimientos que se hacían. Cuando regresamos a la División, ya estaba Trutié y tampoco sabía nada.

En el mes de agosto de 1961 nos mandaron, al capitán Orlando Pupo Peña, el capitán Arnaldo Trutié Matilla y a mí, a pasar el curso de jefes de unidades en Matanzas, en la antigua escuela de Oficiales de Milicias. El curso sería corto, de cuatro o cinco meses.



Curso para jefes de unidades en la Escuela de Milicias en Matanzas

El director de la escuela era el comandante José de la Caridad Quevedo¹³⁵, aquel que se había pasado a las filas del Ejército Rebelde después que se rindió en El Jigüe.

En cuanto llegamos nos pelaron como a cadetes y nos entregaron los uniformes de campaña. Allí no se usaban grados militares, todos éramos alumnos. Nos alojaron en una barraca, que brillaba por su limpieza. En la litera que estaba a mi lado dormía el comandante Rolando Kindelán Blez, muy serio y medido, y en la de enfrente, el comandante Antonio Sánchez, Pinares, que siempre estaba haciendo bromas.

La mayoría de las clases eran prácticas, en el terreno. En otras ocasiones se impartían en el aula. Recuerdo con cariño al comandante Lussón, quien era el jefe de la Cátedra de Táctica.

Al fin, en el mes de diciembre de 1961, terminamos el curso. Ahora lo que nos faltaba era transmitir y ejecutar lo aprendido.

A Pupo lo designaron jefe de la División de Sagua la Grande; a Trutié, jefe del Estado Mayor de la División de Cienfuegos, y a mí me nombraron jefe de Preparación Combativa del Cuerpo de Ejército de Camagüey.

Mientras me encontraba estudiando en la Escuela de Milicias de Matanzas, sucedió algo muy desagradable en Cienfuegos relacionado conmigo que narro a continuación.

135 Viajó a Estados Unidos para visitar a sus hijos y se quedó. Falleció allí.



Algo que perdono, pero no puedo olvidar

Una madrugada llamó Pineda al capitán Pupo preguntando por mí. Le informó que estaban diciendo algo incierto sobre mi persona y hacía falta que yo fuera rápido a Cienfuegos para aclararlo.

Fui primero a Santa Clara y el capitán Ayala, ayudante del jefe del Ejército, me informó que el comandante Almeida se encontraba en el aeropuerto de esa ciudad, participando en la graduación de una batería de morteros de 100 mm. Allá lo fui a ver y le expliqué lo que me había sucedido. Le preguntó sobre el asunto a Ángel Roque, máximo dirigente de las ORI¹³⁶ en Cienfuegos, pero este le respondió que no sabía nada. Entonces Almeida lo mandó a que averiguara y le dijo que lo esperaría para almorzar en la casa del capitán Rigoberto García Fernández, quien era el jefe de la División 12.

Como Roque no regresaba, Almeida decidió pasar a buscarlo para averiguar. Después que estuvimos en el Departamento de la Seguridad del Estado y en Recuperación de Bienes Malversados, salimos para mi casa; cuando llegamos la vecina de al lado le confirmó lo que le habían dicho los de las ORI antes de romper la ventana. Cuando ella les aclaró quién vivía allí, le contestaron que yo me había ido para Miami y ese fue el pretexto para realizar la fechoría. Entramos por el fondo, había una ventana rota. Lo que vimos allí es mejor ni contarle. Habían desvalijado todo. Almeida estaba indignado. De ahí fuimos para las ORI, y el que no sabía nada, tenía en su oficina un fusil calibre 22 de mi propiedad y un paracaídas que capturé en Playa Girón, lo demás se lo habían repartido.

Almeida, como era de esperar, tomó las medidas que el hecho requería. Roque y otros integrantes de esa organización

136 Organizaciones Revolucionarias Integradas.



fueron sustituidos y enviados a diferentes lugares de la provincia. A los pocos días, todo lo que habían sustraído de mi casa apareció.

Más adelante me contó Pineda que en una ocasión, mientras estábamos en el curso, les ordenaron a todos los compañeros que habían pertenecido a la escolta del Comandante en Jefe recoger sus pertenencias y que se presentaran en la jefatura del Ejército, en Santa Clara, porque habían sido destinados a trabajar en las construcciones que se realizaban en el Caney de Las Mercedes. Cuando llegó el comandante Almeida preguntó qué hacían allí, y le comunicaron la orientación que habían recibido. Él, indignado, ordenó que regresaran a sus cargos, que nadie le había consultado sobre eso.

Posteriormente, a mediados de mayo de 1962, se produjo en el país una crisis anterior a la de octubre, de carácter interno, conocida como el sectarismo. Este se inició cuando, por ambiciones personales, un dirigente de las ORI estuvo a punto de enfrentar a los revolucionarios que habían abrazado las ideas marxistas, después de que Fidel, en la despedida del duelo de las víctimas del bombardeo previo a la invasión por Playa Girón, proclamó abiertamente que esta era una revolución socialista.

En junio de ese año, cuando aún estaba destacado en la jefatura del Cuerpo de Ejército de Camagüey, UM 2520, el ministro de las FAR, Raúl Castro, acompañado por el presidente Osvaldo Dorticós y Blas Roca, sostuvo una reunión con todos los dirigentes y oficiales en la jefatura del Cuerpo de Ejército, orientada por Fidel. El asunto trataba sobre los planteamientos hechos por Fidel unos días antes a través de la televisión con relación al sectarismo. En un momento de la reunión, el Ministro me dijo: —Leoncito, párate, y les contó lo sucedido conmigo en Cienfuegos, que gracias al comandante Almeida



no tuvo mayores consecuencias. También puso ejemplos de otros compañeros procedentes del Ejército Rebelde a los que les habían ocurrido algo similar.

Después de esta reunión, se realizaron cambios en la jefatura del Cuerpo de Ejército. Como jefe de este fue nombrado el comandante Tomassevich; el cargo de jefe del Estado Mayor fue asignado al comandante Ponce de León, que hasta entonces era el jefe de la División de Infantería de Ciego de Ávila, y a mí me enviaron a Ciego de Ávila como jefe de la División UM 2811.

¿Se puede olvidar que te acusen de traidor? ¿De traicionar a Fidel, a la Revolución?

Cuerpo de Ejército de Camagüey

A finales del mes de diciembre de 1961, el jefe del Ejército del Centro, comandante Juan Almeida Bosque, me comunicó que había sido nombrado jefe de Preparación Combativa del Cuerpo de Ejército de Camagüey, en la UM 2520. Me presenté ante el jefe del Cuerpo de Ejército, el comandante Jorge Serguera Riverí, *Papito*. El jefe del Estado Mayor era el capitán Arnaldo Ochoa y el de Operaciones, el teniente de milicia Adolfo Basulto Esposito. Al verme se pusieron muy contentos, pues era el único que había pasado una escuela, aunque los conocimientos no eran muy amplios; pero como dice el refrán, “en el país de los ciegos el tuerto es rey”. Las primeras clases se las impartí a los compañeros de la jefatura.

A los pocos días me mandaron un asesor soviético y un traductor. Esto me ayudó mucho, porque yo no tenía ni el más mínimo conocimiento de cómo se elaboraba la documentación de la preparación combativa. Este soviético me enseñó a planificar las clases, los guiones de estudio, los controles de la preparación combativa, todo a través del traductor. En las



clases prácticas de tiro, él decía que el jefe de preparación combativa tenía que saber tirar con todas las armas, por lo que me ponían a disparar con cañones, tanques, ametralladoras y cuantas armas había, y yo de lo más contento.

Para controlar la preparación combativa en las divisiones de Morón, Nuevitas y Ciego de Ávila, me trasladaba con Alberto Barreras, *Barrerita*, en una avioneta *Pipper*; él era el piloto del avión *Morava*, que estaba al servicio del jefe del Cuerpo de Ejército.

Como ya Fidel había declarado, el 16 de abril de 1961, el carácter socialista de nuestra Revolución, las clases de marxismo nos la impartía el capitán Pacheco, quien había estudiado para cura cuando joven y poseía una amplia cultura. Era la época en que los jefes, cuando iban a una reunión, llevaban siempre un libro de *El Capital* bajo el brazo; Ochoa le puso, jocosamente, el “sobaquero”.

Por esa fecha el armamento pesado era muy escaso y le propuse a Papito construir una bazuca tres veces mayor que la original, utilizando tres proyectiles de la bazuca americana. Él aceptó y, junto con el jefe de ingeniería, hicimos los cálculos y el diseño. Cuando la terminamos, Papito, Ochoa, Basulto y el ingeniero fuimos a probarla a la Cívica. Yo quería quedarme cerca con el explosor, pero Papito se opuso y nos situamos a unos sesenta metros detrás de un parapeto. Cuando aquel proyectil salió y explotó en la boca del tubo, me di cuenta que me había salvado gracias a la decisión de Papito.

Otra prueba que hicimos fue con las minas antitanque rusas de madera. Se les hermetizó solamente el fulminante eléctrico y las colocamos en la playa de Santa Lucía bajo el agua, como a cien metros de la orilla. A las dos semanas fuimos allá y detonaron.

Como consecuencia de los cambios operados en la jefatura del Cuerpo de Ejército de Camagüey por orden



del Ministro de las FAR, luego de aquella reunión sobre la que hablé anteriormente, pasé a Ciego de Ávila como jefe de la División UM 2811.

Ciego de Ávila

En el mes de junio de 1962, cuando ya era jefe de la División, nombraron al sargento Manuel Cedeño jefe del Estado Mayor. Cedeño había estado allí desde que se creó la División, y tenía conocimiento de todos los problemas que existían.



Visita a un centro turístico en Morón. De izquierda a derecha, de pie, Inovelio López, jefe de operaciones, y el coronel Oriol, jefe de las tropas coheteriles de defensa antiaérea soviéticas en Ciego de Ávila. Sentados, el traductor, una joven del lugar, León y un miliciano. Foto del archivo del autor.

Los batallones, por indicaciones del comandante Almeida, se habían creado y organizado en los pueblos y bateyes cerca de sus áreas de defensa, integrado por los milicianos del lugar, con su armamento listo para ser entregado, así como el transporte local, consistente en camiones y tractores con sus carretas. La División podía movilizarse en menos de cinco horas.

Antes de llegar los cohetes de la Unión Soviética, fui con el comandante Almeida, un soviético, el traductor y el que representaba a las ORI, a designar las posiciones donde después se emplazarían los grupos de cohetes antiaéreos, y un grupo técnico al cual la



División, al decretarse la alarma de combate, le encomendó la misión de proteger los accesos a los emplazamientos.

En el mes de octubre de 1962, cuando el país entró en situación de alarma de combate por la inminente agresión militar del gobierno yanqui, regresó el capitán Victoriano Parra, quien era el jefe del Estado Mayor de la División. Él había ido a pasar la escuela de Tanque y Transporte, en La Habana, antes de que yo asumiera la jefatura; cuando la situación del país se normalizó, él se reincorporó a la escuela.

Durante la Crisis de Octubre, como no contábamos con el armamento necesario para impedir un desembarco por la playa de Júcaro, un ingeniero agroquímico del Inra me propuso utilizar unos equipos de fumigación y emplear paratión, un plaguicida venenoso muy fuerte. También en la playa, dentro del agua, extendimos royos de maya y le conectamos unas plantas eléctricas marca Pullman de 100 kw. Posteriormente, cuando pasamos a la situación normal y nos visitó el comandante Almeida, al informarle sobre esto, me dijo: —¡Tú estás loco, eso está prohibido por la Convención de Ginebra!, a lo que respondí: —Comandante, yo no sé nada de eso, la misión era impedir el desembarco.

En el mes de diciembre de 1962 fui ascendido al grado de capitán, cuando se llevó a cabo el primer ascenso masivo después del Primero de Enero de 1959, presidido por el Comandante en Jefe en La Cabaña.

Contábamos con un barco patrulla de la Segunda Guerra Mundial, intervenido a los dueños del central Stewart, el cual utilizábamos para pescar y abastecer a las unidades, el excedente se lo vendíamos al Cuerpo de Ejército, y el dinero de la venta lo empleábamos en reparar el barco y comprar los avíos de pesca. También le ofrecíamos protección a los barcos de los países socialistas



que venían a cargar azúcar al puerto de Júcaro; a tal fin, lo artillamos con una ametralladora calibre 50 y un cañón sin retroceso de 76 mm, de los que se capturaron en Playa Girón.

La División se autoabastecía de viandas, frijoles y carne de puerco en una pequeña granja que estaba al fondo de la jefatura. Esta se había creado por iniciativa de los jefes anteriores, Ponce de León y Victoriano Parra , *Macho Parra*, y nosotros la mantuvimos y desarrollamos.

Viaje a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en 1963

El 13 de marzo de 1963, en un acto celebrado en la escalinata de la Universidad de La Habana al conmemorarse el VI aniversario del ataque al Palacio Presidencial, Fidel planteó la necesidad de fortalecer la defensa del país, para lo cual hace un llamado a los jóvenes estudiantes a que se sumaran a la preparación en el uso de lo que él llamó las armas más modernas, que incluían los cohetes antiaéreos, marítimos y terrestres. La respuesta superó lo previsto.

En el mes de mayo de 1963, cuando estaba al frente de la División 43, UM 2811, en Ciego de Ávila, me citó el comandante Juan Almeida, quien era en ese momento Ministro de las FAR en funciones, para informarme que había sido designado jefe del grupo, que irían a la URSS para asimilar la técnica de los Complejos Coheteriles de defensa AA. Al parecer, esta decisión se tomó debido a las relaciones tan estrechas que mantenía con los soviéticos en Ciego de Ávila. Cuando terminé la entrega formal de la unidad al



sargento Cedeño, quien se quedó de jefe, me trasladé con mi familia hacia La Habana.

La preparación fue breve, pero muy tensa, dirigida a elevar los conocimientos en matemática. Salimos en el mes de julio para Moscú, donde hicimos escala y continuamos hacia Odessa; allí radicaba la Academia Superior de Defensa Antiaérea, en la que estaba de director el general Dukanich.



En Odessa (1975), durante el encuentro con el general Dukanich, quien era jefe de la Academia de la defensa antiaérea cuando estudiábamos en la URSS. De izquierda a derecha, José Cabre, el general Dukanich, León y Manuel Medina. Foto del archivo del autor.

Después de trece meses muy intensos de estudio y de realizar una maniobra con un grupo de cohetes, nos trasladamos en tren al polígono de Astraján, donde se realizó el tiro demostrativo, por parte de los soviéticos, contra un reflector angular. Este armamento, de última generación, requería para su asimilación, mucho más tiempo y personas con más nivel académico. Pero gracias a los soviéticos, que nos permitieron traer con nosotros todas



las libretas secretas donde se registraban los parámetros y la secuencia para su regulación, los conocimientos adquiridos no fueron en balde.

El regreso lo hicimos desde Odessa hasta Riga por tren, y de allí en el barco de pasajeros *Adchária*. La travesía duró 16 días. Cuando nos acercábamos a Cuba, los vuelos rasantes de los aviones yanquis de reconocimiento eran constantes. Llegamos al puerto de La Habana el 4 de agosto de 1964.

Segundo jefe de la brigada coheteril UM 3702

Después de unas breves vacaciones, me designaron segundo jefe de la Brigada Coheteril del Centro UM 3702. El jefe de la brigada era el capitán Fernando Galindo, y del Estado Mayor, el capitán Giovanni González. Con posterioridad, esta unidad se convirtió en la primera División DAAFAR, a la que se subordinaron la Base Aérea, las unidades radiotécnicas, las unidades AA¹³⁷ y las coheteriles antiaéreas. El jefe de la unidad era el capitán Moisés Sio Wong, y yo fui nombrado segundo jefe, cargo que ocupé hasta 1967, cuando me eligieron para pasar la Escuela Básica Superior General Máximo Gómez.

Escuela Básica Superior General Máximo Gómez

En 1967, al llegar a La Habana los oficiales procedentes del interior, nos alojaron con nuestras familias en un edificio de apartamentos en el reparto Aldabó. El traslado

137 Artillería antiaérea.



hasta la escuela, que radicaba en La Cabaña, lo hacíamos en ómnibus.

La excelente preparación de los profesores y de la base material de estudio nos permitió adquirir muchos de los conocimientos que necesitábamos para mejorar la dirección de las unidades. El curso duró dos años, de 1967 a 1969, que fueron muy intensos; para obtener el máximo aprovechamiento, estudiábamos todos los días de la semana hasta altas horas de la noche.

En ese tiempo me impactó emocionalmente cuando Fidel leyó la carta de despedida del Che, en la Plaza de la Revolución. En septiembre de 1969, al día siguiente de nuestra graduación, el Ministro de las FAR ascendió a varios compañeros al grado de primer capitán.



El ministro de las FAR, Raúl Castro, asciende León, al grado de primer capitán. Foto del archivo del autor.

Jefe de la División de Defensa Antiaérea del Este UM 2864

Cuando terminé la Academia, en el segundo semestre de 1969, me nombraron jefe de la División de DAA del este,



ubicada en el poblado de Managua, formada por las unidades AA y los grupos coheteriles situados al este de La Habana.

Con la voluntad y dedicación de los oficiales y soldados, mantuvimos siempre una alta disposición combativa, además de preparar y conservar la reserva de cohetes de la DAAFAR y de la División Habana, que no tenía grupo técnico. También cooperábamos con la base aérea de San Antonio de los Baños UM 1890 en lo relativo al transporte pesado a utilizar en las maniobras.

En el tiempo que estuve allí, el esfuerzo maratónico de los soldados y oficiales de la jefatura y las unidades, quienes siempre respondieron a la altura de esos momentos, hizo posible la construcción del techado y la reparación capital de todo el transporte de la División y los grupos coheteriles, así como la elaboración de los dispositivos e implementos para su posterior conservación.



En la UM 2864. De izquierda a derecha, León, jefe de la sección política, Roberto Casaña Fumero , el asesor principal soviético, ingeniero principal, Herman Wainshtok Rivas, y un asesor soviético. Foto del archivo del autor.



Segundo jefe de la División de Tropas Coheteriles Antiaéreas de Occidente

Posteriormente, en el año 1971, la División de Tropas Coheteriles Antiaéreas de Occidente pasó a una nueva estructura, cuando se creó una sola División, la UM 4692, con la jefatura ubicada en Managua, y se le subordinaron las tres divisiones existentes, que pasaron a ser brigadas. Como jefe de esta gran unidad coheteril nombraron al primer capitán José Milán, y yo asumí el cargo de segundo jefe. Esta estructura duró solo un año, pues las unidades volvieron a ser independientes, pero quedaron como brigadas subordinadas a la DAAFAR.

Jefe de Armamento y Municiones de la DAAFAR

Cuando desapareció la estructura de la División Coheteril de Occidente, los oficiales de la jefatura pasaron a ocupar otros cargos. A mí me nombraron jefe de Armamento y Municiones de la DAAFAR.

Primero, nos ocupamos de localizar los sitios exactos donde podían estar las bombas y los cohetes de aviación, porque cuando llegaron de la antigua URSS se dispersaron a la intemperie en varios lugares y, pasado el tiempo, nadie sabía con certeza dónde estaban. Miles de toneladas estaban cubiertas por la vegetación, lo que hacía difícil la pesquisa.

Los compañeros de la sección de ingenieros de la DAAFAR quedaron subordinados a nosotros, y su jefe, el primer teniente José Legro, pasó a ser el segundo jefe de Armamento. Organizamos su mantenimiento y traslado hacia almacenes habilitados en los polvorines. Esta misma tarea se realizó con las municiones de la AAA y se reubicaron; se les dio mantenimiento a cientos de miles de toneladas. Se desocuparon y fueron entregados decenas de locales de todo



tipo. Se creó un taller de reparaciones para el armamento de infantería, donde se repararon y conservaron miles de fusiles. Los cohetes antiaéreos de la reserva de la DAAFAR pasaron a ser responsabilidad del jefe de Armamento.

Jefe de Retaguardia de la DAAFAR UM 3629

En 1973 me plantearon una nueva misión: me nombraron jefe de Retaguardia de la DAAFAR UM 3629.

Después que le entregué el cargo de jefe de Armamento a mi segundo, el primer teniente José Legro, asumí el nuevo cargo, con el mayor Manuel Delgado como jefe del Estado Mayor. En el mes de junio de 1974 fui ascendido al grado de comandante.

La Retaguardia de la DAAFAR estaba estructurada de forma diferente a las de los ejércitos y de la Marina de Guerra Revolucionaria. Estaba compuesta por las secciones de víveres y vestuario, combustibles y lubricantes, campamento y vivienda, servicios médicos, comercio militar, además de ingeniería de aeródromo, metrología y laboratorio, que tenían subordinados el taller de reparación de los equipos especiales de aviación y TCAA, el consejo de ingenieros de la DAAFAR, transportaciones, medicina aeronáutica, servicios técnicos de transporte y los talleres de reparación capital del transporte.

Segundo jefe de Retaguardia de la DAAFAR UM 3629

En 1974, cuando el general Moisés Sio Wong terminó el curso en la Academia de las FAR, asumí el cargo de jefe de Retaguardia, por lo que pasé a ser segundo jefe hasta mediados de 1975, en que fui a estudiar a la URSS.



Estudio en la Academia de DAA en la URSS (1975-1977)

A mediados de 1975 salí hacia la URSS a estudiar en la Academia soviética de DAA Mariscal de la Unión Soviética George Konstantinovich Yukov, situada en la ciudad de Kalinin. Después que nos instalamos, llegaron las familias de los diez compañeros que habíamos ido a estudiar, las que permanecieron a nuestro lado hasta que finalizó el curso, en el año 1977.

El primer año lo cursamos en Ucrania, en la ciudad de Odessa, donde nos impartieron las clases de técnica y mejoramos el dominio del idioma ruso. Estando allí, en diciembre de 1975, me llegó el ascenso a primer comandante. Los grados me fueron impuestos en enero de 1976 por el embajador Severo Aguirre, en la Embajada de Cuba en Moscú.

En el segundo año de estudios nos trasladamos a la ciudad de Kalinin. Allí radicaba la Academia Superior de Defensa Antiaérea, donde recibían clases los oficiales del Pacto de Varsovia. Por ese motivo era una ciudad cerrada, y solo se podía salir con la autorización previa de las autoridades militares de Moscú.

En 1976 fui ascendido a coronel, ceremonia que también se realizó en la Embajada de Cuba en Moscú. El 2 de diciembre de ese año me otorgaron la medalla conmemorativa XX Aniversario de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.¹³⁸ Cuando regresé de la URSS, volví a ocupar el cargo de segundo jefe de Retaguardia.

Posteriormente, Sio Wong fue a cumplir misión internacionalista a la República Popular de Angola como jefe de Retaguardia de la Misión Militar Cubana en Angola (MMCA). Por esa razón me quedé nuevamente al frente de la unidad hasta su regreso, dos años después.

138 Foto al final del capítulo. Foto del archivo del autor.





El embajador de Cuba en la URSS, Severo Aguirre, condecora a León con la medalla XX Aniversario de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Foto del archivo del autor.



En la base aérea de San Antonio de los Baños, el Ministro de las FAR, Raúl Castro Ruz, felicita a León al entregarle la medalla conmemorativa Victoria de Playa Girón. Foto del archivo del autor.

CAPÍTULO 25

Misión internacionalista en Angola

Misión Olivo

EN MAYO DE 1981 fui a cumplir misión internacionalista en la República Popular de Angola subordinado al general Raúl Menéndez Tomassevich, cumpliendo la orden del Comandante en Jefe Fidel Castro de organizar y dirigir las unidades que participarían en la Misión Olivo contra los bandidos de la Unión Nacional para la Liberación Total de Angola (UNITA).

Mi responsabilidad era ser el jefe de Retaguardia de la Misión Olivo y asesor de la Logística de las Fuerzas Armadas Populares para la Liberación de Angola (FAPLA) en la Lucha contra Bandidos. Al inicio, la Misión Olivo era independiente, no estaba subordinada a la MMCA.

En cuanto llegamos, nos ocupamos de garantizar los aseguramientos para cuando fuera arribando el personal que iba a participar en la misión, lo que cubrió las necesidades de la primera etapa, fundamentalmente por parte de las FAPLA.

A finales de julio, ya nuestros compañeros se encontraban en las respectivas regiones donde iban a operar como

combatientes y asesores de las Brigadas de Infantería Ligera (BIL).



Compañeros de la retaguardia de Olivo, en Luena, República Popular de Angola. De pie, de izquierda a derecha, León, el mayor Juan Marrero, el capitán Víctor Ross y otros. Agachados, el capitán Vladimir Montegudo y el primer teniente Pedro Diago. Foto del archivo del autor.

Se organizó el Puesto de Mando Conjunto en Cuito Bie, desde donde nos trasladábamos a las regiones militares de Menongue, Luena, Huambo, Lubango, Benguela, Lobito y otros lugares por medios aéreos. Pocas veces lo hicimos en caravana.

El último lugar donde estuve antes de cumplir la misión fue en Luena, garantizando los aseguramientos a la Brigada 32 que se hallaba en Cangamba y era



hostigada por la UNITA; con posterioridad, allí combatieron heroicamente angolanos y cubanos, escribiendo una de las historias más hermosas de la gesta internacionalista en Angola. Regresé a Cuba en junio de 1983.

Sustituto del jefe de la DAAFAR para el CAT

En 1983, al regresar de Angola, me nombraron sustituto del jefe de la DAAFAR y jefe de Construcciones y Alojamiento de las Tropas (CAT), que estaba integrado por las secciones de Inversiones, Campamento y Vivienda, Planificación de partes y piezas de aviación y Construcción de viviendas con medios propios. Todos los especialistas estaban muy bien preparados y cumplían cabalmente con sus responsabilidades.

Llegamos a tener inversiones en ejecución a lo largo de todo el país por más de doscientos sesenta millones de pesos. Fueron los años de las fortificaciones de los emplazamientos y refugios de todos los tipos de armas de la DAAFAR.

Estuve como jefe de CAT hasta 1986. Posteriormente me jubilé, con el grado de coronel.





En 1993, Fidel Castro conversa con el autor en ocasión del cumpleaños 67 del Comandante en Jefe. De derecha a izquierda, Fidel, León, el coronel Domingo Mainet Rodríguez, el general de brigada Humberto Francis Pardo y el fotógrafo. Foto del archivo del autor.



Anexos

Anexo no. 1

*Combatientes del Ejército Rebelde caídos durante el cerco y
ataque a Sagua de Tánamo*

Columna 17 Abel Santamaría

Ernesto Cosme Riverí

Eduardo García González

Columna 19 José Tey

Hugo Argüelles Matos

Juan Paz Camejo

Reinaldo Grimón Ferreira

Pedro Columbié

Santos Céspedes Torres

Walfrido Iglesias Borrero

Ángel M. Pupo Díaz

Pedro Álvarez Pileta

Nicolás Ricardo Mena

Rafael Antonio Maceo Matos

José Enrique Acosta Salas

Luis Mustelier Lopetegui

Cecilio López Lambert
Felipe Romero Argota
Rogelio Herrera Sánchez
Abraham González Sánchez
Joel Silva Hernández
Humberto Escalona Reyes
Rigoberto Labrada Rivero

Anexo no. 2

*Compañeros de la Columna 17 Abel Santamaría, designados
para la escolta del Comandante en Jefe, en enero de 1959*

Ramón Valle Lazo (F)
Alfonso Carmenate Hernández (F)
Jorge René Castro
Antonio Ferrand Oslé (F)
Emilio Navarro Céspedes
Carlos Aldana Suárez, *Blakaman* (F)
Eclio Lobaina Lobaina
José A. León Lima
Humberto Carsí

Anexo no. 3

*Nombres, grados y fotos de los miembros que integraron la
escolta desde enero de 1959 hasta enero de 1961*

Comandante Francisco Cabrera, *Paco* (F)
Comandante Manuel, *Piti*, Fajardo (F)
Capitán Pedro M. García Peláez, actualmente general de
División



Capitán Ramón Valle Lazo, llegó a general de Brigada (F)

Capitán Alberto Vázquez, *Vazquecito*, llegó a coronel

Capitán Orlando Pupo Peña, llegó a coronel (EM)

Capitán Reynaldo Irsula Brea, *Rey*, llegó a mayor (EM, F)

Capitán Arcíbido Álvarez Paneque (F)

Primer teniente Marcelo Verdecia Perdomo, llegó a general de Brigada (EM)

Primer teniente Marino Díaz Olivero (F)

Primer teniente Roberto Piñero Soto, *Niño* (F)

Primer teniente Miguel Cañete Zayas, *Nangué*

Primer teniente Rafael Boza Ginarte, *Fenguito* (F)

Primer teniente Aníbal Hidalgo Puig

Primer teniente Ángel Fonseca (F)

Primer teniente Reinaldo Reyes Torres, *Marino* (F)

Primer teniente Walter Izquierdo Peña (F)

Primer teniente Antonio Prida Sánchez (F)

Primer teniente Mariano Camacho Rojas, *Marianito*, llegó a coronel (F)

Primer teniente Ródulo Peña López (F)

Primer teniente Diego González Pérez, *Pineda*, llegó a coronel (EM)

Primer teniente Rafael Illas Rivera

Primer teniente Francisco Leyva Santiesteban, *Paquito* (F)

Primer teniente Abelardo López Brito

Primer teniente José A. León Lima, *Leoncito*, llegó a coronel (EM)

Primer teniente Jorge René Castro

Primer teniente Antonio Ferrand Oslé (F)

Primer teniente Eclio Lobaina Lobaina (PNR)



Primer teniente Alfonso Carmenate Hernández (F)
Primer teniente Carlos Aldana Suárez, *Blakaman* (F)
Primer teniente Emilio Navarro Céspedes, *León Feroz*
Primer teniente Mario Gil González
Sargento de primera Enzo C. del Río Barroso
Teniente Rafael Domínguez Pagán, *Chinaco*, llegó a teniente coronel (EM, F)
Sub teniente Jesús Padilla Silveira, llegó a coronel (EM, F)
Ernesto Rivas, *Tostado*, policía
Roberto Hernández Marín, *Chapapote*, policía
José Ramón Luzardo, *Rompe Grupo*, policía (F)
Wilfredo Gonce Cabrera, policía, mártir de Playa Girón (F)
Primer teniente José Meixon Ortiz
Primer teniente Miguel Milanés, *Miguelito* (F)
Cheche, policía

Leyenda:

Los marcados con (F) son fallecidos.

Los ocho señalados con (EM) son los que empezaron en la escolta y después pasaron a formar parte de la Escolta de Montaña. Permanecieron en ese cuerpo hasta 1961.



Fotos de los compañeros de la escolta que estuvieron al principio



**Cmdt. Francisco
Cabrera, *Paco***



**Cmdt. Manuel,
Piti, Fajardo**



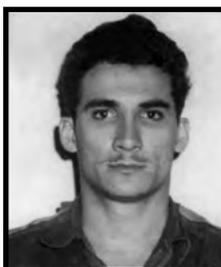
**Cap. Pedro M. García
Peláez**



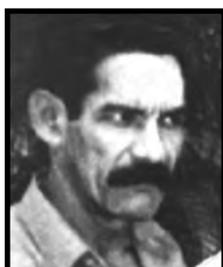
Cap. Ramón Valle Lazo



**Cap. Alberto Vázquez,
*Vazquecito***



**Cap. Orlando Pupo
Peña**



**Cap. Reinaldo Irsula
Brea, *Rey***



**Cap. Arcibido Álvarez
Paneque**



**1er Tte. Marcelo
Verdecia Perdomo**





1er Tte. Marino Díaz
Olivero



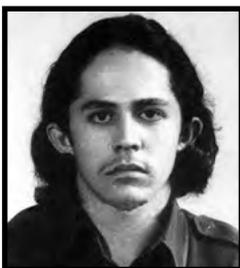
1er Tte. Roberto
Piñero Soto, *Niño*



1er Tte. Miguel
Cañete Zayas,
Nangue



1er Tte. Rafael Boza
Ginarte, *Fenguito*



1er Tte. Anibal
Hidalgo Puig



1er Tte. Ángel Fonseca



1er Tte. Reinaldo
Reyes Torres,
Marino



1er Tte. Walter
Izquierdo Peña



1er Tte. Antonio Prida
Sánchez





1er Tte. Mariano
Camacho Rojas,
Marianito



1er Tte. Róduo Peña
López



1er Tte. Diego González
Pérez, *Pineda*



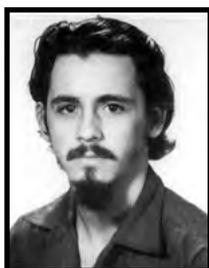
1er Tte. Rafael
Illas Rivera



1er Tte. Francisco
Leyva Santiesteban,
Paquito



1er Tte. Abelardo
López Brito



1er Tte. José A.
León Lima
(*Leoncito*)



1er Tte. Jorge René
Castro



1er Tte. Antonio Ferrand
Oslé





1er Tte. Eclio Lobaina
Lobaina



1er Tte. Alfonso
Carmenate Hernández



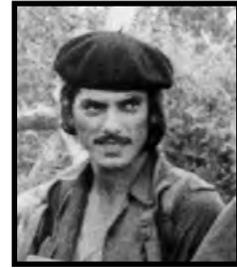
1er Tte. Carlos Aldana
Suárez (*Blakaman*)



1er Tte. Emilio Navarro
Céspedes, *León Feroz*



1er Tte. Mario Gil
González



Sarg. de primera Enzo
C. del Río Barroso



Subteniente Jesús
Padilla Silveira



Tte. Rafael Domínguez
Pagán, *Chinaco*



1er Tte. José Meixón
Ortiz





**Policia Wilfredo
Gonce Cabrera**



**Policia Roberto
Hernández Marín,
*Chapote***



**Policia José Ramón
Luzardo Arcia, *Rompe
Grupo***



**Policia Ernesto Rivas,
*Tostado***

Anexo no. 4

*Condecoraciones, diplomas y distinciones otorgadas
a Leoncito*

Medalla Ignacio Agramonte de Primera Clase
Medalla Combatiente de la Lucha Clandestina
Medalla Combatiente de la Guerra de Liberación
Medalla Combatiente Internacionalista de Primera Clase
Medalla conmemorativa XX Aniversario (1953-1973)
Medalla conmemorativa Victoria de Playa Girón.
Medalla Lucha Contra Bandidos.



Medalla conmemorativa 30 Aniversario de las FAR.

Medalla conmemorativa 40 Aniversario de las FAR.

Medalla conmemorativa 50 Aniversario de las FAR.

Medalla conmemorativa 60 Aniversario de las FAR.

Medalla Por la Victoria Cuba-RPA.

Distinción Por el Servicio en las FAR por 10, 15 y 20 años.

Distinción Destacado en la Preparación para la Defensa.

Diploma por su condición de Fundador de la Dirección de Seguridad Personal.

Certificado por su condición de Miembro Fundador del Partido Comunista de Cuba.

Diploma Fundador del Ejército Central.

Diploma por su condición de Fundador de las Tropas Coheteriles Antiaéreas.



Bibliografía

- BÁEZ, LUIS: *Fidel por el mundo*, Casa Editora Abril, La Habana, 2011.
- CARRERAS ROLAS, ENRIQUE: *La Aviación en Cuba. Historia de ayer y hoy*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1997.
- CASTRO, FIDEL: *La Historia me absolverá*, Ediciones Políticas, La Habana, 1967.
- COLECTIVO DE AUTORES: *Caballería de Acero*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2011.
- COMISIÓN DE HISTORIA DE LA COLUMNA 17 ABEL SANTAMARÍA: *Triángulo de Victorias*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2008.
- ESCALANTE FONT, FABIÁN: *Acción Ejecutiva*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- _____ : *La guerra secreta, Cronología del Crimen, 1959-2000*, Editorial Imágenes, La Habana, 2005.
- FERNÁNDEZ MARRERO, JORGE RAÚL Y JOSÉ ÁNGEL GÁRCIGA BLANCO: *Por la senda de los mambises*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2013.
- GARCÍA PELÁEZ, PEDRO: *Ni gallego ni asturiano: cubano y rebelde*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2010.
- GUEVARA, ERNESTO: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Editora Política, La Habana, 2006.
- LUSSÓN BATLLE, ANTONIO E. Y JOSÉ Á. GÁRCIGA BLANCO: *Solidaridad a prueba. Azares históricos, mayo de*

1959, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2009.
NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO: *En marcha con Fidel*. 1960,
Editorial Letras Cubanas, 1998.
GARCÍA, PASCUAL, LUIS Y MORENO, PLÁ, ENRIQUE H.: *Libro
José Martí. Epistolario, t. 5, 1895*. Ed. Ciencia Sociales,
La Habana, 1993 pp. 250.

Publicaciones periódicas

Hoy, 1959.
Revolución, 1959 y 1960.

